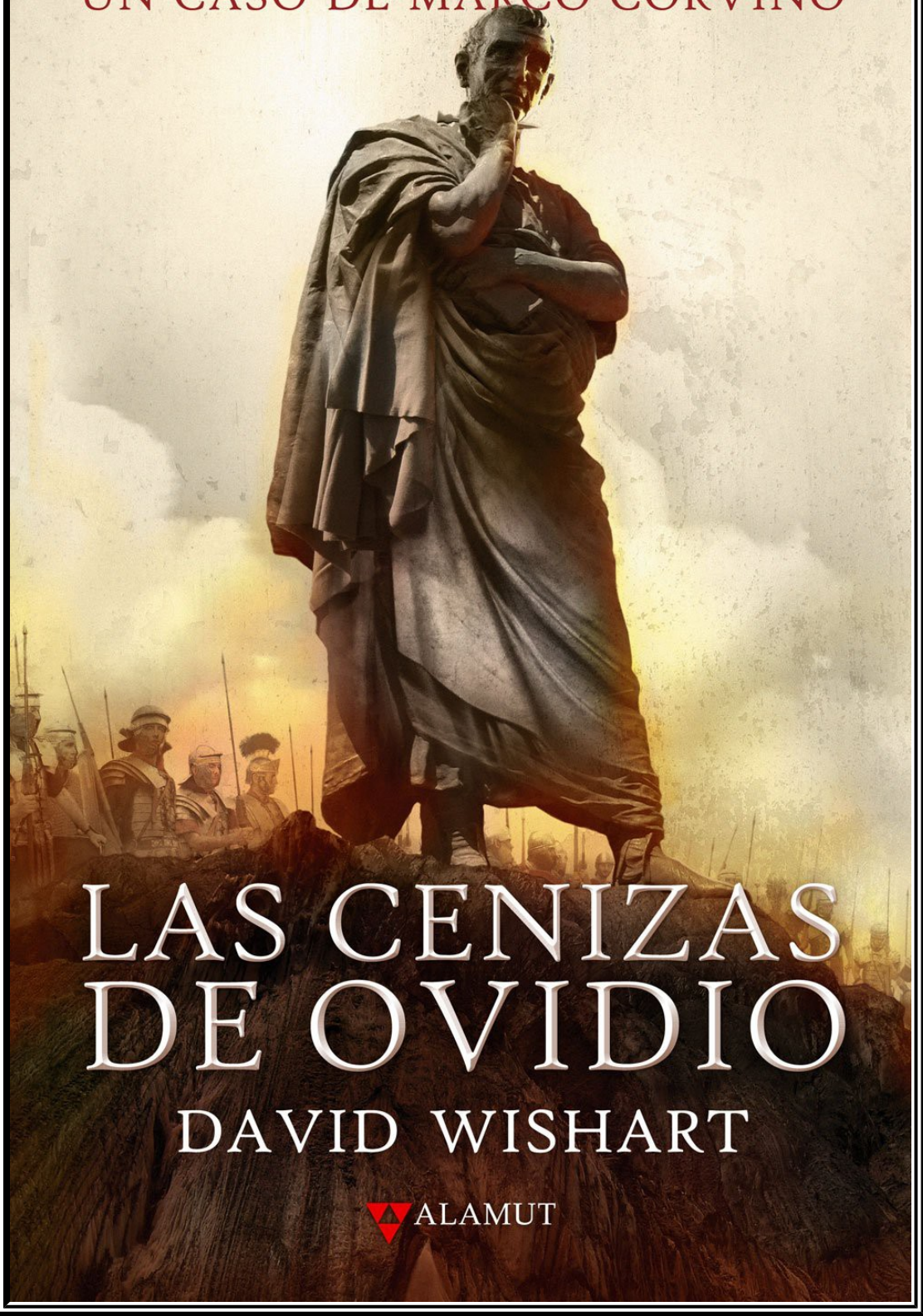


UN CASO DE MARCO CORVINO



LAS CENIZAS
DE OVIDIO

DAVID WISHART

 ALAMUT

Las cenizas de Ovidio

David Wishart



Título original: *Ovid*

Traducción de Carlos Gardini

Ilustración de cubierta: Epica Prima Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Serie Histórica dirigida por Rafael Muñoz Vega

Primera edición: noviembre de 2010

© 1995 David Wishart

© 2010 Carlos Gardini por la traducción

© 2010 Alamut

ISBN: 978-84-9889-055-6

Depósito legal: M-42975-2010



Argumento

La Roma de Tiberio no es el mejor lugar para hacerse notar. Es preferible dedicarse al vino y las mujeres sin desempeñar ninguna tarea que pueda enturbiar esos placeres. Al menos, eso es lo que piensa Marco Corvino, heredero de una de las más nobles familias romanas y justamente orgulloso de no haber hecho nada de provecho en su vida.

Y aun así, para sorpresa no sólo suya sino de toda Roma, se encontrará intentando desentrañar los dos misterios que han permanecido sin resolver durante años en la ciudad imperial. ¿Por qué desterró Augusto al poeta Ovidio? ¿Qué ocurrió realmente en el desastre del bosque de Teutoburgo? Preguntas cuyas respuestas amenazan con enfrentarle a los más poderosos enemigos: nada menos que el emperador Tiberio y, sobre todo, su maquiavélica madre, Livia.



Para Roy *et ceteri*



Dramatis personae

(Los personajes puramente ficticios figuran en minúscula.)

Roma

Agrón: Un ilirio corpulento que reside en Roma.

ASPRENAS, Lucio Nonio: Sobrino de Varo y su hermana Quintilia.

Batilo: Esclavo principal de Corvino.

Calías: Esclavo principal de Perila.

CORVINO (Marco Valerio Mesala Corvino): Rico y joven noble a quien Perila pide ayuda para recobrar las cenizas de su padrastro Ovidio. Era nieto del benefactor homónimo, amigo del poeta.

COTA (Marco Valerio Cota Máximo Corvino): Tío de Corvino.

Crispo, Celio: Un enfermizo especialista en chismorreo.

Dafnis: Esclavo del gimnasio de Escílax.

Davo: Ex esclavo, primero de Emilio Paulo, luego de Fabio Máximo.

Escílax: Ex entrenador de gladiadores a quien Corvino patrocinó su gimnasio propio cerca del Circo.

FABIO MÁXIMO, Paulo: Íntimo amigo y asesor de Augusto, y tío de Perila.

Harpala: Vieja esclava de la casa de Marcia, la tía de Perila.

Léntulo, Cornelio: Un viejo senador, cuestionable pero influyente.

MARCIA: Viuda de Fabio Máximo, amigo y confidente de Augusto.

MESALINO (Marco Valerio Mesala Mesalino): Padre de Corvino; político y abogado notable por su servil respaldo a Tiberio.

OVIDIO (Publio Ovidio Nasón): Uno de los mayores poetas de Roma, y padrastro de Perila. Exiliado a Tomi por Augusto en el 8 d. C.; a pesar de las constantes súplicas de indulto, falleció allí en el año 17.

PAULO, Lucio Emilio: Esposo de Julia, nieta de Augusto. Fue ejecutado por traición en el 8 d. C.

PERILA, Rufia: Hijastra de Ovidio (su madre, Fabia Camila, fue la tercera esposa de Ovidio). Estaba casada con Publio Sulio Rufo. Su patronímico (Rufia) es de mi propia atribución.

Pértinax, Cayo Atio: Viejo amigo y colega del abuelo de Corvino, ahora retirado al sur de Roma.



Pomponio, Sexto: Un decurión que otrora prestó servicio al mando del padre de Corvino.

QUINTILIA: Hermana de Quintilio Varo.

RUFO, Publio Sulio: Esposo de Perila, actualmente en servicio en el exterior, a las órdenes de Germánico.

SILANO, Décimo Junio: Noble romano acusado de adulterio con Julia, nieta de Augusto.

Germania

ARMINIO: Principal cabecilla de los rebeldes germanos, responsable de la matanza de Varo.

CEONIO, Marco: Integrante de la plana mayor de Varo, y cómplice en su traición.

EGIO, Lucio: Con Ceonio, comandante de campo de Varo y miembro de su plana mayor.

VARO, Publio Quintilio: Virrey militar de Augusto en Germania. Pereció en la matanza de las tres legiones que comandaba en el bosque de Teutoburgo.

VELA, Numonio: Lugarteniente de Varo, y comandante de la caballería en la marcha final.



1

La noche anterior había asistido a una fiesta en el Celio. Mi lengua sabía como el suspensorio de un gladiador, mi cabeza vibraba como la forja de Vulcano, y si alguien me hubiera mostrado la mano para preguntarme cuántos dedos veía, me habría costado responder sin ayuda del ábaco. En síntesis, mi estado habitual por la mañana, que no era ideal para una primera reunión con un hueso duro de roer como Rufia Perila.

Ya conocéis el tipo: buena talla, hombros anchos, pelo como alambre y bíceps como piedras. Un cruce entre Pentesilea, la reina de las amazonas, y Medusa la gorgona, antes de que Perseo le rebajara la estatura por una cabeza, con una mirada y una voz que podían marchitarte los genitales a treinta pasos.

Pero la mujer que se me acercaba a grandes trancos por el suelo de mármol, con mi esclavo Batilo a la zaga como las sobras de un felino del circo, no era así en absoluto. Todo lo contrario. Este hueso duro de roer era despampanante.

La evalué rápidamente. Veinteañera (un par de años mayor que yo), recta como una lanza, esbelta, de tez clara, alta y tostada, con un cabello tan brillante que hacía daño. En el saldo negativo, ojos que habrían ensartado a un basilisco y un perfume seco (ya podía olerlo) que me traía ingratas reminiscencias del agua fría, la vida higiénica y el ejercicio sano. Ítem negativo número tres...

El número tres era Batilo. El hombrecillo estaba aturullado, y nadie intimidaba a Batilo. Fulmina con la mirada a senadores prestigiosos y derrite a viudas aristocráticas, puede reducir a gelatina al comandante de una legión, y yo apostaría a su favor contra cualquier contrincante humano y quizá contra un par de bestias o demonios. Si esta damisela había pulverizado a Batilo, a mí ya me mataba de miedo.

Traté de erguirme pero desistí. El suelo no estaba demasiado firme esa mañana.

—Eres Marco Valerio Mesala Corvino. —Obviamente, Rufia Perila no era dada a perder tiempo ni hacer preguntas.

—Pues... sí. —Era menos una confirmación que una mueca nerviosa. Habría respondido lo mismo si me hubiera llamado Tiberio Julio César.

—Tu abuelo... —me clavó una mirada que me obligó a comprobar si me había acordado de ponerme la túnica— era el patrón principal de mi padrastro.

—No me digas. ¿Tu padrastro?

—El poeta.

—¿El poeta? —Mierda. Mi cabeza no estaba para sutilezas intelectuales a esa hora de la mañana. El único poeta que me venía a la mente era Homero, y a pesar de mi estado sospeché que no se refería a él.

—El poeta Ovidio.



—¡Ah, ese poeta! —El nombre me sonaba. O quizá sólo fuera mi resaca—. Ya. Estupendo. Conque eres la hijastra de... como se llame. ¡Estupendo!

Supe que la había pifiado en grande cuando vi que la boca se le endurecía en una línea que se podía usar para cortar mármol. En circunstancias normales, o al menos cuando estaba totalmente sobrio, que no es lo mismo, no habría cometido semejante error. Aunque no me interese la literatura, no soy ningún palurdo. Aunque hiciera diez años que Ovidio se pudría en el exilio, era el mejor poeta que habíamos tenido desde que Horacio se había ido al otro barrio.

Las palabras ya estaban dichas y no había manera de desdecirlas. Se hizo un gran silencio, la temperatura bajó a niveles invernales y juro que vi que la piscina ornamental se cubría de hielo. Batilo había presenciado nuestro pequeño diálogo como Casandra esperando que Agamenón dijera su última frase y se dirigiera a la bañera. Hizo una mueca y desvió la mirada. Batilo no soporta ver sangre.

Las hermosas cejas enarcadas bajaron como un cuchillo.

—Sé que te cuesta seguirme en tu estado actual, Valerio Corvino —dijo ella con una voz que era puro natrón egipcio—, pero inténtalo, porque es importante. Mi padrastro era Publio Ovidio Nasón. Escribía poesía y fue exiliado a Tomi, a orillas del mar Negro. ¿Entiendes la palabra «poesía» o debo explicarla?

—Eh... sí. Es decir, no. —¡Por Júpiter! No estaba en condiciones para esto. No esa mañana. Quizá nunca—. Mira, lo lamento. Siéntate, eh...

—Perila. Rufia Perila. ¿Dónde?

—¿Qué? Ah, sí. ¡Batilo!

Pero Batilo ya traía una de mis mejores sillas desde el estudio. Hacía años que ese granuja no se movía con tanta celeridad. Desde su hernia.

Ella se sentó, y yo traté desesperadamente de recobrar la compostura.

—Dijiste «escribía», mi señora.

—¿Cómo has dicho?

—Escribía. En pasado. Entonces él está... muerto. Ovidio. Tu padrastro.

Sí, ya sé. Como manera de entablar conversación,apestaba. Pero ya me costaba bastante impedir que los sesos se me derramaran por los oídos. El tacto era el menor de mis problemas.

Ella asintió y bajó los ojos. Por un instante el hielo se derritió y asomó la mujer.

—La noticia llegó hace dos días —dijo—. Falleció el pasado invierno, después de que cerraran las rutas terrestres. El mensaje vino con el primer barco.

—Ah, lo lamento.

—No lo lamentos. —El hielo había vuelto—. Él se alegró de morir. Odiaba Tomi, y ese... —Mordió la palabra con los dientes—. El emperador nunca lo habría dejado regresar.

Era cierto, pensé. No era Tiberio quien lo había desterrado, pero había confirmado la sentencia de Augusto cuando el viejo emperador estiró la pata. O se transformó en dios. Lo que sea. Yo no sabía por qué habían mandado a Ovidio a Tomi (creo que no lo sabía nadie), pero podía imaginármelo. El padrastro de Perila tenía la catadura moral y la discreción de un conejo priápico. Un día el pobre diablo se había encontrado de golpe en el estudio personal de Augusto. Allí el emperador le había arrancado los testículos a



dentelladas y le había insertado un billete de ida al mar Negro en el trasero. El mayor poeta viviente de Roma hizo mutis por el foro, sin acusaciones formales ni juicio. Cuando Augusto murió (o cuando fue ascendido, si os parece mejor), los amigos de Ovidio intercedieron ante el nuevo emperador para pedir un indulto, pero Verruga rechazó la solicitud. Parecía que el pobre diablo había pasado a la categoría «obras completas» y el indulto era ya sólo un debate teórico.

Batilo se acercó de puntillas por el suelo de mármol, mostrando el blanco de los ojos. Puso una mesilla junto a Perila, con una escudilla de fruta y algunas nueces, se inclinó y se marchó deprisa. Quizá fuera una exótica ceremonia propiciatoria griega: a veces Batilo es supersticioso. En todo caso, fue en balde. Perila no reparó en él ni en la mesilla, y se limitó a alisar los exquisitos pliegues del manto. Recogí los jirones de mi dignidad, traté de pasar por alto al que me serruchaba la tapa de los sesos, y fui al grano.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Pensé que era obvio.

Al cuerno con la dignidad.

—Mira, amiga, no leo el pensamiento, así que dímelo sin más vueltas.

Ya. No era precisamente prosa ciceroniana, pero yo también me estaba hartando. Curiosamente, Perila ni se inmutó. Por un instante me posó la mirada, evaluándome con frialdad.

—Lo siento, Valerio Corvino —dijo—. Tienes toda la razón, y te pido disculpas. Como he dicho, mi padrastro acaba de morir. Nosotras, mi madre y yo, quisiéramos que sus cenizas fueran sepultadas en Roma. Como su patrón, es tu deber presentar nuestra solicitud al emperador.

Palabras literales, lo juro. Me quedé patidifuso. Cuando un cliente común quiere pedirte algo, se pasa un día entero diciéndote que eres sensacional, te manda un esturión de regalo, quizá un par de cajas de higos rellenos de Alejandría. Y después de ablandarte, quizá aborde el tema del modo más indirecto que se le ocurra. Rufia Perila acababa de cometer un traspié social que equivalía a preguntarle a Tiberio qué se ponía en sus forúnculos. Más aún, lo había hecho sin que se le moviera un solo mechón del cabello primorosamente peinado.

—Comprendo que no eres el miembro de tu familia más adecuado para este propósito —continuó—. Tu tío Marco Valerio Cota Máximo Corvino —¡Por Júpiter! ¿El tío Cota tenía todos esos nombres?— habría sido una elección más natural. Tu padre también habría sido más... —Titubeó. Noté que estudiaba mi barba crecida, mis ojeras, mi figura desgarrada—. Más apropiado.

¡Por los cojones de Júpiter!

—Un momento... —dije. Como protesta era endeble, y ella no le prestó atención.

—No obstante, aquí tengo una carta que creo que lo explicará todo.

Metió la mano bajo el manto, dándome un breve atisbo de un blusón rojo, sacó un pequeño rollo y me lo entregó. Yo aún estaba pasmado. Sin siquiera verificar si esa cosa estaba dirigida a mí, rompí el sello y esperé a que las letras dejaran de bailotear por la página.

Era una carta de mi tío Cota, en su inveterado estilo desconcertante y digresivo.



Marco Valerio Cota Máximo Corvino a su sobrino Marco, salud.

Te escribo para presentar a Rufia Perila, hijastra de mi viejo amigo Publio Ovidio Nasón, que falleció recientemente en Tomi. Te matará del susto, Marco, pero tiene el corazón bien puesto, al igual que todo lo demás, así que trata de ayudarla, muchacho. Te he propuesto a ti y no a tu padre porque ese lameculos pomposo no ayudaría a nadie a menos que pudiera sacar algún provecho personal. Además, el pobre Publio nunca lo soportó, y era recíproco, así que la hijastra no le sacaría mucho a ese viejo hipócrita. Y aunque quizá no te hayas enterado, me iré a Atenas para disfrutar de unos meses de bien merecida carnalidad, así que por la presente quedas designado. No decepciones a la familia, muchacho.

Hasta pronto.

Había una posdata:

Ella está casada con un sujeto desagradable llamado Sulio Rufo. Actualmente está en oriente y por lo que he oído no se soportan. A buen entendedor pocas palabras, ¿eh?

Cota.

Aparté los ojos de la carta y noté que ella me clavaba los suyos. Quizá la había sorprendido con la guardia baja, quizá la mirada era intencionada. No lo sé. Pero por primera vez parecía vulnerable. Vulnerable y desesperada. Yo seré un vago consentido y autocomplaciente, pero al menos soy un vago consentido y autocomplaciente de buen corazón, y esa mirada me mostró dos cosas. Primero, que al margen de la fachada que adoptara, a Rufia Perila le costaba mucho pedir ayuda, tanto a mí como a cualquier otro. Y segundo (podéis considerarme un majadero), yo sabía que haría cualquier cosa con tal de verla sonreír.

Quizá la posdata del tío Cota también hubiera influido.

—Vale —dije—. Dalo por hecho.

No sé por qué respondí semejante sandez. Si algún dios maligno prestaba atención, yo estaba pidiendo el sopapo del siglo. Y eso era lo que me esperaba, más o menos. Pero no me hubiera retractado de mis palabras aunque lo hubiera sabido, porque cuando las dije el hielo se derritió por otro momento maravilloso y asomó la otra Perila.

Eso compensaba todo.



2

«Dalo por hecho». En fin. Al día siguiente descubrí cuán estúpida era esa promesa.

El palacio es un sitio especial, un manicomio burocrático. Ante todo, es enorme. Puedes perderte literalmente si no te andas con cuidado. Suelen encontrar esqueletos allí dentro, y tipos que han entrado rechonchos salen días después dando tumbos, escuálidos y parpadeando como búhos. El lugar está lleno de escribientes que se pasan el día laboral pasándose a los clientes como si jugaran a la pelota, y no te das cuenta de que no vas a ninguna parte hasta que es hora de cerrar y esos cabrones te ponen de patitas en la calle.

En fin, una burocracia típica.

Exagero, sí, pero sólo un poco. Y no supongáis que es más fácil lograr que hagan algo porque tengo cuatro nombres. Y menos si está de por medio el emperador. Verruga tiene cosas mejores que hacer (no preguntéis qué) que sentarse todo el día ante un escritorio, rascándose los forúnculos y esperando a que la flor y nata de Roma le lleve sus problemas. Los patricios tenemos que hacer cola como todos los demás.

Claro que todo habría sido fácil si yo hubiera sido mi tío Cota o mi padre. Esa gente tiene palanca, y la palanca es todo en el palacio. Mi padre fue cónsul y gobernador provincial, lo cual os da un indicio de la torpeza con que elegimos a los magistrados. Aunque el tío Cota aún no había llegado tan alto, estaba subiendo en el escalafón, pero yo, que ni siquiera era asistente del subsecretario, tenía tanto peso propio como el esclavo que limpiaba las letrinas.

Lo mejor habría sido hacerle ojazos a un amigote de mi padre, poner cara de desvalido y morirme de gratitud cuando el sujeto condescendiera a cubrirme con su ala privilegiada. Pero eso quedaba descartado, aunque hubiera tenido estómago para ello. Hacía meses que no veía a mi padre y no habría tocado a la mayoría de sus compinches ni siquiera con una pértiga. Tampoco se habrían desvivido por ayudarme. Mi padre y yo no estábamos exactamente distanciados (sólo el lazo matrimonial se corta con sencillez en familias linajudas como la nuestra), pero eso no significaba que nuestras vidas tuvieran que cruzarse. Y no quería deberle favores a ese cabrón.

Ahí estaba, pues, después de tres horas de cola, avanzando a un paso que podía medirse en pulgadas. Me dolían los pies, me dolía la espalda, y habría cometido cualquier delito menos la sodomía por una copa de buen setino. El sexto subsecretario del sexto vicesubsecretario acababa de prometerme que vería qué podía hacer si yo tenía la gentileza de esperar unos meses cuando avisté la quilla de Cornelio Léntulo.

Sí, quilla. Es una palabra adecuada para Léntulo. Tenía la estructura de un barco mercante: grande, barrigón, y dispuesto a volcarse en cualquier cosa mayor que una calma chicha. Se lo podía describir como amigo de mi padre, pero estaba tan alejado de esa vigilante camarilla como era posible hacerlo sin



perderse de vista. En fin, era humano, o lo parecía. Y el viejo tenía palanca a carretadas.

—¡Hola, mozalbete! —gritó al verme. (Sí de nuevo. No dije que Léntulo no tuviera defectos. En mi opinión, Augusto no fue tan drástico como debía cuando purgó el Senado)—. No es frecuente que te codees con el vulgo, ¿eh?

Le di las explicaciones del caso, y Léntulo casi la palma en pleno corredor.

—¡Por los dioses! ¡Esos granujas! ¡Les clavaré su prepucio en el culo! —Enhorabuena. Qué lenguaje elevado—. ¿Un nieto de mi viejo amigo Mesala Corvino perdiendo el tiempo en la sala de espera como un plebeyo? No te preocupes, muchacho, te solucionaré todo. ¡Déjalo de mi cuenta!

Y eso hice, desde luego. De buena gana, y con el pasmo pertinente. Al cabo de diez minutos habíamos entrado en el sancta sanctorum, la antesala imperial donde hasta las moscas están castradas. Y tras presentarme a un secretario como si fuera casi tan sagrado como el escudo palatino de Marte, Léntulo se largó.

—Excúsame, mozalbete —gruñó, palmeándome el brazo—. Ya estás encaminado. Mi amigo Calícrates cuidará de ti. Buen muchacho, Calícrates. Tengo una cena a primera hora. Muchachas nubias y pitones amaestradas. El viejo Cayo Sempronio sabe agasajarte si tienes el brío necesario, ¿eh, muchacho?

Y, con un codazo en las costillas, se fue antes de que pudiera agradecerse. Una pena. Me habría gustado preguntarle por las nubias y las pitones. No es fácil encontrar entretenimientos de sobremesa refinados, ni siquiera en Roma.

El secretario imperial era pura dentadura y aceite capilar.

—Dime, señor, ¿en qué puedo servirte?

—El padre de una cliente acaba de fallecer en las provincias. —Me apoyé en el escritorio, haciendo gala de mi nariz patricia—. Fue exiliado durante el gobierno del divino Augusto, y la cliente y su madre necesitan la autorización imperial para traer las cenizas a Roma.

El secretario sonrió y cogió su pluma y su tablilla de cera.

—Ningún problema, y menos si el caballero en cuestión ha fallecido. Creo que ni siquiera necesitamos molestar al emperador.

—¡Oye, estupendo! —le dije con sinceridad. Perila agradecería que el asunto se hubiera solucionado tan pronto. Y una Perila agradecida, teniendo en cuenta la posdata del tío Cota, podía ser interesante.

—¿Puedo preguntar algunos detalles? —El secretario preparó la pluma—. ¿El nombre de tu cliente?

—Rufia Perila.

La punta de la pluma arañó la cera.

—¿Y el difunto será un tal Rufio?

—Pues no. Era el padrastro de la dama. Se llamaba Nasón. Publio Ovidio Nasón.

El hombre dejó de escribir como si lo hubiera picado una avispa.

—¿Ovidio el poeta? —chilló—. ¿El... caballero que fue exiliado a Tomi? La expresión servil se esfumó como si la hubiera lavado una esponja. Sentí el primer hormigueo de inquietud.

—Así es. Murió el invierno pasado.

El secretario bajó la tablilla con cautela.

—Excúsame un momento, señor.



—Claro —le dije a su espalda. Ya había desaparecido entre las cortinas que había detrás del escritorio.

Me volví y traté de aparentar más calma de la que sentía. La habitación no estaba llena, pero varias personas esperaban detrás de mí: dos o tres senadores antediluvianos y un hato de comerciantes gordos en los bancos, o charlando en grupos.

Más bien, antes estaban charlando. Ya no. Reinaba tanto silencio que se habría oído el pedo de un ratón, y era un milagro que nadie mirase hacia mí. El hormigueo de inquietud se convirtió en escozor. Me apoyé de espaldas en el escritorio del secretario y me puse a silbar entre dientes. Uno de los senadores (octogenario, cuanto menos, con el físico de una momia egipcia comida por las ratas) tragó mal su saliva y se sofocó. Miré con interés mientras sus amigos (todos momias, y casi igualmente decrepitos) lo molían a golpes. Me puse a hacer apuestas conmigo mismo sobre qué parte de él se desprendería primero cuando alguien carraspeó a mis espaldas. El secretario había vuelto.

—Lo lamento, señor, pero por el momento no se podrá dar curso al requerimiento de tu cliente —dijo.

—¿Eso significa que no?

—Precisamente, señor.

Algo iba mal. El tipo estaba sudando. Y los secretarios imperiales no sudan.

—Oye, ¿qué pasa? Me dijiste que no habría problemas. —Ante la duda, busca la yugular.

Ni se inmutó.

—Me equivocaba, señor. Lo lamento, pero es imposible.

—Mira... —Empezaba a sentir fastidio—. Ese sujeto está muerto e incinerado. Sólo quiero sus cenizas.

—Lo sé, señor, pero mis instrucciones...

—Al cuerno con tus instrucciones. Exijo ver al emperador.

Con eso tenía que llegar a alguna parte. Tenía derecho a una entrevista personal. Aunque Tiberio fuera un sujeto hurraño y antisocial, conocía el poder de la aristocracia. No provocas a la flor y nata si no quieres problemas. De buenas a primeras, te encontrarás marginado en los festines.

—No creo que una entrevista con el primer ciudadano sea demasiado fructífera, señor —dijo impávidamente el secretario—. Te aseguro que...

—Escucha, amigo. —Ya estaba hasta la coronilla. Cogí el cuello de su túnica con los dedos y lo atraje suavemente hacia mí—. No te estoy pidiendo consejo ni opinión. Te lo estoy exigiendo. Mi nombre es Marco Valerio Mesala Corvino, soy un noble de veintiún quilates con un linaje que tiene cuatro veces la longitud de tu polla, y si no me conciertas esa cita te cortaré los testículos y te miraré mientras haces malabarismos con ellos.

Se puso muy pálido y sus ojos hicieron señales frenéticas por encima de mi hombro. Los dos pretorianos de la puerta corrieron hacia nosotros con toda la lentitud que era posible para no llamar la atención. Mierda. Solté al secretario, y sus sandalias chocaron con el suelo de mármol detrás del escritorio.

Sudaba como un cerdo y el pequeño músculo de la comisura de la boca temblaba espasmódicamente.

—Créeme, señor, no considero que una entrevista sea posible ni aconsejable. Lamentablemente, tu requerimiento ya ha sido rechazado en el



nivel más alto posible. Por favor, considera que esta decisión es definitiva.
—Recobrando el aliento, se alisó las arrugas que yo le había hecho en la túnica
—. Ahora bien, a menos que accedas a marcharte pacíficamente...

Dejó pendiente el resto, pero lo que mi viejo profesor de gramática habría llamado apódosis amenazadora era bastante obvio. Miré por encima del hombro para confirmarlo. Los guardias aguardaban al acecho, dos gorilas descomunales y musculosos de armadura reluciente, empeñándose en confundirse con el mobiliario. Quizá no se atrevieran a echarme por la fuerza, pero no se bromea con esos tipos.

—Vale. —Alcé las manos, mostrando las palmas. Creo que nunca había estado tan furioso, ni tan calmado—. Vale. Me voy, amigo. Pero no des el asunto por terminado.

Di media vuelta y pasé entre los dos guardias de cara pétrea. Más allá, los senadores y comerciantes formaban un cuadro vacilante y siniestro, como un coro griego esperando su intervención. Hasta el senador que tosía se había callado. Parecía muerto, pero siempre me lo había parecido.

Me asaltó un pensamiento. Me detuve y me volví.

—¿Qué demonios hizo?

—¿Cómo has dicho, señor? —preguntó el desconcertado secretario.

—Ovidio. ¿Qué hizo para merecer el exilio, ante todo?

La cara del secretario parecía tallada en cemento.

—No lo sé, mi señor.

—Tiene que haber sido algo bastante gordo, ¿verdad? Ni siquiera dejan que el pobre diablo vuelva en una caja.

Los labios de cemento no se movieron. Los ojos de cemento permanecieron desenfocados.

No estaba dispuesto a aguantar ese desplante. De nadie.

—No te preocupes, amigo —le dije—. Lo traeré. Lograré que vuelva, de un modo u otro. Díselo a tus jefes.

Y con esas palabras me largué, con la nariz patricia en alto. Mis parientes (algunos de ellos, al menos) habrían estado orgullosos de mí. Éstos son los momentos en que se nota la noble estirpe.

Tardé una hora en hallar la salida.



3

Esa tarde me echaba un sueñecito en mi estudio, poniéndome a punto para un banquete, cuando Batilo asomó la cabeza por la puerta. Estaba realmente despavorido.

—Lamento molestarte, amo —dijo—, pero la dama Rufia Perila está aquí.

El efecto que esa mujer surtía en él era escalofriante. Si lo destiláramos y se lo dábamos de comer a las tropas, sumaríamos Britania al imperio en menos de un mes. Y también Partia, quizá.

—¡Mierda! —Al levantarme de la poltrona, tumbé la estatuilla de Venus trezándose el cabello que estaba en la mesilla. Batilo, con su tacto habitual, guardó silencio, alisándome la túnica arrugada mientras yo me erguía de mala gana. Si hubiera recibido la autorización oficial para traer de vuelta las cenizas, me habría deleitado volver a ver tan pronto a esa mujer. En esas circunstancias, me resultaba tan grato como un puñado de pulgas, y no me desvivía por dar explicaciones bajo el escalpelo de esos hermosos ojos dorados. Claro que mi fracaso no era definitivo. Qué va. Un Valerio Mesala no se da por vencido. Sin embargo, no estaba ansioso de dar el siguiente paso, que consistía en acudir a la vieja camarilla para mover los hilos. Eso significaba cambiar un favor por otro, naturalmente, y veces te piden cosas que te dejan el pelo blanco.

Al menos, en esta ocasión yo estaba sobrio. O bastante sobrio. Digamos que no estaba ebrio. Digamos...

Salí al atrio como si fuera la arena del circo y yo fuera el plato principal del menú. Rufia Perila estaba de pie entre los asientos, admirando el fresco de Orfeo y las ménades que yo había encargado recientemente, y el sol del atardecer que penetraba por el pórtico desde el jardín le besaba el cabello con oro rojo. Debió oírme llegar porque dio media vuelta y (por increíble que parezca) sonrió. Mi corazón dio un respingo. Quizá fuera indigestión.

—Has ido al palacio —me dijo.

—Así es. —Me senté en el diván principal. Batilo ya acercaba una silla, y Perila también le sonrió mientras él la instalaba. Quedó desconcertado un momento. Luego puso una cara radiante. Casi se veía que se le rizaba el cabello.

Batilo es calvo.

—¿Un sorbo de vino, amo? —murmuró. Demonios. El mayordomo perfecto. Le podría haber escarbado el servilismo con una cuchara.

—Sí. Vino con miel para la dama, Batilo, y setino para mí. El especial. —Era el más fuerte que teníamos, y necesitaría algo bastante fuerte si quería sobrevivir a la media hora siguiente sin perder los genitales—. Y no abuses del agua, ¿vale?

—Entonces podemos disponer el retorno de los restos de mi padrastro —dijo Perila cuando él se marchó—. ¡Corvino, es maravilloso!



Normalmente, ese uso de mi apellido sin el añadido formal del patronímico me habría estremecido de placer. Por no mencionar la sonrisa que lo acompañaba. Dadas las circunstancias, me daba ganas de vomitar.

—A decir verdad, mi señora Rufia... —Si llevas las de perder, arrástrate.

—Oh, llámame Perila, por favor. Mi madre estará encantada. En cuanto a la ceremonia fúnebre, aún tenemos la vieja villa en la ladera sobre el cruce de las vías Claudia y Flaminia. Sepultaremos a mi padrastro en el huerto. A él le habría agradado.

—Perila... —¡Por Júpiter! Era como tratar de embalsar un río con las manos.

—Estás invitado a la ceremonia, desde luego.

—Perila, escúchame. Lo lamento, pero...

Me silenció con un gesto.

—¿Cuánto crees que tardará un barco en ir y volver del mar Negro? Habrá algo en Corinto, sin duda. ¿Diez días? ¿Un mes? Calculemos dos, para más seguridad. Eso significa que podemos planear el funeral para...

—¿Vino, señora? —Batilo, reapareciendo con su bandeja de copas de vino, pudo lograr lo que yo intentaba: la interrumpió. Perila frunció el ceño.

—No bebo, normalmente. Pero quizá un sorbillo del setino. Para celebrarlo. Ahora o nunca. Me zambullí en esa pausa.

—Perila, escúchame. Olvídate del funeral. No habrá cenizas. ¿Entiendes?

—Ella abrió la boca, pero yo seguí adelante—. Rechazaron nuestra petición.

Hubo un silencio sobrecogedor, como antes de una erupción del Vesubio, cuando hasta las aves dejan de cantar. Hasta pensé en pedirle a Batilo que verificara si mi testamento estaba a buen recaudo en el escritorio.

—¿Cómo has dicho?

—No puedes traer a tu padrastro desde Tomi. Todavía no, al menos. Nos han denegado la autorización.

Me miraba como si de pronto me hubiera crecido otra cabeza.

—¿Cómo que nos han denegado la autorización?

Cogí la jarra de la bandeja de Batilo, me serví un buen trago y lo empiné de una vez. Quizá fuera mejor estar ebrio, a pesar de todo.

—Hablé con un secretario imperial. Se deshizo en disculpas, pero no podía hacer nada.

Perila se irguió en el asiento. Casi oí el crujido del hielo.

—¿Me estás diciendo, Valerio Corvino —dijo con voz de glaciar—, que permitiste que un burócrata humillara a un patricio perteneciente a una de las familias más rancias de Roma?

—No es exactamente así —respondí con tono conciliador—. Él solo me comunicaba una decisión, de modo que...

—¿Y quién tomó esa decisión? ¿El emperador?

—El secretario no lo dijo con esas palabras, pero lo dio a entender, sí. —Yo empezaba a transpirar.

Valerio Corvino... —La voz de Perila era demoledora—. Tiberio rechazó la solicitud, ¿sí o no?

Me serví otra copa de vino y la bebí. Empezaba a surtir efecto. Con una más estaría a punto.

—¿Cómo diantre puedo saberlo? —repliqué.

Fue un error. Perila se levantó como un faisán en fuga. Estaba rígida de furia.



—Eres una vergüenza para tu nombre y la memoria de tu abuelo —dijo—. Él nunca se habría dado por vencido de ese modo. Por no mencionar al primer miembro de tu familia.

Volví a servirme vino.

—Ese desgraciado sólo tuvo que vérselas con un campeón galo —murmuré—. No con una maldita arpía.

—¿Cómo has dicho?

—Nada. —Mierda. Bebí un buen trago—. De todos modos, ¿quién dice que me he cido por vendado? —Noté que Batilo no se movía. Permanecía rígido con la bandeja, tieso como un adorno de bronce—. Dado por vencido —corregí—. De ninguna manera. Sólo tendremos que probar otro enfoque, nada más.

—Corvino —dijo ella fríamente—, creo que me iré, si no te molesta. Antes de que te pongas más repulsivamente ebrio de lo que estás ahora.

El especial es bueno de veras. Hasta tuve las agallas de alzar la copa en un brindis. Ella me miró de hito en hito y se volvió para marcharse. Mientras salía como una tromba, la luz del sol volvió a apresarle el cabello en una red de oro derretido. En fin. A veces ganas, a veces pierdes.

Estaba felicitándome por haberme liberado de Perila cuando Batilo me anunció que tenía otra visita. Una visita aún más indeseable.

Mi padre.

Como he dicho, no nos llevábamos bien y hacía meses que no lo veía, salvo cuando nos cruzábamos en la calle e intercambiábamos un saludo de fingido respeto. No nos veíamos desde el divorcio. Cuando Batilo lo anunció, yo estaba arriba, preparándome para el festín de esa noche. Volví a ponerme la túnica de estar por casa y bajé, con bilis en el gaznate. Batilo había dejado abierta la puerta del estudio y vi la silueta alta y delgada de mi padre en el interior. Junto al escritorio, examinaba el título de una novela griega que yo estaba hojeando, apretando la mandíbula prominente en una mueca de reprobación.

—Hola, papá. ¿Cómo anda todo? —saludé. Se volvió hacia mí, tan colérico como yo esperaba. Mi padre es tan formal y envarado que cuando lo cremen le encontrarán una varilla en el trasero con la inscripción «Propiedad del Senado y el Pueblo de Roma»—. ¿Te interesa mi colección de libros guarros?

Dejó la novela lentamente. A decir verdad, estaba bastante bien escrita, y no era nada guarra, pero no estaba dispuesto a revelárselo. Le habría arruinado la noche.

—¿Cómo estás, Marco?

—Bien. —Le señalé el único diván del estudio y me senté en la silla del escritorio. Batilo asomó la nariz por la puerta y lo mandé a buscar vino.

Ambos nos miramos en silencio.

—Hoy vi a tu madre —dijo al fin.

—Qué considerado de tu parte.

Alzó una mano conciliadora.

—Ella está bastante contenta.

—Vaya, albricias.

Mi padre arqueó la boca.

—Nuestro matrimonio no funcionaba, hijo. Ponerle fin fue bueno para ambos, y lo sabes.



—Para ti, quizá. No para mí. Y mi madre puso todo su empeño. Ella nunca se habría divorciado. En todo caso, lo habría hecho por un motivo, no porque le convenía en el momento. No porque una nueva esposa sería políticamente ventajosa.

Su rostro cetrino se sonrojó de furia.

—¡No se trataba de eso, Marco! ¡Y no toleraré que me juzgues!

—¡Gracias a los dioses! —repliqué, y él no insistió.

Se oyó un cortés carraspeo ante la puerta y Batilo reapareció. Guardamos un pétreo silencio, acuchillándonos con los ojos mientras Batilo servía. Cuando se marchó, le di una copa de vino a mi padre.

—¿Qué quieres, pues? —pregunté—. ¿A qué debo el inefable placer de tu puñetera presencia, papá? Dímelo y lárgate.

Dejó la copa sin probar el vino. Sus manos temblaban. Las mías también.

—Estoy aquí por un asunto oficial, Marco. Esta mañana causaste cierto revuelo en el palacio.

Bebí un largo trago.

—Te han informado mal. No provoqué ningún revuelo. Hice una solicitud totalmente razonable, y la rechazaron de un modo que consideré insatisfactorio, así que pedí una entrevista con el emperador.

—No fue lo que oí. Me dijeron que tu conducta fue ofensiva.

—No más ofensiva de lo que merecía la situación.

—Y que atacaste a un secretario imperial.

—¡Corta el rollo, papá! —Apoyé la copa en el escritorio con fuerza, y el vino saltó sobre el borde—. ¿Qué esperabas? Ese desgraciado me dijo que no me permitiría ver a Tiberio. ¡Que él no me lo permitiría! ¿Quién diantres es un burócrata para decirle a un patricio que no puede ver al emperador?

—Lo que él te dijo, con toda veracidad, era que tu solicitud había sido rechazada en el nivel más alto.

—Es decir, el propio emperador.

—Ni más ni menos.

—¿Sin tener la cortesía de hablar conmigo? ¿Sin tener la gentileza de explicarme sus motivos?

—El emperador no necesita motivos, Marco. Si dice que una solicitud es rechazada, es rechazada. No tiene vuelta de hoja.

—¡Claro! ¡Por supuesto! —Me levanté y le di la espalda. De lo contrario, le habría pegado—. Ése es tu credo, ¿verdad? El emperador siempre tiene razón, viva el emperador. Si Tiberio aprobara un decreto en alabanza del excremento de perro, al día siguiente te harías servir una ensalada de excremento para la cena.

—Eso no es justo, hijo —respondió mi padre con calma—. Tiberio es el primer ciudadano, la cabeza del estado. Cuando él toma una decisión oficial...

Me volví hacia él.

—Oye, aclaremos esto. No me quejo por la decisión. No soy un chiquillo. Puedo aceptar un no. Lo que me subleva es el modo en que me comunicaron la decisión de Verruga, siempre que haya sido decisión de él, y que me impidieran ejercer mi derecho... —Callé, y luego repetí las palabras lentamente—. Mi derecho, padre, a una entrevista personal. Y si crees que voy a dar por terminado el asunto, puedes irte al mismísimo infierno.

—¡Claro que lo darás por terminado, Marco, a menos que seas un tonto rematado! —rugió mi padre—. Por eso estoy aquí. Eso es lo que he venido a



decirte, y será mejor que me escuches o estarás en un auténtico brete. Olvídate del asunto. Presentaste la solicitud y recibiste tu respuesta. Ahora dile a esa mujer, Rufia Perila, que no puedes hacer nada, y olvídate de ella.

Caminé hasta el escritorio, cogí mi copa y la vacié de un trago.

—¿Cómo supiste lo de Perila, papá?

—Te he dicho que esto es oficial.

—Vale —dije, haciendo girar la copa entre las manos—. Entonces dime una cosa. ¿Qué hizo él? ¿Qué hizo Ovidio para que Verruga lo odie tanto?

Lo que sigue es interesante. Al hablar yo miraba a mi padre a los ojos, así que vi con claridad lo que pasó con su rostro. Fue como si cerraran una puerta. En un momento su expresión era tan abierta como puede ser la expresión de mi padre, y al siguiente sus ojos eran de mármol. Interesante, en efecto; pero, como he dicho, lo miraba a los ojos, y vi algo más. Sólo un centelleo, como el atisbo de una lámpara detrás de una puerta que se cierra, pero era inconfundible. Lo que vi era miedo.

Varo a sí mismo

Es una locura escribir esto. La regla cardinal de un traidor es no consignar nada por escrito, y hasta ahora la he obedecido escrupulosamente. Dejar constancia escrita de la traición es dejar un testigo acusador cuya voz será más elocuente que cien calumnias. Y no deseo hacerlo en absoluto.

Me preguntarás (o me pregunto) por qué lo hago. Ciertamente, no para edificación de la posteridad. La posteridad puede irse al cuerno: mis ojos serán los únicos que lean esto, y lo quemaré en cuanto haya terminado. Tampoco es una confesión, la mortificación íntima de un espíritu atormentado por la culpa. Al demonio con eso. Si alguna vez tuve conciencia, la perdí antes de la pubertad, y además, al igual que la mayoría de los traidores, me siento a gusto en compañía de mi traición, aunque no esté orgulloso de ella. Así que tampoco es eso.

Quizá se trate de una justificación, un intento de comprender, por mí mismo y para mí mismo. ¡Oh, cielos! Suena bastante forzado, pero me temo que es la verdad. Como atenuante, sospecho que no soy el único traidor que desea justificar su traición. Esa enfermedad es endémica entre nosotros. Paulo fue la excepción, por suerte para mí y para otros: murió en silencio. Aunque, para ser justos, Paulo no era un auténtico traidor.

Digamos pues que ésta es la justificación de una traición cometida por el mejor de los motivos. Pero no, esto no es atinado ni veraz. No quiero que me toméis por un repugnante altruista. No, con franqueza, lo que estoy haciendo es provechoso y me abastecerá materialmente por lo que espero sea un largo, confortable y muy autocomplaciente retiro. El hecho de que resulte beneficioso para Roma es relativamente menor para mí, aunque me satisface pensar en ello. Si Arminio hubiera apelado a mi instinto de caballero (suponiendo que yo tuviera tal cosa), o si hubiera sido mezquino con sus recompensas, dudo mucho que el venal Varo hubiera colaborado. Así soy yo. Lamentable, ¿verdad? Lamentable pero cierto.

Como ves, soy totalmente sincero. Pero así son la mayoría de los traidores, según su propia óptica.

Hemos convenido, pues, en describir esto como una justificación. Ahora describiré la escena. ¿Quiénes somos, y dónde estamos?



Somos tres legiones. Quince mil hombres, más la caballería, las tropas auxiliares, los carros con bastimentos y las mulas. El orgullo y poder de Roma y su primer ciudadano, Augusto, con sus pertrechos, regresando al sur, a sus cuarteles de invierno de Germania, una provincia a medias donde soy gobernador y virrey del emperador. Tras completar con éxito la temporada de campañas, marchamos desde nuestro campamento estival del Weser a Vetera, sobre el Rin, donde (¡los dioses nos guarden!) se encuentra mi cuartel general: una distancia de ciento cincuenta millas en línea recta, pero mucho más larga en nuestra marcha, y mucho más extenuante.

Eso es de conocimiento público. Lo que sigue es confidencial. Pronto, quizá entre el Ems y el Lippe, recibiremos noticias de una revuelta al este, entre la numerosa y belicosa tribu de los queruscos.

¿Y luego?

Y luego, mi gentil e imaginario confidente, comenzará el último acto de mi traición.



4

A la mañana siguiente bajé al foro apenas me lo permitió la resaca, con una lista mental de contactos prometedores. Esa lista era bastante breve. Como he dicho, no recurría demasiado a la vieja camarilla y la sola idea de quedar en deuda con los amigotes de mi padre me daba náuseas. No obstante, podía mover algunos hilos, pedir la devolución de algunos favores y, en el peor de los casos, torcer un par de brazos con una juiciosa extorsión. No podía ser tan difícil. A fin de cuentas, ¿qué es un puñado de cenizas y huesos incinerados, estando entre amigos?

El foro bullía como un hormiguero, y como siempre ocurre por la mañana, cuando se hacen casi todas las transacciones, olía a talco de afeitar y poder en bruto. Apenas me interné a empellones en la muchedumbre, oí hablar de un par de timos comerciales, a un senador gordo que trataba de convencer a otro de apoyarlo en alguna marrullería, y a un funcionario público intermedio que aceptaba un soborno para otorgar una concesión de mármol. Un plebeyo del común no habría reparado en nada, desde luego. Estos tratos no se hacen en latín liso y llano. Para entender lo que pasa, hay que conocer el dialecto. Los patricios lo hablamos con fluidez desde la cuna, y gracias a eso seguimos vivitos y coleando cuando cabrones como César y Augusto habían creído eliminarnos.

La suerte me sonrió enseguida. Acababa de llegar al templo de Cástor cuando localicé a Celio Crispo, que bajaba aromáticamente por la escalinata de la basílica Julia y se acercaba en medio de la multitud. Juro que podía olerle el perfume aun a esa distancia: violetas, en general, con una pizca de almizcle. Su amiguito del palacio debía de haberle comprado un galón de esa fragancia. Crispo era perfecto para mis planes. Su abuelo había sido carnicero, nunca había ocupado un puesto público, ni lo ocuparía aun en estos tiempos democráticos y decadentes; mi padre no lo habría tocado ni con tres pares de guantes. Aun así, por motivos en los que no conviene profundizar, era uno de los hombres más influyentes de Roma. Mejor aún, me debía un favor, y bastante grande. No entraré en detalles. Baste decir que se relacionaba con un jovencito, un papá galo de moral muy estricta que acababa de llegar del campo, y una daga muy afilada; y que Crispo había tenido la gran suerte de que en ese momento yo pasara por allí en una litera cubierta.

—¡Oye, Crispo! —grité.

Me vio. Seguro que me vio. Ensanchó los ojos, y luego, en un alarde de histrionismo que no habría engañado a un chiquillo, desvió los ojos, saludó a un amigo inexistente en la escalera del templo de Saturno y salió pitando en la dirección de Hispania. No se lo toleraría. Nadie se hace el despistado con un Valerio Mesala, y menos cuando pide la devolución de un favor. Me lancé en su persecución, pisando algunos augustos callos senatoriales y ultrajando un par de dignidades, y lo detuve con una mano en el hombro a un paso de la plataforma de los oradores.



—Corvino. —Parpadeó como si yo hubiera salido de la nada—. Qué grata sorpresa.

—Ya lo creo. —Me enjuagué la mano en la túnica—. ¿Dónde es el incendio, Crispo?

Miró a ambos lados.

—¿Qué incendio?

—Estabas corriendo, miserable. ¿Por qué no quieres hablar conmigo?

—Llevaba prisa. Llevo prisa. Alguien del Tesoro. Debo hablarle con urgencia.

Estaba asustado. Se le olía el miedo a pesar del perfume, y le temblaban las comisuras de la boca.

—Él puede esperar, Crispo. —Le cogí el brazo con firmeza y traté de no aspirar hondamente mientras lo llevaba de vuelta hacia el arco de Augusto—. Él puede esperar porque yo voy a convidarte a un trago en Gorgo, ¿verdad? Y luego te diré lo que puedes hacer por mí.

Cuando llegamos a la taberna de la vía Sacra, Crispo tenía la vitalidad y el color de una lechuga de dos días. Y yo no le había dado el tarascón. ¡Qué va, ni siquiera lo había mordisqueado! Eso sólo podía significar una cosa. Él ya estaba enterado de lo que yo quería. Y eso, dada la reacción de ese desgraciado, era interesante.

Crispo era un traficante de chismes sucios, cuanto más turbios mejor. Secretos políticos, escándalos sociales. Quién follaba con quién, o preferiblemente con qué, y cómo y por qué lo hacían. No tenía escrúpulos ni conciencia. Tampoco sufría de los nervios, y ésta era la clave. Sus conocimientos le daban de comer y lo mantenían a salvo (Crispo conocía muchas cosas sobre mucha gente), pero esa vida no era ideal para la digestión: como caminar en la cuerda floja con tu segundo peor enemigo arrojándote piedras, y el primero trabajando con una sierra. Si Crispo tenía miedo de darme la información que yo buscaba (y obviamente lo tenía), yo daría mucho por saber por qué.

Era un día frío pero necesitaba aislamiento, así que ocupamos una mesa de la calle. Pedí una jarra de albano y una bandeja de queso con higos secos, y en cuanto el camarero se marchó fui al grano.

—Aún eres agregado de la rama imperial del servicio público, ¿verdad?

Asintió con discreción. Ambos sabíamos qué significaba «agregado».

—Bien. —Bebí un cauteloso sorbo y tragué con cuidado. El mejor vino de Gorgo podía caerte como un puñado de gravilla—. Últimamente he tenido ciertos problemas con ellos. Quizá te hayas enterado.

Crispo no dijo nada. Un esturión hervido tenía una cara más expresiva.

—Vale. —Fingí no alterarme—. Quizá no te hayas enterado. Quiero traer las cenizas del poeta Ovidio de vuelta a Roma y necesito ayuda. Has sacado el número de la suerte.

El cabrón temblaba tanto que la mesa se movía, pero fingí no darme cuenta.

—Me gustaría, Corvino —dijo—. Créeme, pero...

—Crispo —interrumpí—, el pobre diablo ha muerto, ¿vale? No estoy pidiendo un indulto imperial. Sólo quiero sus cenizas en una imple urna de arcilla. Venga, pórtate bien. Susurra una palabra discreta al oído de alguien, o lo que hagáis en vuestra diplomática profesión, y ahórranos problemas a todos.



—No es el tipo de cosa que maneja mi... mi sección. Y no quiero pasar por encima de nadie.

—No me vengas con eso. —Le acerqué el plato de queso e higos. Negó con la cabeza. Tampoco había tocado el vino, pero quizá sólo fuera buen gusto—. Son pamplinas y lo sabes. Si tu amigo no se encarga de esos asuntos, entonces conoces a alguien que lo hace, y sin duda sois tan buenos compadres que compartís el estrigilo en los baños.

Me miró con rabia, y comprendí que sin darme cuenta había tocado un punto flaco. Sin embargo, las complicaciones de la vida personal de Crispo no me concernían.

—No digo que no sepa con quién hablar —dijo—. Claro que sí. Pero no serviría de nada.

—¿Por qué no?

Tenía la frente lustrosa de sudor. Se la enjugó con el dorso de la mano.

—Mira, Corvino, no insistas. No serviría de nada. Créeme.

—No te creo. Trata de persuadirme. —Me metí un higo en la boca, mastiqué y tragué—. Mira, Crispo, me debes un favor. De no ser por mí, estarías cantando como soprano en el coro de empleados públicos. No te pido mucho, y no aceptaré una negativa. Así que búscame una solución, ¿sí?

—No lo entiendes. —Ahora tenía la cara gris, y el tic de las comisuras de la boca estaba empeorando—. La decisión ya está tomada, y es definitiva.

Perdí la paciencia.

—¡Pues procura que tomen otra! ¡Crispo, estoy harto de esto! ¿Desde cuándo el disgusto del emperador se extiende a una urna de puñeteros huesos? Eso es Ovidio ahora, al margen de lo que haya hecho hace diez años. Y ya que hablamos del asunto, si no puedes ayudarme a traerlo de vuelta, al menos cuéntame qué hizo.

Mientras decía estas palabras, vi que el miedo le saltaba a los ojos antes de que cerrara los postigos. Esto se estaba poniendo monótono. Primero el secretario, luego mi padre. Ahora Crispo. Al parecer toda la gente con que hablaba sabía cuál había sido el crimen de Ovidio. Yo debía de ser el único en Roma que lo ignoraba.

No tenía sentido gritar. Me apacigué un poco, me eché hacia atrás, vacié la copa de vino y me serví más. Sonreí, o lo intenté.

—Vamos, Crispo —dije—. Una mina de información como tú podrá contarme esa historia, ¿verdad? ¿Qué crimen cometió Ovidio? ¿Por qué Verruga está emperrado en impedir que sepulten las cenizas de ese pobre diablo en suelo romano? Sólo dime eso, y te juro que si el motivo es convincente desistiré y me iré a casa. Deuda cancelada. ¿De acuerdo? —Me clavaba ojos con fascinado horror, como un conejo mirando a un armiño—. ¿Tan terrible fue lo que hizo Ovidio?

Crispo dio un rápido vistazo a ambos lados, como si esperase que el emperador en persona saliera de debajo de una mesa vecina y lo acusara de traición.

—Olvídalo, Corvino —murmuró—. No escarbes, no hagas preguntas, no hagas nada. Abandona este asunto ahora mismo si no quieres lamentarlo.

Y antes de que pudiera detenerlo, se levantó y puso pies en polvorosa, alejándose de la mesa e internándose en la calle con la rapidez de un atleta olímpico. Le arrojé unas monedas al camarero y traté de seguirlo. Pero sin duda corrió como un bólido, pues cuando lo busqué se había esfumado.



Otro tanto para los burócratas, pensé agriamente mientras regresaba para terminar el vino. Pero estaban desvariando si esperaban que desistiera tan fácilmente.

¿Dónde estábamos, pues? Hasta ahora sabía dos cosas. Primero Ovidio era culpable de algo que era conocido por todos, al menos entre los influyentes y sus «agregados». Segundo, era tan grave, o tan delicado políticamente, que aun al cabo de diez años todos tenían miedo de hablar de ello. Y eso era interesante.

¿Cómo podía averiguarlo?

La respuesta era tan ridículamente obvia que sentí ganas de patearme hasta volver al Palatino.

Perila era la hijastra de Ovidio. Ella sabría lo que había hecho. O su madre. Sólo tenía que preguntarle.

Fácil, ¿verdad?



5

La casa de Sulio Rufo estaba en las laderas del Esquilino, cerca de los Jardines de Mecenas. Era la propiedad típica de un adulador: llamativa, pero no tan fastuosa como para atraer una envidia peligrosa en estos tiempos hostiles al lujo. El esclavo que me abrió la puerta vestía de rojo. Dado el aspecto del lugar, eso podía deberse a dos motivos: primero, un cutre retruécano visual con el nombre de Rufo; segundo, porque el equipo de los Rojos era el favorito de Tiberio en la pista de carreras. Al menos, todos creían que era el favorito de Tiberio. Yo tenía mis dudas, pues Verruga era muy capaz de propagar un rumor así tan sólo por la diversión de ver cómo los papanatas como Rufo se desvivían por lamerle el culo.

El mosaico de la pared del vestíbulo también era políticamente correcto. Nada de «Cuidado con el perro» ni esos bodrios burgueses. Esto era arte: un divino Augusto de gran tamaño, irradiando áureos rayos de gloria desde el noble semblante, sentado en una nube rosada entre las diosas de la piedad y la liberalidad, derramando su insigne resplandor en la diminuta ciudad de Roma, que estaba a sus pies. Todo hermosa y exquisitamente trabajado en piedras del tamaño de una uña. Hasta se distinguían los pezones de las diosas.

Esa cosa debía de haber costado un brazo y una pierna. Casi le vomité encima.

Le di mi nombre al esclavo y él me condujo por el atrio de columnas de mármol hasta el jardín. (En la piscina, noté al pasar, había una Venus bañándose con varios cupidos. Quizá otro cumplido a la familia Julia, los antepasados adoptivos de Augusto. O quizá Rufo era un lujurioso desenfrenado.) El día estaba más radiante, pero aún hacía frío. Perila, sentada en una silla al amparo de un madroño y vestida con un atractivo vestido amarillo que parecía más destinado a mostrarla que a abrigoarla, no parecía preocupada. A sus pies estaban desparramados la mitad de los libros de la biblioteca Polio; que era más o menos lo que esperaba. Después de su última visita, yo había investigado a la dulce Rufia Perila. Era una tipa bastante lista, no sólo hijastra de un poeta sino una poetisa que conocía al dedillo a los campeones de la literatura. Como ofrenda de paz para una de las bobaliconas de costumbre, yo habría llevado perfume o alguna bagatela de Argirión, la tienda del Saepa. Para Perila había escogido un libro: una valiosa obra de un marica alejandrino que escribía sobre pastorcillos (no, no sé quién era, pero sé que era caro).

Ignoro por qué quería disculparme cuando era ella quien me había insultado. Pero así funcionan las cosas. Si entiendes eso, entiendes a las mujeres.

—¡Corvino! —Apartó la cara sonriente del rollo que estaba leyendo—. ¡Encantada de verte! —Buena noticia. Parecía que me había perdonado, aun sin el libro. De todos modos, se lo entregué. Miró la etiqueta del título y ronroneó con ese tipo de placer que yo reservo para el esturión horneado con



salsa de membrillo—. ¡Ah, una maravilla absoluta! ¡Gracias! —Se volvió hacia el esclavo—. Calías, trae una silla y un poco de vino para Valerio Corvino.

Una dama sensible, sin duda. Quizá la había juzgado mal.

El esclavo salió como un bólido y volvió en tiempo récord. Tenía un aspecto aturullado y mustio que reconocí, y me compadecí del pobre infeliz. Ser esclavo en casa de Perila debía de ser tan enervante como ser manicuro de los leopardos de Cleopatra.

Me senté y bebí vino. Era falerno, así que tendría que haber sido bueno, pero era de pésima calidad. El ausente Rufo tendría sus virtudes (y debía de tener algunas, aparte de una labia seductora), pero obviamente no incluían un paladar con discernimiento. O quizá fuera culpa del bodeguero. En tal caso, el desgraciado merecía que lo crucificaran con una jarra de ese vino en el culo. Aparté la copa con disimulo.

—Bien. —Perila dejó el libro a un lado y se reclinó, regalándome una sonrisa que habría lanzado a cualquier escultor griego digno de ese nombre en busca de su libro de bosquejos—. No me digas nada. Has ido a ver al emperador y él dio su acuerdo.

—La verdad... no, Perila. No he venido por eso. —La sonrisa se le borró de la cara, pero al menos no puso su cara de hielo.

—Pero estás avanzando.

—Lo intento. Pero no hay nada que hacer.

—¿Por qué no?

Me encogí de hombros.

—Vete a saber. Sólo recibo negativas rotundas de todo el mundo. Creo que tiene algo que ver con el crimen de tu padrastro. —No respondió, así que fui más explícito—. ¿Qué hizo el viejo, Perila? ¿Prometió que entregaría Armenia a los partos? ¿Violó a Livia? ¿Violó a Augusto? ¿Le reventó un forúnculo a Verruga? —Silencio—. ¡Habla, muchacha! Soy tu patrón, ¿recuerdas?

—No lo sé —contestó al fin—. Mi padrastro nunca nos lo dijo.

¡Por Júpiter!

—¿Cómo que nunca os lo dijo? El hombre ya estaba castigado. El secreto se sabía.

Ella meneó la cabeza. Su cabello dorado estaba sujeto en una trenza ceñida, más sencilla de lo que dictaba la moda pero que le sentaba a la perfección. Un rizo provocador rozaba cada sien. Olí a rosas.

—Se lo preguntamos —dijo—. Al menos mi madre se lo preguntó. Yo era demasiado pequeña. Pero ni siquiera se lo contó a ella. Dijo que era demasiado peligroso.

Sentí un cosquilleo en el cuero cabelludo.

—¿Peligroso? ¿Peligroso para quién?

—Para él, supongo. Quizá para mi madre y para mí. Lo cierto es que no nos dijo nada.

No podía creerlo.

—¡Por favor, Perila! Sé que no tuvo difusión pública, pero tu madre debe de haber sabido lo que hizo, o al menos lo habrá deducido. Eran muy íntimos, ¿verdad?

—Sí. Mucho —murmuró.

—¿Y me dices que no se lo contó a ella? ¿Nada de nada?

—Quizá ella lo sepa. —Perila había bajado los ojos y su voz era apenas un susurro. Esperé algo más, pero no habló. Había algo que yo no entendía.



—¿Entonces por qué no le preguntas sin rodeos?

—Porque no serviría de nada.

De nuevo esa frase. Me la había dicho el secretario, y Crispo. Sonaba rara en labios de Perila.

—¿Ovidio no dijo nada antes de partir? ¿No dejó ninguna pista en sus cartas? Envió cartas, ¿verdad?

—Claro que sí. —Perila arrancó una ramilla de un arbusto y la hizo girar distraídamente entre los dedos—. Él hablaba... de sus actividades más frecuentes. No sólo en sus cartas. También en sus poemas.

¡Al fin llegábamos a alguna parte!

—Pues dime.

—Según él, cometió un error. Vio algo que no tendría que haber visto, y no lo denunció.

—¿Y?

—Eso es todo.

Me recliné. Demonios. Cuanto más me metía en este asunto, más intriga me causaba, y más se me escabullía. Insinuaciones y rumores. Como niebla o agua entre los dedos.

—¿Eso es todo?

—Ya me has oído. Bah, hay más, mucho más, pero ése es el meollo. Eso, y lo que él no hizo.

—¿Lo que no hizo? —Yo empezaba a sonar como el coro de un dramaturgo chapucero.

—Él afirma que no sacó ningún provecho personal de ese asunto. Y no había matado a nadie, ni había cometido una falsificación, un fraude ni una traición.

—Eso no deja muchas posibilidades.

—No.

—¿Me estás diciendo que Ovidio no hizo nada en absoluto? —exclamé con todas las letras—. ¿Que Augusto lo mandó a Tomi sólo por haber visto algo que no tendría que haber visto?

—Y por no haberlo denunciado. Así es.

—¡Es una locura! ¡No tiene el menor sentido! ¡Por la divina polla de Júpiter, estamos hablando de un exilio!

—No obstante, Corvino, eso es todo lo que hay. Y por favor, no uses ese vocabulario. No me agrada.

—¿Pero qué pudo haber visto para merecer ese tratamiento? Lo despacharon al mar Negro por el resto de su vida, sin juicio ni apelación. Ni siquiera le permiten volver para la sepultura.

—No lo sé.

—¡Por favor, muchacha! ¡Eres su puñet...! ¡Eres su hijastra!

Apretó los labios y desvió los ojos.

—Ya te he dicho todo lo que sé —dijo—, y te agradecería que cambiáramos de tema.

Quizá no sepa distinguir a Bion de Mosco, pero sé muy bien cuando una mujer me oculta la verdad. Y si alguna mujer hermosa me había mentado descaradamente, era Rufia Perila. Esperas obstrucciones por parte de burócratas quisquillosos y de arribistas como mi padre y Crispo, pero no del cliente que tratas de ayudar.

Me levanté.



—Está bien, no me digas nada. Lo averiguaré por mi cuenta. De todos modos, ya debo irme. Me espera una larga noche de libertinaje y primero necesito emborracharme. Gracias por tu hospitalidad, dama Rufia.

Se volvió para encararme, y tuvo la gracia de parecer culpable, pero eso fue todo.

—Gracias por el libro —dijo—. Fue amable de tu parte pensar en ello.

—El gusto es mío. —Estaba casi tan furioso como en la oficina del secretario—. Será hasta pronto. —Cuando pasé junto a ella, me apoyó una mano en el brazo.

—De veras, no sé por qué desterraron a mi padrastro, Corvino. No te ocultó nada. Soy sincera.

—Claro —repliqué, pero me había detenido. Regresar a mi casa con la marca ardiente de esos dedos en la piel me habría resultado tan imposible como organizar una fiesta para mi padre y su nueva esposa.

Ella bajó los ojos, pero yo ya había visto el destello de las lágrimas.

—Tengo mis ideas sobre el tema, pero son sólo eso. Ideas mías.

—¿No quieres compartirlas?

Negó con la cabeza.

No, lo más probable es que sean erróneas, de todos modos. No tienen mayor sentido.

Yo tenía un nudo en la garganta del tamaño de un huevo. Como he dicho, soy un majadero bondadoso. Sin embargo, también tenía mi orgullo. Un Valerio Mesala no se derrite fácilmente.

—Como quieras —dije, y recobré el brazo. Ya nada me retenía.

—¿Seguirás intentando... obtener la autorización?

—Desde luego —dije envaradamente—. Te lo prometí.

Ella se levantó y antes de que yo me enterase de lo que pasaba me dio un beso leve en la mejilla. Era la clase de picoteo de pajarillo que esperas de tu hermanita menor, pero en mí surtió el efecto de un apasionado beso de lengua corintio. Murmuré algo apropiadamente noble sobre mis deberes de patrón y escapé a toda prisa.

Le había dado mi palabra de que haría traer las cenizas de su padrastro, y me proponía cumplirla a toda costa. Pero mi idea de cómo lograrlo era tan precisa como los conocimientos que tiene una ostra sobre carpintería.

Varo a sí mismo

Vela ha venido a pedir la consigna para los centinelas. Le di «Vigilancia inflexible», una broma que él no entendió. Numonio Vela es mi lugarteniente, con responsabilidad especial sobre la caballería. Ésa es otra broma.

Los caballos siempre me parecieron bestias estúpidas. El seso sólo les alcanza para no deshacerse de sus jinetes en combate, y así marchan alegremente hacia su posible evisceración. Dicho de otro modo, están bendecidos con las virtudes militares perfectas. Los caballos y Vela tienen mucho en común. Vela es una nulidad de obtusidad asombrosa, un cretino incapaz de seguir un razonamiento más allá de la primera premisa obvia. La palabra que se me ocurre es sólido, o quizá estólido, pues Vela no tiene rigidez ni entereza. Es grueso y almidonado como las gachas. Podrías amasarlo con las manos, en cuerpo y alma. Ello no significa que posea fibra moral. Si Vela es



incorruptible (y lo es, claro que lo es), su virtud no es fruto de la elección sino de la pereza mental y espiritual.

En síntesis, estimado confidente, Numonio Vela es un pelmazo de primer orden. No es un castigo menor tener que atravesar la Germania en su compañía.

Quizá debería darte más nombres, y las caras que los acompañan. No te fatigaré con una lista larga. Somos pocos los escogidos, a pesar de las miles de almas vivientes que nos rodean. Tres (sin contar a Vela) serán suficientes.

Ante todo, el egregio Egio. Mi comandante de campo, o uno de ellos. Un soldado de raza, un romano por antonomasia, que se habría plantado junto con Horacio en el puente, pero se habría negado a la cobardía de destruirlo. Si Vela es gachas frías, Egio es puro pimienta y especias picantes, un hombre impulsivo destinado a la gloria o la tumba; su destino más probable es el segundo, y que le aproveche mientras no nos arrastre a los demás. No puedo lograr que me guste Egio, pero tiene su utilidad, sobre todo por su antipatía natural hacia Vela. Ésta es recíproca, y me brinda mucha diversión.

Luego, Marco Ceonio, mi otro comandante de campo y, por necesidad, aliado. Venal, codicioso (aunque, como sabes, yo no debería hablar así), cobarde y corrompido como un higo podrido, al que lamentablemente se parece su rostro. Es posible que también él conquiste la gloria, pero será inmerecida y la obtendrá por astucia y no por mérito. Lo más probable es que la tumba lo reclame prematuramente, pero será con la jabalina de un soldado raso clavada en la espalda. La tropa lo detesta, y con buenos motivos. Es raro conocer a alguien sin cualidades que lo rediman. Ceonio se aproxima tanto como es humanamente posible.

Tercero y último, un humilde servidor: Publio Quintilio Varo. Ex cónsul, ex esto, ex aquello (después de todo, no volveré a tener sesenta). Virrey de Augusto y general de este glorioso ejército. Amante de la buena vida y del oro acuñado y (un atributo nada menor) traidor contra el estado. Creo que esto bastará por el momento. A fin de cuentas, no deseo ahuyentar del todo tu simpatía.

Desde luego, notarás que no he descrito a Arminio, que es el personaje más relevante. Paciencia. Como todo buen general, debo mantener algo en reserva. Conocerás a Arminio oportunamente, y prometo que te empacharás de él.

Allá vamos.



6

No emprendí el regreso tras irme de la casa de Perila. Había dejado un anillo de sello para reparar en la tienda de Cadmo, en la calle del Zorro, frente al Saepta, lo cual significaba otro viaje hasta la zona céntrica. No me molestaba. Me agradaba caminar por la ciudad, pese al mal tiempo. Además, era una excusa para dar un paseo por la Suburra.

Sí, ya sé. Es la clase de comentario que los jóvenes herederos de la fortuna familiar esperan de sus papás ricos. Significa que los vejetes andan mal de la azotea y es hora de llamar a los abogados para endilgarles un certificado de flagrante inestabilidad mental. Nadie en su sano juicio camina por Roma si puede evitarlo. Las multitudes son más numerosas que pulgas en el jergón de una ramera barata, en verano hace un calor hirviente y en invierno un frío glacial, y todo el año las calles apestan a residuos, verdura rancia y todo lo demás, desde incienso barato hasta perros muertos y pescado podrido. Y eso es sólo el principio. Si nos desviamos de las arterias principales para internarnos en los distritos más pobres, descubrimos que los lugareños más emprendedores prestan servicios de degüello, atraco y ratería que no tienen parangón en todo el imperio. Si nos atenemos a la avenida principal, quizá recibamos el impacto de algo que arrojaron de un inquilinato. Y si andamos de muy mala racha, quizá nos caiga encima el inquilinato mismo. Sin risas. He sido testigo.

Pero me gusta Roma. Ya, es un vertedero fuera de los tramos donde Augusto encontró ladrillo y dejó mármol, y apesta más que el retrete de una taberna en pleno verano, pero tiene carácter. ¿En qué otro sitio compras un actor enano negro como la pez, una cabra quiromántica te predice la fortuna o pillas la gonorrea de una tragasables, todo en pocos pasos a la redonda?

Roma es un plato fuerte. Puede lastimarte, incluso matarte, pero no puede aburrirte.

El cielo empezaba a encapotarse en serio cuando dejé la ladera del Esquilino y me interné en la Suburra. Pésima noticia. La mayoría de la gente que trabaja en esa parte de la ciudad no puede permitirse impermeables, y mucho menos literas, y las probabilidades de encontrar una litera de alquiler entre la calle Puliana y el Argileto es tan grande como ver a Verruga zapateando por unos cobres en la plataforma de los oradores. Me ceñí la capa, me bajé la capucha para no sentir el viento en los ojos, y traté de pensar en otra cosa que no fuera en cómo me iba a empapar hasta llegar al Saepta.

Por ejemplo, lo que había averiguado sobre Ovidio.

Primero. El motivo de su exilio no era ningún secreto entre los que yo llamaría los lameculos: sujetos como mi padre y Crispo, que tenían contactos con el gobierno y sabían dónde se colgaban los trapos sucios. Si temían abrir sus púdicos labios por miedo a que se los cerraran de un castañazo, el secreto era bastante delicado, aunque fuera historia antigua.



Segundo. Ovidio no había hecho ninguna de las cosas que normalmente te llevan al exilio. O al menos afirmaba que no. Ni traición, ni asesinato, ni falsificación ni fraude. Y eso, como le había dicho a Perila, no dejaba muchas posibilidades. Quizá mintiera, desde luego, pero no me parecía así. ¿Por qué tomarse el trabajo de negar una acusación que nadie le hacía a menos que realmente dijera la verdad? Perila había dicho que ella y su madre aún conservaban la villa de las afueras de Roma, es decir que el emperador no había confiscado el patrimonio de Ovidio. Si el crimen era realmente grave, eso tampoco encajaba.

Por último: no sólo no habían acusado a Ovidio de ninguno de los delitos que él había enumerado. No lo habían acusado y punto. No hubo imputación ni juicio, no hubo nada de nada, sólo una cita para una entrevista privada con el emperador y un billete sólo de ida por decreto imperial. Eso no sucedía con un crimen normal. Más aún, Augusto había dejado claro que era un caso cerrado, al margen de lo que ese hombre hubiera hecho para sacarlo de sus imperiales casillas. No se hacían preguntas ni se daban explicaciones. Más extraño aún, cuando Verruga subió al poder y algunos notables de Roma le suplicaron que derogara el edicto o al menos trasladara al pobre diablo a un sitio donde los lugareños no arrastraran los nudillos al caminar, Tiberio se había negado. Ni indulto ni explicación, sólo esa negativa rotunda. Y ahora el hombre había muerto y el emperador ni siquiera le hacía lugar en Italia para sus huesos.

Un asunto muy espeso. Y extraño por donde lo mirases.

Crucé en el empalme de Puliana con Orbiana y vi una familia de músicos callejeros. Eran talentosos: el abuelo con los timbales, papá con el tamboril y mamá con la flauta doble, y detrás de ellos un crío de túnica parda y sucia escarbándose la nariz como número cómico. La hija —que no era ninguna chiquilla— recogía monedas. Tenía una falda corta con campanillas, un sostén de cuero y una expresión de aburrimiento demoledor. Con ese tiempo, se debía de estar congelando. Cuando se me acercó, le deslicé una pieza de plata bajo cada copa del sostén, le palmeé las posaderas y me marché deprisa, antes de que papá descubriera por qué sonreía la niña. Siembra un poco de alegría, ése es mi lema. Además, tenía unas tetas maravillosas. Luego me interné en una calleja que me llevaría por el corazón del distrito hasta la calle Suburra.

¿Qué había hecho Ovidio, pues? Yo sólo contaba con su extraña y esquiva afirmación de que había visto algo que no debía y no se lo había dicho a nadie. No era precisamente apabullante, y no era causa para ganarse un exilio vitalicio en un agujero como Tomi, perdido en los quintos infiernos. Y menos para impedir que los familiares recobraran las cenizas. Esto era inaudito. Claro que el estado podía exprimir a la parentela si el delito había sido grave, pero eso no era lo mismo que impedirle sepultar los huesos cuando el fulano moría. Al margen de la culpa de Ovidio, esta reacción refleja y continua era peculiar, totalmente desafortunada y absolutamente inexplicable.

¿Qué nos quedaba entonces? Algún escándalo, obviamente, que Augusto quería enterrar profundamente, deprisa y para siempre. Un escándalo era lo único que explicaba el secreto y la ausencia de acusaciones formales, y podía ser personal, político o ambas cosas. Yo apostaba por lo personal. Ovidio no era político y, como he dicho, tenía la reputación moral de un gato de callejón. Tras enviarlo a Tomi, Augusto había retirado sus poemas de los anaqueles de las bibliotecas públicas de la ciudad. Yo lo sabía por experiencia. Recuerdo que pocos años después, siendo un niño con hoyuelos, traté de echar mis



libidinosas manos a su *Arte de amar* —una meticulosa guía para la seducción — y me echaron con cajas destempladas y un apolillado ejemplar de ese apasionante tratado de Catón sobre la agricultura. Un escándalo social salpimentado con sexo, tan cercano a la familia de Augusto como para tomarlo como insulto personal, tan grave como para exiliar al culpable y advertirle de que cerrara el pico incluso ante la esposa y la hija. Y tenía que haber ocurrido diez años atrás, en la época en que...

En que...

¡Por Júpiter! Me detuve tan súbitamente que la mujer corpulenta que me seguía a un par de pasos chocó contra mi espalda. La vara que llevaba, con dos gallinas colgadas cabeza abajo, me propinó un porrazo en el lado de la cabeza.

—Fíjate por dónde vas, hijo —me dijo, o palabras de ese tenor. La Suburra no es sitio para encontrar una dicción refinada.

—Ya, ya, lo lamento. —Todavía estaba aturdido, y no por el porrazo. La vieja me miró raro y pasó de largo. Las gallinas tampoco parecían muy contentas.

¡Julia! ¡El escándalo de Julia!

No recordaba los detalles (entonces era sólo un crío, con menos de diez años), pero sabía lo esencial. Había ocurrido ese mismo año, estaba seguro. Julia, la nieta de Augusto, había sido condenada por adulterio y desterrada a un islote de mala muerte. Y Julia, cuando no estaba meneándose con media Roma, era una de las benefactoras literarias de Ovidio...

Seguí caminando, y la cabeza aún me zumbaba como una colmena. Tenía que estar en lo cierto. No podía ser coincidencia que los dos exilios estuvieran tan cerca uno del otro. Si Ovidio se acostaba con Julia y el emperador lo había descubierto, Augusto tenía buenos motivos para echar chispas. Pero yo estaba seguro de que habían acusado a otro tipo de meter la mano en las bragas. Nombrado y acusado públicamente. Y si Julia lo traicionaba con Ovidio, ¿por qué no decirlo? ¿Por qué no acusar también a Ovidio en vez de andar con tanto misterio? Y si no habían tapado el asunto, y Ovidio sólo sabía que Julia era una golfa y no lo denunciaba, ¿por qué no acusarlo públicamente de eso y liquidar la cuestión?

Sí, ya sé. Esto no alcanzaba ni para freír una anchoa. Pero era un comienzo; el delito de Ovidio, fuera cual fuese, tenía que estar relacionado con el asunto de Julia. ¡Tenía que ser así! Sólo se trataba de combinar todas las piezas. Sería una ayuda contar con más información. El nombre del adúltero, para empezar, y qué había sido de él. Si podía encontrar a alguien que conociera los pormenores y estuviera dispuesto a revelarlos, quizá yo pudiera seguir por mi cuenta. La primera parte era fácil. La segunda...

Sí, la segunda era un engorro. Últimamente la gente me evadía tanto que yo me husmeaba la túnica para ver si tenía mal olor. Si yo tenía razón sobre el asunto de Julia y empezaba a hacer preguntas que implicaran respuestas embarazosas, las cosas se pondrían peor.

Sentí las primeras gotas de lluvia al llegar a la calle Suburra. El Saepta aún estaba lejos, yo empezaba a lamentar mi desvío y las nubes se estaban acumulando como una manada de elefantes en celo. Quizá fuera buena idea enfilar hacia la plaza de Augusto. Allí siempre había literas buscando clientes, pero si la lluvia se descargaba estarían todas ocupadas. Las calles que rodeaban la plaza siempre estaban atestadas y yo no era el único peatón sin



sombrero ni impermeable con dinero en el zurrón. Existía la leve posibilidad, sin embargo, de que consiguiera una litera antes de eso. La calle Suburra es una arteria principal y aunque dista de ser una zona distinguida a veces uno tiene suerte. Me volví para mirar si venía algo en mi dirección.

A cierta distancia un hombre cruzó hacia mi lado de la calle. Era uno de esos personajes que no pasan inadvertidos, la mitad del tamaño del mausoleo de Augusto y dos veces más feo, pero sin ese contoneo simiesco que tienen algunos grandullones. Un espadachín profesional, quizá. O un ex soldado. Alguien que sabía que su tamaño era problema de otro. Vi venir lo que pasaría: en esa parte de la ciudad no puedes cambiar bruscamente de dirección si quieres conservar la popularidad, y hasta cruzar la calle lleva tiempo. El grandote chocó contra un vendedor de aceite, lanzándolo por los aires y salpicando a media docena de ciudadanos pacíficos con aceite para lámparas. Si hubiera tenido tiempo, me habría quedado para enriquecer mi vocabulario, pero la lluvia arreciaba y el cielo estaba negro como el culo de un nubio.

Había avanzado unos pasos más cuando estalló la tormenta, una tormenta con todas las de la ley. La lluvia que caía del cielo negro siseaba y rebotaba en la acera como granizo y se acumulaba en las alcantarillas. De pronto la calle era un río pardo y lodoso lleno de hojas de repollo, insectos ahogados y boñigas de mula. Todos buscaban refugio, yo incluido, pero no había dónde refugiarse. Mi capa quedó empapada en segundos. Tenía las orejas y los ojos tapados, y fue pura suerte que avistara la puerta abierta de una tienda de alfarero. Me zambullí dentro como un conejo en la madriguera.

La tienda estaba oscura y silenciosa después del caos de afuera. Dedicué un momento a maldecir y tratar de enjugarme el agua de los ojos con la capa mojada. Luego me di la vuelta.

El grandote que había derribado al vendedor de aceite se interponía entre la puerta y yo; justo entre la puerta y yo. Una mala señal, en la Suburra.

Miré en torno. La tienda estaba desierta. Estupendo. Entre todas las tiendas de Roma, tenía que escoger la menos concurrida.

—¿Tu nombre es Valerio Corvino? —Uno podía colgar las botas del acento de ese tipo. Un extranjero, tal vez germano.

—¿Y con eso qué? —Con disimulo, cerré la mano sobre la empuñadura de la pequeña póliza de seguro que llevo sujeta a mi antebrazo izquierdo.

Se me acercó sin responder. Como decía, no era una beldad. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y pude ver la profunda y vieja cicatriz que le cruzaba el lado izquierdo de la cara. También le faltaba parte de la oreja izquierda. Yo no me había equivocado. Espadachín o soldado, tenía experiencia en grescas.

—Oye, amigo, me recuerdas a alguien. —Ya había extraído la daga, pero no la mostré. Necesitaba todas las ventajas posibles—. Ese gorila de los Jardines de Mecenas. Sólo que él es más guapo.

Sutil como un ladrillo; ésa era mi intención. Pero si creí que podía instigarlo a cometer un acto que lamentaría, me equivocaba. Él sólo sonrió, mostrando dientes que parecían las lápidas rotas de la vía Apia.

—Eres Corvino, en efecto —dijo—. Me han pedido que hablara contigo, amigo.

Desnudé la daga, pero él no se movió, ni siquiera pestañeó. Eso me preocupó bastante. No esperaba que el tipo saliera corriendo de la tienda, pero cierta cautela de su parte me habría reforzado el ego. Tal como venían las



cosas, él aún llevaba las de ganar. Eché una mirada atenta atrás y a los lados para estudiar el terreno. Podía ser mejor, podía ser peor. En el lado positivo, ese sitio era un agujero sofocante con cacharros apilados en anaqueles junto a las paredes. No había espacio para maniobrar, así que tendría que atacarme de frente. Por lo demás, era uno de esos cuartuchos que dan a la calle y se encuentran a ambos lados de la entrada principal, como en la mayoría de las casas urbanas que los propietarios alquilan a los pequeños comerciantes. No había puerta trasera, pues. Si quería largarme de allí, tendría que pasar sobre el cadáver del Gran Fritz. Un bajón, como dicen.

Mantuve la daga frente a mí, horizontal como me habían enseñado, moviendo la punta de un lado a otro frente a la anchura de su vientre. Me afiancé sobre la planta de ambos pies y esperé a que se abalanzara. Eso le mostraría que se las veía con un profesional. Me miró como si yo fuera un bicho de seis patas que acabara de encontrar en la ensalada, ladeó la cabeza y escupió.

—Guarda el cuchillo, Corvino —dijo—. No lo necesitarás. Esto es sólo una advertencia.

—¿Ah sí? ¿De quién? —Bajé la daga pero no la envainé. No estaba tan loco. Ya le había estudiado las manos. Ambas estaban a la vista y vacías; pero tenían el tamaño de una pala y era evidente que ese tipo no se ganaba la vida tocando el arpa. Un mamporro de esas zarpas te mandaría al otro extremo del Festival de Invierno del año próximo.

—Eso no te incumbe. —Estaba totalmente relajado. Se requiere una de dos cualidades para conservar ese aplomo cuando estás desarmado frente a un hombre arrinconado que empuña un cuchillo: o bien una estupidez apabullante, o bien una confianza absoluta en que puedes liquidarlo sin siquiera transpirar. Y el Gran Fritz, a pesar de su acento con olor a cerveza y pan de cebada, no era ningún estúpido—. Te advierten de que dejes de hacer preguntas, Corvino. Haz lo que te dicen o saldrás lastimado.

—¿Por qué Tiberio se ensaña con un poeta muerto? ¿O el forúnculo de trasero lo tiene a mal traer? —Sí, con ínfulas de recio. Pésima decisión.

—Te lo he dicho, amigo. Haces demasiadas preguntas. Olvídalo. Y para asegurarme de que recibas el mensaje...

Yo le estaba observando los ojos y juro que no delató su movimiento. En un momento estaba de pie frente a mí, al siguiente era un borrón que me saltaba encima. La mano que empuñaba mi daga llegó con años de retraso. El grandote me estrujó la muñeca con los dedos, retorciéndola mientras tiraba hacia abajo. La daga tintineó en el suelo de piedra y algo que parecía medio monte Capitolino chocó con mis costillas cuando su hombro se estrelló contra mi pecho. Volé de espaldas hacia una pared que se rompió, cedió y me bañó con una granizada de piezas de alfarería.

Cuando logré levantarme, vapuleado y magullado, pero sin nada roto salvo mi orgullo, el Gran Fritz se había ido.

Así que ahora jugábamos en serio. Sentí la tentación de desistir. Ya lo creo. Durante quince segundos, mientras me sacaba restos de vajilla de las orejas. Luego la vieja sangre Mesala se agitó, el legado de veinte generaciones de rudos patricios de nariz recta que se levantarían del lecho de muerte tan sólo para escupir en el ojo de un enemigo, y supe que no podía. Tenía que seguir aunque me costara la vida.



Aunque me costara la vida. Y quizá fuera así, si el día de hoy era una muestra. Lo sabía. Pero la próxima vez estaría mejor preparado.



7

Visité a Perila a la mañana siguiente. Mi aspecto debía de ser peor que mi humor, lo cual es decir mucho, porque al verme abrió la boca como si le hubieran pegado en el vientre.

—¡Corvino! ¿Qué te ha pasado?

Me senté en la silla que me trajo su esclavo Calías. Las sillas no figuraban en mi lista de muebles favoritos desde el pequeño episodio del día anterior. Una pila de cacharros triturados no es el mejor cojín.

—Nada importante —dije—. Una reunión con el personal de seguridad del servicio imperial. Quieren que retiremos nuestra solicitud.

Perila no entendió al principio. Cuando cayó en la cuenta, no podía creerlo.

—¿Quieres decir que Tiberio te hizo aporrear?

—Sólo intimidar, querida. Aporrear tiene una gradación más alta.

—¡Qué espanto! —Se levantó de la silla, se acercó a las cortinas del vestíbulo y miró el jardín. Cuando se volvió, le brillaban los ojos y apretaba los labios.

—Corvino, no vale la pena pasar por esto para traer las cenizas de mi padrastro. Olvida que te lo pedí. Por favor.

—¿Y perderme la diversión? —Traté de sonreír, pero la boca no me funcionaba muy bien porque en alguna etapa de los sucesos del día anterior yo había tratado de morder una olla.

Se sentó frente a mí. Noté que a pesar de su calma y compostura de costumbre, entrelazaba las manos.

—¿Qué pasó? ¿Exactamente?

Le conté los detalles truculentos. Tal vez adorné un poco los números, para salvar mi reputación. No estaba demasiado orgulloso de mí mismo.

—Lo que me desvela —concluí— es que no sé si podré tocar la flauta doble con este labio hinchado.

Se preocupó al instante.

—¡No lo sabía! ¿Eso es importante para ti, Corvino?

¡Por Júpiter! La encantadora Perila era una lumbrera que leía a Aristóteles, pero tenía tanto sentido del humor como un atún. Todavía le estaba explicando la broma cuando Calías regresó con una copa rebosante de vino. La apoyó en la mesa, hizo una reverencia y se fue. Bebí con toda la soltura que me permitía el labio cortado.

No, no era el líquido apestoso que me habían servido la última vez. Lo supe antes de permitir que una gota atravesara mis labios magullados. Aquella mañana, antes de visitar a Perila, había enviado a Batilo con una vasija de mi propio falerno, un buen producto de los viñedos que nuestra familia tenía cerca de Sinuesa: faustiano, nada menos, y cinco años mayor que yo. Le había advertido a Batilo que le dijera a Calías de mi parte que si él servía otra cosa o le contaba a Perila que había hecho un cambio, yo me encargaría personalmente de que apareciera flotando en el Tíber con la polla anudada en



un ballestrinque. No me molestaba que me intimidaran por Perila, pero todo tenía un límite, y no estaba dispuesto a beber la orina de caballo de su marido Rufo.

—Pues bien, ¿tu padrastro conocía bien a Julia? —dije cuando el falerno inició su mágico viaje hacia el sur.

—¿Qué? —Perila alzó la cabeza como si se hubiera sentado sobre una avispa.

—Ya me oíste. Julia. La nieta del viejo emperador. La que mandaron a Trímero por adulterio.

—Conque has hecho esa asociación.

No supe cómo interpretar su tono de voz. No era enfado. Quizá resentimiento. Como si yo la hubiera defraudado, pero lo estuviera esperando.

—¡Por favor, Perila! Tú también habrás pensado en ello. Ese asunto de Julia es tan obvio que hasta yo lo deduje sin reventarme un vaso sanguíneo. — No dijo nada, así que aproveché mi ventaja. O lo que consideraba una ventaja —. Si Ovidio tenía una aventura con Julia, su abuelo tendría derecho a patearle el trasero, verdad? Sobre todo porque la niña estaba casada. Y también sería una cuestión personal de la familia, así que no sería asunto de estado. Pero quisiera saber por qué...

—Corvino. —La voz de Perila se podría haber usado para hacer un sorbete helado de uva en verano—. Aclaremos una cosa. No hubo ninguna aventura con Julia. Mi padrastro era varios años mayor que ella, amaba a mi madre, y además era el hombre más moralista de Roma.

No me reí. Estuve muy a punto, y en mi feble estado casi me tronché, pero no me reí.

—Sí, naturalmente. Por eso Augusto prohibió su poesía, por causar un cosquilleo en los paños menores de los caballeros y damas impresionables.

—¿Confundes la poesía con el poeta!

—Quizá. Pero la poesía de Ovidio me parece bastante autobiográfica. Por lo que he leído, el hombre debía andar siempre encorvado. Sin afán de criticarlo, desde luego.

—¡Parecía autobiográfica porque era un gran poeta!

—Mira, no discutamos. Si dices...

Pero ella no había terminado conmigo. Perila era hermosa cuando se sulfuraba.

—Yo lo conocí, Corvino, y tú no. Era el hombre más gentil, más fiel, más moderado...

Alcé la mano.

—Ya, vale. ¡Vale! De acuerdo, lo lamento. Alimentabaavecillas con su mano blanca como un lirio y se sonrojaba hasta los tobillos si una muchacha se le insinuaba. Seguro. Acepto tu palabra. Pero, Perila, por favor. Tiene que haber una conexión con Julia. Es mucha casualidad que a ambos los exiliaran el mismo año.

—Cosas más extrañas han pasado.

—No estés tan segura. —Tomé otro sorbo de vino. Maravilloso—. Bien, encarémoslo de otro modo. Tu padrastro dijo que lo habían exiliado por algo que vio y no denunció, ¿sí?

Asintió brevemente. Aún parecía que alguien le hubiera puesto cemento en la boca.



—Pues bien, si Ovidio no estaba liado con Julia, ¿qué tiene de malo la teoría de que él sabía que alguien se acostaba con ella y no le pasó la información a Augusto?

—Nada, salvo que no tendría sentido silenciar esa acusación. Si Augusto estaba dispuesto a permitir que se conociera el delito, ¿por qué se preocuparía por lo que había visto Ovidio? ¿Y por qué lo castigaría tan severamente?

—Sí, claro. Pensé en ello. Pero quizá lo que vio Ovidio tuviera otras implicaciones. Quizá se relacionara con el adulterio pero no fuera parte de ello.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy seguro. Quizá nada. Sólo una idea, pero si hubiera algo más, todo cambiaría. En todo caso, necesitamos más información, y no será fácil obtenerla. Más aún, te apuesto un cesto de lampreas contra una aceituna sin hueso a que encontraremos la boca de la gente más cerrada que el culo de un mosquito.

Perila frunció el ceño, y pensé que por mi grosería (la frase se me había escapado), pero me equivocaba.

—Corvino, ¿es necesario todo esto?

—¿Todo qué?

—Esto: escarbar en el pasado. Remover viejas osamentas. Mi madre y yo sólo queremos traer las cenizas de mi padrastro. No nos importa lo que él hizo.

Me recliné y la miré azorado. Esa muchacha hablaba en serio. ¡Sí, hablaba en serio, con genuina franqueza! Le importaban un bledo trivialidades tales como las motivaciones. Para mí, ahora, la recuperación de las cenizas era accesoria; mejor dicho, sólo era parte del juego. No podía desistir, al margen de lo que quisiera Perila. Estaba enganchado, tenía que saber qué había hecho Ovidio, al menos para mi satisfacción personal. Y presentía que las dos cosas iban juntas, que nunca obtendríamos la autorización imperial para traer los restos de Ovidio a menos que resolviéramos el misterio de su exilio.

—Sí, es necesario —respondí—. Créeme.

—De acuerdo. —Su respuesta llana me sorprendió, y también me calentó por dentro—. Entonces, ¿a quién le pedimos la información que necesitamos?

Reparé en el plural. Parecía que ambos estábamos otra vez en el mismo bando. Mi calor interior aumentó.

—Has dado en el blanco —dije—. Ése es el problema, ni más ni menos.

—¿Y la solución?

Eso era lo que me gustaba de Perila. Si había un problema, tenía que haber una solución. Sencillo. *Quod erat demonstrandum*.

Sólo que en este caso no era así.

—Aguarda —dije—. Déjame pensar.

Bebí un sorbo de vino. Esta cuestión era engorrosa. No tenía sentido abordar a personas de mi edad. Aunque fueran más accesibles, eran niños como yo cuando exiliaron a Julia diez años atrás, así que ninguno podría revelarme mucho más de lo que ya sabía. Aunque fueran sujetos rastreros como Celio Crispo. Por otra parte, los mayores, los que tenían más de treinta años y disponían de la información por experiencia personal, en general eran amigotes de mi padre y de ellos sólo conseguiría una mirada impávida y un chasquido de lengua. No podía correr el riesgo de acudir a un desconocido, ni tampoco a un enemigo político de mi padre, porque necesitaba la certeza de que el hombre mantendría el pico cerrado, al margen de que me revelara algo o no. Si se difundía que el joven Corvino estaba sacando los trapos sucios



imperiales al sol, obtendría algo más que unos tajos y magulladuras. Tiberio no era un tirano, pero no toleraría que un listillo metiera las narices en los secretos de la familia. Esa intromisión era un atajo al exilio, o algo peor. ¿Qué me quedaba entonces? Que se pudrieran todos. A menos...

De pronto recordé al senador gordo que me había echado una mano en el palacio.

—Léntulo.

—¿Quién?

—Cornelio Léntulo. ¿No conoces a Cornelio Léntulo? En el foro lo llaman el Gran Elefante Blanco. Y no sólo por su tamaño.

—Corvino, no sé de qué estás hablando.

—Léntulo lo sabe todo. Y nunca se olvida. —Bebí un buen trago de falerno y dejé que se deslizara suavemente por mis amígdalas—. Más aún, le importa un rábano lo que opinen los demás. Léntulo es perfecto. Hablaremos con Léntulo.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. —Terminé el vino y me levanté—. Estoy tan seguro que iré ahora al Celio y lo pillaré antes de que empiece a prepararse para su fiesta nocturna.

—¿Qué fiesta?

—Para Léntulo siempre hay una fiesta. Si tengo suerte, el vejete ya estará medio borracho.

—¿Te vas enseguida? —Creí detectar decepción en la voz de Perila, pero quizá fuera sólo una expresión de deseos—. ¿Ya?

—Sí. Creo que es la mejor hora para encontrarlo. —Luego tuve otra idea, muy egoísta y totalmente ajena a Ovidio—. Mira, si me da alguna información, ¿puedo regresar después? Quizá al anochecer.

—Desde luego. —¿Ella estaba más roja que de costumbre o era mi imaginación?—. Ven a cenar. Esta noche no tengo invitados. Nunca los tengo, en verdad.

Perila no dejaba de sorprenderme. Al irme me pregunté cuál de los dos había preparado el terreno. Había creído que era yo, pero al evocarlo no estaba tan seguro. Y eso era interesante.

Vi la litera de mi madre en el camino. Me había olvidado de que ella y su nuevo esposo también vivían en el Celio. Las cortinas estaban abiertas, así que saludé, pero creo que no me vio. Pensé en acercarme para saludarla apropiadamente —hacía al menos dos meses que no hablaba con ella—, pero al final decidí que no. Después de mi encontronazo con el Gran Fritz no estaba muy presentable. Sólo me habría hecho preguntas incómodas, y se habría preocupado.

Varo a sí mismo

La última vez conté quiénes somos, aquí en los bosques de Germania. Veo que he sido demasiado lacónico al describir el papel de Ceonio. Lo he llamado aliado, sin cortapisas. Quizá deba decir algo más.

No me agrada Ceonio. Lo habrás adivinado. Como decía, es un personaje venal, cobarde y totalmente desagradable. No obstante, debemos usar todas las herramientas de que disponemos, y aparte de eso el hombre es totalmente utilizable. Será un piojo, pero es un piojo eficiente, que es lo que necesito.



Ceonio tiene olfato para la intriga, y talento para ello, lo cual es infrecuente en mi (extensa) experiencia. Los generales son hombres públicos, sobre todo cuando se encuentran en medio de sus ejércitos. Gústelos o no, cuando se dedican a la traición deben tener aliados sin rostro (pero no sin lealtad) que manejen los asuntos sucios sin despertar sospechas en el corazón de los piadosos. Así es Ceonio, por excelencia.

Debo aclarar que su lealtad es incuestionable. Me he asegurado de que sea así. El hombre tiene ciertas propensiones que, si se conocieran en Roma, en el clima moral imperante serían su ruina militar, política y social. Incluso física, quizá. Desde luego, sabe que mi silencio sobre el tema está condicionado por la continuidad de su colaboración.

Pero el chantaje no es mi única manera de dominarlo. Tengo demasiada experiencia para confiar sólo en eso, sé muy bien que los gusanos no sólo sufren transformaciones sino que invariablemente escogen el momento más inoportuno para hacerlo. Ceonio recibe una buena paga por su asistencia. Muy buena. Arminio es generoso, así que yo puedo darme el lujo de ser generoso a mi vez. Entre el palo y la zanahoria, mantengo en marcha a mi aliado.

He ahí a Ceonio. Demos por concluida la presentación.



8

La casa de Léntulo era todo lo contrario de la casa de Rufo. Era grande, vieja, extensa y apestaba a complacencia. No había ningún mosaico de Augusto en el vestíbulo y los esclavos vestían de verde.

No hay dinero como el dinero viejo. De inmediato me sentí a mis anchas.

Había tenido razón en cuanto a la fiesta. El viejo estaba sentado en una silla del atrio, donde lo rasuraban y masajeban. Observé desde la puerta mientras el barbero le recortaba la pelusa que le cubría la calva, lo palmeaba con talco aromático y eliminaba el desagradable vello de la nariz con pinzas. Cuando hizo una pausa en esa repulsiva labor, carraspeé.

Léntulo miró en torno.

—¡Hola, muchacho! —saludó—. ¿Algún marido se ha limpiado las botas en tu cara?

—Sí, algo así. —Me adelanté y me senté cuidadosamente en el borde de mármol que rodeaba la piscina ornamental. Léntulo habría disfrutado de la historia real, lo sabía, pero no quería correr el riesgo de asustarlo—. ¿Qué hay esta noche? ¿Más pitones?

—Contorsionistas pigmeas egipcias. Actúan al son de la música. —¡Por Júpiter!—. No te sientes allí a menos que quieras hemorroides, muchacho. Usa un diván. —Me tendí en el diván para huéspedes, y su esclavo trajo vino y un cuenco de fruta—. Muy bien, mozalbeta, ¿qué te trae por estos parajes?

—Quisiera aprovechar tu sapiencia —dije. Los clichés son pegadizos.

Léntulo resopló, y el barbero, que le estaba introduciendo las pinzas de bronce en la fosa nasal derecha, retrocedió abruptamente con un gruñido de fastidio. Léntulo no le prestó atención.

—Adelante, muchacho —dijo—. Pero no esperes demasiado. Mi viejo maestro decía que le daba miedo pegarme demasiado fuerte, por temor a provocar una lesión mental duradera.

No sonreí. Quizá el maestro hablara en serio.

—Es sobre Julia.

De nuevo el barbero apartó las pinzas a tiempo cuando Léntulo movió la cabeza.

—¿Qué es eso? ¿Qué Julia?

—La hija del viejo emperador. La que fue exiliada hace diez años por adulterio.

Léntulo cogió la servilleta que tenía sobre el pecho y lentamente se limpió el talco y el vello recortado de la cara.

—Lárgate, Simón —le dijo al barbero—. Puedes terminar más tarde.

El esclavo lo miró con el ceño fruncido, recogió las herramientas de su oficio y se marchó.

Léntulo sonrió.

—Ese granuja quisquilloso se cree que es un artista. Desde que lo compré insiste en que pruebe una depilación, pero no me convencen esas cosas. Un



amigo mío se hizo depilar una vez y se llenó de ampollas. No pudo mostrar la cara en público en un mes, ni el trasero en privado en dos. Y por si te ha entrado la duda, no estoy hablando del emperador. —Elevó la voz—. ¡Oye, tú!

El esclavo que había traído el vino se acercó deprisa.

—Probemos un poco de lo que tienes allí. —Terminó de enjugarse la cara, arrojó la servilleta al suelo y se acomodó en el diván principal—. Y llena la copa de Valerio Corvino, ya que estamos, so tacaño.

El esclavo obedeció y yo bebí con gusto. De nuevo falerno, y tan bueno como el mío, o mejor. Léntulo sería un reaccionario aún más conservador que Catón, pero sabía de vinos.

—Ahora bien... —Se volvió hacia mí—. ¿Por qué quieres saber sobre Julia, joven Corvino? No pensarás hacerte historiador, ¿verdad? —Pronunció la palabra como si fuera una obscenidad.

Yo reí.

—No, sólo siento curiosidad.

—A otro con ese cuento. Dime la verdadera razón.

Lo miré. Sus ojos porcinos, hundidos en rollos de grasa, eran bastante agudos. Léntulo no aparentaba ser gran cosa pero era listo, y me convenía andarme con cuidado. No podía decirle la verdad, pero sería una necedad mentir descaradamente, porque se me abalanzaría como un armiño sobre un conejo.

—No puedo decírtelo —dije con cauta cortesía—. Pero es importante. De lo contrario no preguntaría.

—Esto no tendrá nada que ver con cierta damisela que es hijastra de cierto poeta muerto, ¿verdad?

Mierda. Al cuerno con la pose de joven ingenuo. Bien, de todos modos no era mi especialidad.

—Vale —dije—. Me has pillado. Ahora dime que olvide el asunto, como todos los demás.

Gruñó. El esclavo le dio una copa de vino y él la empinó y estiró el brazo para que se la llenara de nuevo.

—Si lo hiciera —dijo—, ¿dejarías de hacer preguntas y volverías a las cosas en que deben interesarse los mocosos consentidos?

—No creo. Trataría de aprovechar la sapiencia de otro.

—Eso pensé. —Me miró larga y reflexivamente por encima de la copa de vino—. De acuerdo, muchacho. Es tu funeral. Siempre que comprendas que hoy en día no gozas de gran popularidad en ciertos ambientes, y no vengas a llorar sobre mi hombro cuando te quemes. ¿Convenido?

—Convenido.

—Así me gusta. Sólo recuerda que lo dijiste. Pero no hay mucho que contar. Julia era una golfa fornicadora igual que la madre. —La hija de Augusto, otra Julia, había sido exiliada el año en que nací, y por el mismo delito. Había muerto en Regio cuatro años antes—. Sucedió con demasiada frecuencia y alguien la denunció ante Augusto. Él la mandó a Trímero. Fin de la historia.

Me sentí engañado.

—Yo te podría haber contado eso. ¿Qué hay de los detalles? ¿Quién la denunció, por ejemplo?

—Ni idea, muchacho. —Léntulo eructó y se sobó el estómago—. Ojo, me quito el sombrero ante la niña. Cualquiera que se dé tanta maña para guardar las apariencias cuenta con mi voto.



—¿A qué te refieres?

—Si le echabas un vistazo, parecía la esposa perfecta. Aunque no le gustaban los chismorreos, los niños ni las joyas; la dulce Julia trazaba ciertos límites. Salvo por las pamplinas literarias, pero muchas mujeres tienen esas ideas tontas. —Pensé en Perila. En efecto—. Y rellenita, además. Aunque eso no significa demasiado. Cuando esas niñas tranquilas y fornidas rompen las cadenas, nadie las frena, ¿verdad? —Rió entre dientes—. Recuerdo a una mujer de Veyes, llamada Paulina, una muchacha corpulenta, con tetas de vaquillona...

—¿Quién era su amante? El de Julia, quiero decir.

—Plural, muchacho, plural. Se acostó con media Roma.

—¿Nombres?

—Un sujeto llamado Silano. Décimo Junio Silano. Buena familia. Su primo Marco se quedó con la hija cuando estalló el escándalo.

—¿Qué hija?

—La hija de ella, de Julia. ¿Hoy en día no les enseñan nada a los jóvenes sobre la sociedad?

El nombre Décimo Silano no me sonaba, pero había oído hablar del primo Marco. Claro que sí. Un fulano de carrera: actual cónsul, amigo de mi padre y lameculos de primera magnitud. No sabía que su esposa era la hija de Julia, pero no me sorprendía. Las familias patricias nos mantenemos unidas.

—¿Quién más? ¿Quién más estaba liado?

—¿Quieres decir quién más follaba con ella? Media Roma, te he dicho.

—¿Quiénes, por ejemplo?

Léntulo abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Qué sé yo. Hay muchos rumores, y no hay humo sin fuego, como dicen. Pero Silano es el único nombre concreto que puedo darte.

—¿Qué pasó con Silano? ¿Lo hicieron trizas o Augusto sólo le dijo que se cortara las venas?

El viejo rió y bebió vino.

—¡Por Júpiter! ¡Nada de eso, muchacho! Ostracismo social, ésa fue la condena de Silano. Ni siquiera fue exiliado formalmente, sólo privado de la amistad del emperador. Aun así, el pobre diablo se apresuró a largarse de Roma en busca de climas más saludables. A decir verdad, acaban de permitirle volver.

Creí haber entendido mal.

—¿Silano está en Roma?

—Desde hace unos días, sí. —Léntulo gesticuló con la copa, derramando un poco de vino en las baldosas—. Su primo convenció a Verruga. No ha vuelto a la vida pública, desde luego, y no creo que lo haga. Tiberio no es tan generoso. Tiene una pequeña casa al otro lado del río, en el Janículo. No tan pequeña, ahora que lo pienso. Los deleites de la vida bucólica, ese tipo de cosas. Aun así, tuvo más suerte que el marido, ¿verdad?

Juro que tenía los pelos de punta, pero mantuve la voz calma.

—¿Qué marido?

—¡Límpiate la cera de los oídos, muchacho! ¡Es la segunda vez! El marido de Julia, naturalmente. El maldito Emilio Paulo. —La voz le resbalaba un poco. Ese vino no tenía mucha agua y él había bebido dos copas enteras encima de quién sabe cuántas más. No estaba ebrio como una cuba pero iba por buen camino—. Lo liquidaron, ¿verdad? Pues se lo merecía.



De pronto todo estaba muy quieto y despejado. Recuerdo que miré el mural de la pared, una escena mitológica que representaba a Perseo con la cabeza de la gorgona. El esclavo que estaba junto a ella con la jarra de vino se movió y el chillido de sus sandalias en las baldosas de mármol me atravesó como un cuchillo.

—¿Paulo fue ejecutado? ¿Por qué?

Y Léntulo se calló. Se paró en seco. Se levantó, apoyó la copa de vino en una mesa, se volvió para mirarme.

—El vino hablaba por mí, muchacho —dijo—. Olvídalo, ¿quieres? Ya te he dicho más de la cuenta.

Yo también dejé la copa. Tenía que hacerlo. Estaba tan alborotado que la habría soltado.

—Oye, viejo sinvergüenza, no puedes dejar las cosas ahí. Vamos, con el tiempo lo averiguaré. ¿Por qué liquidaron a Paulo?

Léntulo aún me clavaba los ojos. Estaba gris, y muy sobrio.

—Vale, Corvino. Tú lo pediste, y es tu funeral, recuérdalo. Después de enviar a Julia a Trímero, Augusto hizo ejecutar al esposo por traición. —Miró hacia otro lado—. Ahora lárgate y déjame en paz, muchacho. No quiero volver a verte. Nunca más.

Pensé en lo que Léntulo me había dicho cuando regresaba del Celio. Mejor dicho, en lo que me había dicho que no podía decirme: los nombres de los otros caballeros que habían intimado con Julia, aparte de Silano. Tratándose de un chismoso como Léntulo, la confesión de ignorancia total era sorprendente, como mínimo. Era posible, claro. Todo era posible. Quizá realmente no lo supiera. Pero había otra explicación y, si era correcta, abría todo un campo de posibilidades interesantes.

Léntulo no podía darme más nombres porque no los había. Al cuerno con «media Roma» y esas patrañas. Silano era el único amante de Julia. Punto y aparte, final de párrafo, se acabó el libro. Y eso podía significar...

Interesante, ¿verdad?



9

Volví a visitar a Perila justo para la cena. Primero había ido a casa para cambiarme (nunca visites a una dama con la túnica sucia), y también había hecho otro viaje a la tienda de Cadmo, no a por el millo (ya lo tenía) sino para recoger un elegante par de aros que había visto y que harían juego con su cabello. Está bien acordarse de los poetas alejandrinos, pero no quería que me tomara por un fanático de la cultura. Sólo provocaría malentendidos después.

Ella había escogido la sobriedad formal: un manto de matrona, un mínimo de joyas, y un peinado que parecía salido del altar de la Paz. Como propuesta era previsible pero decepcionante. Me tragué la lujuria y me preparé para una velada doméstica seria.

Le gustaron los aros, pero no dejó que se los pusiera.

Calías sirvió el vino con miel (odio ese mejunje, pero trataba de portarme bien), supervisó los entremeses y luego desapareció discretamente. Me recordé que debía untarlo con una propina gorda antes de irme. Conviene alentar el tacto en los esclavos, sobre todo si tienes planes con la dueña.

—Bien, Corvino —dijo Perila mientras comíamos huevos de codorniz y lirones rellenos—. ¿Cómo fue tu visita?

Le describí los datos relevantes, pasando por alto los aspectos más siniestros de la situación. No era necesario que ambos temiéramos que yo terminara con un tajo en la garganta.

—Así que tenemos un par de buenas pistas —concluí—. El regreso de Silano a Roma es sin duda una ventaja.

—¿Piensas ir a verle?

—Así es. Parece el paso lógico para continuar.

—¿Por qué te contaría algo?

—No tiene motivos para no hacerlo. Es un asunto concluido. Y no quiero perderme esta oportunidad. ¿Por qué perder tiempo con intermediarios? Si alguien sabe qué vio tu padrastro, nuestro Silano es la persona indicada.

—¿Sabes dónde vive?

—No tengo la dirección justa. —Froté un huevo de codorniz entre las palmas para quitarle la cáscara—. Pero puedo averiguarlo. Léntulo me dijo que tiene una de esas granjas vistosas al otro lado del Tíber. No será difícil encontrarlo. Y me interesa averiguar cómo se las apañó para seducir a Julia y salirse con la suya mientras ejecutaban al marido. Ese truco puede resultar útil en alguna ocasión.

—Paulo fue ejecutado por traición, no por ser el esposo de Julia.

—¿Acaso crees que no hay ninguna relación? ¡Por favor, Perila!

Escogió una conserva de pescado y un canapé de miel.

—En tal caso, no es obvia. Estamos hablando de dos delitos. En uno Paulo es la víctima, en el otro es el culpable. Ahora bien, si Julia hubiera estado casada con Silano y Paulo hubiera sido el seductor, entendería adónde vas.



Siempre que consideres que la seducción de la nieta del emperador es un acto de traición. Personalmente, no lo veo así.

Empezaba a dolerme la cabeza. Acababa de perderme la oportunidad de insertar un comentario, estaba seguro. Pero no estoy acostumbrado a hablar de problemas abstractos durante la cena. Vivan las contorsionistas pigmeas, fuera Aristóteles.

—Además... —Perila terminó el canapé y escogió un calamar relleno con carne picada—, Silano fue castigado. Tú mismo dijiste que se había marchado en exilio voluntario. Y nunca volverá a ejercer la función pública. Para un hombre de su posición, es castigo suficiente.

Fruncí el ceño.

—Vale, vale. Como quieras. Quizá yo sea demasiado suspicaz, quizá todo esté en regla. Pero no vendrá mal hablar con él.

Perila dejó el calamar y volvió hacia mí sus encantadores ojos dorados.

—Tendrás cuidado, ¿verdad? Todo esto parece muy delicado políticamente. No pisotees a nadie. Ya te han aporreado una vez. Perdón. Intimidado.

—Mira, Perila, este asunto ya está finiquitado. Pudo haber sido delicado hace cinco años, cuando Augusto era emperador. Pero Paulo está muerto y enterrado, Tiberio tiene el poder y Silano ha vuelto a ser persona grata. ¿De acuerdo?

—¿Qué hay de Julia? Aún vive en Trímero, ¿verdad? ¿O pasé algo por alto?

Suspiré. Que los dioses me libren de las mujeres belicosas.

—Julia no es nada para Verruga, Perila. Ni siquiera es pariente.

—Era su hijastra.

—Hasta que él se divorció de la madre. —Tiberio había sido esposo de Julia la mayor, la que había muerto en Regio—. Y por lo que dicen nunca la soportó. Era un matrimonio de conveniencia, y ya sabes cómo son, ¿verdad?

Era sólo un tanteo, lo juro, pero apenas dije esas palabras supe que había cometido un error. Un grave error. Como preguntarle a la mujer de Edipo cómo andaba su hijo últimamente. Perila bajó los ojos hacia el plato y sus dedos largos y delgados jugaron con el calamar. El silencio se prolongó.

—Mierda —dije al fin—. Oye, Perila, lo siento si...

—No tiene importancia. —Irguió la cabeza—. Tú no estás casado, ¿verdad, Corvino?

—No. Corro a gran velocidad.

Ella no sonrió.

—Yo sí. Pero tú lo sabes, desde luego. Hace seis años que estoy casada.

¡Por Júpiter! ¿Cómo salía de ese atolladero? Traté de aligerar la conversación.

—Enhorabuena. ¿Tienes hijos?

Otra pifia fenomenal. Quizá fuera mi imaginación, pero creo que ella tembló.

—No —murmuró—. No hay hijos.

—Eso es... duro. —Busqué desesperadamente un pretexto para cambiar de tema, pero no se puede decir mucho sobre las aceitunas rellenas y las verduras frescas.

—Quizá debería explicar algo sobre... —Ella titubeó—. Sobre mi relación con mi esposo.



No dije nada. Sé juzgar los estados de ánimo, sobre todo en las mujeres. Con una de mis bobaliconas habría estado pavoneándome desde hacía rato. Cuando una mujer empieza a hablar mal del marido en estas circunstancias, uno sabe que la velada seguirá un curso bastante previsible. Pero esto no era una insinuación. Ante todo, había vuelto el hielo, y era evidente que Perila no estaba pensando en que ambos reventáramos un colchón. Estaba rígida en la silla —nada de lánguidos divanes para esta matrona romana— y clavaba los ojos en el plato.

—Nos conocimos después del exilio de mi padrastro. Yo tendría doce o trece años. Rufo ya había estado casado y su primera esposa acababa de morir cuando le pidió mi mano a mi madre.

Me moví incómodamente en el diván. En ese momento habría recibido a Calías con los brazos abiertos, vino con miel incluido. Hasta habría aceptado una pequeña incursión de matones germanos. Pero no había interrupción a la vista. Si era la hora de las confidencias, tendría que apretar los dientes y soportarlas. Ni siquiera me atreví a carraspear cortésmente.

—Era un buen partido. —Perila mantenía la vista gacha—. Rufo no estaba en una posición acomodada, pero venía de una buena familia. Gozaba del favor de Augusto, y le esperaba un ascenso y una buena carrera política. Mi madre tenía contactos con la nobleza, no muy fuertes (es prima lejana de Marcia, la viuda de Fabio Máximo), pero ya no nos miraban bien en la corte. Dadas las circunstancias, creo que tuve bastante suerte.

Bebí el vino. Cuando apoyé la copa en la mesa, el tintineo sonó como un portazo, pero ella no pareció notarlo.

—Tendríamos que haber entrado en sospechas cuando Rufo sugirió un matrimonio tradicional —dijo ella—. Ya sabes a qué me refiero: cuando la propiedad de la esposa pasa por completo al marido. —Asentí, aunque ella no me miraba. Los matrimonios de ese tipo aún eran bastante comunes en las familias linajudas, sobre todo las que ocupaban puestos sacerdotales, pero en general habían pasado de moda por razones obvias—. Pero no fue así. Afortunadamente intervino el tío Fabio, que todavía vivía, y era cabeza de la familia. Rufo no era muy rico, como te decía, y tenía mala reputación en lo concerniente al dinero. Así que llegamos a una componenda. Cuando yo cumpliera los dieciséis, podría tenerme a mí, pero no mi dinero.

Calías asomó la cabeza por la puerta, presuntamente para preguntar si habíamos terminado los entremeses. Antes de que yo pudiera hacerle una señal, el sinvergüenza cayó en la cuenta de lo que pasaba y se perdió de vista con la celeridad de una anguila engrasada. En vez de la propina, pensé en un subrepticio rodillazo en los genitales cuando saliera. Perila no lo había visto. Aún fijaba los ojos en el plato y sus dedos desmenuzaban el diminuto calamar en trozos cada vez más pequeños. Ya no quedaba mucho de él.

—Hacía un año que estábamos comprometidos cuando comprendí que sólo le interesaba el dinero. ¿Te conté que Augusto le había dejado su propiedad a mi padre cuando lo exilió? Lo cierto es que Rufo había acuciado a mi madre desde el principio, para que ella le permitiera administrar las finanzas de la familia. La situación era bastante tirante. Si no hubiera sido por el tío Fabio, Rufo se habría salido con la suya.

—¿Por qué no rompisteis el compromiso? —pregunté en voz baja—. No tenía derecho legal a ti ni a tu dinero hasta la boda. ¿Por qué no lo mandasteis al cuerno?



Perila sacudió la cabeza.

—No conoces a mi madre, Corvino. Entonces ella no estaba enferma, pero no tenía mucho carácter. Y el dinero era de ella, no mío. Ni del tío Fabio. Mi padrastro la había puesto a cargo de su patrimonio.

—Pero Fabio Máximo era amigo íntimo de Augusto. Sin duda él podría haber intervenido.

—Hizo lo que pudo. Pero no tenía atributos legales, sólo el derecho de asesorar. Y Augusto no simpatizaba con mi padrastro, como recordarás. La boda se celebró en la fecha acordada.

—¿Y Máximo dejó que ese hijoputa se saliera con la suya?

Perila sonrió y asintió lentamente.

—Dejó que ese hijoputa se saliera con la suya —dijo lentamente—. Como tan gráficamente lo has expresado. Al menos, en lo concerniente al matrimonio. Allí no tenía ninguna opción. El dinero, por suerte, era harina de otro costal.

Yo me estaba interesando a pesar de mí mismo.

—¿Y qué sucedió?

—Nos casamos. Rufo siguió acuciando a mi madre pero no podía hacer nada mientras el tío Fabio estuviera vivo para aconsejarla. Mi madre siempre escuchaba al tío Fabio. Además, como dices, era buen amigo del emperador.

—Pero luego Augusto murió.

—En efecto. Augusto murió. Y poco después le siguió el tío Fabio. Era lo que Rufo esperaba. Hacía tiempo que procuraba granjearse los favores de Tiberio. Y cuando Tiberio fue proclamado emperador, Rufo fue a verle y le pidió que el patrimonio de mi padrastro le fuera transferido legalmente, como propiedad de un delincuente convicto. Combatimos su pretensión en los tribunales y al fin ganamos, aunque a duras penas. Ahora ese patrimonio está a salvo, desde luego. Con la muerte de mi padrastro, pertenece totalmente a mi madre y Rufo no puede tocar un cobre. —Apartó los ojos de los trozos de calamar relleno que yacían desmigajados en la mesa. Yo esperaba lágrimas, pero sus mejillas estaban secas y sus ojos eran duros y fríos—. Ahora ya lo sabes, Corvino. Sabes lo que siento por mi esposo. Sabes por qué lo odio.

El silencio se interpuso entre ambos como una mortaja. Nunca me había sentido tan incapaz de responder. Ni tan abochornado. Ni tan apenado por otro ser humano. Ni tan furibundo.

Fue Calías quien salvó la situación. Empezaba a caerme bien, así que descarté el rodillazo en los genitales. Entró como uno de esos dioses que los dramaturgos griegos hacen revolotear sobre el escenario para solucionar las cosas cuando se han enmarañado en los nudos de una trama demasiado compleja. No es que estuviera colgado de una grúa, pero ya entendéis a qué me refiero.

—¿Sirvo el plato principal, señora? —preguntó.

¡Por Júpiter! Tuve ganas de darle un beso, y besar esclavos varones no es mi especialidad, y menos si son tan feos como Calías. Perila se sacudió para despejarse.

—Corvino, lo lamento mucho —dijo—. Te estaba aburriendo. Debiste habérmelo dicho.

—Oye, no, está todo bien. Fue fascinante. —¡Estupendo! Bien hecho, Corvino. Otra pifia espectacular—. Quiero decir que no te preocupes. De veras.

Calías, bendito sea, no esperó la autorización. Llamó a los subalternos que esperaban fuera y ellos entraron deprisa, se llevaron los entremeses (la



mayoría intactos) y sirvieron la cena propiamente dicha. Era comida buena y sencilla: puerco en una salsa de miel y comino, lentejas con puerro, y un estofado de erizo que me hacía agua la boca de sólo mirarlo. Amén de que Calías no había olvidado mis instrucciones sobre el vino. Bebí la primera copa de un trago y pedí más.

Perila se reclinó en la silla.

—Habla tú, para variar, Corvino. Háblame de tu familia.

Un dios maligno debía de estar revoloteando sobre la mesa esa noche. No, pensé. Ni lo sueñes, amiga. Tras haber sobrevivido a una charla deprimente, no quería iniciar otra. En algunas veladas literarias (o pseudoliterarias) los invitados sacan pequeños esqueletos de plata articulados y los zarandean mientras declaman alegres odas sobre el destino, la muerte y la corrupción del cuerpo. No es un entretenimiento que me fascine. De sólo pensar en una confesión personal sobre mi padre y nuestra relación (o falta de ella), se me fruncían los genitales. En cambio, sin solución de continuidad, empecé a desgranar esas piezas de mi repertorio que siempre tenían éxito en las fiestas. Decorosamente expurgadas, naturalmente. Fue lo mejor que podía haber hecho.

Nunca creí que oiría reír a Perila, pero se rió, sobre todo cuando le conté de la vestal y el calabacín. Ambos estábamos bastante achispados y la expurgación era cada vez más limitada; ella había llegado a esa etapa tonta en que se reía de todo (y estaba de acuerdo con todo), y sospecho que si realmente hubiera querido llevarla a la cama podría haberlo hecho sin tropiezos. Con una de mis bobaliconas habituales no lo habría pensado dos veces, pero Perila era distinta. Sabía que por la mañana ella me odiaría, y sospeché que tampoco yo me tendría mucho aprecio. Así que antes de medianoche le di las gracias, me despedí y le deslicé al viejo Calías todo el dinero que llevaba encima. Luego silbé para llamar a los muchachos de las antorchas y me fui a casa.

Durante el camino me pregunté si me estaba ablandando. O la había interpretado mal. O me había interpretado mal a mí mismo. Todo eso era posible, y también otras cosas. Sin duda me sentiría muy orondo y virtuoso por la mañana, pero en ese momento me sentía solo.



10

¿Orondo y virtuoso? Qué va. A la mañana siguiente tenía una resaca descomunal y sólo me sentía frágil, y era una pena porque tenía que visitar a Junio Silano. Afortunadamente, encontrar la «granja» que Léntulo había mencionado fue coser y cantar, y ni siquiera tuve que reclamar la devolución de un favor.

Si quieres saber quién es quién en Roma y cuál es su paradero, pregúntale a tu esclavo principal.

Aprendí pronto en la vida que los esclavos pueden ser gente bastante avispada, y que una marca en el brazo no significa que seas un capullo. Todo lo contrario. He visto senadores que ni siquiera llegarían a ser pigmeos intelectuales en comparación con el tipo que te abre la puerta. Y la red de rumores de los esclavos deja mal parado al servicio secreto imperial. Probadla alguna vez. Mencionad en presencia del cochero que tal o cual respetable matrona octogenaria se acuesta con un gladiador, y al día siguiente, en toda Roma, veréis esclavos que se ríen entre dientes al ver pasar su litera.

La dirección de Silano era una menudencia. Si yo hubiera querido saber dónde compraba su ropa interior, Batilo me habría informado.

Cuando dejas atrás las madrigueras proletarias que rodean los puentes, la ribera oeste del Tíber está muy poco poblada y es una zona de alta categoría, muy cotizada entre los ricachones que se ufanan de amar la vida sencilla. Las laderas del Janículo están espolvoreadas de anticuadas granjas con anticuadas galerías de pinturas y otras características austeras que el viejo Rómulo reconocería al instante: cinco o seis comedores (para tener buena luz todo el año), jardines ornamentales y hasta un zoológico particular. Al despertar por la mañana, oyes los graznidos de los pavos reales y hueles los rinocerontes y te dices que nada es tan vigorizante como estar en contacto con tus raíces étnicas.

Aun en medio de esta compañía, la villa de Silano era excepcional. Una propiedad de altos vuelos, como comprobé de inmediato: un extenso complejo de edificios en su propio terreno, con un campo de equitación, para que el dueño no tuviera que mezclarse con la plebe mientras ejercitaba sus caballos de raza, y una vereda cubierta para que pudiera tomar aire cómodamente cuando llovía. Silano habría perdido prestigio, pero no estaba en las últimas. Ojalá Julia lo supiera. La isla donde estaba ella podía flotar en el estanque de las carpas.

Me presenté en la cabaña del portero. El sujeto en cuestión era bizco, olía a plumas de pollo húmedas y era tan corpulento que habría molido a golpes a un felino del circo.

—Soy Marco Valerio Mesala Corvino —dije.

—¿Ah, sí? —El portero me clavó el ojo bueno mientras el otro estudiaba las condiciones meteorológicas de Ostia—. ¿Y qué? ¿Quieres un aplauso?



¡Por Júpiter! Tal vez ese tipo tuviera problemas para extrapolar. Traté de expresarme con meridiana claridad.

—Quiero hablar con tu amo.

—Él ha salido.

—Mira, Horacio. —Le miré el pecho. Llevaba un amuleto de un dios que yo no conocía, dentado y barrigón. Quizá el patrono de los gorilas bizcos—. Sólo echa a correr como un monstruito bueno y dile a tu jefe que tiene visitas. ¿Has entendido o necesitas que te lo anote?

El hombre frunció el ceño, apoyó los monumentales hombros en el poste y se cruzó de brazos. Tablas. Al cuerno con el método amistoso. Recurrí al viejo gambito SAC. Soborna al cabrón.

Al parecer, eso era lo que esperaba. Examinó concienzudamente la pieza de plata que le di como si fuera un original de Crespo recién acuñado. Luego la escupió para la buena suerte, alzó la túnica y se la metió en los calzones. Sospeché que era la alcancía más segura que podía encontrar.

—Vale, amigo —gruñó—. ¿Cómo era tu nombre? —Se lo dije y él desapareció en el interior, atrancando el portón.

Regresó diez minutos más tarde. La sonrisa no le mejoraba mucho la cara, pero el pobre diablo no tenía la culpa.

—Ya era hora —dije, disponiéndome a trasponer el portón entornado—. ¿Por dónde...?

Estiró el brazo. Fue como tropezar con la rama de un roble. La sonrisa se ensanchó.

—El amo dice que te largues —dijo, y me empujó.

Me cerró el portón en la cara. Parecía bastante definitivo, y oí que el grandote se perdía en lontananza con una carcajada.

Estupendo. ¿Y ahora qué? Claro, podía haber armado un escándalo, quizá patear el portón y gritar unas palabrotas. Eso habría enfadado a los vecinos, si hubiera habido vecinos para enfadar. Además, la puerta estaba tachonada con más clavos que un barco de guerra. Tenía que haber otro modo de entrar.

Inicié la larga marcha alrededor de los muros, buscando un sitio conveniente para trepar. Negativo, casi todo el camino. Cuando iba a desistir, encontré la escalera perfecta: una encina con una larga rama colgante. Encaramarme y caer del otro lado sería pan comido.

Me quité el manto, trepé por el tronco, avancé por la rama y salté al otro lado del muro. No vi a nadie mientras atravesaba rápidamente la rosaleta, dejaba atrás el estanque y cruzaba el parque con rumbo al edificio principal. Casi había llegado cuando salió un joven esclavo con una mesa plegable. Nos miramos de hito en hito. Luego, sin soltar la mesa, él regresó por donde había venido.

Mierda. Tenía que actuar deprisa.

—¡Oye! —bramé—. Sí, tú. ¡El peludo!

Nuestro rígido sistema de clases y las torturadas vocales nasales patricias tienen sus ventajas. El chico se paró en seco y se cuadró.

—¿Sí, señor?

—¿Dónde está tu amo?

—En el cuarto de estar del ala norte, señor.

—Llévame allá, ya. —Y cuando vi que vacilaba—: ¡Vamos, muchacho! ¡No tengo un plano de las habitaciones! Y puedes dejar el mobiliario. No soy un maldito cambista de dinero.



Soltó la mesa como si estuviera al rojo vivo.

—Sí, señor. No, señor, lo lamento, señor.

—Sólo haz lo que te digo.

Tragó saliva.

—Sí, señor. Si tienes a bien seguirme, por favor.

Era un sitio morrocotudo, y he visto muchos sitios morrocotudos. Caminamos a lo largo de una columnata de mármol de Paros, atravesamos un patio con una fuente donde dos sátiros rampantes hacían cosas increíbles con una ninfa. Me pregunté quién sería el artista y si todavía estaría en Roma para recibir encargos o si lo habrían desterrado por su grosera indecencia. Al fin el chico se detuvo frente a una puerta y se apartó para cederme el paso.

—Hemos llegado, señor —dijo—. Entra.

Junio Silano estaba alimentando a un loro africano encadenado a una percha. Es decir, el loro estaba en la percha. Silano estaba sentado en una silla de respaldo alto. Era un sujeto con cara de rata, bastante entrado en años. Fue repulsión a primera vista.

Obviamente, este sentimiento era recíproco. Me fulminó con la mirada como si yo fuera algo que el loro le había depositado en la comida.

—¿Quién diantres te dejó entrar?

—El gusto es mío —respondí—. Qué bonito jardín tienes. Sobre todo la fuente.

Silano se volvió hacia el joven que me había traído, que aguardaba en la puerta con ojos desencajados.

—Lucio, ve a la entrada y trae a Geta. Dile que tenemos un intruso.

El chico me dirigió una mirada rápida y temerosa, hizo una reverencia y se fue.

—¡Por favor, Silano! —dije—. Esto no es necesario.

—Corvino, ¿verdad? —Alzó una semilla de melón. El loro la cogió suavemente con el pico, dándole vueltas para romper la cáscara—. Creo que te dijeron que yo no estaba. La cortesía exigía que captaras la insinuación y te largaras. Te encarezco que lo hagas u ordenaré que seas expelido compulsivamente.

Maldito pedante. No había oído un latín tan enrevesado desde que mi maestro me machacaba con Cicerón.

—Mira, no es gran cosa. Sólo quiero hacerte unas preguntas.

—Tus deseos son insustanciales. —El loro escupió los trozos de cáscara y Silano le ofreció otra semilla—. Ésta es mi casa y has irrumpido sin autorización.

—Vale. —Había un taburete junto a la puerta. Me senté en él—. Sólo háblame de tu amorío con Julia y me iré.

Silano me miró boquiabierto. Luego se echó a reír.

—Joven, habré perdido el contacto con la alta sociedad, pero dudo que la norma actual sea entrar sin invitación y preguntar al dueño de casa con quiénes se acostó.

—De acuerdo. —Me apoyé en la pared y crucé los brazos—. Entonces hablemos de tu presunto exilio. ¿Dónde estabas? ¿Atenas? ¿Pérgamo? ¿Alejandría, acaso?

—En todos esos lugares. Y algunos otros. —Silano le dio otra semilla al loro—. Cosa que no te incumbe. Por favor, cierra la puerta al salir. Mi portero te mostrará la salida.



Ese fulano me estaba sacando de las casillas.

—Ningún sitio de mala muerte, ¿verdad? Muy grato y civilizado. Ninguna cloaca como Trímero o Tomi, y mucho mejor que lo que consiguió Paulo. — Hice una pausa—. Hablando de Paulo, ¿dónde encaja él? ¿O tampoco quieres hablar de eso?

Al fin había dado en el blanco. Si las miradas mataran, yo sería una pila de cenizas humeantes sobre su suelo de mármol de Carrara.

—Me insultas, Corvino —dijo lentamente—. No fui exiliado formalmente. Podía ir adonde me apeteciera.

—Exacto, amigo. —Sonreí—. ¿Por qué iban a castigarte? No había el menor motivo. No eras culpable, ¿verdad? —Oí rápidas pisadas que se acercaban por el interior de la casa. Lucio, probablemente, seguido por Geta, el hombre montaña. El tiempo apremiaba, y tenía que aprovecharlo—. Más aún, dadas las circunstancias, fue noble por tu parte irte de Roma. Y para colmo renunciar a una prometedor carrera política.

Silano también había oído los pasos. Sus ojos entornados iban y venían entre la puerta y yo.

—¿Noble, dices? —dijo—. Yo no pude elegir.

Estaban a punto de llegar. Podía distinguir entre los pasos delicados de los pies etéreos de Lucio y el mazazo de las botas claveteadas del portero en el corredor de madera. Quién sabe cuánto les costaría reparar el suelo. No porque a Silano le importara un bledo, a juzgar por su expresión. Su prioridad era mandarme a paseo, y cuanto antes, lo cual era interesante. Me lancé a la yugular y recé para estar en lo cierto.

—Quizá no tuvieras elección. Quizá sólo hiciste lo que te decían. Eso no importa. Pero fue bastante noble por tu parte responsabilizarte de algo que no habías hecho.

Ladeó la cabeza como si lo hubiera abofeteado; y al mismo tiempo la puerta se abrió y me encontré aferrado por dos brazos enormes y velludos y elevado sobre el suelo. No me importaba, pues tenía lo que había ido a buscar. La inequívoca expresión de culpa de Silano me indicaba que había acertado.

—No te acostabas con Julia, ¿verdad, cabrón? —le grité mientras el portero me empujaba hacia la puerta—. ¡Nadie se acostaba con ella! ¡Le tendieron una trampa!

Silano se había levantado de la silla. Estaba blanco como un papel, de miedo o furia o ambas cosas. El loro chillaba, colgando de la percha por la cadena que le sujetaba las patas, batiendo frenéticamente las alas recortadas. Pensé en las gallinas de esa vieja de la Suburra.

Silano habló en voz queda, tan queda que apenas pude oírle en medio de los chillidos del loro.

—¡Geta! ¡Sácalo de aquí! ¡Es una orden!

La manaza del portero me apretaba la boca y su otro brazo me estrujaba dolorosamente las costillas. Mis pies se despidieron del suelo y de pronto recorrí una serie de habitaciones profusamente decoradas, pataleando y forcejeando. Dejamos atrás coros de esclavos boquiabiertos y un patio y llegamos a la entrada.

Geta me arrojó a la calle y aterricé sobre una oreja, y entonces las cosas se pusieron incómodamente interesantes.



11

Había ido a recuperar mi manto cuando esos miserables me atacaron; eran cuatro, y no eran matones de Silano, a menos que hubiera contratado a su propio ejército. Esos tipos eran sicarios profesionales.

No tenía sentido correr —no había dónde ir en ese descampado— y sabía que podía gritar a todo pulmón sin que los esclavos de Silano acudieran a ayudarme. Busqué la daga que llevaba en la muñeca. Pero después del zamarreo general de los últimos minutos, ya no estaba allí.

Mierda. Lamenté mi afición por las apuestas. Te pones a evaluar las probabilidades casi sin pensarlo, y yo calculaba las mías en cincuenta contra uno. Con esas posibilidades, no habría jugado a mi favor aunque la mismísima sibila de Cumas se me hubiera aparecido con los nueve libros proféticos bajo el brazo y me hubiera dado su aprobación.

—Vale, muchachos. —Alcé las manos—. No quiero problemas. Si queréis mi cartera, es vuestra.

Se habían desplegado sobre el sendero, y avanzaban despacio hacia mí. El tipo del centro sonreía con una boca que parecía la salida de la Cloaca Máxima.

—Tranquilízate, Corvino —dijo—. Allá donde vas, no deberás preocuparte por el dinero.

Vaya. Así que no había ningún premio por adivinar para quién trabajaban estas bellezas. Y parecía que esta vez buscaban una solución definitiva.

—Mirad, os pagaré el doble de lo que os paga Verruga. —Retrocedí hacia el lado—. El triple. Bien, el cuádruple. —Aplasté la espalda contra la mampostería del muro de Silano—. ¿Qué viene después de cuatro?

—No viviríamos para cobrarlo. Date por muerto, muchacho.

Yo fijaba los ojos en la punta del cuchillo que se mecía a la altura de mi vientre, y se me retorcieron las tripas al imaginar que ese trozo de hierro me desgarraba y subía hacia mis costillas. Era ahora o nunca. Murmurando una rápida plegaria para los dioses que protegen a los niños ricos que cometen la tontería de salir sin niñera, me ladeé y pateé al hombre en los genitales. Gruñó, soltó el cuchillo y se plegó como una copia vieja de las *Actas del Senado*.

No es exactamente lo que enseñan en las mejores escuelas (ojalá que mis ancestros no estuvieran mirando) pero dio resultado. Uno menos, faltaban tres.

Los otros me cercaron como si estuviéramos en el Festival de Invierno y yo fuera el esclavo que tenía las nueces. Me agaché, cogí una teja que se había caído del tope del muro y le partí los dientes al primero. Dos menos. Bien, pero insuficiente.

Después de eso, las cosas se animaron bastante. No se puede hacer mucho cuando son dos contra uno y has perdido el elemento sorpresa, así que supuse que mi destino era la máscara mortuoria y la cripta familiar. Acababa de enzarzarme con uno de esos cabrones cuando alguien me apoyó un atizador candente en el hombro. Tardé bastante en comprender que era el cuchillo del



otro. Miré en torno y vi que echaba el brazo hacia atrás para hacer otro intento. Qué diablos, pensé. Fue una buena vida mientras duró. Me habría gustado acostarme con Perila, sin embargo...

En ese momento, aquello que los griegos llaman lo divino metió la mano. Literalmente.

El que me había apuñalado no tuvo la menor oportunidad. Una manaza peluda bajó del cielo, lo alzó en vilo y lo aplastó contra la pared como un escarabajo. Luego otra manaza me apartó suavemente del cabrón que yo abrazaba y lo sostuvo en alto mientras un puño del tamaño y dureza de un perno de catapulta desparramaba sus dientes por medio Janículo.

Se hizo el silencio, como si hubiera caído un rayo. Incluso oía el canto de las aves. Me apoyé en la pared con el brazo sano y miré en torno. Los dos matones que había visto caer yacían en el suelo con el aspecto de haber perdido una pelea con un rinoceronte rabioso. Los que yo había tumbado no estaban por ninguna parte. Tal vez se los habían comido.

Entonces vi a quién debía agradecerle el rescate. Por el tamaño, había presumido que era el Geta de Silano, aunque no entendía por qué se había tomado la molestia.

No era Geta. Era el Gran Fritz, el mismo de la tienda del alfarero, y ya nada tenía sentido.

—¿Estás bien, Corvino? —Se estaba sacando dientes rotos de entre los nudillos.

—Sí —dije—. Mejor que nunca. Salvo por este boquete en el hombro, por donde podría pasar una cuadriga.

Me cogió el brazo, inspeccionó la herida, me palmeó la espalda. Fue como ser atropellado por la Gran Pirámide. Y no mejoró el estado de mi hombro.

—Apenas un rasguño. El cuchillo debe de haber patinado en el hueso. Mantenía limpia y sanará en pocos días.

—¿Así que eres médico? —Traté de ser sarcástico, pero él sólo asintió.

—Cuando es necesario. —Sacó un trapo de su túnica y me lo dio. Pensé que estaría mugriento, pero estaba limpio y descolorido por los lavados—. Toma, usa esto.

Y sin decir otra palabra echó a andar rumbo al puente Sublicio. Al principio me quedé mirando. Cuando fue evidente que no pensaba detenerse, lo llamé a gritos.

—¡Oye!

Ninguna respuesta. El grandote siguió andando como si tal cosa. Lo seguí cojeando y le aferré el brazo.

—¡Oye! ¿Adónde crees que vas?

En cuanto lo hice, supe que era un error, como tirar de la cola de un tigre cuando no quiere tu compañía. Giró sobre los talones y lo solté al instante. Nos miramos de hito en hito unos segundos mientras yo rezaba para estar en otra parte. Nápoles, por ejemplo.

—No abuses de tu suerte, Corvino —gruñó al fin—. Sólo agradece que no te dejé liquidar por esos cabrones.

Estupendo.

—Vale. ¿Y por qué lo hiciste?

—Nada personal. No me gustan las peleas desiguales. Una suerte para ti, amigo, porque preferiría que estuvieras muerto y putrefacto.

Ay. Lo decía en serio.



—¿Te molesta decirme por qué?

Me apuntó con el dedo.

—¡Escucha, Corvino! Basta de juegos. No sabes el daño que podrías causar. Es la última advertencia. Termina con las preguntas, o la próxima vez que alguien te ataque, seré yo. —Escupió impecablemente en la espalda de uno de los matones caídos—. Y haré el trabajo mejor que esta escoria, ¿te enteras?

Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y se marchó por el camino.

—¿Para quién trabajas? —le grité a su espalda—. ¿Quién te envió?

No cambió el paso. Creo que ni siquiera me oyó.

Volví a trompicones hasta la encina del muro para recoger mi manto. Así que los tipos que me habían atacado no eran amigos del Gran Fritz. Si lo habían sido, no necesitaban enemigos. Es decir, si el Gran Fritz trabajaba para Verruga, ellos no. Y viceversa. A menos que fueran...

Mierda. No podía pensar. Estaba aturdido, me dolía el hombro y tenía un chichón del tamaño de un huevo de ganso en el lado de la cabeza, donde me había golpeado cuando Geta me echó.

No sabes el daño que podrías causar. Sin duda. Si hurgaba entre los trapos sucios imperiales, no encontraría rosas, y como no tenía la menor idea de lo que buscaba, salvo que Tiberio no quería que se conociera, tenía que agradecer lo poco que conseguía. Aun así, las palabras del Gran Fritz tenían un toque personal. Las había dicho con sentimiento, como si afectaran a un ser querido...

Sonreí y sacudí la cabeza dolorida. Claro, el Gran Fritz es el mancebo de Verruga y el viejo bujarrón lo usa para repartir tortazos. Qué idea brillante. Sigue soñando, Corvino.

Encontré mi manto y me envolví en él como pude, que no era exactamente el modo en que los elegantes de Roma lo llevaban esa temporada. Batilo sufriría un vahído cuando yo llegara, pues no le gustaba verme desaliñado. Cojeando deprisa, me dirigí al Sublicio y a mi casa.

Varo a sí mismo

La farsa, primer acto.

Vela acaba de irse, tras informarme, para mi inmensa sorpresa y consternación, que presuntamente la tribu de los queruscos prepara una revuelta armada. Reparo en el adverbio, desde luego. Arminio sabe que para mí será importante cuidarme la espalda, y no quiere que yo parezca apresurado al tragar el cebo que ha puesto ante mis codiciosas fauces romanas.

—¿Presuntamente?

—Sólo un rumor, general —me asegura Vela—, traído por nativos de dudosa probidad en circunstancias harto sospechosas.

Trato de no hacer una mueca. Vela tiene una pésima opinión de los germanos, lo cual dice más de él que de nuestros hermanos bárbaros. Irónicamente, en este caso sus sospechas tienen fundamento: los germanos no se proponen iniciar una gran guerra. Hasta mi traición tiene sus límites.

Cuando todo haya terminado, Vela, como lugarteniente mío, tendrá que prestar declaración sobre mi conducta en este asunto. En consecuencia, debo actuar con cautela.



—¿Desechas el rumor, entonces?

—Sí, general, así es. —Sólo eso. Ni una palabra más. De nuevo me cuido las espaldas, y coincido con un gruñido.

—Me alegra —digo—. Debemos pensar en el ejército, y la temporada. Nuestra intervención supondría una marcha por una comarca difícil y peligrosa. —Endurezco la mandíbula con gravedad—. Antes de impartir semejante orden, Vela, necesitaré pruebas mejores que un rumor infundado.

Ya está asintiendo con aprobación total.

—Exacto, general. Coincido plenamente.

—Sin embargo... —Dejo colgar la palabra. He arrojado mi mendrugo a Cerbero. Ahora debo sortearlo—. Si surgieran esas pruebas, sería otra cuestión, ¿verdad? —Vela no dice nada, pero tensa los labios—. ¿O discrepas conmigo?

Titubea. Al fin adopta la posición que ha escogido hace tiempo.

—Sí, general. Recelaría de la veracidad de tales pruebas, aunque resultaran convincentes. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que Segestes nos dijo antes de marcharnos.

Esas palabras me dan un escalofrío. No es típico de Vela ser tan dogmático. Ni tan perspicaz. Segestes es el padre de la esposa de Arminio, Trusnelda, y un romanófilo de proporciones temibles. Peor aún, sabe de qué habla. O cree saberlo. Aparto la cara de la lámpara, buscando la sombra, y mantengo una voz impasible.

—¿Crees que es una treta? ¿Una estratagema germana para desviarnos?

—Quizá, general.

Habla con voz neutra; eso debería tranquilizarme, pero surte el efecto contrario. ¿Vela tendrá sospechas? Peor aún, ¿sabrás algo? Si es así, estoy acabado. Y también Arminio.

—Enviaremos exploradores —digo abruptamente—. Averiguaremos la verdad y actuaremos en consecuencia. ¿Estás de acuerdo? —Silencio—. Vela, ¿estás de acuerdo?

Una pausa. Una pausa demasiado larga.

—Sí, general, estoy de acuerdo. —Le tiembla un músculo de la mejilla. ¿Sospecha? ¿Desagrado? ¿Nerviosismo?

—Bien, haz los preparativos, por favor. —Miro los papeles de mi escritorio como si fueran de interés vital (se relacionan con una queja del jefe de muleros sobre la mala calidad del cuero de las bridas). Como no se va, alzo la cabeza con impaciencia—. Eso es todo, Vela, por el momento.

Vela se cuadra con su saludo blando como un budín y me deja a solas con mis cavilaciones, que no son agradables.

¿Sabe algo? ¿Puede saber? ¿O existe otro motivo para esta conducta?

La «prueba» aparecerá, desde luego. Arminio lo ha manejado bien; pero su corazón es romano, así que tiene un talento natural para la organización...

Es tarde. Estoy cansado. No puedo pensar más, y mis viejos huesos están fríos. Le diré a mi ordenanza que me sirva vino para calentarme y luego, como un hombre virtuoso, me arrebujaré en mi capa de general para dormir.



12

Cuando llegué a casa, más muerto que vivo, me esperaba mi padre. La culminación de un día perfecto. Batilo tenía instrucciones estrictas y permanentes de tener preparada una jarra de vino en la mesa, junto a la puerta, toda vez que yo llegara, sin importar de dónde. Recogí la jarra, llené la copa y la vacié de un trago.

—¿De qué se trata, papá? —dije—. ¿Otro mensaje de palacio? Déjame adivinar. Verruga necesita una esponja limpia para lavarse.

Mi padre clavaba los ojos en las manchas de mi túnica (me había quitado el manto en el vestíbulo), los coágulos de sangre de mi cabello y sobre todo el tajo sangriento de mi hombro izquierdo.

—¿Qué sucedió, Marco? —preguntó.

—Tuve un topetazo con gente ruda. —Me senté en el diván, volví a llenar la copa y dejé la jarra en la mesa—. No hay motivo para preocuparse, papá. Si es que estás preocupado.

Se volvió hacia Batilo, que revoloteaba en la entrada.

—Manda buscar a Sarpedón —rugió—. ¡Ya! —Sarpedón era uno de los mejores médicos de Roma. Le había costado a papá una pequeña fortuna cuando lo había comprado cinco años atrás—. Y procura que los baños estén calientes.

—Mira, papá, estoy bien. —Me estiré con cuidado y bebí vino, esta vez más despacio—. Olvídalo, por favor.

—Sarpedón será el que juzgue eso, muchacho. Ese corte en el hombro necesita atención.

Estaba demasiado cansado y dolorido para discutir. Cuando Batilo se marchó, mi padre se volvió hacia mí.

¿Qué está pasando? —me preguntó.

Me encogí de hombros, o lo intenté.

—Estaba del otro lado del río. Me asaltaron. Me lastimaron y se llevaron mi cartera. Eso es todo.

—Estás mintiendo.

Noté sorprendido que le temblaban las manos y los músculos de la cara. Mi padre no es emotivo. En los banquetes, lo confunden con el plato de pescado. Y tampoco usa palabras groseras y directas, como «mintiendo». A lo sumo, dice algo así como «No creo que eso sea demasiado exacto» o «Me parece que te equivocas». Esa acusación franca me sorprendió tanto que ni siquiera pensé en negarla.

—Bien, de acuerdo. Estoy mintiendo. Me has pillado. ¿Y ahora qué?

Él estaba temblando. De furia, supuse.

—¡Marco, desiste! ¡Créeme, no sabes cuán peligroso es lo que estás haciendo!

—Pues dímelo. —Yo también me estaba enfureciendo. Había tenido un día largo y difícil y no estaba dispuesto a escuchar monsergas—. Dímelo, papá.



Dime por qué el emperador odia tanto a un poeta muerto que no permite que sus cenizas vuelvan a Roma. Dime por qué, cuando hago preguntas sobre un escándalo tan viejo que ya ni siquiera tiene olor, todos mantienen la boca más cerrada que las rodillas de una vestal. Dime por qué casi termino en el Tíber con un tajo en el gaznate, sólo porque fui a ver a alguien a quien Augusto no exilió por no follar con su nieta. Y si puedes deducir qué significa esta última perla, papá, entonces podrás explicármelo, porque yo no tengo la menor idea.

Mi padre tenía el rostro ceniciento.

—No puedo hacer eso, Marco. No puedo fiarme tanto de ti.

Eso me paró en seco. No había dicho «No sé de qué estás hablando», sino «No puedo fiarme de ti».

—¿Qué diantres significa eso?

—Significa lo que dice.

—¿En qué sentido no te fías de mí?

—No creo que te guardes la información para ti.

Me eché a reír.

—¡Por el majestuoso y puñetero Júpiter! ¡Papá, media Roma está enterada de esto!

—No blasfemes, hijo. No media Roma. Sólo el elemento responsable. Y no dicen nada porque saben que no tiene importancia.

Esto era el colmo.

—Repítame eso, por favor. Si no tiene importancia, no hay motivo para que no me digan nada.

—¡Escúchame, Marco! —Mi padre descargó un puñetazo en la mesa—. ¡Estoy tratando de salvarte la vida! ¡Claro que te están cerrando el paso! ¡Claro que hay un secreto! ¡Claro que hay una conspiración de silencio! ¿Esperas que niegue todo eso? Sólo te digo que tiene un propósito, que si los detalles se difundieran haría más mal que bien. Y antes de permitir que eso suceda, los poderosos se encargarán de que desaparezcas. Tú o yo o cualquier otro individuo, al margen de su cuna o su poder. No porque la información sea importante para la supervivencia del estado, sino porque no lo es. ¿He sido claro?

Nos miramos en silencio. Al fin mi padre se reclinó. Todavía estaba temblando, y una gota de sudor le brillaba en la frente. A mi pesar, yo estaba impresionado: mi padre hablaba en serio, o eso fingía.

—Bien, papá —dije—. Confía en mí. Juro que no se lo contaré a nadie. Ni siquiera a Perila. Y si es tan inocente como dices...

Mi padre cerró los párpados y se los apretó con las palmas, como si obligara a sus ojos a meterse en sus órbitas.

—Aún no has entendido, ¿verdad, hijo? No hay peros ni vueltas. No es una cuestión de criterio personal, tuyo o mío. Y no dije que el secreto fuera inocente. Dije que no importaba.

—Me importa un bledo si es inocente o no. Tengo que saberlo. Sea como fuere, para mi satisfacción personal. Podrías contarme todo y ahorrarnos a ambos muchos problemas. Juro que no pasará de aquí, si eso es lo que deseas.

—¿Y que te quedarás tranquilo? Si te lo cuento todo, ¿olvidarás ya mismo este estúpido asunto de Ovidio?

Guardé silencio. Mi padre asintió.



—¿Ves, Marco? Ambos estamos atrapados por nuestros principios. No puedo decirte lo que quieres saber a menos que me prometas no usarlo; tú no puedes hacer esa promesa hasta saber cuál es el secreto. Y yo no puedo ser responsable de contártelo a menos que me lo prometas. Lo único que ganaríamos es que nos mataran a los dos. Y por mucho que te ame, hijo, a pesar de todo, no estoy dispuesto a correr ese riesgo.

—¿Riesgo?

—Certeza, entonces. Sería una certeza, Marco. Desiste. ¡Por favor! Ese conocimiento no es importante, y menos ahora, te lo aseguro. Y si insistes, no vivirás el tiempo suficiente para lamentarlo.

Esa apelación emocional me impresionó. No creía que mi padre fuera capaz de hacerla. Siempre que fuera genuina, y no un truco retórico. Como orador experimentado, papá podía fingir cualquier emoción que deseara. Aun aceptando que esa emoción fuera auténtica, sin embargo, si él tenía sus creencias debía respetar las mías.

—Lo lamento, papá. Te lo he dicho. Tengo que saberlo. Y si tú no hablas, tendré que averiguarlo por mi cuenta.

Me miró largo rato, con tristeza, pero con una pizca de algo que quizá fuera orgullo.

—Eres como tu tío Cota, hijo, ¿sabes? Ambos pensáis con el corazón, no con la cabeza. Otros superan esa etapa. Él no la superó nunca, y tú tampoco lo harás.

—¿Eso es tan malo?

Su tono de voz no cambió. No estaba discutiendo. Sólo estaba... hablando.

—Claro que es malo. Éste es el mundo moderno, Marco, y pertenece a los grises burócratas. Si hubieras nacido hace cinco siglos, figurarías en los libros escolares junto con Horacio, Escévola y los demás héroes. Eres de los que se plantan solos en el puente aunque lleven las de perder, o que mantienen la mano en el fuego hasta que se achicharra para demostrar un argumento. Entonces te habrían llamado héroe. No se habrían cansado de homenajearte. Hoy sólo eres un bochorno.

No dije nada. Nunca había oído hablar a mi padre de ese modo.

—¿Alguna vez pensaste por qué Cota no obtuvo el consulado? ¿Por qué nunca ocupó una magistratura importante? Es de buena familia. Es inteligente, popular, políticamente avisado, buen orador. Mejor hombre que yo, en todos los sentidos. Pero yo obtuve mi puesto de cónsul antes de los treinta y cinco, y él, a los cuarenta y uno, no ha pasado de funcionario menor de finanzas. ¿A qué crees que se debe?

—A que no es un lameculos. —Fui deliberadamente brutal.

Mi padre ni siquiera parpadeó.

—Sólo porque alguien favorece al gobierno establecido —declaró serenamente—, eso no significa que debas acusarlo automáticamente de servilismo. Tiberio no es perfecto, el sistema imperial no es perfecto, pero podría ser peor. No me cabe la menor duda. Tiberio no será carismático, pero es estable, y eso es lo que necesitamos en un emperador. Estabilidad, no heroísmo. Lo más vistoso no siempre es lo mejor, Marco. Hay demasiadas cosas en juego. Mira las piruetas de Germánico en Germania. ¿De qué nos sirvieron, salvo para perder hombres y reputación?



Tuve que darle la razón. La campaña del hijo adoptivo de Tiberio (que el propio Germánico había publicitado como una gloriosa venganza por la matanza de Varo) había sido un fracaso espectacular.

—¿Conoces el chiste de los dos toros? —me preguntó mi padre.

Sorprendido, negué con la cabeza.

—Muy bien. —Puso una sonrisa curiosa y enigmática que yo nunca había visto—. Dos toros, uno viejo y uno joven, miran las vacas que pacen en un valle. El toro joven le dice al viejo: «¡Mira aquellas vacas, papá! Corramos a cubrir un par». Y el toro viejo le responde: «No, hijo. Caminemos y cubrámoslas todas».

Tardé un momento en comprender que mi padre había hecho una broma; y otro momento (porque él no sonrió) en comprender que no era una broma.

—No puedo evitar ser como soy, papá. Así como tú no puedes evitar ser como eres. Somos distintos y no nos mezclamos.

Él asintió con tristeza.

—Sí, hijo, lo sé. Somos distintos. Y es una pena.

Y entonces llegó Sarpedón con sus emplastos y vendajes, y no hubo más tiempo para hablar.



13

Al día siguiente, antes de ir a casa de Perila para contarle las novedades, pasé por el gimnasio que poseo cerca de la pista de carreras para hablar con uno de mis clientes, un ex entrenador de gladiadores llamado Escífax. El nombre (un apodo que significa «cachorro» en griego) es perfecto para el individuo. Tiene la contextura, los rasgos faciales y el temperamento de una de esas bestezuelas musculosas e invencibles que vemos en los circos del interior, destrozando criaturas que las superan doscientas o trescientas veces en tamaño. Así es Escífax. Una vez que muerde a alguien, se niega a soltarlo, y cuando lo suelta el cabrón pasó a mejor vida.

Nos habíamos conocido tres años antes en el gimnasio de Aquilo, donde yo iba regularmente a entrenarme. Mi compañero habitual de pugilato se había roto la muñeca y el viejo Aquilo trajo a este tipo. Tenía el aspecto de esas cosas que se llevan arrastradas con un garfio al final de los juegos, pero Aquilo lo presentó como si estuviera a un paso del mismísimo Júpiter. Debí haberlo tenido en cuenta. No lo tuve. Error número uno.

Cada uno midió al contrincante. La coronilla de la calva del animalejo estaba al mismo nivel que mi barbilla. Mierda, recuerdo que pensé, ¿debo pelear con esta cosa o darle de comer nueces?

—¿Preparado? —pregunté.

No respondió, así que entendí que sí. Hice una finta a la izquierda y dirigí la punta de la espada de madera a la parte superior del vientre en un impecable tajo de lado: si hubiéramos estado peleando en serio, esa estocada lo habría dejado con las tripas al aire. Aun con una espada de práctica, habría dolido como el demonio; pero entonces (error número dos) yo quise pavonearme.

La espada no lo tocó. En cambio, saltó súbitamente de mi mano y el pequeñín embistió contra mis ojos. Retrocedí con un grito, como una virgen cincuentona amenazada por una pandilla de violadores.

Escífax bajó la espada y me miró con desdén mientras yo yacía en la arena a sus pies.

—Así sois los niños mimados de la aristocracia —gruñó—. Sólo teméis que se os corra el maquillaje.

Me enfurecí. Me puse de pie y le solté una filípica.

—¿Cómo te atreves a atacar mis ojos? ¡Pudiste haberme dejado ciego, cabrón!

—Escucha, muchacho. —Su voz era apenas un susurro, pero me callé como si me hubieran clavado la lengua al paladar—. La esgrima no es un juego, ¿entiendes? Te propones matar a alguien, y el otro se propone matarte a ti. Ésa es la única regla. ¿Vale?

—Sí, sí, claro, pero...

—No hay pero que valga. ¿Recuerdas cómo César venció en Tapso, o en Munda, o donde cuernos fuera? Les dijo a sus hombres que cortaran la cara



del enemigo. A los niños patricios del otro bando no les importaba morir, pero no digerían la idea de perder su bonita facha, así que huyeron. Fin de la batalla, fin de la historia. ¿Has entendido?

¡Por Júpiter!

—Entendido.

—Otra cosa. —Sin advertencia, amagó una páfida patada contra mi entrepierna. Bajé instintivamente las manos para cubrirme los genitales mientras retrocedía. La patada no llegó. En cambio, alzó la espada para tocarme el pecho—. Puedes usar el peor temor de un hombre como finta. Y quizá no sea una finta. ¿Vale?

—Vale. —A estas alturas lo miraba como Platón debió mirar a Sócrates cuando lo conoció. Si hubiéramos tenido incienso, lo habría encendido.

—De acuerdo. —Retrocedió—. Empecemos de nuevo. Y esta vez presta atención.

Presté atención, aquella vez y desde entonces.

Sí. Escílax valía su peso en oro; y era casi lo que yo había pagado para instalarle su gimnasio detrás de la pista de carreras. No lo lamentaba. Gracias a él, yo aún caminaba esa mañana con la garganta entera y sin más daños que un tajo en el hombro.

Lo encontré entrenando a un senador viejo y calvo con suficiente grasa bajo la túnica para mantener ocupados a cinco masajistas durante un año. El tipo resollaba como si hubiera corrido desde Ostia; y por el color, daba la impresión de que estaba a un pelo de irse al otro barrio.

—¡Hola, Escílax! —grité.

Él se volvió, bajó la espada.

—Suficiente por hoy, excelencia —le dijo al gordo—. No conviene exagerar, ¿verdad?

Así es, Escílax puede ser cortés con la persona indicada. Y hay modos peores de perder a un cliente que agotarlo hasta que se ponga morado y caiga redondo.

El senador apestaba como un puerco ebrio, pero atinó a alzar la espada en el saludo militar que los soldados dedican a sus compañeros de entrenamiento en el terreno de práctica al final de un enfrentamiento. Y nada chapucero. Realmente marcial. De pronto vi, bajo los rollos de grasa y la papada cuádruple, al brioso oficial joven que habría sido tiempo atrás, y me pregunté cómo estaría mi silueta dentro de treinta años.

Si vivía tanto tiempo.

Un esclavo se adelantó con una toalla. El gordo se frotó el sudor de la caray el cuello, rojos como un bistec, se echó un poco de aire fresco dentro de la túnica, y se volvió hacia mí sonriendo como un adolescente.

—Buen ejercicio, ¿eh, muchacho? —jadeó—. Te mantiene en forma, ¿verdad?

—Sí —dije—. Sí. Magnífico.

Guiñó el ojo, agitó la mano y se fue tambaleándose hacia la asa de baños. Ojalá llegara, pues respiraba con tanta dificultad que no habría apostado a su favor.

Escílax recogió las espadas de madera, se las caló bajo el brazo echó a andar hacia su oficina, en el edificio principal.

—¿Qué haces aquí, Corvino? —dijo—. Éste no es tu día habitual. Puedo hacerte un lugar, apenas, pero no por mucho tiempo.



Sonreí. Ésa era otra cosa que me gustaba de él. Sabía que un cliente debe respetar a su patrón.

—Oye, soy dueño de este lugar, ¿recuerdas?

—Pues véndelo. Pero aun así, no puedo darte más de media hora.

Sacudí la cabeza y le seguí el paso.

—Hoy no lucharé, Escílax. Ni siquiera te haría sudar. Ayer me asaltaron y uno de esos cabrones me cortó.

Escílax se paró en seco para mirarme.

—¿Un corte, muchacho? ¿Muy serio?

—Sólo un tajo en el hombro. Sarpedón lo parcheó.

—¿Cuántos eran?

—Cuatro.

Soltó un gruñido de disgusto, escupió en la arena y siguió caminando.

—¿Sólo cuatro, y te cortaron? ¿Qué eran, críos, mujeres o lisiados?

—Cuatro contra uno es bastante desigual, y lo sabes. Y esos sujetos eran profesionales. Casi perdiste un patrón. Lo habrías perdido, si no hubiera recibido ayuda. Y de eso quería hablarte.

Suspiró.

—Vale, Corvino. Quizá tenga tiempo libre, a pesar de todo. Ve a los baños y te aflojaré los músculos.

¡Por Júpiter! ¡No necesitaba eso!

—Oye —dije—, sin masajes, ¿eh? Ya me han golpeado bastante en los últimos días, gracias.

Se detuvo de nuevo. Sus ojos me escrutaron con ansiedad.

—¿Quieres decir que ocurrió más de una vez? ¿Qué está pasando?

—Exageraba. Pero no quiero el masaje.

—Vamos, muchacho. —Me asió el brazo (el bueno, por suerte; Escílax usa las manos como un cangrejo usa las pinzas) y me llevó hacia los baños—. Un buen masaje no le hace mal a nadie. Te aflojará.

Sí, sin duda eso le dijeron a Prometeo antes de soltarle el buitre, pensé; pero no lo dije en voz alta. No quería ofender al hombrecillo.

La sala de masaje estaba vacía, aunque oí jirones de una alegre gresca militar en la piscina de al lado. Alguien llamado Tito había cogido la toalla de otro y se negaba a devolverla. Me pregunté cómo habíamos logrado armar un imperio, y encima conservarlo.

—Vale, cuéntamelo —dijo Escílax cuando me tuvo de bruces en una de las mesas y me había cubierto de aceite.

Se lo conté. Pareció entender lo esencial, aunque no sé si los detalles eran inteligibles entre tantos gritos. Y no me refiero a la algarabía que hacía la flor y nata de Roma en la sala contigua.

—¿Por qué dejaste que todos te atacaran al mismo tiempo? —preguntó Escílax.

—¿Debí sugerirles que se turnaran?

Nunca recurras al sarcasmo con tu masajista. Escílax me aferró el cuello y hundió los pulgares bajo los omóplatos mientras yo chillaba y le suplicaba que parase.

—Lo lamento, Corvino. ¿Ése era el brazo lastimado? —dijo al fin, antes de que yo me desmayara. Ese sádico sabía que era ese brazo. La venda de Sarpedón cubría la mitad del hombro—. Tendrías que haber huido, muchacho. Lograr que se separasen, y cogerlos uno por uno.



Intenté una sonrisa. No funcionó muy bien.

—Claro. También me llaman Filípides. Corro una maratón todas las mañanas antes del desayuno.

Escílax gruñó.

—¿Dices que ese tipo era extranjero?

Sentí que me insertaba un nudillo entre dos capas de músculo y gemí, sabiendo lo que vendría. Vino. Después de bajarme del techo, respondí:

—Sí, del norte, quizá. Podría ser germano. Pero hablaba buen latín. Y no era ningún palurdo.

Escílax me estrujó las costillas con las manos y tiró las carnes hacia abajo. Es magnífico si a uno le gustan esas cosas. No era mi caso. Me sentí como si me despellejara un pulpo.

—Dices que tenía un tajo de espada en la mejilla izquierda.

—Eso parecía. Le faltaba media oreja. Venga, Escílax, necesito un nombre.

Calló un buen rato. Le oía pensar mientras su mano se abría paso palmo a palmo, torturándome la espalda. Apreté los dientes y traté de no aullar.

—No es gladiador, eso es seguro. Un tipo de tal tamaño y habilidad sobresaldría en los equipos. —Esto era definitivo. Lo que Escílax no sabía sobre el mundo de la esgrima profesional no sólo carecía de importancia, sino que no existía—. Podría ser un soldado. Ex soldado, quizá.

—¿Un auxiliar? ¿Qué haría un auxiliar en Roma?

—¿Quién dijo auxiliar? Por lo que dices, parece un legionario. ¿Crees que era germano?

—Sí. O quizá eslavo.

—Es posible que sea eslavo. Tiberio alistó a muchos campesinos ilirios en la época de los disturbios.

Eso encajaba. Doce años antes la provincia de Ilírico se había rebelado (mi padre era gobernador provincial en aquella época) y durante un tiempo pareció que todo el territorio entre los Alpes Julios y Macedonia se iría al traste. La emergencia significó que el general Tiberio tuvo que zumbear como una mosca de trasero azul, juntando todos los reclutas que podía para impedir que se propagara la revuelta.

—Me has convencido —dije—. Más aún, ese tipo aún podría tener contactos.

—¿Contactos con Tiberio? —Escílax dejó de mover las manos—. ¿Estás en problemas? ¿Problemas oficiales?

Mierda. Había hablado de más. Escílax era un amigo, pero el caso Ovidio era privado. Borré mis huellas.

—No, puramente personal.

—¿Quieres hablarme de ello?

—No hay nada de que hablar. Sabes tanto como yo. Quizá me acosté con la hermana de alguien.

—Ajá. —No parecía convencido. Las manos siguieron machacando. No era tan doloroso ahora que me estaba acostumbrando. O quizá se había roto algún órgano vital y ya no podía sentir nada—. Dices que has visto a ese hombre más de una vez.

—Así es. Hace unos días tuvimos un encontronazo en la Suburra. Sólo que entonces él no estaba de mi lado.

Escílax chasqueó la lengua.



—Esto suena cada vez más raro, muchacho.

No me creía, eso era seguro. Y no era sorprendente. Pero tampoco podía llamarme mentiroso, porque no era de su incumbencia.

—Vale —dijo al fin—. Pero si necesitas ayuda, dímelo, ¿de acuerdo? Quizá la próxima vez no tengas tanta suerte.

—Gracias —respondí, con toda sinceridad. Si se trataba de usar los músculos, habría escogido a Escílax contra un escuadrón selecto de pretorianos—. Pero hazme el favor de indagar, ¿vale? Quiero saber quién es ese sujeto.

—Cuenta con ello. —Estaba sobando y frotando suavemente con las yemas de los dedos. Yo casi ronroneaba—. Si ese cabrón está en Roma, lo encontraré. Y después, si quieres, lo haré trizas.



14

Cuando llegué a la casa de Perila, ella había salido.

—El ama está en casa de Marcia, señor —dijo Calías—. Dejó dicho que fueras allá si pasabas a visitarla. Queda cerca del templo de Cibeles.

—Ya sé dónde queda la casa de los Fabios. Estupendo, Calías. —Marcia era la viuda de Fabio Máximo y, como recordaréis, pariente de la madre de Perila. Era prácticamente vecina mía, colina arriba. Yo podría haberme ahorrado el viaje. Perila no había pensado en pasar para dejarme el mensaje. Claro, yo era sólo su patrón, ¿verdad?

Llamé con un silbido a mis cuatro nuevos guardaespaldas, que holgazaneaban en la esquina. Se aproximaron flexionando los bíceps y mirando a Calías como preguntándose hasta dónde rebotaría. Estos cuatro eran los tipos más corpulentos y recios que yo poseía, galos corpulentos cuya idea de la diversión era partir nueces entre el pulgar y el índice. Y no me refiero a las que crecen en los árboles.

Estaba harto de que me atacaran. La próxima vez que alguien lo intentara, tendría que vérselas con los Amigos Entrañables.

La mansión Fabio era una de las más grandes y antiguas de Roma, y ocupaba el espacio que mediaba entre la choza de Rómulo y la casa de Augusto; no puede haber vecinos más selectos. Uno de los Amigos Entrañables llamó a la puerta y gritó mi nombre al oído del portero septuagenario, y me hicieron pasar. Los muchachos se acomodaron de espaldas contra la pared para jugar a los dados; al menos, jugaron los tres que podían contar hasta seis. El cuarto se contentó con mirar lascivamente las literas que pasaban.

Perila estaba sentada en el jardín con una anciana, y supuse que era Marcia. Llevaba mis aros, noté, y una capa celeste que hacía juego con el pavo real que se paseaba al lado de ella. Sonrió cuando atravesé la columnata.

—Hola, Corvino. ¿Entonces recibiste mi mensaje?

Ni una traza de culpa en su adorable voz, ni una chispa de remordimiento en sus adorables ojos. Qué diablos. Suspiré y me senté en la silla que me había llevado el esclavo.

—Supongo que no estaba en casa —dije—. Lamento llegar tan tarde. Tuve que visitar a un cliente. —Miré de soslayo a la anciana. No se había movido, ni siquiera había reparado en mi presencia. Fijaba su atención en el pavo real, que se preparaba para exhibirse. Recordé mis modales (sí, tengo algunos) y añadí—: Preséntame a tu tía, pues.

Perila abrió la boca para responder, pero entonces el pavo real desplegó la cola con un graznido susurrante y la anciana se volvió hacia mí. Vi ojos brillantes y desorbitados en una cara pastosa y mustia empeorada por el maquillaje, y una boca floja que babeaba en un movimiento constante.

—La tía Marcia no está en este momento, Corvino —dijo Perila en voz baja—. Ésta es mi madre.



El pavo real tembló y giró en un círculo lento. Su cola era una masa de ojos muertos que me observaban. Me observaban...

Me las apañé de alguna manera, no me preguntéis cómo. Júpiter sabrá lo que dije; no recuerdo una palabra, sólo que sudaba constantemente. Luego salió una esclava y condujo a la anciana adentro, dejándonos a solas. Guardamos silencio un rato.

—Es uno de sus días malos —dijo al fin Perila—. Nunca es racional, pero al menos a veces está presente, al menos reconoce que los demás existen y les habla.

—¿Cuánto hace que está así? —Yo todavía estaba temblando. Si hay algo que no resisto, es la locura y los locos. No aguanto la falta de contacto, de terreno común. Siempre me hace trizas. Una vez conocí a un sujeto, un oficial del ejército que había prestado servicio en todas partes y había ganado todas las condecoraciones existentes, y le aterraba que una pluma le rozara la piel. No podía acercarse a la tienda de un vendedor de gallinas sin sudar en frío. Así es como me afecta la locura.

—Empeoró en los últimos años —dijo Perila—. Nunca estuvo bien desde que exiliaron a mi padrastro. Luego, la tensión de procurar que lo repatriaran, administrar sus propiedades, más todos los problemas con Rufo... —Titubeó—. Fue demasiado para ella. Ahora vive aquí, como antes de casarse. La tía Marcia es muy bondadosa.

—¿No puedes hacer algo por ella? Debe haber médicos, médicos griegos...

—Lo hemos intentado. Es inútil, no pueden hacer nada. En cierto modo, me alegra. Creo que es más feliz así, en su propio mundo.

Sacudí la cabeza pero no dije nada. ¡Por Júpiter! ¿Cómo podía ser feliz una criatura que farfullaba y babeaba así? Yo preferiría cortarme las venas. O, si no pudiera, que un buen amigo lo hiciera por mí.

—En fin. —Perila se arrebujo en la capa y esbozó una sonrisa frágil—. No viniste para conversar sobre mis problemas. No de ese problema, al menos. ¿Cómo andan las investigaciones? ¿Hablaste con Silano?

—¿Quién? —Intenté recobrar la compostura—. Ah sí. Sí, hablé con él. En los cinco minutos que le llevó llamar a su gorila domesticado y hacerme echar, claro.

—¡Corvino, por todos los cielos! —Ensanchó los ojos—. ¿Qué le dijiste?

—Nada. —Me froté el sudor de las palmas. Empezaba a sentirme mejor, aunque un buen trago de falerno puro no me habría venido mal—. Al menos, nada insultante. Fui un dechado de cortesía, como de costumbre. Quizá no le gustó mi perfume.

—Pamplinas. Habrá tenido algún motivo para echarte.

—Bien, creo que no le agradó mucho que yo sugiriese que le habían pagado para cargar con la culpa. —¡Por Júpiter! Eso era un modo moderado de expresarlo—. Pero eso fue hacia el final. La fuerza de choque ya estaba en camino. —Hice una pausa—. Perila, ¿puedo beber un trago, por favor? He tenido un día bastante agitado.

—Aún no es mediodía.

—Lo sé, pero aun así quisiera un trago. Por favor.

—¿Zumo de fruta? —preguntó dulcemente.

—¡Oh, por favor!



—Bebes demasiado vino —dijo, pero aun así llamó a un esclavo que andaba por allí.

—Sólo bebo para olvidar.

Arrugó la frente.

—¿Olvidar qué?

—No sé. Lo he olvidado.

Noté que procuraba entender esa broma trillada. Como he dicho, Perila sería hermosa, pero su sentido del humor era nulo. Al fin desistió y volvió al tema.

—¿Por qué dices que le pagaron por cargar con la culpa?

—Para que no armara escándalo por la acusación de seducir a Julia.

—Corvino, Silano no fue recompensado, sino exiliado.

—Te equivocas. No hubo ningún exilio. Silano se fue de Roma voluntariamente.

—Pero le han prohibido ejercer la función pública.

Me encogí de hombros.

—Quizá no le interese la política. El descender de una buena familia no significa que te lo hagas en los pantalones para llegar a cónsul. Mírame a mí, por ejemplo.

Perila me miró, y lamenté no haberme arrancado la lengua de una dentellada. Mierda.

—Eso me tenía intrigada, Corvino —dijo fríamente—. ¿No tienes ambiciones políticas? ¿Ninguna inquietud? ¿Ningún sentido del deber hacia tu familia o el estado?

Cambié de terreno rápidamente. Podía prescindir de los sermones edificantes de mis clientes.

—Bien, olvidemos eso, ¿quieres? Sólo concede que a veces sucede. Un alma sencilla como Silano... o un cabrón perezoso, si prefieres...

—No lo prefiero.

—... puede haber optado por el dinero y la vida fácil en vez de la gloria política. Además, había una razón más importante para que Augusto no lo castigara.

—¿Y cuál es?

—El tipo no folló con Julia. Nadie lo hizo. Nunca existió tal adulterio.

—¿Qué?

—Claro que no. La acusación era falsa, y todos los implicados lo sabían.

Perila me miraba como si mis orejas se hubieran puesto verdes.

—Corvino, ¿has perdido el juicio? ¡Claro que Julia cometió adulterio!

—¿Ah, sí? ¿Y cómo lo sabes?

—Bien... —Perila vaciló visiblemente—. Todos saben que fue así.

—Todos saben que fue acusada. Acabo de decírtelo. La acusación era falsa.

—¡Silano confesó que la había seducido!

—Claro que sí. —Yo sonreía. No siempre le llevaba ventaja a Perila, y lo estaba disfrutando—. Por eso le pagaron, amiga mía.

—¿Qué hay de Augusto? Él mismo hizo la acusación. La envió a Trímero. ¡Corvino, era su nieta!

—Mira, Perila. No dije que Julia fuera inocente. Dije que no había cometido adulterio.

—¿Entonces por qué la exiliaron?



Abrí la boca, y me callé. Me había topado con una pared de ladrillo. Buena pregunta, sin duda. Ojalá supiera la respuesta.

—No lo sé —confesé—. Todavía no. Pero juraría por las tetas de la loba que amamantó a Rómulo que no fue por brincar de cama en cama.

Perila calló largo rato.

—Corvino —dijo al fin—, lamento haber sido tan desdeñosa.

¡Vaya! ¡Disculpas!

—Te lo agradezco.

—Quizá tengas razón. Quizá Julia no cometió adulterio.

Sonreí.

—Bueno, puedo ser muy persuasivo una vez que me pongo en marcha.

—No, no es eso. No fue nada que tú hayas dicho. —¡Por Júpiter! Adiós a mi orgullo. Directo a la mandíbula, sin siquiera un parpadeo. Esa muchacha tenía tanto tacto como una maza—. Pero hoy eres la segunda persona que defiende a Julia. Lo atribuí a que se ponía del lado de la mujer, pero ahora no estoy tan segura.

Uno de nosotros estaba diciendo disparates, y estaba seguro de que no era yo.

—Perila, ¿por qué no repites eso? Quizá me perdí algo en alguna parte.

Entonces llegó el esclavo con la bandeja de vino. En vez de responder, Perila lo miró a los ojos.

—Glauco —dijo—, pídele a Harpala que salga, por favor.

—Sí, ama. —El esclavo nos sirvió a los dos y se fue. Bebí un sorbo indolente. Cuando el vino me llegó al paladar y se puso a cantar, cambié de actitud y bebí con atención. Esto no era cualquier cosa. Era auténtico céculo, puro néctar de la zona de Fundi, tan raro como una virgen de veinte años en un lupanar. El viejo Fabio debía de haberlo puesto a añejar en la época de la batalla de Accio. Cualquiera que lo tratase sin absoluto respeto merecía ser hervido en vinagre y devorado por los puercos.

—¿Corvino?

—¿Sí?

—¿Te encuentras bien?

—Sí... Eh, ¿quién es Harpala?

—Mi única aportación a la investigación, hasta ahora. Lo verás cuando llegue.

No tuve que esperar mucho tiempo; y no me importaba esperar, con una jarra de céculo de cincuenta años al lado y Perila como paisaje. Una esclava anciana salió de la casa. Se movía despacio y noté que su pie derecho estaba torcido hacia dentro.

—¿Me buscabas, ama? —preguntó.

—Sí, Harpala. —Perila señaló un banco de piedra contra la pared—. Siéntate, por favor.

La anciana se sentó y puso una mano sobre la otra, como una niña tímida en su primera fiesta de adultos.

—Él es Valerio Corvino, el caballero que te mencioné. —La esclava ladeó la cabeza hacia mí—. Corvino, ella es Harpala. Hasta que mi tía Marcia la compró, era la doncella personal de Julia.

¡Por Júpiter!



15

—Muy bonito. —Yo debía mirar a la anciana con una sonrisa feroz, porque empezó a moverse y se puso muy nerviosa—. Muy, muy bonito. ¿Dónde la encontraste?

Perila frunció el ceño.

—Te lo acabo de decir, Corvino. Mi tía Marcia la compró cuando exiliaron a Julia. La sucesión se repartió y se vendió la propiedad. Ahora, hazme el favor de portarte bien y no asustar a la pobre mujer. —Se volvió hacia la esclava—. No temas, Harpala. Él no te causará ningún daño. Ésa es su expresión natural.

—Descuida, amiga. —Traté de parecer benigno, pero la vieja esclava me miraba como un conejo mira a una serpiente. Sus ojos eran de un azul acuoso y claro: franco y levemente estúpido—. Sólo quiero que respondas unas preguntas, Harpala. ¿Vale?

—Sí, señor. —La voz de la mujer era frágil como una hoja seca.

—Bien. Empecemos, pues. Fuiste doncella de Julia. ¿Era un ama bondadosa?

La sonrisa de la anciana fue sorprendentemente dulce e inocente.

—Sí, señor. Era realmente bondadosa. Julia era una señora encantadora.

—¿Tenía muchos amigos?

Harpala bajó los ojos. No sería demasiado lista, pero entendía adónde apuntaba mi pregunta, y guardó silencio tanto tiempo que creí adivinar la respuesta.

—Algunos, señor. Literatos, como el padrastro de mi ama Perila.

—¿Qué hay de Silano?

La mujer frunció los finos labios.

—Me preguntaste por los amigos de Julia.

—¿Y?

—Silano frecuentaba la casa, señor. Pero no cuando el ama estaba sola. Sólo si se encontraba el amo. Eran muy amigos, señor, él y el amo Paulo. Aunque no venía mucho a cenar. No era esa clase de amistad. Llegaba a horas extrañas. Habitualmente a media tarde. O por la noche. Era posible que el ama también estuviera en la sala, pero él quería ver al amo. Se le notaba, señor. Cualquiera que tuviera ojos podía verlo.

Vaya. Miré de soslayo a Perila.

—Háblale del hombre del anillo —dijo ella.

Harpala se volvió hacia Perila.

—No, ama. No tenía anillo. De eso se trataba. —Los ojos claros se volvieron hacia mí—. Él también venía a horas raras, señor. A veces con Silano, a veces solo.

Se me erizó el vello de la nuca.

—¿Ese tipo tenía nombre, Harpala?

—Yo no lo sabía, señor. Sólo lo vi una vez, y... —su mano bosquejó una capucha o un manto— tenía la cabeza cubierta.



—¿Qué es eso del anillo?
 —No llevaba anillo, señor. Al menos... —Extendió la mano huesuda y se señaló el meñique—. Tenía la marca, pero faltaba el anillo.
 —Tal vez lo hubiera mandado reparar.
 —No, nunca llevaba anillo. Así me lo dijo Davo.
 —¿Davo?
 —El portero, señor. Él hacía pasar al caballero, desde luego. Él tampoco sabía quién era, aunque lo vio una vez.
 ¡Por Júpiter!
 —¿Quieres decir que lo vio? ¿Le vio la cara?
 —Sí, señor. Sólo esa vez, al final, cuando se deslizó la capucha del caballero.
 —¿Pero no lo reconoció?
 —Él no lo admitió, señor. Pero Davo era así, no se lo contaba a nadie, ni siquiera a los demás esclavos, si el ama le ordenaba que no lo hiciera.
Vi algo que no debía haber visto y no lo denuncié.
 ¿Un tipo que se tapaba la cara y visitaba al traidor Paulo a horas extrañas?
 ¡Mierda! La nuca me picaba como si tuviera pulgas.
 —¿Es posible que el padrastro de Perila haya visto a ese hombre en alguna ocasión, Harpala? ¿Que lo haya visto y reconocido?
 Por el rabillo del ojo, vi que Perila me miraba sorprendida. Un tanto para mi equipo. Obviamente ella no había pensado en esa posibilidad.
 —Quizá, señor. Davo también debe saber eso.
 —¿Quieres decir que Davo todavía vive? —Oí el jadeo de Perila: segundo tanto. Sonaron campanillas celestiales. Júpiter, pensé, si me concedes esto...
 —Sí, señor. Davo vive. Claro que sí.
 Me recliné en la silla. Tenía ganas de abrazar a la anciana y besarla, pero eso habría sacado de quicio a Perila.
 —¿Y dónde está ahora? ¿Podemos hablar con él?
 Los ojos francos dejaron de ser francos; ahora la anciana los clavaba en su regazo.
 —Escapó, señor —dijo—. Después de que arrestaran a mi ama.
 —¿Adónde fue? —intervino Perila. La anciana no respondió, y ella insistió—: ¡Harpala, dinos, por favor! Esto es importante. Lo sabes, ¿verdad?
 —Sí, lo sé. —La voz de la anciana era casi inaudible, y me imaginé por qué. Un esclavo fugitivo no recibe muchas consideraciones cuando lo capturan: le marcan la cara con un hierro candente y lo mandan a las minas, o un establecimiento agrícola. De un modo u otro, no sobrevive mucho tiempo, si tiene suerte—. No puedo decirte dónde está Davo, ama. Ese secreto no me pertenece. Pero si sólo queréis hablar con él, puedo organizarlo.
 Yo no había notado que contenía el aliento. Lo solté.
 —Está bien —dije—. Perfecto. En el momento y lugar que él elija. No le causaré ningún problema, te lo prometo. Más aún, quizá pueda hacerle un par de favores.
 Ella sacudió la cabeza.
 —No, señor. Gracias, pero no —dijo con firmeza—. Davo está bien, señor. Ahora no necesita nada. Le gustaría que exculparan al ama, igual que yo, y si esto ayuda hablará contigo con gusto. Mi señora Julia era inocente, señor. Se lo dije, incluso cuando me partieron la pierna para que les dijera otra cosa. —Le miré el pie deforme. Sí, tenía sentido. El testimonio de una esclava contra su



dueño sólo es válido bajo tortura—. Mi ama no era una cualquiera, señor. Y tampoco su madre.

Se hizo un gran silencio, tan profundo que oí el murmullo de la fuente en la piscina ornamental del interior de la casa.

La madre de Julia, la otra Julia, la hija de Augusto, también había sido exiliada. Y también por adulterio...

—Eh... ¿puedes repetirme eso, Harpala? —Traté de mantener la calma—. ¿Sólo para asegurarme?

Harpala estaba muy serena, como si mencionara el hecho más obvio del mundo. Quizá lo era, para ella.

—Sí, señor —dijo sonriendo—. Yo fui un regalo para Julia la menor en su boda, pero antes de eso fui la doncella de su madre. Esa Julia también era inocente.



16

Harpala volvió cojeando a la casa.

—Perila, ¿qué carajo está pasando?

—Dímelo tú. Tú eres el experto. —Parecía un poco irritada, pero noté que no había puesto reparos a mi lenguaje. Quizá fuera mi mala influencia.

—Sí, desde luego. —Mi copa estaba vacía, así que la llené—. Bien, ¿qué sabemos? Ante todo, Silano nunca tocó a Julia. Esa historia del adulterio fue una mentira de cabo a rabo, un pretexto que Augusto usó para encubrir otra cosa. ¿Vale?

—Continúa.

—Pero para que fuera plausible, alguien tenía que cargar con la culpa, y Silano fue el afortunado ganador... bien porque se prestó voluntariamente, por cierto precio, bien porque alguien lo presionó. ¿De acuerdo?

—Sí, Corvino. Así parece.

No seré un gigante intelectual, pero sé cuando me toman el pelo, y ese comentario parecía salido de la parte socarrona de un diálogo socrático. Miré a Perila con suspicacia. Ni la sombra de una sonrisa. Quizá la muchacha tuviera su sentido del humor, a pesar de todo.

—Sí, de acuerdo. De un modo u otro —continué—, al margen de la recompensa que le ofrecieran o la presión que le aplicaran, le prometieron que saldría bien parado, y así fue. No lo exiliaron formalmente, pero Augusto lo alentó a emprender un largo viaje por las provincias. Y para salvar las apariencias, le prohibió proseguir con su carrera política. Eso sería el acabose para un político ambicioso, pero Silano era un hedonista que no tenía interés en la política, así que no sufrió grandes desvelos.

—De ese modo, tampoco podía estar en Roma para que le hicieran preguntas embarazosas.

—Exacto. Y como saldo positivo, a modo de compensación, su primo, que sí es un político ambicioso, se queda con la hija de Julia, un vínculo familiar con la familia gobernante, y toda la palanca adicional que lo acompaña.

—¿Aunque Julia quedara deshonrada?

—Aun así. Augusto no era vengativo. Ningún miembro de la familia fue castigado cuando exiliaron a la madre. Todo lo contrario.

—Pero si Julia la mayor también era inocente, como dijo Harpala...

—Sí, es verdad. —Fruñí el ceño—. Si Harpala está en lo cierto, hay todavía más chanchullos, pero necesitaremos algo más que la palabra de una esclava. Necesitaremos pruebas concretas.

—Si existen.

—No te preocupes. Escarbaré. Hay alguien a quien le puedo hacer preguntas, un amigo de mi abuelo. Ahora está retirado y vive en las afueras, cerca de la vía Apia. Déjalo por el momento. Ya tenemos bastantes dolores de cabeza. —Me serví más vino y lo saboreé—. Bien, si no hubo adulterio, ¿por qué exiliaron a nuestra dulce Julia? Por lo que dice Harpala, Silano parece más



implicado que Paulo. Y Paulo fue ejecutado por traición, así que es razonable suponer que los otros dos, Julia y Silano, estaban en la misma tramoya.

—¿Cuál fue el delito de Paulo? ¿Lo sabes?

—Ni idea. Pero obviamente se trataba de una conspiración contra Augusto. Es otra cosa que debemos averiguar.

—¿Y crees que Julia era cómplice?

—¿Por qué no? Era culpable de algo, sin duda. Si la acusación de adulterio era un pretexto, la traición es un delito tan bueno como cualquier otro. Digamos que ella y Paulo operaban como un equipo de marido y mujer, y los pillaron. Paulo fue ejecutado pero Julia, siendo nieta de Augusto, sólo sufrió el exilio.

—¿Y por qué no los acusaron a ambos de traición? ¿Por qué molestarse con el adulterio?

—Perila, acabo de decirlo. Julia era la nieta del emperador. ¿Crees que Augusto estaría dispuesto a admitir que su propia familia intentaba traicionarlo?

Ella asintió.

—De acuerdo. Quizá tengas razón, Corvino.

—Claro que tengo razón.

—No te pases de listo. ¿Qué hay de Silano? Ni lo has mencionado. ¿Cómo encaja él?

—También era cómplice de la conspiración, como he dicho. Eso es obvio, por lo que nos dijo Harpala. Si estoy en lo cierto, fue Silano quien le sopló el asunto a Augusto. Quizá se acobardó, quizá decidió que el juego había terminado y que le convenía salvar el pellejo mediante la delación. Cualquiera de las dos cosas explicaría por qué salió tan bien librado, por qué estaba dispuesto a admitir la falsa acusación de adulterio, y por qué lo recompensaron bajo cuerda.

—¿Y el hombre del anillo?

—Ah, claro. —Alcé la copa de vino. ¡Por Júpiter, ese vino era excelente! Mi cerebro ronroneaba como una de esas máquinas refinadas que los griegos inventan a veces para dar la hora o contar los votos—. Nuestro cuarto conspirador. Él obtiene el papel protagónico. ¿Por qué alguien se quitaría el anillo cuando va de visita?

—¿Porque lo identificaría?

—No sólo eso.

—Un anillo de oro revelaría que era un noble.

Ni más ni menos. Sólo los nobles tenían derecho a usar anillos de oro. Era una de esas reglas estúpidas que quizá hubiera ideado mi padre.

—Sí, pero alguien que visitara a Paulo no sería estibador en el mercado, ¿verdad? Aun así, hay nobles de sobra. Tiene que ser algo más que cualquier anillo de oro. —Extendí la mano derecha—. ¿Notas algo?

Como buen aristócrata, yo llevaba un grueso anillo de sello para los documentos. Perila se reclinó.

—¡Corvino, eso es brillante! El anillo tendría su rúbrica. Y si era conocido, o pertenecía a una familia muy eminente...

—El sello lo habría delatado aunque se cubriera la cara. Así es. —Sorbí el vino—. Diez contra veinte a que el cuarto conspirador era un pez gordo.

—Pudo haberse cambiado el anillo. Pudo haber dejado el suyo en casa y usar otro.



—Claro que sí. Pero no lo hizo. ¿Para qué llegar a tal extremo? ¿A quién le importa lo que ve un esclavo? Mejor dicho, lo que no ve.

—¿Crees que por eso exiliaron a mi padrastro? ¿Porque vio al hombre y lo reconoció?

—Es posible. Y si sabía que pasaba algo raro y no lo denunció...

Callé. Perila fruncía el ceño.

—No —dijo—. No, lo siento, pero eso no encaja. Te concedo lo demás, pero no el exilio de mi padrastro. Augusto no tenía necesidad de ser excesivamente severo. A fin de cuentas, la conspiración ya había fracasado. Paulo fue ejecutado, Julia fue exiliada, Silano se fue de Roma. —Agitó la mano—. Fin de la historia.

Dejé la copa de vino.

—Sí, fin de la historia. ¿Y qué le pasó al tipo del anillo, nuestro cuarto conspirador? ¿Por qué no fue arrestado junto con los demás?

Perila abrió la boca y la cerró. Nunca la había visto quedarse sin habla. Era un magno acontecimiento, y se lo debía al céculo. Quizá convenciera a la vieja Marcia de darme una vasija de ese vino.

—Te diré lo que le pasó. —Lo estaba disfrutando—. Absolutamente nada. Se esfumó. Ni ejecución, ni exilio ni un cuerno. Ni siquiera una nota al pie.

—Quizá no lo atraparon.

—Quizá no querían atraparlo.

Perila abrió los ojos.

—¿Por qué no querrían atraparlo?

A veces las mujeres inteligentes pueden ser increíblemente lelas. Pero Perila no se había criado, como yo, en el turbio mundo de la política. Se lo expliqué.

—Mira, Silano era el soplón del grupo, ¿correcto? Informaba a Augusto. Ahora bien, si Silano sabía quién era el cuarto hombre (y sin duda lo sabía), el conspirador no tenía la menor posibilidad de evitar un juicio. Pero no lo enjuiciaron, y eso significa que las autoridades ya sabían quién era.

—Pero si sabían quién era...

No le dejé terminar la frase.

—Claro que lo sabían. Porque nuestro cuarto hombre estaba implicado en la conspiración con su consentimiento extraoficial.

—¿Quieres decir que era agente del emperador?

—Exacto. Era la clásica treta de Augusto. No esperes a que una conspiración avance, destrúyela desde dentro antes de que se ponga en marcha. Nuestro cuarto conspirador pudo ser el agente de Augusto desde el principio.

—Entonces no pudo ser el motivo del exilio de mi padrastro.

Eso me detuvo.

—¿Y por qué no?

Esta vez fue Perila quien debió ser paciente.

—Porque mi padrastro dijo que había visto algo y no lo había denunciado. Si quería decir que sabía quién era el cuarto conspirador, y Augusto ya conocía el nombre del sujeto, ¿por qué importaría tanto?

—Quizá Augusto se sulfuró porque Ovidio no le dijo nada.

—Pero dijiste que Augusto no era vengativo. Castigar a mi padrastro con el exilio por algo que pasó por accidente y al cabo no tenía importancia... bien, yo diría que hay que ser muy vengativo, ¿no crees?



—No olvides que Ovidio no era pariente como los hijos de su hija Julia. Y Augusto lo detestaba.

—Aun así, es totalmente desproporcionado.

—Es verdad. —Tragué el último sorbo de vino y vacié la jarra en la copa—. Vale. Quizá hayamos pasado algo por alto.

—Claro que existe otra posibilidad —dijo Perila.

—¿Ah, sí? —Fruñí el ceño. El vino me estaba afectando al fin—, ¿A qué te refieres?

—Que el cuarto hombre fuera alguien realmente importante. Demasiado importante como para correr el riesgo de acusarlo.

Me eché a reír.

—¿Tienes a alguien en mente? Tenía que ser un pez muy gordo para estar por encima de la nieta del emperador.

—¿Qué tal Tiberio? —murmuró Perila—. ¿Sería buen candidato?

La miré apabullado.

—No, Perila. El emperador no. No podría ser el emperador.

—¿Por qué no?

¿Por qué no? ¿Cómo diantres podía tomar semejante idea con tanta calma?

—Porque... —empecé, y no pude seguir.

Mierda. ¿Por qué no? Traté frenéticamente de buscar razones. Ninguna de ellas me convencía. Peor aún, todo lo que había pasado en los últimos días cobraba sentido. Si Verruga había sido nuestro cuarto conspirador en los días en que era un plebeyo no tan humilde, y sabía que yo estaba olisqueando esos trapos sucios, podías contar mis probabilidades de volver a cumplir años sin usar ningún dedo.

—¡Diantre! —exclamé—. ¡Diantre y demontre!

—Tendría sentido, ¿verdad? —dijo jovialmente Perila.

No respondí. No podía. Pero tenía razón, toda la razón. Claro que tenía sentido. Diez años antes Verruga había sido el general más destacado del imperio. Sólo Augusto tenía más poder que él, y aunque el viejo aún no lo había designado, era el único candidato viable para la sucesión. Paulo y Julia lo habrían acogido en su pequeña conspiración con los brazos abiertos. Tendrían que darle la púrpura, desde luego, pero no podían pasar por alto esa oportunidad. Paulo no podría haber obtenido el respaldo que necesitaba para el puesto de mandamás. Como candidato imperial, él no habría sido convincente, pero como responsable del ascenso del nuevo emperador quedaría bien plantado al pie del trono. Los nuevos jefes son gente agradecida...

—Corvino, te hice una pregunta. ¿No crees que tendría sentido?

—¿Eh? —Tragué distraídamente el vino de la copa y cogí la jarra. Estaba vacía. Bien, quizá ella tuviera razón. Quizá yo bebía demasiado—. Sí, tendría sentido. ¿Pero valdría la pena para Tiberio? A fin de cuentas, el emperador era septuagenario. Y Verruga sería el sucesor de un modo u otro.

—Sólo mientras Augusto no tuviera alternativa.

De nuevo en el blanco. Tiberio nunca fue la niña de los ojos de Augusto. Se había pasado años desplazándose entre bambalinas, ida y vuelta, de protagonista a actor de reparto. Sólo llegaría a ser emperador porque no había otro candidato disponible en ese momento. Quizá se había cansado de ser siempre la segunda opción. Quizá había decidido no esperar más...



—O quizá no quería privarse de nada. —No me di cuenta de que había hablado en voz alta hasta que noté que Perila me miraba con atención.

—¿Qué has dicho?

El céculo volvía a obrar su magia.

—Quizá Verruga quería quedarse con todo. Cuando Paulo le declara su amor, se acuesta de espaldas y abre las piernas. Luego corre a decirle a Augusto que lo han violado. No puede perder, ¿verdad? Si la conspiración tiene éxito, Augusto está liquidado y él es el nuevo emperador. Pero si las cosas no salen bien, puede acudir al emperador y decirle: «Mira, he descubierto una nueva pandilla de conspiradores. ¿Ves cuán leal soy? Podría haber sido emperador pero antepuse tus intereses y los de Roma. ¿Qué te parece si me das una porción más grande del pastel?». A la postre, eso fue lo que sucedió. Quizá no creyera que el riesgo valía la pena, y menos mientras Silano bailoteaba en los lados. Así que denunció la conspiración e hizo mutis por el foro.

—¿Y mi padraastro?

—Como decía, Ovidio descubrió que Tiberio estaba implicado. Si lo hubiera denunciado a Augusto, le habrían dicho que todo estaba bajo control y le habrían advertido que cerrara el pico. Pero no lo denunció. Se calló la boca. ¿En qué posición quedaba frente al emperador?

Perila se apoyó la barbilla en la mano.

—Augusto no sabría de qué parte estaba Ovidio —dijo—. De hecho, mi padraastro daba su respaldo tácito a los conspiradores.

—Correcto. Además, una vez que todo hubiera terminado y Tiberio hubiera salido indemne, Ovidio sería un estorbo. O un estorbo potencial. Augusto tenía que asegurarse de que no abriera la boca, ni siquiera por accidente. El emperador no gozaría de gran popularidad en las calles si se difundía la noticia de que el segundo hombre de Roma había tratado de tumbarlo, ¿verdad? Ovidio tenía que desaparecer, y pronto. El mar Negro era un lugar tan apropiado como cualquiera, a menos que le rebanara el pescuezo. Y quizá hasta Augusto tuviera conciencia.

—Eso también explicaría otra cosa.

—¿Qué cosa?

—Por qué Tiberio no lo dejó regresar después del fallecimiento de Augusto. Asentí.

—Así es. Tienes razón. Todavía podía abrir la boca. Y Tiberio nunca amó la poesía. Es ante todo un soldado. De hecho...

Me callé. De golpe.

—¿Qué pasa?

—Mierda.

—¡Corvino! ¿Quieres decirme qué pasa? Por favor.

No sabía si quebrarme y sollozar de alivio o aullar de decepción.

—Nuestro cuarto conspirador. No sé quién es, pero no es Tiberio.

—¿Qué dices, Corvino? Nos hemos pasado diez minutos deduciendo...

—No me importa. El cuarto hombre no podía ser Verruga. Él estaba fuera de Roma en aquel entonces, de campaña en Ilírico.

Silencio.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. —Me apoyé la cabeza en las manos—. Mi padre era el gobernador.



—Ah. —Perila guardó silencio un largo rato. Luego dijo—: En tal caso, tu comentario se justifica.

Alcé la cara.

—¿De qué comentario hablas?

—Mierda.

Una chica sorprendente, Perila.



17

Mi padre me esperaba en el atrio cuando regresé a la mañana siguiente. Era una locura. No nos habíamos hablado en meses y ahora no podía quitármelo de encima. Era como uno de esos resfriados de invierno que no te puedes curar. Pensé en preguntarle si Tiberio había regresado a Roma en alguna ocasión mientras él era gobernador de Ilírico, pero preferí no hacerlo. Habría calado adónde iba la pregunta y se habría negado a contestar, o habría mentido. Además, la sola idea de hacer tamaña insinuación sobre Verruga, y que Verruga lo supiera, me hacía sudar en frío.

—Hola, papá. ¿Qué te trae por aquí esta vez? ¿Se te acabó la crema de depilar?

Pensé que eso le haría perder los estribos, pero no fue así. Obviamente había decidido conservar la compostura conmigo.

—Ayer estuve hablando con Cornelio Dolabela, Marco —me dijo.

—¿Ah sí? —Me puse en guardia. Dolabela era pariente de Léntulo, y Léntulo, como recordaréis, era el que me había dicho lo de Julia. No había pensado que ese viejo demonio soltaría la lengua, pero evidentemente así era, y con la persona más improbable que podía imaginar. Dolabela era uno de los amigotes más íntimos de mi padre. Yo lo había visto un par de veces en reuniones sociales, aunque con una sola me habría bastado. ¿Habéis visto las palomas que se pasean por el templo de Cástor picoteando migajas y defecando en los bonitos y flamantes escalones de mármol de Verruga? Bien, añadid una túnica y bizquera y tendréis a Dolabela.

—Tenía noticias que podrían interesarte —dijo mi padre—. Su hermano Décimo necesita un reemplazo para su funcionario de finanzas en Chipre.

Conque Léntulo no me había delatado, a pesar de todo. Volví a respirar.

—Caracoles, papá. Y pensar que aún no había pasado el año. Perdió el que le habían dado, ¿verdad? Vaya torpeza.

Mi padre no sonrió. Yo no esperaba que sonriera.

—No fue culpa de Décimo, Marco. El joven Rufino se ahogó en un accidente marítimo frente a Pafos.

—Mierda, lo lamento. —Había conocido bastante bien a Rufino. No era exactamente un amigo, pero tenía mejores cualidades que algunos de los personajes que habitaban el mundo de papá—. Lo siento de veras.

—También Décimo. —Nunca sé si lo de mi padre es sarcasmo, humor seco o mera sangre fría—. Lo cierto es que tu nombre se mencionó para reemplazarlo.

Lo miré boquiabierto.

—No hablas en serio.

Se sentó y se envolvió en los pliegues del manto como si esperase que un artista servil entrara empujando un carrito con un trozo de mármol del tamaño de un busto.

—¿Por qué no, hijo? Es hora de que te intereses en tu futuro.



Quizá fuera telepatía. Ojalá no hubiera mencionado el tema cuando hablaba con Perila. Ahora parecía que toda Roma se empeñaba en que Corvino sentara cabeza. Cuanto antes elimináramos ese malentendido, mejor.

—Aún no he prestado servicio en una legión, papá. —Los jóvenes de buena familia suelen pasar un año en el ejército como oficiales de la plana mayor. Hasta ahora me las había ingeniado para evadirlo. La idea de estar varado en los quintos infiernos durante doce meses con una pandilla de joviales camaradas cuya idea de la diversión era cazar jabalíes por la mañana no me enloquecía de entusiasmo. Al cabo de un mes, me haría masacrar por los lugareños de puro aburrimiento.

—Sospecho que se podría hacer una excepción —dijo mi padre—. Podrías postergar tu servicio militar por un año. Existen muchos precedentes.

Esto era serio. Me senté.

—Dices que se mencionó mi nombre. ¿Quién lo mencionó?

Su rostro adoptó una expresión blanda y cauta.

—Ya conoces el sistema, Marco. Estas decisiones dependen de comités, no de individuos.

—¡A otro perro con ese hueso! —Ahora que me había repuesto de la sorpresa, comenzaba a pensar en las implicaciones, y apestaban como un barril de ostras viejas—. Sí, conozco el sistema. Claro que sí. Tú organizaste esto, ¿verdad? Con tu compinche Dolabela.

—¡Claro que no!

La negación no era convincente.

—De acuerdo. Dime quién fue.

La boca de mi padre se cerró como una trampa. No supe qué era peor: que estuviera mintiendo o que estuviera diciendo la verdad.

Me levanté y caminé hacia la columnata del jardín. Procuré no perder los estribos. A fin de cuentas, si mi padre había arreglado ese nombramiento, lo había hecho por lo que él consideraba bondad, y quizá hubiera usado un valioso favor para conseguirlo. De lo contrario, existía la posibilidad de que aún me revelara quién había sido. Y me interesaba conocer ese nombre.

—Un puesto de finanzas en Chipre me mantendría fuera de circulación por un conveniente periodo de dos años, ¿verdad, papá? murmuré.

—No sé si conveniente, Marco, pero dos años representa el periodo de gestión normal, sí.

—Y no podría surgir en un momento más oportuno. —Yo le daba la espalda—. Si alguien comete la impertinencia de andar haciendo preguntas embarazosas...

—¡Por todos los cielos! —La irritación de su voz era inequívocamente genuina—. Ese disparate no tiene nada que ver con nada. Te están ofreciendo el más espléndido inicio de una carrera política que un joven puede pedir, y sólo piensas en...

—¡Exacto! —Me giré hacia él—. Sólo pienso que me despachan a alguna parte donde no pueda causar daño con la esperanza de que el «disparate», como tú le llamas, muera de muerte natural. O quizá muera yo, como el pobre diablo de Rufino.

—Marco, no seas melodramático.

Pero no me dejaría detener tan fácilmente.

—Mira, papá, no dará resultado. ¿Está claro? ¡Ni lo sueñes! Me quedaré en Roma, y es definitivo.



—Entonces eres un tonto. —Contundente como una bofetada. Mi padre se levantó y recogió los pliegues de su manto senatorial sobre el brazo izquierdo, como si entrara en el tribunal. Tendría que haber visto venir ese discurso. Había recibido otros similares toda mi vida—. No te pediré que lo decidas de inmediato, Marco. No sería justo, ya que te lo he revelado de improviso. Pero quiero que reflexiones sobre esto. No tiene nada que ver con esa estupidez tuya... Ya conoces mi opinión sobre ello y no la repetiré, pero es una estupidez, ni más ni menos. Lo cierto es que te ofrecen un puesto por el que cualquier joven de tu edad daría los dientes. Si lo rechazas sin motivo, los demás no se olvidarán. Y cuando te dignes asumir tus responsabilidades, descubrirás que no están dispuestos a molestarse por ti. —Quitó un pelo de la ancha orla purpúrea del manto—. Luego veré a Dolabela y le diré que aún no he podido hablar contigo. Mañana comienza el Festival de Primavera, así que todo estará cerrado varios días. Eso te dará tiempo de sobra para dedicar a este ofrecimiento algo más que un pensamiento fugaz. Quizá tengas la gentileza de comunicarme tu decisión definitiva cuando haya terminado la fiesta.

Por la tensión de los músculos de la boca y la sequedad con que había dicho las últimas frases, supe que estaba furioso. Sinceramente furioso. Mi padre era un político de políticos, y no podía entender ni perdonar que alguien rechazara una carrera política.

—Mira, papá —dije mientras lo seguía a la puerta—. Lo siento, sé que tienes buenas intenciones. Sé que habrás hecho un gran esfuerzo para mantenerme en buenos términos con las autoridades. —Estaba seguro de que esto era cierto. Cuanto menos, le preocupaba el buen nombre de la familia—. Pero no me gusta que me manipulen, y no me gusta...

Se detuvo y se giró para encararme. Si antes estaba irritado, ahora estaba colérico.

—¡No te gusta! —rugió—. Es lo que dices siempre, Marco. Si dejaras de pensar en ti mismo, para variar, en vez de ser tan quisquilloso con tus preferencias, serías una persona mejor y más agradable y un miembro más útil de la sociedad. Ahora tengo trabajo que hacer y esta mañana ya te he dedicado más tiempo del que merece tu egolatría. Dime lo que decidas sobre Chipre al final del festival. Siempre que puedas perder unos instantes de tu valioso tiempo para tomar una decisión tan insignificante, desde luego.

Y antes de que pudiera responderle, había salido como una tromba, arrancando la puerta de las manos del esclavo para cerrarla con estrépito.

Cuando él se fue, me puse a reflexionar. Papá tenía razón en cuanto a lo de Chipre, desde luego. Siempre tenía razón en lo concerniente a las cuestiones prácticas de política. Si yo rechazaba ese puesto, mi nombre quedaría señalado con una marca negra que tardaría mucho tiempo en lavarse. La provincia senatorial de Chipre y Creta no era de las más prestigiosas, y desde luego que no tenía el peso social de un gigante imperial como Egipto; no obstante, el puesto de oficial de finanzas allí superaba todo lo que yo podía esperar a mi edad, y desdeñar el ofrecimiento sería como patearle los dientes al Senado. No podías hacer eso y aspirar a una vida política. Si tenía alguna esperanza de una carrera futura en la política (¿y qué otra carrera había para alguien como yo?), tendría que aceptar. Si era un soborno —y sin duda lo era —, no podía quejarme de que me hubieran subestimado.

Después estaba lo que mi padre había dicho sobre mi egolatría. Eso también era cierto. Yo tenía la franqueza de admitirlo ante mí mismo. Y me



había dolido mucho más de lo que podía herirme cualquier otro comentario de mi padre. Quizá no pudiera hacer mucho para cambiar mi forma de ser. En el fondo, todos los caballeros romanos de la aristocracia somos cabrones egoístas y ególatras. Siempre lo hemos sido, y siempre lo seremos. Es nuestra debilidad y nuestra fuerza, es lo que engrandeció y corrompió a Roma. Aunque juguemos a la democracia, es sólo un medio cuestionable con miras a un fin egoísta. Se nos inculca el egoísmo desde la cuna: la necesidad de moldear el mundo a nuestro gusto, de adaptarlo a nuestros requerimientos.

El problema es que el mundo ha cambiado y hemos tenido que cambiar con él, nos plazca o no. Hace cien años no había problema. Éramos el estado, y el servicio al estado nos resultaba natural porque nos servíamos a nosotros mismos. Ahora el estado, o lo que importa de él, nos ha sido arrebatado. Somos como caballos purasangre obligados a trabajar en la noria, dando vueltas en el mismo círculo incesante. Sí, ya sé. ¿Para qué sirve un purasangre, salvo para correr contra otros purasangres e impresionar a los patanes? El grano es una necesidad, y no se muele solo. Así que el estado moderno nos obliga a ser útiles. Sólo que espera que nos portemos como mulas o bueyes, y que no nos moleste el yugo. Eso me resulta difícil de tragar.

Claro que era ególatra. Era egoísta. Era terco. Era todo lo que mi padre pensaba que era. Pero estas cualidades estaban injertadas en mis huesos y también tenían su aspecto positivo. Determinación, ante todo. Nunca había dejado un asunto pendiente en mi vida, y no pensaba empezar ahora. Aunque saliera lastimado.

Ése era el problema. Esta vez no era sólo yo. También estaba Perila. Si yo rechazaba el puesto de Chipre, sería una declaración de guerra. Compromiso total. Y sabiendo a qué me enfrentaba, ¿tenía derecho a poner en peligro a Perila también?

Tenía que pensar en ello.

Y todavía estaba pensando, con muy pocos resultados, cuando Batilo me trajo un mensaje de Perila. Constaba de dos partes: en la primera me preguntaba si estaba libre para cenar la velada siguiente (vaya si lo estaba, habría cancelado una lección de dados del mismísimo Hermes por eso), y la segunda me decía que Harpala había concertado una reunión con Davo, el ex esclavo de Julia. Me esperaba en el almacén de Paquio, en el Velabro, al mediodía del último día del festival.

Había leído el mensaje e iba a despedir a Batilo cuando me acordé de algo.

—Batilo, tú estuviste en Ilírico con mi padre, ¿verdad?

—Sí, amo. Yo era el criado del general. —Batilo está orgulloso de lo que él llama su experiencia militar—. Yo y Nicanor, que todavía está con él.

—¿Recuerdas si Tiberio regresó a Roma en alguna ocasión, durante esa etapa?

Ni siquiera se detuvo a pensar, lo cual, en Batilo, hace que cualquier declaración suya sea digna del oráculo de Delfos.

—No, amo. No hasta el invierno anterior a la última campaña, cuando dejó a Emilio Lépidio a cargo.

En esa época Ovidio ya había partido para Tomi, o ya había llegado allá. Demasiado tarde, en cualquier caso.



—¿Estás seguro? ¿Estás cien por ciento soberanamente seguro, tanto como para jurarlo por la tumba de tu abuela? —Mejor no dejar margen para la duda.

—Sí, amo.

—Mierda.

—En efecto, amo —dijo Batilo sin inmutarse—. ¿Eso es todo, amo?

En fin, como decía, no me molestaba olvidarme de esa teoría. Pero había sido muy tentadora mientras duró.

—Sí. No... Tráeme una jarra de setino. Grande, del mejor que tengamos. Prefiero perecer feliz. Y después, quiero que le lleves un recado a mi padre.

Me había decidido. Ovidio era mi problema y no podía olvidarlo sin más. Perila lo entendería: ella también era una aristócrata hecha y derecha, a su dulce manera. Y yo sabía que si escogía Chipre nunca tendría las agallas para verla de nuevo.

Cuando Batilo me trajo el vino, dediqué la primera copa a Belona, la diosa guerrera. Tengo debilidad por esa zorra sanguinaria. Es romana hasta la médula, una marginal sin sacerdotes ni festivales propios, y no hay mejor deidad a quien acudir cuando declaras una guerra a muerte.

Seré un cabrón egoísta y ególatra, pero soy animoso. No me doy por vencido. Y no abandono a mis amigos.

Varo a sí mismo

Los exploradores que Vela despachó por orden mía regresaron esta mañana, junto con un desertor querusco capturado, más que dispuesto a presentarnos «pruebas» de las intenciones de Arminio. Sin embargo, la reunión de la plana mayor que siguió a su regreso distó de ser sencilla. Aunque desde nuestra conversación yo había previsto —temido— cierta resistencia por parte de Vela, su oposición rayaba en el motín, un detalle que me causa desazón.

Éramos cuatro alrededor de la mesa: Vela, Egio, Ceonio y yo, dos de los cuales (Ceonio y yo, por si lo habéis olvidado) conocían la verdad del asunto.

Yo esperaba que el número no hubiera subido a tres.

—Bien, caballeros —comencé—. Tenemos la confirmación. Los queruscos se están armando. ¿Cuál será nuestra reacción?

—No es una confirmación, general —murmuró Vela—. No podemos considerar confirmación la palabra de un solo desertor.

—Es suficiente para mí —gruñó Ceonio.

—Y para mí. —Ése, infaliblemente, era el aguerrido Egio.

—¿Qué quieres que haga, Vela? —Extendí las manos en un gesto de impotente resignación—. ¿No prestar atención a Arminio? ¿Pasar de largo desviando los ojos como una tímida virgen y dejar que reúna fuerzas durante un invierno entero?

—Una tontería —aprobó Ceonio. También Egio, quien sin duda ya estaba pensando en las intrépidas proezas que realizaría—. Aplástalo, general —añadió, en la medida en que se lo permitía el apretón de sus mandíbulas viriles—. Aplástalo ahora, y cuando lo hayas aplastado, aplástalo de nuevo. Es lo único que entienden estos bárbaros.

Vela miraba a uno y a otro. Había terquedad en su cara de gachas.



—Con todo respeto, general —me dijo (pero no había respeto en su voz) —, nos advirtieron de que esto podía ocurrir antes de salir del Weser. Segestes...

—Que se pudra Segestes —dijo Ceonio—. Lo que nos diga ese germano traicionero no vale un pedo húmedo.

¡Epa! La grosería era deliberada: Ceonio es astuto y sabe cómo encauzar una discusión hacia un terreno más seguro. Vela, que para ser soldado profesional es increíblemente remilgado, se sonrojó de inmediato.

—Segestes —tartamudeó— es un amigo de Roma. No tiene tiempo para las conspiraciones de su yerno. Si Segestes consideraba importante advertirnos de que Arminio planeaba una traición, entonces...

—Al cuerno con Segestes. —Ceonio miró de soslayo a Egio—. Estos germanos son todos iguales, Vela. Ya lo sabes. Tal vez nos dijo eso para que tomáramos esa decisión timorata que tanto parece agradarte.

El aguerrido Egio saltó como un pez cazando un insecto.

—Estoy de acuerdo. Contamos con fuerzas cinco veces superiores a las que Arminio podría reunir contra nosotros, y cien veces mejor entrenadas y disciplinadas. Si pasas esto por alto, general, seremos el hazmerreír del ejército desde aquí hasta la frontera oriental. Y con toda justicia.

—No obstante —dije, mirando a Vela—, significaría una marcha por territorio desconocido. Y la temporada de campañas está a punto de concluir.

—¿Acaso somos críos que tienen miedo de la oscuridad y la humedad? —Egio el orador ama las frases certeras—. ¿Druso César habría vacilado? ¿O el general Tiberio?

—Tiberio vacilaría, claro que sí. —Vela no cejaba. —Tiberio es un soldado. Y no hay que ser un crío para tener miedo del Teutoburgo, y menos en invierno.

Contemporicé, de nuevo con Roma en mente. Debo dar por sentado que Vela no sabe nada, y seguir construyendo mi futura defensa con la esperanza de que mi credibilidad ya no esté destruida.

—Vela tiene cierta razón, caballeros —declaré—. Debemos sopesar con prudencia nuestras responsabilidades. Pensemos. La temporada de campaña ha concluido. Estamos llevando a nuestros hombres a cuarteles de invierno. Si queremos investigar este asunto, significaría una marcha extenuante en una época desfavorable, a través de un territorio dificultoso y potencialmente hostil. Debemos preguntarnos si una decisión tan drástica y peligrosa se justifica.

—¡Sí! —exclamó Egio.

—¡No! —exclamó Vela.

Ambas respuestas fueron inmediatas y tajantes. Me volví hacia Ceonio enarcando las cejas, que era la señal que mi despreciable aliado y yo habíamos convenido para este discurso preparado.

—¿Qué diría el emperador, general —dijo lentamente—, qué diría Roma, de un comandante que antepuso su comodidad y la de sus tropas a la seguridad e integridad de las fronteras del imperio?

Asentí, y también Egio.

—Una buena síntesis —dije gravemente—. Caballeros, no tenemos opción. La amenaza existe y, a pesar del indudable peligro, tenemos el deber —enfaticé la palabra—, como soldados leales a Roma, de no pasarlo por alto.

Como ejemplo de actuación al austero estilo romano antiguo, me congratulo de que fuera perfecto. Egio apretaba los labios, y juro que vi una lágrima viril reluciendo en los ojos del joven guerrero.



—No obstante —hice una pausa hasta asegurarme de contar con la atención de todos, principalmente la de Vela, pues esto sería importante—, no me propongo, caballeros, buscar la muerte o la gloria en un acto de vanidoso heroísmo. —Posé los ojos en Egio—. Investigaremos, pero no sin prudencia. Tengo muy presentes las dificultades y los peligros. Abordaremos el asunto tal como viene y tomaremos las decisiones en consecuencia.

—¿Pero giramos hacia el este? —Egio, desde luego.

—Giramos hacia el este —respondí con voz magistral.

Vela me clavó los ojos, agitando las manos espasmódicamente. Dio media vuelta y se largó de la tienda sin decir palabra.



18

Tengo mucho tiempo para Floralia. Durante seis días la roñosa ciudad estalla en colores como un viejo roble cubriéndose de hojas en primavera. Hay flores y guiraldas por doquier, incluso en la plataforma de los oradores del foro y en los ojos muertos y vacíos de las ventanas de los inquilinatos. Muchachas, también. Júpiter sabrá de dónde vienen, pero por algún motivo en el Festival de Primavera hay más, y más guapas, que en cualquier otra época. Y no hablo de rameras, aunque las hay en abundancia. La gente es más cordial. Te sonríen, te sonríen de veras, y no es infrecuente encontrar en pleno día a alguien que está más ebrio que tú. Ebrio y feliz, no armando camorra; Flora es una diosa civilizada, y sería una grata compañera de juerga. Hasta algunos amigotes de mi padre se sacan el atizador del trasero y se relajan durante Floralia. Algunos. Y no del todo. Flora será una diosa, pero hasta ella tiene sus límites.

Fui a visitar a Perila temprano, ávido y alerta y (más pertinente) bien rasurado, usando mi mejor manto y mis sandalias de fiesta. Calías me condujo a la sala de estar.

Por su aspecto, Perila acababa de levantarse. Hermosa como de costumbre, pero irritable como el demonio.

—Feliz Floralia. —Le di el ramillete de flores que había mandado coger a Batilo. Aparte de sus demás virtudes, el pequeñín sabe preparar una guirnalda. No quedó tan impresionada como yo esperaba.

—Creo que dije cena, Corvino.

—Bien, quizá haya llegado un poco temprano, pero aun así...

—Mira, tengo varias cosas urgentes que hacer antes de pensar siquiera en el desayuno. Despertarme, por ejemplo. Así que si me excusas...

—¡Por favor, Perila! —No me rendiría tan fácilmente—. ¡Es Floralia! Vamos a alguna parte.

Me miró como si le hubiera sugerido que nos revolcáramos en la escalinata del Capitolio.

—Corvino —dijo lentamente—, soy una mujer casada. Sólo una formalidad, lo concedo, pero aun así estoy casada. Las matronas respetables no salen a pasear con jóvenes solteros.

—Es un hermoso día.

—El tiempo no tiene nada que ver.

—Literas separadas.

—¿Adónde? Corvino, si estás pensando en una pantomima...

—Nada de pantomimas —me apresuré a decir. Las pantomimas son tradicionales en Floralia. Sólo en Floralia, comprensiblemente. ¿Qué otra patrona salvo Flora permitiría que los actores aparezcan con la cara al aire? Y no sólo los actores, sino las actrices. Y no sólo la cara...—. Nada de pantomimas, Perila. Te lo juro solemnemente.



Hablaba en serio. No era tan insensato como para llevar a Perila a una pantomima. Era capaz de levantarse a la primera broma procaz y exigir una disculpa pública al productor. Y para colmo la obtendría.

—¿Qué tenías en mente? —dijo al cabo de una pausa.

—Sólo una caminata. Pensé que sería agradable ir a los Jardines de Salustio. —Los Jardines de Salustio están al norte, más allá de la vieja Muralla Serviana, y son uno de los parques públicos más hermosos de Roma—. Vamos, Perila. Sólo esta vez.

—¿Literas separadas? —Noté que estaba cediendo.

—Sí. Llevadas por eunucos octogenarios equipados con anteojeras. Tienes mi palabra.

—¿Sólo un paseo por los Jardines de Salustio? ¿Estás seguro?

—El otro día vi allí a la vestal máxima. Va regularmente, sólo por la edificación moral.

Perila sonreía. Sonreía de veras. Supe que había ganado e hice un gran esfuerzo para no pavonearme.

—De acuerdo, Corvino. Dame un rato para arreglarme el cabello. —Su cabello no tenía ningún problema, pero no quise discutir—. Siéntate y le diré a Calias que te traiga vino. No es demasiado temprano para ti, ¿verdad?

—Por esta vez —dije—, haré una excepción.

Lo de los eunucos octogenarios era una broma, pero a Perila no parecía molestarle mientras observáramos otras normas de decoro. Los cuatro Amigos Entrañables también vinieron. No toleraría que me aporrearan en un festivo, y si estaba Perila no quería correr riesgos. Caminaban junto a las literas, dos a cada lado, exhibiendo los pectorales y ladrando palabrotas galas a cualquier peatón que nos prestara la menor atención. La mayoría se desviaba para eludirnos. Era comprensible.

Nos frenaron las multitudes que iban a mirar la procesión oficial de la diosa. Tendría que haber pensado en ello (el templo de Flora está cerca de la Puerta Quirinal) pero era demasiado tarde para remediarlo. Al menos, con la fuerza combinada de los porteadores y de mis cuatro galos, logramos mantener las literas lado a lado, así que pudimos conversar en medio del movedizo gentío.

La muchedumbre fascinaba a Perila; claro que la pobre chica no salía demasiado.

—¿Por qué hay tantas mujeres, Corvino? —preguntó en un momento—. ¿Y vestidas de esa manera?

Se refería a las prostitutas, desde luego. Muchas se reúnen en los alrededores del templo, y al parecer avanzábamos en medio de una cincuentena, lo cual me ponía nervioso porque se acercaba demasiado a una de mis fantasías favoritas. Y algunas muchachas eran adorables. Si Perila no hubiera estado allí, habría detenido la litera y habría subido un par a bordo. Dadas las circunstancias, observé mi mejor conducta.

Se lo expliqué. Se escandalizó.

—¿Qué, todas ellas? ¿Todas son prostitutas?

—Sí. Bien, todas las mujeres con túnica de hombre y maquillaje al menos. —Me alegró no ver hombres vestidos de mujer en la multitud, porque no tenía ganas de explicarle a Perila qué eran.

—Pero no puede haber trabajo para todas estas muchachas. ¿Cómo se ganan el sustento?



Me mordí la lengua. Júpiter, pensé, acompáñame en la hora de mi adversidad.

—No todas son chicas de ciudad, Perila. Flora es la patrona de las prostitutas. Vienen a Roma de todas partes en el Festival de Primavera.

—Deben de ser muy religiosas —observó Perila solemnemente mientras yo trataba de no reírme. Una de las más despampanantes (para mi horror, la reconocí) franqueó las líneas gálicas, me plantó un beso en el pómulo izquierdo y me caló una flor detrás de la oreja.

—¡Ah, qué detalle! —Perila le sonrió. Por suerte no había visto lo que hacía la muchacha con la mano izquierda—. ¡Qué gesto encantador! ¡Corvino, te estás sonrojando!

Logré arrojarle una pieza de plata a la muchacha cuando Perila no miraba. La atajó diestramente, me sopló otro beso y desapareció en la multitud.

La buena conducta está muy bien, pero yo debía cuidar mi reputación.

Llegamos a los Jardines de Salustio sin más tropiezos. Dejé las literas en la puerta y les dije a los Amigos Entrañables que nos siguieran discretamente y estuvieran alerta por si los necesitaba. («¿Entendéis qué significa 'discretamente', muchachos?» «Sí, jefe. Con disimulo. Ningún problema»). Fue bastante difícil. Media Roma había tenido la misma idea que yo y los jardines estaban abarrotados. Caminamos tranquilamente entre las hileras de plátanos, hacia la estatua de Fauno.

El lugar olía a primavera y a las semillas de melón tostadas de los carros de los buhoneros.

—¿Puedes creer que nunca estuve aquí? —Perila miraba en torno con interés—. Sí en los otros parques, pero no en éste. Recuerdo que mi padrastro nos llevó al Pinciano cuando yo tenía doce años. Debía de ser Floralia, también. El año en que lo desterraron.

Hoy no tenía la menor gana de hablar de Ovidio. Era un festivo, después de todo. Cambié de tema.

—El viejo Salustio era un hipócrita. Mi abuelo lo conoció. Gastó una fortuna en este lugar cuando era el dueño, y luego tuvo el descaro de sentarse aquí para escribir sobre la degeneración de los romanos modernos.

—Pero debes conceder que es hermoso. —Perila sonrió—. Sin duda el gasto valió la pena.

—Cuéntaselo a las provincias que el viejo esquilmó para obtener el dinero. Perila me miró de soslayo.

—Corvino, a veces no te entiendo. Vienes de una de las mejores familias de Roma, pero no actúas como un aristócrata. Por lo menos, como ningún aristócrata que conozca. ¿De qué lado estás?

—No estoy del lado de nadie. —Arranqué una larga brizna de hierba de un lado del camino y la mastiqué—. Porque nadie está de mi lado. ¿Me entiendes?

—No, no te entiendo.

—No importa. Cambiemos de tema, Perila. El Festival de Primavera no es ocasión para hablar en serio.

—No, de veras. Me interesa.

Arrojé la brizna de hierba.

—De acuerdo. Es tu decisión. Fíjate en mi padre, por ejemplo. Buen orador público. Cónsul a los treinta y tres. General exitoso... bien, bastante exitoso, aunque no era ningún portento. Pertenece al comité que cuida los libros



proféticos. Es íntimo del emperador. Y uno de los reptiles más grandes que encontrarás fuera de la *Historia natural* de Aristóteles.

—¿Y?

Me detuve y la miré azorado.

—¿No ves nada de malo en ello?

—Creo que eres un poco duro con él. Parece haberse desempeñado bastante bien.

—Se ha desempeñado bien al decirle las palabras indicadas a la gente indicada.

—¿Preferirías que dijera las cosas erradas a la gente errada?

—¡Vamos, Perila! Sabes que no me refiero a eso.

—¿O las cosas indicadas a la gente errada? ¿O las cosas erradas a la gente indicada? ¿O...?

Sonreí contra mi voluntad y seguí caminando.

—Vale, acepto tu observación. Debí expresarlo de otra manera.

—¿No piensas que quizá él crea que son las cosas indicadas y la gente indicada?

Empezaba a fastidiarme, y no quería reñir. Y menos ese día.

—¿Podemos cambiar de tema? Por favor. Es Floralia, y es un día demasiado bonito para hablar de mi padre, y no debí mencionar a ese cabrón. ¿Vale?

—Muy bien. —Seguimos caminando en silencio y doblamos la esquina del seto de boj—. ¡Corvino, mira los narcisos! ¿No están hermosos?

Delante de nosotros la hierba era una masa blanca y amarilla. Era bastante impresionante, tenía que admitirlo, aunque las flores ya no estaban en su mejor momento.

—Tenías razón. Fue buena idea venir. —Perila había abandonado el sendero y caminaba por la hierba hacia el manto de pétalos. Por un instante el verdor vivido de la hierba, las flores amarillas y blancas y el manto celeste se combinaron en una imagen que parecía salida del muestrario de un pintor de murales: Flora, diosa rubia de la primavera y la floración, caminando en los prados de un mundo primigenio, la cabeza ladeada para mirar a sus espaldas, apretándose una flor contra la mejilla, la otra tendida para llamar a quien le seguía...

—¡Ven, Corvino!

La imagen se disolvió. No tengo esas fantasías poéticas con frecuencia, pero quizá me esté perdiendo algo. La alcancé y le cogí la mano tendida.

Ninguno de los dos supo cómo sucedió. Quizá Flora tuvo algo que ver. Sin duda lo habría aprobado. Habíamos perdido a los galos, o ellos nos habían perdido a nosotros, por tacto o por estupidez monumental. (No hay premios por adivinar la respuesta. Esos tipos no habrían reunido una onza de tacto entre todos aunque hubieran sudado un mes.) Habíamos dejado el sendero, desde luego, y nos habíamos internado en lo que ciertos poetas llamarían un antro silvestre, que me sonaba bastante repulsivo. Ya los conocéis: paisaje agreste escrupulosamente podado, arroyo cantarín cubierto de helechos, una estatua tosca (delicadamente tosca) del Pan rústico. Rincones y recovecos...

Recuerdo especialmente los rincones y recovecos, o al menos uno de ellos. Fuera rincón o recoveco, el verdadero milagro era que estuviera vacío. Lo que no recuerdo es si yo la besé primero o ella me besó a mí. En todo caso, la cuestión pronto fue puramente teórica. Al margen de quién empezara, besar a



Perila fue como ser golpeado en la cabeza por un arco de triunfo y luego ahogado en pétalos de rosa. Al cabo de un par de siglos emergí para tomar aire. A partir de entonces, la conversación fue uno por ciento monosilábica y noventa y nueve por ciento táctil.

—Corvino, creo que no deberíamos...

—Sólo déjame...

—Tengo una raíz de árbol en la espalda. ¿Crees que podríamos...?

—¿Así está mejor?

—Mmmm. —Larga pausa—. ¡Mmmm! —(Pausa más larga y más enfática de ambas partes)—. ¡Mmmmmm!

Estábamos tomándole el ritmo cuando ella se incorporó.

—Ésta no es buena idea —dijo.

La empujé hacia abajo. Se incorporó de nuevo.

—No me molesta que me seduzcas, Corvino, pero no estoy dispuesta a estropear una excelente capa. Detente de una vez.

Más fácil decirlo que hacerlo. Hay cosas que no se pueden detener. Hay que dejarles seguir su curso...

Me dio un tortazo en la mandíbula. Con el puño. Fuerte.

Cuando los Jardines de Salustio volvieron a ensamblarse a partir de la lluvia de relámpagos titilantes en que se habían convertido de golpe, alcé los ojos y vi a Perila inclinada sobre mí. Increíblemente, estaba llorando.

—Lo lamento, Marco —dijo—. ¿Te encuentras bien?

Una pregunta tonta, dadas las circunstancias. En vez de responder, traté de mover la mandíbula. Por suerte no me la había roto, y no veía dientes desparramados. Pero mis ojos aún no funcionaban muy bien, así que quizá no hubiera visto algunos.

Perila me besó; un beso dulce y suave, las pestañas húmedas contra mi cara. Luego se levantó.

—Será mejor que regresemos.

—¿Literas separadas?

Ella sonrió, bajó los ojos y negó con la cabeza.



19

No cenamos. En cambio hicimos el amor. Ella gritó cuando la penetré, y quedé tan sorprendido que me eché hacia atrás; pero ella me estrechó y terminamos. Sólo cuando nuestros corazones se aplacaron y hablamos durante la pausa comprendí que había sido un grito de dolor y que Perila había sido virgen.

—Nunca dejé que me tocara —susurró, humedeciéndome el hombro con sus lágrimas—. Ni siquiera la primera noche. Y menos sabiendo lo que yo sabía, para qué me quería. —Le besé los ojos, sin decir nada, y mis labios probaron sal—. Como ves, Marco, al cabo no obtuvo nada, sólo odio.

—¿Por qué no se divorció de ti?

—Orgullo, tal vez. Quizá esperanza. Codicia, sin duda. Si mi madre moría o era declarada demente, yo heredaría la propiedad, y él era mi esposo. Tenía ciertos derechos.

Algo me cosquilleó en el fondo de la mente. Traté de aprehenderlo pero se me escabulló.

—¿No puedes divorciarte?

—Podría. Ahora. —Sentí su sonrisa contra la piel, el contacto de sus labios

—. ¿Quieres que lo haga?

Tragué saliva.

—Sí.

—De acuerdo. Entonces lo haré. Antes no había motivos, y él es amigo del emperador.

—No del emperador. Es amigo de Germánico, no de Tiberio.

—Germánico es hijo del emperador.

—Adoptivo, no natural. Hay una diferencia. —El cosquilleo mental había vuelto. Había algo... Yo estaba cerca, muy cerca. Como si mirase un tramo arruinado de suelo de mosaicos y tuviera todas las piezas faltantes en las manos. Sólo se trataba de ver dónde encajaba cada una.

—¿Marco?

—¿Sí?

—¿En qué estás pensando?

—Nada. Nada importante.

Se movió debajo de mí. Todavía estábamos entrelazados. Sentí que me endurecía mientras ella volvía a guiarme hacia la húmeda calidez de su entrepierna. Esta vez lo hicimos más despacio, como si cada uno adaptara su ritmo al del otro. Sus dientecillos afilados me mordieron el hombro una vez, y luego movió la cabeza de un lado a otro mientras lanzaba pequeños maullidos como un gatito ciego. Esta vez ella se corrió primero, en un espasmo súbito y convulsivo, tensando el cuerpo, estrujándome la espalda con los brazos y las caderas con los muslos.

Cuando me corrí yo, nos quedamos quietos. Luego rodé a un lado y acomodé su cabeza en el hueco de mi hombro. Su cabello olía a miel cuando sepulté la cara en él.



—Aprendes rápidamente, para ser una principiante —dije.

—Mejoraré con la práctica.

La besé.

—Bien.

Ella sonrió y se acurrucó. Me quedé quieto largo rato, mirando los paneles taraceados que había encima de la cama.

—¿Harías algo por mí, Marco? —dijo al fin.

—Sí.

—¿Sin peros ni condiciones?

—Sin peros ni condiciones. Aunque si quieres una repetición, tendrás que aguardar.

Esta vez no sonrió.

—De acuerdo, ¿de qué se trata? ¿Una primera edición de Homero? ¿El mejor collar de Cleopatra? ¿Un forúnculo de Verruga incrustado en cristal de roca? Pídelo y lo tendrás.

—Haz las paces con tu padre.

Eso sí que no me lo esperaba. Me apoyé en un codo y la miré fijamente. Ella estaba muy seria.

—No digo que tenga que agradarte —dijo—. Y menos que seas como él. No podrías aunque quisieras. Pero acepta que también él es una persona, con tanto derecho a sus opiniones como tú. Sois personas distintas, pero eso no significa que debáis ser enemigos.

Recordé la conversación que había entablado con mi padre días antes. Personas distintas...

—No es tan fácil, Perila.

—¿Por qué no? ¿Qué es lo difícil?

—Es... lo que él le hizo a mi madre.

Ella esperó, sin preguntas ni comentarios. Me costaba respirar. Nunca le había dicho esto a nadie y las palabras no me salían con facilidad.

—Sucedió hace tres años. Mi madre estaba encinta; un embarazo tardío. Nadie lo esperaba, y nadie pensaba que llegaría a dar a luz. Hacía tiempo que mis padres hablaban de separarse, antes de que mi madre se enterase; pero el embarazo no cambió las cosas. Papá quería un divorcio, y lo consiguió.

—¿Por qué?

—Era un matrimonio político, desde luego. No como el tuyo, no por dinero. Nuestra clase no se casa por dinero, no se considera decoroso. —La palabra sabía agria en mi lengua—. Ahora bien, los contactos familiares son otra cosa. Eso es respetable. Entonces mi madre tenía catorce años y su padre era sobrino de Agripa. El matrimonio permitió que mi padre estrechara relaciones con las nuevas familias dominantes, o eso creía él, ya que Agripa era la mano derecha de Augusto. Pero luego todo salió mal. Un año después de la boda Agripa murió, Augusto obligó a Tiberio a divorciarse de la hija del viejo y papá comprendió que su matrimonio era un callejón sin salida. Luego, tras veintisiete años (¡veintisiete años, Perila!), cuando Tiberio llegó al trono, dio por liquidado el asunto, se divorció y tomó una nueva esposa. Una con mayor peso político. Fin del matrimonio, fin de la historia.

Perila se había incorporado. Su cabello se derramaba sobre sus pechos como oro líquido.

—¿Qué pasó con el niño? —preguntó.



—Nació muerto un mes después. El único hermano que tuve. Y el único que tendré, sospecho.

—¿Y tu madre?

—Sobrevivió, pero estuvo a punto de morir en el parto. Volvió a casarse el año pasado. Un senador llamado Prisco. Es buena persona. Su primera esposa murió de apoplejía.

—¿Ella es feliz?

—Sí, creo que sí. No la veo con frecuencia, pero creo que es feliz.

—Entonces al cabo fue para mejor, ¿verdad? A pesar del embrollo.

No respondí, y ella me besó suavemente y me apoyó la cabeza en el pecho.

—¿Hay tanta diferencia entre tus padres y nosotros, Marco? —murmuró—. Recuerda que yo también tengo esposo. Tampoco nos llevamos bien. ¿Por qué el divorcio está mal para tu madre pero bien para mí? ¿O crees que el adulterio es más «decoroso»?

—Eras virgen. En rigor, no tienes esposo. Y mucho menos hijos.

Ella irguió la cabeza.

—¡No juegues con las palabras, Corvino! ¡Sabes a qué me refiero!

—No juego con las palabras. Rufo no sólo te desagrada, sino que lo odias, y siempre lo has odiado. Tú misma lo dijiste.

—¿Entonces tu papel es más respetable?

La pregunta me dolió como una picadura de abeja. Nos encaminábamos hacia nuestra primera riña. Yo lo sabía, pero no podía hacer nada al respecto porque a pesar de mi furia veía que ella tenía razón. Sentí la tentación de irme de la cama, vestirme y abandonar su vida para siempre. Sólo por un momento. Sabía que nunca haría semejante cosa, al margen de lo que ella dijera, al margen de mi furia. No soy tan ególatra, y tampoco tan cabrón. Además, Perila formaba parte de mí. No podía abandonarla, así como no podía cortarme el brazo.

Aspiré profundamente y retuve el aliento.

—Lo lamento. Vale, quizá no haya tanta diferencia.

—¿Entonces tratarás de entender a tu padre? ¿De reconciliarte con él? ¡Por favor, Marco!

Guardé silencio largo rato. Pensé en mi padre, en su pomposo modo de hablar, su hipocresía política y la frialdad con que se había deshecho de mi madre. Luego evoqué años anteriores, cuando estábamos mucho más cerca. Pequeñeces. Cómo me había enseñado a nadar cuando yo tenía seis años. El verano en nuestra villa de las colinas Albanas. Su intento de allanar mi carrera, aunque apenas nos hablábamos. Sí, en parte lo había hecho por el nombre de la familia, pero lo cierto era que se había esmerado, según su criterio. Como decía Perila, si mi madre estaba feliz con la situación, ¿qué importancia tenía? ¿Y acaso yo no era tan hipócrita como mi padre? No políticamente, sino en lo concerniente a Perila.

Quizá no fuéramos tan distintos. No, al menos, en las cosas importantes.

—Vale —dije—. Vale. Lo intentaré. No será fácil pero lo intentaré.

Ella me besó la mejilla y se acurrucó contra mí; y cuando volvimos a hacer el amor, me sentía extrañamente sereno.



20

Supe desde el principio que era inútil tratar de impedir que Perila me acompañara a mi cita con Davo, pero tenía que intentarlo.

—¿Sabes cómo es el Velabro? —Estaba tan tenso que no podía sentarme. Caminaba de un lado a otro por el suelo de mármol del atrio mientras ella, sentada junto a la piscina, se limaba las uñas con un trozo de piedra pómez.

—Desde luego, Marco —dijo con calma—, no muy agradable, lo sé, pero no puede ser tan malo como la Suburra.

¡Por Júpiter! ¡Esto me decía la mujer que ni siquiera había estado en los malditos Jardines de Salustio!

—No estés tan segura. El Velabro tiene sus momentos. No creo que una gata tuviera muchas probabilidades de entrar y salir intacta. No digamos una muchacha despampanante como tú.

Exageraba, claro está. El Velabro es la zona portuaria de Roma, el centro de comercio mayorista que ocupa el terreno bajo que se extiende entre el Palatino y el Tíber. Aunque no es nada en comparación con la Suburra, la parte que tendría que atravesar para llegar adonde iba era bastante peligrosa, y es tan probable encontrar una dama bien nacida en esa parte de la ciudad como hallar una perla en un retrete. Así que no quería que Perila me acompañara. Ya tenía bastantes problemas sin tener que oficiar de protector viril.

Perila sonreía.

—Aprecio tu preocupación, Corvino, pero sin duda sabrás brindarme la seguridad que sea necesaria.

¡Mierda! ¿Esa mujer no me escuchaba? El vapor me salía por las orejas.

—¡Para eso necesitaría una maldita compañía de pretorianos! ¡Y aun así tendríamos un cincuenta por ciento de bajas!

—Pamplinas. Tú recorres la Suburra despreocupadamente, por lo que me has dicho. ¿Por qué un viaje al Velabro sería más peligroso?

Conté hasta diez. Luego hasta veinte.

—No has escuchado una sola palabra, ¿verdad? Claro que camino por la Suburra. Y también puedo caminar con cierta tranquilidad por el Velabro. Pero no tengo el físico de una Venus de Praxíteles mejorada con pechos que harían saltar los ojos de un sumo sacerdote octogenario a cuarenta pasos.

No dejó de mover la piedra pómez.

—Ni siquiera un sumo sacerdote puede ver a través de los flancos de una litera cerrada, Corvino. Y sabes muy bien que mis senos tienen un tamaño medio. Más pequeños, en todo caso.

—Vale, tacha la Venus. Pero también puedes olvidarte de la litera cerrada. Si llevaras una de esas cosas por el Velabro, sería como exhibir un gran letrero que dijera «He aquí un ricachón incauto». Atraerías a facinerosos de todas partes.

Ella frunció el ceño.

—De acuerdo —dijo—. Sin litera. Pero puedo ir disfrazada.



Dejé de caminar. No podía creerlo. Parecía salido de una novela romántica alejandrina del peor gusto.

—¿De qué, por amor de Dios? ¿De luchador nómada? ¿De elefante amaestrado?

—No seas tonto. Bastará con usar una capa gruesa y una capucha.

Oh Júpiter, recé, tú que guías y guardas la fortuna del estado romano, fulmíname o dame paciencia.

—Perila, escúchame, por favor. Estos tipos no sabrán leer a Platón en el original pero no son estúpidos. Si bajas al río vestida como un personaje de melodrama griego, no darás diez pasos sin que alguien empiece a preguntarse qué hay debajo del ropaje. Y quizá tenga varios compinches que le ayudarán a abrir el paquete. ¿Entiendes?

Ella dejó la piedra pómez y se levantó.

—Marco, es inútil. Iré contigo, sin vuelta de hoja. Fui yo quien tuvo la idea de preguntarle a Harpala, no tú. Y además le di mi palabra de que me encargaría personalmente de que su amigo no sufriera ningún daño.

Me sentí como se debe de haber sentido Pirro cuando contó sus efectivos después de la batalla de Benevento y pensó que si eso era una victoria más le valía dejarlo. Hice un último intento.

—Vale. Entonces pídele que le diga a Davo que hemos cambiado el lugar. Que sea un sitio respetable. O que él venga aquí, o a mi casa. No hay mucha más distancia hasta el Palatino, después de todo.

Ella suspiró.

—Davo es un esclavo fugitivo, Marco. No puede acercarse al Palatino ni a ningún otro distrito de clase alta por su cuenta. Saltaría a la vista. Lo sabes.

—Entonces deja que lo vea a solas. Yo también le di mi palabra a Harpala, ¿recuerdas?

—Ahora andamos en círculos. —Se acercó para besarme—. Harpala fue mi descubrimiento, Davo es su amigo y en consecuencia es mi responsabilidad. Además, haces esto por mí y quiero participar, no quedarme sentada en casa como una púdica matrona. Así que iré contigo y se acabó la discusión. ¿De acuerdo?

—Nadie podría acusarte de ser una púdica matrona, Perila.

—No cambies de tema.

Sabía reconocer una derrota.

—De acuerdo —dije—. Si quieres, puedes venir, pero sin literas cerradas ni personajes misteriosos, ¿vale? ¿Cómo piensas ir, pues?

Si esperaba que pasarle la decisión le haría cambiar de parecer, estaba condenado a perder desde el principio. Ella ya lo tenía solucionado.

—Es fácil —dijo—. Iré vestida de muchacho.

Le clavé los ojos.

—¡Perila, estás loca!

—¿Por qué no? Creo que es una idea maravillosa.

—¿Te has mirado recientemente? Desde la pubertad, digo.

—No veo por qué no sería posible. —Se alzó el hermoso cabello—. Si me sujeto esto en un moño y uso una gorra, la gente no lo notará.

—¡Por favor! Saltaría a la vista. —Realmente parecía una novela alejandrina—. Y lo digo literalmente.



—Existen los sostenes, Corvino. Uno muy ceñido será incómodo, pero podré aguantarlo un par de horas. Y puedo usar una túnica holgada y una capa.

—No dará resultado.

—Claro que sí.

—Pues no. Por si no nos bastara con las pandillas de maleantes, atraerás a todos los pederastas de la ciudad.

—Pamplinas.

—¡Créelo!

Se preparó para lo que sospeché sería un ataque frontal a gran escala. Me replegué deprisa.

—Vale, vale. —Alcé las manos—. Haré un trato contigo. Ve a vestirte. Si te apruebo, puedes venir. De lo contrario, voy solo. ¿Aceptas?

Titubeó. Perila, a diferencia de mí, no era apostadora, pero sabía cuándo le planteaban un reto. Y no daba su palabra a la ligera.

—Mira, Perila, no hago esto por diversión. Quiero llegar allá, encontrar a Davo y largarme. Punto y aparte, sin cláusulas subordinadas. Si vienes, la vida se complica. Así que acepta o cierra el pico, ¿vale?

Apretó los labios con firmeza.

—De acuerdo, Corvino —dijo lentamente—. Acepto. Veré que podemos lograr entre Lalagia y yo. —Lalagia era su criada.

—Recuerda que debemos estar allí al mediodía.

—Está bien. Dame una hora.

No la reconocí cuando bajó. Llevaba una gruesa capa casera, de trama tupida, y debajo una túnica verde de esclavo sin cinturón que tenía el doble de su medida. Su hermoso cabello estaba totalmente oculto bajo una gorra de liberto y se había oscurecido la cara con zumo de nuez.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué te parece?

La miré de arriba abajo.

—No está mal. —Era un comentario parco, pero no estaba dispuesto a ceder tan fácilmente—. Nada mal. Camina un poco.

Caminó por la sala. El resultado era tremendamente sensual.

—¡Por Júpiter, Perila! —rezongué—. ¿Qué es eso? Agacha la cabeza. Encórvate. Y trata de no menear las caderas.

—Lo estoy intentando.

—Pues pon más empeño. Si caminas por la calle así, te arrestarán a primera vista. O se te insinuarán. Tal vez ambas cosas al mismo tiempo, conociendo a algunos de esos sinvergüenzas de la guardia.

—De acuerdo. ¿Qué tal así?

Lo intentó de nuevo. Ahora estaba mejor, pero conocía al menos a una docena de romanos que pagarían una fortuna por una presentación. Luego quedarían decepcionados, sí, pero eso no solucionaba nuestro problema.

—A ver, mírame —dije. Caminé hacia la puerta y volví—. Pasos más largos. Aflójate un poco, y clava los ojos en el suelo.

Esa muchacha tenía talentos ocultos. Y no me refiero a los obvios. Al cabo de dos o tres vueltas por la sala, no podría haber jurado con absoluta certeza que no era lo que fingía ser. Mientras se mantuviera así, estábamos a salvo. Mierda.

—¿Gano la apuesta? —preguntó.

—Sí, ganas. Pero primero ven aquí.



Vino. La besé. Colaboró el tiempo suficiente para que las cosas llegaran a la etapa interesante antes de apartar la cara.

—¡Basta, Marco! ¡Me estás corriendo el maquillaje!

La solté a regañadientes.

Cuando revisas, revisas. Y sin duda era Perila.

No hicimos todo el trayecto a pie. Perila necesitaba practicar, pero yo no quería ser muy duro con ella, así que fuimos en una de sus literas hasta la vía Toscana. Desde luego, fuimos con los Amigos Entrañables; me habría gustado llevar más músculo, pero habríamos llamado la atención y calculaba que esos muchachos podían lidiar con cualquier cosa que no fuera una turbamulta. Aun así, hablé discretamente con ellos antes de partir, para cerciorarme de que supieran cuáles eran las prioridades, y qué sucedería si las confundían. Nunca había visto un conjunto de fornidos eunucos galos en el mercado, pero había una primera vez para todo.

También le aclaré la situación a Perila.

—Escucha, hay ciertas reglas básicas que no son negociables. Acéptalas ahora o quédate en casa. ¿Vale?

Debo de haberla apabullado, porque se limitó a asentir.

—Bien. Ante todo, yo sé cuidarme solo. Si hay algún problema, echas a correr.

—Sí, Corvino.

—Segundo, harás lo que te diga, tal como te lo diga, sin vueltas ni discusiones ni actos heroicos. ¿Entendido?

—Sí, Corvino.

La miré con suspicacia.

—Perila, ¿te estás burlando de mí?

—No, Corvino. —Le temblaron los labios, pero mantuvo los ojos recatadamente gachos.

—Sí, te burlas de mí. —No era momento para bromas—. Mira, hablo en serio. No te llevaré a los muelles si no aclaramos algo antes de salir. Yo sé lo que hago, y tú no. Serás una muchacha con muchas agallas pero si nos vemos en problemas la pose de patricio altanero no nos llevará a ningún lado. Esto no es un juego, y si crees lo contrario ambos estaremos en apuros. ¿Vale?

Silencio. Al fin asintió.

—De acuerdo. Lo lamento, Marco. Tienes toda la razón. ¿Qué más?

—Tercero y último, ni una palabra. Al menos, no cuando estemos a pie en una zona edificada. Ya tenemos bastantes problemas con tu aspecto como para preocuparnos también por tu voz, y cuanto menos llamemos la atención, mejor. Acepta las tres condiciones ahora, o puedes quedarte en casa embotellando encurtidos.

—Te amo, Corvino. ¿Lo sabías?

No hay respuesta para eso. No con palabras, al menos. Una vez que ella me enjugó el zumo de nuez de la cara con el bordadillo de la capa, fuimos a nuestra cita con Davo.



21

Dejamos la litera en la linde oeste del Palatino, cruzamos la vía Toscana y nos sumergimos en el laberinto de mercados e inquilinatos del este del Velabro. Para mi alivio, nadie prestaba la menor atención a Perila. Al menos, no más que a mí. Los Amigos Entrañables se mantenían cerca y no intentaban pasar inadvertidos, lo cual era buena idea: más de un personaje sospechoso clavó los ojos en mi túnica patricia y se salvó a duras penas de que un hombro de granito lo triturase contra una pared.

Al menos los muchachos se divertían. Tendría que sacarlos a pasear con más frecuencia, pensé.

Yo no conocía demasiado el Velabro, no tanto como la Suburra, aparte de la zona de la plaza de Hacienda. Como dije, es la zona de comercio mayorista, y como es el principal vínculo de la ciudad con Ostia, la mayor parte del tráfico entre el foro y el río pasa por allí. La ley prohíbe a los senadores practicar el comercio, así que no se ven muchas togas por esos lares. Claro que la prohibición no es difícil de sortear. Sólo hace falta organizar empresas fantasma a través de un par de libertos y embolsar las ganancias. Sin embargo, un senador no se ensucia las manos con el comercio, pues es otra de esas cosas que no se consideran decorosas. Los aristócratas nos ganamos el dinero respetablemente de otras maneras. Por ejemplo, alquilamos habitaciones a precios exorbitantes en inquilinatos precarios. Siempre hay clientes que buscan cuatro paredes y un suelo donde dormir. Y cuando los inquilinatos se desmoronan o se incendian con gente dentro, siempre se pueden edificar algunos más y reemplazar a los inquilinos muertos por otros nuevos.

Los bienes raíces son un mercado de oferta que nunca pierde su rentabilidad. ¿Para qué ensuciarse las manos cuando no es necesario?

Gracias a los muchachos llegamos a las zonas edificadas del este y el centro del Velabro sin grandes tropiezos y nos desplazamos hacia la zona de los muelles, al lado del río; calles de graneros y almacenes donde los mayoristas depositan las remesas de grano, aceite de oliva y salsa de pescado que llegan en barcazas desde Ostia. Cualquiera otro día el gentío habría zumbado en ese distrito como moscas en un trozo de carne agusanada, pero siendo el Festival de Primavera todo estaba cerrado y las calles estaban desiertas. Aun así, despedían un aroma agradable y rancio que era una mezcla de vino con queso y aceite, con el tenue olor almizclado del grano seco.

—¿Cuánto falta? —preguntó Perila.

—Ya estamos cerca. —Había averiguado dónde quedaba el almacén de Paquio gracias a Batilo (¿quién si no?)—Está a poca distancia del puente Sublucio.

—Ah, bien. Siempre que hablemos realmente del Sublucio, y no de otro que no conozco cinco millas río arriba.

La irritación era comprensible, e hice las concesiones del caso. Habíamos recorrido un largo trecho esa mañana.



—Te estás cansando, ¿verdad?

—Un poco.

Señalé.

—Allá está el río.

—Nunca lo habría adivinado, Marco. ¿Siempre huele a rosas?

¡Por Júpiter, qué quisquillosa estaba! Aun así, concedo que los aromas que nos llegaban eran bastante maduros. El lodo del Tíber debe de ser una de las sustancias más tóxicas conocidas por el hombre.

—Bien, agradece que estamos corriente arriba respecto de la Cloaca. Allí el agua es tan espesa que puedes caminar hasta la otra margen sin puente. Siempre que no mires hacia abajo para ver lo que estás pisando.

Ella tembló.

—Basta, Corvino.

—¿Crees que exagero?

—No me importa. No quiero saberlo, es todo.

Seguimos caminando hasta llegar a un cruce, y viramos a la derecha por una calle de almacenes que bordeaban la orilla.

—Allá está —dije. No veía ningún nombre pintado, pero Batilo me había indicado qué buscar: un edificio levemente separado del resto con una carreta destartada pudriéndose contra la pared del lateral—. ¿Ves a alguien?

—No.

—Yo tampoco. —El lugar parecía tan desierto como los edificios vecinos—. Espera aquí con los muchachos y echaré un vistazo.

—Ni hablar. Iremos juntos.

—Reglas básicas, recuerda.

—Pero Corvino...

—No te preocupes. Si Davo está allí, vendré a buscarte.

—Entonces cuídate.

—Sí, claro. —Sonreí.

—¡Marco, hablo en serio!

—Lo sé. Tendré cuidado.

Saqué la daga de la vaina de mi muñeca izquierda. Había adquirido una nueva después de mi encontronazo con los sicarios, y caminé hacia las puertas. Aún tenía rígido el hombro izquierdo, pero el masaje de Escílax había obrado milagros y pensé que podría apañármelas bastante bien si algo salía mal. Pero, ¿qué podía salir mal?

Me paré en la entrada del almacén. La puerta doble no estaba atrancada, lo cual era extraño: como dije, todos los lugares por donde habíamos pasado estaban cerrados por la fiesta. Pero yo no sabía por qué Davo había escogido ese sitio. Quizá trabajara allí. Quizá iba y venía cuando le venía en gana y nos había dejado la puerta abierta. De todos modos, empuñé la daga con cuidado y entré cautelosamente.

—¿Davo? —grité.

Ninguna respuesta. Estaba oscuro después de la luz del día. Me quedé quieto y esperé a que mis ojos se adaptaran. Luego miré en torno.

Paquio se dedicaba a almacenar grano, como sus vecinos. En cada pared del cobertizo había una hilera de cajas para cereal. Las tapas estaban abiertas y vi que la mayoría estaban llenas de grano seco. En el fondo había un molino enorme con sacos de harina (supuse) apilados contra la pared, listos para ser distribuidos cuando el almacén abriera al día siguiente.



Volví a llamar a Davo, y tampoco recibí respuesta. Quizá se ocultaba hasta cerciorarse de que era seguro salir. Pero en ese sitio no había lugar donde ocultarse.

—Oye, está todo bien. Soy un amigo. Valerio Corvino. Me manda Harpala.

Algo correteó a mi izquierda y me volví, daga en ristre, pero sólo era una rata. Caminé por el centro del almacén hacia el molino.

Habían levantado la tapa de la última caja y había una pila de grano sobre el suelo de piedra. Descansando al lado de la pila, la suela hacia mí, había una sandalia. O quizá no sólo una sandalia. Me acerqué para mirar, con el vello de la nuca erizado, porque ya sabía lo que encontraría.

Tenía razón, pero aun así moví el grano para asegurarme.

El modo en que había muerto fue evidente en cuanto le di la vuelta y vi el tajo bajo la barbilla cubierta de barba gris. Le habían cortado la garganta de oreja a oreja con un cuchillo muy afilado. Me fijé en el grano que tenía debajo. Estaba seco, y no había rastros de sangre. Mientras yo revisaba, sus ojos me miraban, impávidos y acusadores.

Podía olvidarme de conseguir el nombre del cuarto conspirador. Si el esclavo de Julia había sabido quién era, ya no me lo informaría. Ese camino estaba muerto. Literalmente.

—Mierda —susurré.

Oí pasos a mis espaldas, y me giré.

—Corvino, si esperas que me quede fuera mientras tú... —empezó Perila.

Luego vio los restos de Davo, y fue demasiado tarde para dar explicaciones.



22

El viaje de regreso fue un infierno, a pesar de la ayuda de los muchachos. Tuve que cargar con Perila la mayor parte del trayecto hasta llegar al sitio donde habíamos dejado la litera, lo cual causó bastante revuelo. Luego, aun estando en una casa conocida —la residencia de los Fabios era la más cercana—, necesitó dos copas de vino puro y muchas palabras tranquilizadoras para reponerse un poco.

Yo no quería repetir semejante experiencia. Nunca.

Había vuelto a envararse, y se sentaba muy erguida y hablaba racionalmente; pero sus ojos aún estaban raros y supe que pasaría largo tiempo antes de que perdieran ese aire de extravío.

—Marco, ¿quién querría matar a Davo? —dijo—. Era sólo un esclavo inofensivo.

Sorbí mi vino, sosteniendo la copa con ambas manos para no derramarlo. Encontrar al viejo también me había conmocionado, más de lo que estaba dispuesto a confesar.

—Davo no era inofensivo, Perila. Al menos, lo que sabía no era inofensivo. Y lo mataron para prevenirme. Eso está bastante claro.

—¿Por qué lo dices?

—No lo hicieron en el almacén. No había sangre. Alguien lo llevó allí deliberadamente y lo dejó para que lo encontráramos.

Perila tembló.

—Desistamos de esto —dijo—. No merece la pena.

Sacudí la cabeza.

—No puedo. Y menos ahora. Aunque Davo no fuera cliente mío, yo era responsable de él. Confió en mí y lo decepcioné. Lo menos que puedo hacer es hallar al asesino.

De pronto ella ensanchó los ojos.

—¿Cómo se lo diremos a Harpala? —susurró—. Le di mi palabra de que a él no le pasaría nada.

Sí, yo me había preguntado lo misino, y no esperaba el momento con ansiedad, aunque la anciana quizá ya lo supiera gracias a los rumores de los esclavos. No los detalles, sólo que Davo había muerto.

—Manda a buscarla ahora. ¡Por favor, Marco!

Le hice una señal al esclavo que servía el vino, que aguardaba nerviosamente cerca de la puerta. Se marchó deprisa.

—No fue culpa tuya —dije—. En todo caso, el responsable fui yo. Sabía que me vigilaban. Si alguien me espiaba, no le habrá resultado difícil seguir a Harpala cuando llevó el mensaje.

—Entonces pudieron haberte matado a ti también. Pudieron estar esperando allí.

—¿Y vérselas con los galos? No, como te dije, esto fue sólo una advertencia. El importante era Davo. Nuestro único testigo, y se lo entregué. —



Brillante, pensé con amargura. Muy listo, Corvino. Un punto para el equipo local.

El esclavo regresó con Harpala. Ya lo sabía, se le notaba en los ojos. Su mirada acusadora me recordó a la de Davo.

—Lo siento, Harpala —dijo Perila.

—Ya estaba muerto cuando llegamos nosotros. —Yo no podía afrontar los ojos de la anciana. Me levanté de donde estaba, de rodillas junto a Perila, y me dirigí a mi silla.

Harpala no me prestó atención.

—¿Qué sucedió, ama? —preguntó en voz baja.

—Lo degollaron. Lo dejaron allí para que lo encontráramos.

La anciana asintió, como si lo hubiera esperado. Quizá lo esperaba.

Luego se volvió hacia mí.

—Lo prometiste, señor. Lo prometiste. —No había acusación en su voz. Sólo describía un hecho—. Me prometiste que no correría peligro.

Mierda.

—Sé que lo prometí —dije—. Pero no pude hacer nada.

De pronto, sin aviso, la anciana se plegó como si alguien le hubiera sacado los huesos. Perila la cogió mientras caía y la guió hacia una silla. La observamos con culpabilidad (ninguno de nosotros la tocaba) hasta que se recobró.

—Lo lamento, ama —dijo. Su voz era lánguida como la de un fantasma.

—Está bien. Sólo...

—Verás, Davo era mi hermano.

Perila me miró con sobresalto. Llamé al esclavo que aguardaba en el trasfondo. Perila cogió la copa que él le entregó y la acercó a los labios de Harpala. Ella sacudió la cabeza.

—Estoy bien, ama. Sólo dame un momento. Por favor. —Aguardamos a que recobrara la respiración—. Él siempre supo que lo encontrarían. Después de escaparse, consiguió trabajo en los muelles, donde no hacen muchas preguntas. Yo era la única que sabía dónde vivía. —Me miró a los ojos—. Fue culpa mía, ¿verdad señor? Yo los guié hacia él.

—No —respondí—. Tú eras sólo la mensajera, Harpala. La culpa no fue tuya.

Pero la anciana no escuchaba. Había empezado a mecerse suavemente, como hacen las campesinas ante una muerte.

—Él sabía que no tendría que haber visto la cara de ese caballero. Él me lo dijo. Me dijo que lo conocía. Eso fue todo, pero no quiso darme el nombre. Cuando arrestaron al amo, ese mismo día, hizo su petate y se fue de la casa. Dijo que corría peligro. Mi Davo siempre fue listo. Demasiado listo, para ser esclavo.

El amo. Ése era Paulo. Davo había huido el día en que arrestaron a Paulo por traición. Así que sabía que la información era importante. Y que podía perjudicarlo. Un esclavo demasiado listo, sin duda.

—¿Ellos lo buscaron? —pregunté—. Los hombres del emperador.

Ella asintió.

—Pero no le había dicho a nadie que se iba, señor. Ni siquiera a mí. Tardé meses en saber dónde estaba, cuando nos cruzamos en el mercado de verduras. Y me hizo jurar que no diría nada sobre él, ni siquiera a los demás esclavos. —Rompió a llorar, sin taparse la cara con las manos, sino



abiertamente, y las lágrimas le surcaban las mejillas como la savia que gotea en el tronco de un árbol—. Luego desterraron a mi ama, y fui a casa de Marcia. No nos veíamos con frecuencia porque él decía que era arriesgado. Sólo en ocasiones, en el mercado del Velabro, o en un festival, cuando ambos estábamos libres. Él ya trabajaba para Paquio, descargando grano y operando el molino. Yo quería encontrarle un empleo mejor, pero él no quería. Prefería estar a salvo, aunque el trabajo fuera más duro. Y cuando pillaron al amo, supe que tenía razón.

Algo me sonaba mal. Miré a Perila, pero ella acariciaba el pelo de la anciana.

—¿Por qué dices que pillaron al amo, Harpala? —pregunté—. Claro que capturaron a Paulo. Nos dijiste que lo arrestaron el día en que Davo huyó.

Quizá se le habían confundido los tiempos, pensé. Quizá fuera el lapsus de memoria de una anciana fatigada.

Sus siguientes palabras me dejaron sin aliento.

—No, señor —dijo, y sus ojos, a pesar de las lágrimas, eran brillantes y sinceros—. No me refería al amo Paulo. Me refería a mi nuevo dueño, el esposo de Marcia. Fabio.

El tiempo pareció pararse. Perila detuvo la mano sobre la frente de la anciana, y me miró azorada. Se me erizó el vello de la nuca.

Cuando pillaron al amo... Cuando pillaron al amo...

Mierda. ¿Otro cadáver más? Ya teníamos de sobra sin que aparecieran más cuerpos.

—Pero Fabio no fue arrestado. —Traté de mantener la calma—. No lo acusaron de ningún delito, y mucho menos lo ejecutaron. Fabio era viejo, y murió de muerte natural.

Harpala puso los ojos en blanco.

—Sí, señor. Tienes razón. Claro que sí. Me equivoqué. Me refería a Paulo.

Sí, seguro, pensé. Pero Perila se me adelantó.

—Harpala —dijo con voz acerada—, ¿cómo murió mi tío Fabio? Dime la verdad, por favor.

La anciana la miró largo tiempo.

—El amo se mató, ama —dijo al fin, con un hilo de voz.

—¿Qué?

—Se mató. Se cortó las venas.

—¿Por qué?

—No lo sé. Tendrás que preguntárselo a Marcia.

—¿Quieres decir que mi tía lo sabe?

—Sí, ama. Claro que lo sabe.

—¿Y nunca me lo contó?

La anciana tensó los labios y guardó silencio.

—Dijiste que lo pillaron, Harpala. —Mi cabeza no había dejado de girar—. ¿Quiénes? ¿Los hombres del emperador? —Me refería a Tiberio: Fabio había muerto un mes después de Augusto, poco después del ascenso de Verruga—. ¿Por qué el emperador querría la muerte de un viejo inofensivo como Fabio?

Viejo inofensivo. Ya. Pensé en Davo. Él también era un viejo inofensivo.

Harpala cerraba los labios con firmeza. Se negaba a mirarme. Clavaba los ojos en Perila.

—Lo lamento, ama. No tendría que haber dicho nada. Sólo soy una tonta esclava. No escuches nada de lo que digo.



—¡Harpala, por favor! —Perila se había repuesto de la conmoción. Ahora estaba arrodillada junto a la silla de la anciana—. Quieres que encontremos al que mató a tu hermano, ¿verdad?

Los labios de Harpala temblaron.

—Pues esto es importante. Estamos atascados. Si la muerte de mi tío es importante, tenemos que saberlo. Y no lo sabremos si no nos lo cuentas.

La vieja esclava calló largo rato.

—Tú no estuviste en el funeral del amo, ¿verdad? —le preguntó.

Perila frunció el ceño.

—No, era demasiado pequeña. ¿Qué tiene que ver eso con...?

—Por favor, ama, déjame hablar. Yo estaba allí con el ama. Marcia. Se hallaba en pésimo estado. No comía ni dormía. Ni siquiera hablaba.

—Pero es natural, Harpala. Estaban casados desde hacía...

—¡Por favor, ama! —Los dedos nudosos de la anciana aferraron el brazo de Perila. Estaba temblando—. ¡Escucha, te lo ruego! El ama y yo fuimos al funeral. Cuando encendieron la pira, Marcia se acercó como dispuesta a arrojarse, gritando que ella lo había matado. Que había matado a tu tío.

Mierda. Esto no tenía sentido.

—Dijiste que Fabio se suicidó —intervine—. ¿Por qué Marcia pensaría que lo había matado?

Harpala vaciló.

—Él se mató, señor. No sé a qué se refería Marcia.

Perila me fulminó con la mirada.

—Silencio, Marco. Por favor.

—Gracias, ama. —Harpala hizo una pausa—. Lo cierto es que varios deudos la echaron hacia atrás, y yo la llevé al carruaje. Ella habló conmigo durante el regreso. En realidad, más que hablar, desvariaba. Como si yo no estuviera allí. ¿Entiendes, ama?

Perila asintió.

—Sí, Harpala. Entiendo. ¿Qué decía?

—Habla de un viaje que el amo había hecho con el viejo emperador. El divino Augusto, al parecer. Un viaje sobre el que nadie tenía que enterarse, a una u otra isla.

—¿Trímero? —No pude contenerme. Sentía un cosquilleo en el cuero cabelludo. La anciana frunció el ceño.

—No, no era Trímero, señor. Allí es donde está Julia. Éste era otro lugar. Plan-algo.

¡Oh, Júpiter! ¡Magno Júpiter! Yo conocía una sola isla Plan-algo. Y allí era donde Augusto había exiliado a su nieto, el hermano de Julia, por flagrante inmoralidad.

—¿Planasia?

—Eso mismo, señor. «Para ver al desterrado», dijo mi ama.

—¿Augusto fue a ver a Póstumo?

—No sé, señor. «A ver al desterrado en Planasia», fue lo que ella dijo. Y había propagado el secreto. Por eso estaba contrariada.

Me recliné en la silla, esperando que el mundo se enderezara y me dejara pensar. Póstumo era el hermano menor de Julia, exiliado el año antes de la deshonra de Julia. Lo habían ejecutado, presuntamente por orden de Augusto, poco después de la muerte del emperador. Pero si Augusto había ido a ver a Póstumo unos meses antes, y en secreto...



—¿A quién se lo dijo? —susurré. La anciana me clavó los ojos—. ¡Por amor de Júpiter, Harpala, tienes que saberlo! ¿A quién se lo dijo Marcia?

Los delgados labios se entreabrieron.

—Claro que lo sé, señor —murmuró sin énfasis—. Se lo dijo a su amiga la emperatriz.

¡Marcia se lo había dicho a la madre de Tiberio!

Varo a sí mismo

Hablaré (¡sí, al fin!) de Arminio: temible caudillo de la tribu querusca, llameante punta de lanza de la resistencia germana, archienemigo de Roma y, desde luego, mi patrón actual.

Le conocí hace tres años en Roma, en uno de los banquetes de mi sobrino Lucio. Todos los presentes eran varones con experiencia militar: yo, Lucio, Marco Vinicio, el ex gobernador de Germania, Fabio Máximo. Amén de Arminio, desde luego.

Yo sabía que Lucio lo había invitado, y esperaba... ¿qué? Un bárbaro, ciertamente; alguien con un venero de civilización, un oso amaestrado con túnica, mostrenco, vacilante al hablar; un terrón de suelo germano con los modales de un esclavo y la arrogancia de un salvaje. Me equivocaba por completo. El padre de Arminio lo había enviado a Roma en la infancia, y Augusto lo había criado como un caballero romano.

Lucio nos presentó. El joven (no tendría más de veinte años) se levantó cortésmente del diván. Era delgado, con el cabello rubio corto, a la manera romana, y llevaba su túnica de caballero con más gracia que yo.

Nos dimos la mano, y le dije en germano (yo estaba con Tiberio cuando sometió a los sugambros):

—Encantado de conocerte, príncipe Hermann.

—Tu acento es mejor que el mío. —El joven sonrió. Su latín era impecable—. Quizá puedas darme lecciones.

Estallaron risas.

—No alardees, Publio —gruñó Fabio—. El muchacho es tan romano como tú. Más que tú.

No me costaba creerlo. Si no hubiera sido por el color del cabello, cualquiera lo habría tomado por un joven noble romano.

Nos reclinamos, y los esclavos trajeron el primer plato. Noté que Arminio comía con moderación, y ordenaba al esclavo que añadiera más agua a la copa de vino. Luego alguien (creo que fue Lucio) mencionó Iliria.

Era un tema natural en aquella época, máxime en esa compañía: toda la región se había sublevado, Roma estaba arrinconada y se cuestionaba la sensatez de nuestra política de fronteras. Por no mencionar la sensatez del emperador.

—Es una cuestión de seguridad —dijo Fabio, señalándonos con un huevo de codorniz—. Augusto no puede abandonar Iliria. Es vital para la seguridad del imperio.

—Nadie lo discute, amigo. —Recuerdo que Vinicio tenía el desagradable sonido nasal de un arpista chapucero—. El problema es que avanzó demasiado con demasiada rapidez. Ha fallado y ahora sufrimos las consecuencias.



Vinicio tenía toda la razón. Y también Fabio. Necesitábamos Iliria. Necesitábamos la ruta terrestre hacia Macedonia y Grecia, y el control de los pasos orientales de los Alpes. Sin Iliria, Italia era vulnerable y el imperio quedaba partido por la mitad. Y las etapas iniciales de la conquista se habían ejecutado con torpeza.

Fabio se sentía incómodo. Era hombre del emperador y uno de sus consejeros de mayor confianza. No le agradaba que criticaran a Augusto.

—Quizá tengas razón —concedió—. No contamos con hombres suficientes para una ocupación armada. Pero necesitamos una frontera firme en el norte. Es una cuestión de equilibrio, el uso óptimo de las fuerzas disponibles. La revuelta iliria nos ha demostrado cuán difícil es lograr ese equilibrio.

—Sería más fácil si avanzáramos al norte, hacia el Elba —dijo Lucio—. Así acortaríamos las líneas de comunicación y tendríamos una frontera casi natural.

Fabio asintió.

—Coincido totalmente. Y también Augusto. No obstante, existe un problema más que obvio.

Vinicio sonrió pícaramente.

—Los germanos —dijo—. Esos cabrones (disculpa, Arminio) no tienen la menor gana de formar parte del imperio romano. ¿Y quién puede culparlos?

—Yo, ante todo. —Arminio dejó la copa—. Las tribus que viven entre el Rin y el Elba son una chusma indisciplinada.

—Y ojalá lo sean por largo tiempo —terció Vinicio—. Mientras se machaquen la crisma entre ellos y dejen la nuestra en paz.

—En efecto. —Cogí una aceituna—. «Divide y reinarás»: es la política más acertada para las tribus germanas.

—Disiento. —Arminio frunció el ceño—. ¿Qué hemos conseguido hasta ahora? No el dominio romano, sin duda. Un empate, a lo sumo. Concedo que los germanos siempre causarán problemas si no los mantenemos bajo un control firme pero, como dice Fabio, no tenemos fuerzas para una ocupación armada.

—¿Y cuál es tu solución para esta paradoja? —dijo Fabio, sonriendo con tolerancia.

—Quizá sea hora de cambiar de política. Quizá la solución no consista en fragmentar a las tribus, sino en unir las.

—¿Como Maroboduo?

El tranquilo comentario de Vinicio provocó una carcajada. Maroboduo era un caudillo germano que, tras establecer su base de poder en Bohemia, había extendido su influencia sobre las vecinas Sajonia y Silesia. La situación aún no estaba resuelta.

Arminio aguardó impasiblemente a que las risas se apagaran.

—Sí, en cierto modo —dijo entonces—. Como Maroboduo, en efecto.

Noté que Fabio lo miraba con interés.

—Continúa, joven —dijo.

—Es muy sencillo. Teóricamente, al menos. En la actualidad, la mayoría de los caudillos sólo ven sus minúsculos problemas locales. Odian a Roma porque no la entienden, y prefieren la muerte a formar parte del imperio. Pero si se los pudiera unir bajo un jefe de su propio pueblo, un líder fuerte que simpatizara con Roma, entonces...



—Un momento —intervino Vinicio—. Esa probabilidad es sumamente remota, muchacho. Conozco a los germanos. Un simpatizante de Roma, como tú, por ejemplo —dijo estas palabras con sedosa neutralidad—, no tendría la menor esperanza de conseguir el respaldo que necesitaría. Y si tratáramos de imponerlo desde fuera, no duraría un mes.

Arminio se volvió hacia él.

—Tienes razón, desde luego. Como dije, sólo exponía una teoría. Pero si fuera posible, resolvería los problemas de Roma de un plumazo, ¿verdad?

—Claro que sí. Siempre que pudiéramos fiarnos de ese líder teórico.

Los ojos del joven centellearon. Se incorporó en el diván, y pensé que se derramaría sangre, al menos metafóricamente. Pero entonces llegaron los esclavos con el plato principal y se restauró la concordia.

Miré a Fabio que, como decía, era uno de los consejeros de mayor confianza de Augusto. Parecía sumamente pensativo, y más de una vez durante el resto de la velada vi que posaba los ojos en el joven germano con expresión especulativa. Pero no volvió a tocar el tema, al menos en mi presencia.

Volví a ver a Arminio con frecuencia, casi siempre en casa de Lucio, pues el joven, con su pasión por los asuntos militares, había adoptado a mi sobrino casi como mentor. Aún me impresionaba. Tenía criterio, inteligencia, buena crianza y, sobre todo, una manifiesta devoción por Roma y los valores romanos. Junto con su idealismo esto lo hacía, como había dicho Fabio, más romano que yo, especialmente en lo concerniente a las dos últimas cualidades. Cuando volvió a vivir con su gente, perdimos el contacto casi por un año; hasta que me entregaron Germania y él fue a verme a Vetera con los representantes de otras tribus, para presentar sus respetos. Llevaba atuendo germano, y el pelo largo al estilo germano. Aunque fue totalmente cortés, me saludó con seriedad, y confieso que me sentí bastante ofendido.

Un desatino por mi parte. Como descubriría antes del final del día, la patente hostilidad de Arminio tenía un propósito.

Me estaba relajando en mis aposentos después del baño cuando entró un germano alto. La capa lo cubría hasta las cejas, pero lo reconocí: Arminio, sin duda. Se destapó la cara y nos dimos la mano por segunda vez ese día; por su parte, cálidamente.

—Varo, lo lamento —dijo—. Mi comportamiento de hoy fue espantoso.

—Al contrario, muchacho. —Yo empezaba a deshelarme. A pesar de su apariencia, éste era el Arminio que conocía—. Tus modales germanos son impecables.

Se rió y se sentó en el taburete del escritorio. Aunque fueran los aposentos del gobernador de Germania y comandante de los ejércitos del Rin, eran totalmente espartanos, y lo serían hasta que el resto de mi mobiliario llegara de Roma.

—¿Qué te parece el disfraz? —preguntó—. ¿Y el corte de pelo?

Él sonreía; yo no.

—Curiosamente, te sientan bien —le dije. Y así era. En Roma parecía un romano. Aquí parecía más germano que los germanos—. Pero no sabía que estaba de moda entre los germanos cubrirse la cabeza con la capa. Y menos bajo techo.

—Era necesario —dijo con gravedad—. Preferiría que nadie se enterase de esta conversación. Ni romano ni germano.



—¿Es delito que viejos amigos hablen en privado?

—Posiblemente. Dadas las circunstancias.

No me gustaba el olor del asunto. Decidí ser cauto, y me volví hacia la bandeja de vino para que mi cautela no se notara.

—Explícate —dije.

—¿Recuerdas el plan que hablamos? ¿Cuándo nos conocimos?

—¿Tu grandiosa idea de transformar Germania en un reino títere occidental? Sí, claro que lo recuerdo.

—Deberíamos hablar de él nuevamente. Más en serio, esta vez.

Por naturaleza, soy más diplomático que soldado. Mientras servía el vino y se lo entregaba, mantuve una expresión neutra.

—Continúa.

Arminio bebió un sorbo y dejó la copa.

—Dentro de poco, general —me dijo—, romperé con Roma. Comenzaré a ganar respaldo entre los jóvenes de mi tribu, luego entre otras tribus. Les diré que los germanos sólo podemos resistir contra los romanos si nos juntamos y vivimos fuera de vuestros límites, como hemos vivido siempre.

Yo le clavaba los ojos, demasiado azorado para interrumpir.

—Cuando griten los pacificadores, yo gritaré más. Seguiré gritando hasta que los fanáticos creen que me opongo a Roma más que ellos, y me brinden su confianza y su lealtad. Y tú, general, me ayudarás.

Me levanté; no sé qué me proponía hacer, porque en ese momento no podía pensar con claridad. Llamar a los guardias, quizá. En todo caso, él me contuvo.

—Escúchame hasta el final —dijo—. Por favor.

Me senté, al igual que él. Cuando habló de nuevo, lo hizo con la misma voz serena que había usado para condenarse.

—Créeme, no soy traidor a Roma. El hecho de que te haya dicho esto lo demuestra. Dame carta blanca entre este lugar y el Elba, y uniré a las tribus en una federación que yo controlaré. ¡Yo la controlaré!

Mi cabeza daba vueltas.

—Arminio, ¿me estás diciendo, a mí, el gobernador romano, que planeas una rebelión? —Esperaba que lo negara, pero no dijo nada—. ¡Estás loco!

Meneó enfáticamente la cabeza.

—No, general, no estoy loco. Y rebelión no es la palabra adecuada.

—¿Cuál es, entonces? ¿Traición?

—Tampoco —insistió—. No habrá problemas. No habrá problemas reales. Te lo prometo.

Yo no sabía qué decir. Sólo me quedé mirándolo.

—¡Piensa, Varo! —Se inclinó hacia mí, con ojos relucientes—. Roma quiere la Alta Germania y una frontera firme en el norte. Los germanos quieren que los dejen en paz. Hoy día, ambos objetivos son incompatibles. Los germanos constituyen una amenaza constante, y los romanos no tenemos las fuerzas necesarias para ocupar y defender el territorio que necesitamos. Empate. Le ofrezco a Roma una solución. Le ofrezco una salida.

—¿Uniando las tribus y acrecentando la amenaza?

—¡No! —Golpeó el escritorio con tal fuerza que pensé que había partido la madera—. ¡Te lo he dicho! ¡Para romper el empate a favor de Roma! A largo plazo, Roma se beneficiará.



—¿Y a corto plazo? Serías un rebelde. Cualquier romano que te ayudara sería un traidor.

Para ser franco, yo discutía para salvar las apariencias. La mitad de mí ya estaba convencida, y la otra mitad (así soy yo, será mejor que lo confiese ahora, e interpretadlo como queráis) olía oro, que es el olor más excitante del mundo...

¡Cielos! ¡Lo que es ser venal! ¡Mas bendito el hombre que confiesa sus flaquezas y las satisface con buena conciencia mientras puede! A fin de cuentas, lo que Arminio proponía era para el bien de Roma, ¿verdad? ¿Quién era yo para disuadirlo de esa loable ambición? Y menos si además me ganaba unos cobres.

—A corto plazo, Varo —dijo Arminio, respondiendo a mi pregunta—, sólo tendrás que confiar en mí.

Recordé las palabras de Vinicio en el banquete, y la reacción del joven.

—Conque es una cuestión de confianza.

—Sí, general —dijo cuidadosamente Arminio, mirándome a los ojos—. Es una cuestión de confianza.

Lo miré largo rato, sopesándolo. No sólo sus palabras de ese momento, sino lo que recordaba de nuestras conversaciones del pasado. Luego sopesé sus modales, su convicción, y también su aura indefinible. Seré codicioso, pero no soy tonto; la traición tiene sus recompensas, pero también sus peligros.

Al fin asentí.

—Muy bien, príncipe Arminio —le dije—. Ya tienes a tu traidor.

Ninguno de los dos había mencionado la paga, desde luego. Eso llegaría después, cuando comentáramos las condiciones de mi traición de modo civilizado, como si no tuvieran importancia. Y para él no las tenían, estoy seguro. Como he dicho, el muchacho tiene buena crianza, y en esto, al menos, Arminio el germano es mejor romano que yo.



23

Cuando se fue Harpala, envié al esclavo en busca de otra jarra de vino. Después de lo que nos había revelado, la necesitaba.

—¿No sabías que Fabio se había suicidado? —le pregunté a Perila—. ¿Ni siquiera lo sospechabas?

—No. —Ella todavía estaba pálida. Joder, ese día había sufrido conmociones suficientes para tumbar a cualquiera que tuviera el doble de sus agallas—. La tía Marcia ni siquiera lo insinuó. Pensé que lo habían encontrado muerto en su estudio, y supongo que esa parte sería cierta. No creo que ni siquiera mi madre supiera que no fue una muerte natural.

—¿Crees que Marcia confirmaría la historia si le preguntaras sin rodeos?

—Lo dudo. Y no me pidas que lo intente, Marco, porque no lo haré. Sería terriblemente doloroso para ella. Si ha guardado el secreto tanto tiempo, debe de tener buenos motivos.

—Claro que sí. Tiene excelentes motivos. Si lo que dice Harpala es cierto, Verruga tiene por lo menos dos muertes en su conciencia y no quiere que se sepa nada sobre ellas. Claro, Póstumo tenía que morir. Como último pariente varón de Augusto, políticamente sería tan bien recibido como una pulga en una barbería, y si era tan canalla como decían, nadie derramaría muchas lágrimas. Pero Fabio es diferente. Él no era culpable de nada. Y si se propagaba la noticia de que Augusto había hablado con su nieto pocos meses antes de morir, sería sumamente embarazoso para Verruga.

—¿Por qué sería tan embarazoso? Si el propio Augusto dio la orden de que mataran a Póstumo...

—¡Por favor, Perila! Sé adulta. Se demostraría que él no dio la orden, que la muerte de Póstumo fue idea de Tiberio. ¿Por qué crees que el viejo fue a Planasia? ¿Para hacerle muecas a su nieto detrás de las rejas?

—Dímelo tú, Corvino.

—Bien. Vayamos por partes. Augusto estaba viejo y enfermo, pero se tomó el trabajo de visitar a Póstumo personalmente. ¿Por qué haría semejante cosa?

—¿Porque lo que tenía que decirle era demasiado confidencial para valerse de un mensajero?

—Correcto. Y quizá demasiado personal. Digamos que el hombre quería disculparse. Admitir que había cometido un error, un tremendo error.

—¡Pero él mismo había exiliado a Póstumo! ¿Por qué cambiaría de opinión?

—No lo sé, pero apuesto uno contra cinco a que tengo razón. Fue a enmendar la disputa y dar a su nieto la promesa personal de que enderezaría el entuerto en cuanto pudiera.

—Mencionaste un error. ¿Qué clase de error?

—Quizá Póstumo no fuera tan canalla como lo pintaron. Quizá Augusto descubrió que alguien lo había difamado y deseaba retractarse.

Perila me miró, pasmada.



—¿Tiberio?

—Es muy probable. Verruga se liberó de Póstumo apenas tuvo la oportunidad. Y tu tío Fabio también tenía que morir, porque era el único con vida que sabía la verdad. El porqué del secreto también es bastante obvio. Como heredero de Augusto, Tiberio estaría masticando ladrillos si pensaba que el abuelo pensaba traer de vuelta al pequeño Póstumo. Todo encaja. Encaja a la perfección. Y explica también qué se proponían Julia y Paulo.

—Julia fue exiliada seis años antes de que sucediera todo esto, Marco. ¿Cómo podía relacionarse la muerte de Póstumo con la conspiración de Paulo?

—Escucha. Póstumo es el nudo faltante. Con Cayo y Lucio muertos, él era el único hermano superviviente de Julia, y el único descendiente masculino directo de Augusto, ¿verdad?

—Sí, pero aún no entiendo qué...

—Tú misma me diste la idea, la primera noche en que estuvimos juntos. Dijiste que un esposo tiene ciertos derechos. Julia sería nieta del emperador, pero también era mujer. No podía obtener ningún tipo de poder a través de su relación con Augusto. Al menos, ningún poder directo. ¡Pero su esposo sí!

—Corvino, sabemos que Paulo conspiró contra Augusto. Eso no es ningún secreto.

—Sí, ¿pero qué posibilidades tenía por su cuenta? Augusto había sido mandamás durante dos generaciones. ¿Crees que Paulo sólo tenía que presentarse con Julia al lado para que el estado le cayera en las rodillas como una ciruela madura? Era un personaje menor cuyo único mérito consistía en haberse casado con la nieta del emperador.

—Desde luego. Ya hablamos antes de esto. Por eso decías que necesitaba a Tiberio.

—Correcto. Pero eso era cuando pensábamos que Verruga era nuestro cuarto hombre. Ahora sabemos que no pudo haber sido él. ¿Y si Paulo tenía en su equipo al único descendiente masculino de Augusto que sobrevivía?

—¿Dices que estaba confabulado con Póstumo?

Sacudí la cabeza.

—No, Póstumo ya estaba en el exilio. Pero su hermana Julia estaba allí para representar sus intereses.

—Pero Augusto lo había desterrado. Sólo podía competir si el emperador ya estaba muerto.

—Así es. Todo casa como antes, sólo que ponemos a Póstumo en vez de Tiberio. Paulo y Julia tumban a Augusto y traen a Póstumo a Roma. Luego Póstumo asciende al trono con Paulo como mano derecha, o hacen un trato para repartirse el estado.

Perila suspiró.

—Lo lamento, Corvino, pero no funciona. Como argumentación, está llena de agujeros.

—¿De veras? —Me recliné y me crucé de brazos—. Nombra algunos.

—Ante todo, no puedes quedarte con ambas cosas. Por una parte, dices que Augusto sospechó que Tiberio había difamado a Póstumo y por otra que Póstumo estaba implicado en una conspiración contra Augusto. ¿No es un poco incoherente?



—No necesariamente. Póstumo no tenía por qué estar al tanto de la conspiración. Si hubiera salido bien, no habría sido el primer monarca que actuara como figurón. Una vez que muriera Augusto...

—Exacto. Ahí empezarían los problemas. Ante todo, la muerte tendría que parecer natural. Eso sería bastante difícil. Segundo, ¿por qué sería Póstumo quien reemplazara a Augusto? Nunca cumplió ninguna función pública. El propio Augusto lo había desheredado y desterrado, y Tiberio ya estaba designado para la sucesión. El Senado lo habría preferido a Póstumo sin vacilar, a menos que Paulo y Julia pudieran presentar un testamento cuya falsificación fuera tan convincente como para competir con el oficial. Tercero, aunque por milagro el Senado aceptara a Póstumo como heredero de Augusto, Paulo y Julia aún necesitarían fuerza física para respaldar su reclamo. ¿De dónde vendría? ¿O piensas que Tiberio daría un paso al lado y dejaría que se salieran con la suya?

—Es verdad. —¡Por Júpiter! Bien, yo se lo había preguntado—. Bien hecho, Perila. Quizá tenga algunos agujeros. Aun así, Paulo tiene que haber estado bastante seguro del terreno que pisaba.

—¿Cómo lo sabemos?

—Tenía que ser así, porque la conspiración se produjo. Aunque Paulo no se haya salido con la suya, con seguridad que no se despertó una mañana diciendo «¡Qué día tan bonito para organizar una conspiración!».

—No seas sarcástico, Marco.

—No lo soy. Algo le tiene que haber dado la certeza de que obtendría el respaldo que necesitaba, político y militar. Acepto tus argumentos, pero tiene que haber algún modo de sortearlos porque Paulo tramó su conspiración. La pregunta es la siguiente: si no contaba con Póstumo, ¿con quién contaba?

—Con el desconocido de Davo. El cuarto conspirador.

Asentí.

—Correcto. Él es la clave, estoy seguro. Siempre volvemos a él.

—¿Quién pudo haber sido, si no era Póstumo?

—Alguien muy encumbrado. Sabemos eso, porque así fue como llegó a participar. —Fruncí el ceño y bebí mi vino—. ¿Qué te parece este complot? Póstumo es el mascarón, Paulo es el cabecilla, con Julia como su enlace dinástico. Silano tiene los contactos de sangre azul que necesitarán para persuadir a las viejas familias senatoriales cuando se produzca el golpe. Y nuestro cuarto hombre logra que todo sea posible. Brinda el apoyo político y militar que garantiza todo lo demás. O, si su trabajo era colaborar con Augusto destruyendo el complot desde dentro, finge garantizarlo.

—¿Y quién era?

Me apoyé la cabeza entre las manos.

—¡Perila, no lo sé! Verruga habría sido ideal. Nadie más parece tan atinado. Pero aunque Verruga hubiera estado en Roma en el momento apropiado, no pudo haber sido el que buscamos, ahora que sabemos lo de Póstumo. Paulo y Julia no le habrían tenido la menor confianza. Así que estamos atascados. El que dio el respaldo de alta graduación que necesitaba la conspiración tendría que sobresalir mucho, pero no es así. Y no es así porque no había nadie que fuera tan importante.

—No te desanimes, Corvino —me regañó Perila—. No está tan mal. Al menos ahora tenemos la conexión con Póstumo. Ojalá lo hubiéramos sabido antes de...



Calló de golpe, y me incorporé.

—¿Has pensado en algo? —pregunté.

—No. No, no es eso. Nada relacionado directamente con Póstumo, al menos. Pero he recordado algo que mi padrastro escribió en uno de sus poemas, y que podría encajar con lo que nos dijo Harpala sobre la muerte de mi tío.

—¿Sí? ¿Qué cosa?

—No puedo citar los versos de memoria. Necesito el libro. —Se levantó—. Aguarda un momento. El tío Fabio tenía todas las obras de mi padrastro. Habrá un ejemplar en su estudio.

Mientras yo esperaba, me serví otra copa de vino de la nueva jarra. No le había ocultado nada a Perila. Aparte de Tiberio, no había nadie que tuviera el poder que buscábamos, máxime porque si las cosas se complicaban Paulo y sus amigos habrían tenido que liquidar al mismo Verruga. En tal caso no podían ganar demasiado. Y aunque el cuarto conspirador hubiera sido un agente doble, los otros tendrían que considerarlo leal. No, estaba atorado. Mi única posibilidad era que surgiera otra cosa. Si Escílax localizaba al mastodonte con acento de serrucho...

—Aquí está, Marco. —Perila había regresado con un libro parcialmente desenrollado. Me lo entregó y se inclinó sobre el respaldo de mi silla mientras yo leía, y me apoyó la afilada barbilla entre el cuello y el hombro.

*Te proponías, Máximo, orgullo de los Fabios,
suplicar por mí ante el dios Augusto
pero moriste antes de presentar tu súplica.*

*Creo
que causé tu muerte,
Máximo
(yo, que tan poco valía).
El miedo ya no me permite confiar en nadie.
Con tu muerte, la ayuda misma ha muerto
Augusto se disponía a perdonar mi engaño
cuando también él murió,
para mal
de este mundo y de mis esperanzas.*

—No tiene sentido, ¿verdad? —dijo Perila cuando dejé el libro—. ¿Cómo podía mi padrastro pensar que él era responsable? Hacía seis años que estaba desterrado en Tomi cuando murió el tío Fabio.

No dije nada. Pensaba en Marcia. Ella también se había culpado por la muerte de Fabio. Dos personas sostenían, cada una por su parte, que habían causado una muerte que según las apariencias no era culpa de nadie: la muerte natural de un viejo cansado. Aunque hubieran obligado a Fabio a suicidarse, ambos no podían tener razón.

A menos que sí la tuvieran.

—¡Marco! —De pronto Perila me estrujó el hombro—. ¡Te hice una pregunta!

—¿Qué? —Parpadeé. Quizá había vuelto a beber demasiado vino—. Sí, disculpa. Hazla de nuevo.



—¿Cómo pudo mi padrastro haber causado la muerte del tío Fabio cuando estaba en Tomi?

—Júpiter sabrá, Perila. Pero tiene que relacionarse con lo que Marcia le dijo a Harpala. Quizá... —Callé al sentir el primer cosquilleo de una idea.

—¿Quizá qué?

—Quizá Fabio no murió porque supiera sobre la visita de Augusto a Planasia. Quizá hubiera un motivo adicional.

—Corvino, ¿por qué...?

—No, espera. Déjame reflexionar. Sí, Planasia sería una buena razón para que Tiberio quisiera cerrar la boca de tu tío para siempre. Pero digamos que Fabio hubiera provocado la inquina de Verruga por otro motivo. Digamos que casi había logrado algo que no sucedió, pero podría haber sucedido si Augusto no hubiera muerto cuando murió.

—¿Eres abstruso adrede, o soy yo quien no entiende?

—Mira de nuevo esos versos y respóndeme una pregunta. ¿Quién murió primero? ¿Augusto o Fabio?

—Te lo puedo decir ya mismo. Mi tío vivió un mes más que el emperador. Tú lo sabes.

—Claro. Lee el poema de nuevo. —Ella lo leyó, y sus ojos azorados escrutaron los míos—. ¿Ves? Ahora dímelo de nuevo.

—¡Esto sugiere que era el tío Fabio!

—Así es. Ovidio cambió el orden de las muertes.

—¿Pero por qué?

Me encogí de hombros.

—Tomi está muy lejos de Roma. Las noticias viajan despacio, a veces se distorsionan. ¿Y qué es un mes, después de todo? Puede haber muchos motivos. Pero el meollo no es ése.

—¿Y cuál es?

—La reacción de tu padrastro. Dice que Augusto ya empezaba a ablandarse, pero la súplica formal de Fabio por un indulto nunca se hizo, así que todo quedó en nada. Sabemos que es así porque el emperador murió primero, pero Ovidio lo interpretó del modo contrario.

—Marco, no entiendo adónde quieres llegar.

—Es sencillo. Ovidio pensó que tu tío había muerto primero y se culpó por su muerte, ¿sí?

—Sí, pero...

La interrumpí.

—¿Y qué le hizo pensar que la muerte de Fabio se relacionaba con una intercesión a su favor? Y dado que él sabía cuál era su propio delito, ¿por qué no tendría razón?



24

Cuando llegué a casa, me esperaba una carta de Cayo Pértinax.

Pértinax era el hombre que podía conocer todo sobre escándalo de Julia. No la Julia de Paulo sino su madre, la hija de Augusto, que había sufrido el exilio cuando la guardia urbana la sorprendió en una de sus correrías una noche en el foro, mientras su esposo Tiberio sufría su exilio en Rodas. Harpala había sostenido que también ella era inocente. Yo no sabía qué tenía que ver con nuestro pequeño enigma (ese escándalo había estallado diez años antes de que Ovidio se fuera a Tomi) pero aun así era una pista. Y teníamos menos pistas que erecciones de eunuco.

Yo había conocido a Pértinax toda la vida. Era un ex subalterno de mi abuelo cuando el viejo era prefecto de la ciudad, cuarenta y pico años atrás, y los dos se llevaban tan bien como las habas con la salsa de pescado. Mi abuelo no había conservado ese puesto largo tiempo. Según una tradición familiar (del tío Cota, no de mi padre) había dimitido porque era, en sus propias palabras, un «gran dolor de trasero». Claro que no era la frase que había usado ante Augusto. El motivo oficial que presentó fue «antidemocrático». Supongo que era la expresión más fuerte que podía usar sin provocar un nudo en los calzones imperiales.

A diferencia de mi abuelo, Pértinax debía ganarse el pan de cada día. Trabajaba en el servicio urbano y cuando arrestaron a Julia la mayor él ocupaba uno de los puestos más altos de la guardia. Comandante regional, nada menos. De la región octava, la zona del foro...

Así es. Oro puro, ¿verdad? Si el tío Cayo no podía decirme qué había ocurrido esa noche, nadie podría.

Se había retirado tiempo atrás. Vivía en una granja de la campiña —a treinta millas, en la vía Apia— donde cultivaba las mejores peras y manzanas que uno podía saborear. Yo iba allá con mi abuelo en la época de la cosecha cuando era niño, y Pértinax me cobró afecto. Todavía me enviaba una muestra de la cosecha en otoño, y yo lo visitaba cuando estaba por allá para ver cómo andaba.

Cuando surgió el tema de Julia, había mandado a un mensajero a la casa de Pértinax con una nota en que le pedía si podía ir a verle para hacerle preguntas sobre un tema que no especificué. He aquí la lacónica respuesta (el tío Cayo podría haber dado lecciones de prosa a un espartano):

Cayo Atio Pértinax a Marco Valerio Mesala Corvino. Salud.
Ven cuando quieras. Trae pescado.

Sonreí al leerla. Algunos sienten debilidad por el dinero, otros por el poder, otros por las mujeres. La de Pértinax era el pescado, y vendería su alma por un esturión. Cuando iba a cenar con mi abuelo (alrededor de una vez al mes) el viejo Corvino enviaba a su cocinero Filipo a recorrer el mercado de pescado del



Argileto en busca de la selección más amplia y mejor que pudiera conseguir. Le costaba bastante —el buen pescado vale un brazo y una pierna en Roma, y siempre ha sido así— pero mi abuelo era generoso con sus amigos. Nunca entendí por qué Pértinax no se había instalado más al sur al retirarse; en Nápoles, por ejemplo, cuyo marisco lograría que el mismísimo Júpiter acudiera martilleando su plato. Quizá había pensado que el exceso de perfección era peligroso. O quizá prefería cultivar buenas manzanas.

Cuando leí la nota, envié a Batilo en busca de un barril de ostras de Bayas y el esturión más grande que pudiera llevar a casa sin provocarse otra hernia, despaché un a recadero para avisar a Perila de dónde iba y por qué, y pedí el carruaje.

El viaje fue tranquilo. Sin saber cuánto tránsito habría en la vía Apia después de la fiesta (no había mucho), había llevado el gran carro dormitorio. Una treintena de millas no parece mucho, pero ya me habían pillado en una carretera lenta y era un modo sensato de viajar, a menos que uno quiera que las pulgas lo coman vivo en una pintoresca posada o tenga conocidos en el camino (y yo no tenía ninguno, o ninguno con quien quisiera pasar la noche). Aparte del cochero y mi esclavo Flavo, llevé a los cuatro Amigos Entrañables. Tres de ellos podían cabalgar sin caerse. El cuarto solía aterrizar de cabeza, lo cual no parecía preocuparlo y brindaba un inocente esparcimiento para los demás. Yo había apostado conmigo mismo (y gané la apuesta sin dificultad) a que se caería redondo al menos una vez por milla.

Pértinax se veía bastante bien para ser septuagenario, pardo como una baya y con menos barriga que yo. Cuando vio el esturión, los ojos se le iluminaron como un candelabro de veinte lámparas.

—Al vapor, despacio y con coriandro —murmuró cuando dos de sus muchachos sacaron el pescado del maletero—. Quizá con una salsa de apio y menta. ¿Qué te parece, Marco?

—Es tu pescado, tío. Sírvelo como te apetezca.

—Estoy en deuda contigo, muchacho. Veamos qué opina Néstor. —Néstor era el cocinero—. ¿Qué hay en el barril? ¿Erizos?

—Ostras.

—¿Ostras de Bayas?

—¿Qué menos?

—¡Por Júpiter! No he probado guiso de ostras desde el Festival de Invierno. Eres un auténtico romano, muchacho, y un caballero, que no es lo mismo. —Pértinax era de Cremona—. Entra. Tengo un par de jarras de buen vino de Rodas que pide a gritos que lo beban.

Lo seguí dentro. El lugar parecía diferente de la última vez que yo había estado allí.

—Has hecho algunos cambios —comenté.

—Así es, muchacho. He construido otro estudio, para recibir la luz del sol por la tarde. Ahora iremos allí. Al mismo tiempo reformé los baños, así que podrás lavarte bien el polvo antes de comer.

La granja de Pértinax era un auténtico establecimiento agrícola, pero él nunca había sido un Catón de cara agria. Y su interés en la construcción lo había mantenido en marcha desde que su esposa había fallecido tres años atrás.

—La decoración del comedor también es nueva. Un fulano que contraté en Nápoles. Dime qué te parece.



—Primero bebamos el vino. Tengo el gaznate como el escroto de un camello de patas cortas.

Pértinax rió entre dientes.

—Tienes el modo de hablar de tu abuelo, muchacho. Y las mismas prioridades. Ponte cómodo mientras converso con Néstor sobre la cena. Te enviaré el vino, no te preocupes.

Me acosté en un diván de la sala y examiné los murales. La difunta esposa de Pértinax no los habría aprobado. A ella le agradaban las naturalezas muertas. Uvas y faisanes colgantes, ése era su límite. Las ninfas y sátiros quedaban totalmente excluidos. Y al ver estas ninfas y sátiros, se habría puesto a blanquear las paredes. Me pregunté si el tío Cayo no se encontraría aun en mejor forma de la que aparentaba.

Llegó el vino, con un cuenco de manzanas de la última temporada, un poco mustias, pero duras y dulces por dentro. Me evocaron recuerdos.

—¿Está bien? El vino, quiero decir.

Alcé los ojos. El tío Cayo había entrado mientras yo no miraba y se servía una copa de la jarra.

—Muy bien —dije con sinceridad—. Siempre he pensado que el vino de Rodas está sobrevalorado, pero éste no. ¿Dónde lo consigues?

—Otro fulano de Nápoles. El primo del arquitecto. Los griegos hacen las cosas en familia.

—¿El arquitecto también hizo el mural?

—Así es. ¿Te gusta? A mí me pareció bastante bueno.

—Tendrás que darme su nombre. Ese tipo tiene talento.

—Espera a ver el comedor. Te deslumbrará. —Se acomodó en el diván y eligió una manzana—. Muy bien. Los baños se están calentando y nos quedan un par de horas antes de la cena. ¿De veras quieres hablar de arte pornográfico o te gustaría decirme a qué has venido?

Sorbí el vino.

—Háblame de Julia —dije.

—¿Qué Julia?

—La hija del viejo emperador.

—Ah. —Apoyó la copa en la mesa—. Me imaginé que sería algo así, joven Marco.

Mierda. Estábamos lejos de Roma, pero el tío Cayo aún tenía sus contactos.

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente lo que dije. —No soltaba prenda, por lo visto—. ¿De veras necesitas saberlo?

—Absolutamente.

Pértinax miró su copa.

—Aunque vivo aislado, me entero de ciertas cosas, Marco. Y seré viejo, pero no tonto. ¿Qué responderías si te dijera que lo que pasó con Julia ya no tiene importancia, y que más te valdría no saberlo?

Ya me lo habían dicho antes. Al parecer había viajado en vano.

—Respondería que soy yo quien debe decidirlo, tío. Y que debo saberlo, al menos para mi paz de espíritu.

Me miró a los ojos.

—Eres como tu abuelo, Marco, muy parecido. Es como si él mismo hablara. —Titubeó—. Hay una mujer metida en esto, ¿verdad?



Ni siquiera pensé en mentir. Era lo menos que le debía.

—Sí, hay una mujer. Una cliente. Se llama Rufia Perila. Es la hijastra de Ovidio.

—¿La amas?

Tenía la garganta seca.

—Sí.

—¿Tanto como para sacrificar tu carrera política?

—Sí.

—¿Estás seguro, Marco? ¿Absolutamente seguro?

—Sí.

—Porque ésa podría ser la consecuencia Y quizá no valga la pena. No me refiero a ella. Me refiero a lo que sucede si posees la información pero no eres la persona indicada. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo.

—¿Aun así quieres que responda a tu pregunta?

—Sí.

Suspiró y desvió los ojos.

—Entonces eres un necio, muchacho. Aun así, te diré lo que pueda.

Me relajé.

—Gracias, tío. Te lo agradezco. De veras.

—No quiero gratitud. Tu padre me mataría por esto, si lo supiera. Pero nunca soporté al joven Mesalino y creo que tu abuelo lo habría aprobado, lo cual es mucho más importante. Además, soy demasiado viejo para inquietarme. Pregunta, hijo.

—Creo que Julia era inocente.

—Ésa no es una pregunta.

—¿Lo era?

Vaciló un rato. Un rato muy largo.

—Sí —dijo al fin—. Julia era inocente. Del adulterio, al menos.

Estaba cansado de escauceos. Quería los hechos concretos.

—Sólo dime qué ocurrió esa noche, tío Cayo. Por favor.

Se levantó y fue hasta el sitio donde el esclavo había dejado la jarra de vino. No me miró mientras llenaba su copa.

—Muy bien, Marco. Te diré lo que ocurrió. Con exactitud. ¿Sabes que nuestra compañía era responsable de la región octava, la zona del foro?

—Sí. Por eso te pregunto.

—Bien. Pues yo había salido con los muchachos. Comenzamos nuestra patrulla al anochecer, como de costumbre. Recogimos a un par de borrachos revoltosos cerca del teatro de Marcelo y les machacamos la crisma. Luego caminamos hacia la calle Palacina. Uno de los muchachos creyó ver que alguien irrumpía en una taberna, pero era un gato. Regresamos por el lado norte del Capitolio, pasando la linde de la Ciudadela y entrando en el foro. Luego subimos por la vía Sacra. El joven Publio Áfer tenía una piedra en la bota, así que nos detuvimos mientras él se apoyaba en la pared de una tienda para sacársela.

¿Qué demonios pasaba? No era típico de Pértinax alargar una historia. Él hablaba como escribía. Si le dabas una nuez para cascar, iba directamente al medio.

—Mira —le dije—, sólo me interesa Julia, ¿recuerdas? ¿Esa criaturilla cachonda que follaba en grupo en la plataforma de los oradores?



—Y yo te estoy contando lo que pasó, Marco. Con exactitud. Cuando Publio se puso la bota, seguimos hacia la Suburra. Estaba bastante tranquilo...

Al fin comprendí.

—¿Quieres decir que no pasó nada? ¿Nada en absoluto?

Pértinax llevó la copa a su diván y se acostó. Ahora sus ojos relucían como fichas de mármol.

—No pasó nada, muchacho. Absolutamente nada. Si la hija del emperador fornicó en el foro, no fue esa noche. Y si alguien la vio, no fuimos nosotros.

—¡Pero tiene que haber estado allí! Todos dicen... —Me detuve. Perila había probado ese argumento conmigo cuando hablábamos de la otra Julia. Y entonces tampoco era convincente.

Pértinax asentía.

—Así es, Marco. Lógica circular. Todos dicen que estuvo allí, así que estuvo allí. *Quod erat demonstrandum*. —Bebió un buen trago de vino—. Sólo que no estuvo. El cuento de la orgía es un mito. Créeme.

—¿Y qué hay de los hombres que estuvieron? ¿Se acostaba con los tipos más destacados de Roma!

—Dame nombres, Marco.

—Eh... —reflexioné—. Sulpiciano. Uno de los Escipiones. Sempronio Graco. No recuerdo a los demás, pero consta en los documentos. Y Julio, desde luego. —Mencionaban a Julio Antonio como el principal amante de Julia.

—Desde luego —dijo secamente Pértinax—. ¿Notas algo?

—¿Qué debo notar? Como decía, son todos grandes nombres pero...

—No tiene asidero, muchacho. Escucha. —Contó a los hombres con los dedos—. Cornelio Escipión. Nieto de Escribonia, primera esposa del emperador, y así primo carnal de Julia. Graco, un «adúltero empedernido», según el acta de acusación. Supuestamente se acostaba con Julia cuando ella era la esposa de Agripa. La ayudó a redactar una carta de queja a Augusto. Sulpiciano. Cónsul siete años antes. Un hombre tranquilo, sin mayores convicciones, salvo su profunda devoción al emperador. —Hizo una pausa—. ¿Ya captas la idea?

Empezaba a sentir un cosquilleo en el cuero cabelludo.

—Quizá. Continúa.

—Podría darte otros nombres que no has mencionado, pero quedémonos con Julio. Julio Antonio, adúltero máximo, hijo de Marco Antonio. Criado por Octavia, hermana de Augusto, como si fuera propio. Profundamente devoto de Augusto. Casado con Marcela, sobrina del emperador, con tres hijos. Toda su carrera política fue supervisada personalmente por Augusto. Cuando era niño, hasta fue incluido en el altar de la Paz, junto con el resto de la familia imperial, con la mano sobre la cabeza de Julia. ¡Por favor, Marco! ¿Aún no lo entiendes?

Una cosa fría con muchas patas me corría por la espalda.

—Todos políticos. Vinculados con la familia imperial, por sangre u obligación.

—¿La familia imperial?

Mierda.

—Con Augusto, entonces. Con Augusto personalmente. O con su primera esposa.

—¡Recuerda eso, muchacho! Ahora bien, dices que todos tenían una vinculación personal con Augusto. ¿Todos ellos?

—Sí, al margen de Graco.



—¿Y qué tenía Graco de especial? ¡Vamos, puedes lograrlo! ¡Puedes, muchacho! ¿Cómo lo describían? ¿Qué dije que decía el acta de acusación?

Yo sudaba a mares.

—Era un «adúltero empedernido». El amante permanente de Julia.

—¿La palabra «empedernido» te suena conocida?

Libertino empedernido. ¡Diantre!

—¿Póstumo?

—Vas bien, muchacho. ¿Y quién es Póstumo?

—El nieto de Augusto. —¡De nuevo Augusto! ¡Por Júpiter!

—¿E hijo de quién?

—De Julia. Nuestra Julia. La hija del emperador.

—Así es. Así que volvamos a Graco. ¿Algo más? ¡Vamos, mu chacho! ¿Qué hay de esa carta que mencioné, destinada a Augusto? ¿La carta que Graco ayudó a escribir a Julia? ¿De quién se quejaba ella?

Me estallaba la cabeza.

—¡Demonios! ¿Cómo diantre puedo saberlo?

—Está bien. Se quejaba de su esposo. ¿Y su esposo era...?

La respuesta me pegó en la frente como la maza de un matarife.

—¡Tiberio! ¡El esposo de Julia era Tiberio!

Pértinax se reclinó con una sonrisa de satisfacción.

—Te has ganado un puñado de nueces —dijo.

Yo estaba azorado. Conque había una relación, después de todo. Siempre volvíamos a Tiberio, al emperador. Julia la mayor. Su hija. Paulo. Fabio y Póstumo...

¿Ovidio?

—¿Quieres decir que fue Tiberio? ¿Tiberio le tendió una trampa a Julia? ¿Su propia esposa?

La sonrisa se borró. Había pasado algo por alto, obviamente. Pero no entendía qué.

—Marco —dijo Pértinax lentamente—, no suelo hablar de política. Abandoné esa cloaca hace años y nunca lo lamenté. Pero voy a educarte, hijo. Accederé a tu petición. Tiberio es sólo la mitad de la historia, y recibirás la totalidad. Aunque te cueste la vida. Cosa que es muy posible, si no te andas con cuidado. Con mucho cuidado. Recuérdalo.

No dije nada. Pértinax se levantó del diván, trajo la jarra y llenó ambas copas.

—Sólo te cuento esto porque me recuerdas a tu abuelo. ¡Es el único motivo, muchacho! Creo que él habría confiado en ti y habría querido que lo supieras. Así que yergue esas estúpidas orejas de patricio romano privilegiado y escucha.

Varo a sí mismo

Hablábamos de traición.

La mía, como habéis visto, es inofensiva, y ni siquiera merece ese nombre; una argucia diplomática que sin duda el emperador aprobará pero que todavía me niego a revelar. A largo plazo resultará provechosa para Roma además de ser (espero que más inmediatamente) rentable para mí: a mi juicio, la combinación perfecta. No soy un traidor hecho y derecho, como Livia. Si los



dioses otorgan una mínima importancia a los crímenes de traición y asesinato, la esposa de Augusto está condenada.

Con esto no revelo ningún secreto. La mayoría de sus allegados conocen los hechos, sin excluir a Augusto. No dudo que la emperatriz, al igual que la mayoría de los traidores (como yo), diría que actuó en bien del estado. Quizá hasta pueda defender su posición. También se puede entender que una madre prefiera a su propio hijo y no al descendiente de su predecesora. Sin embargo, si Livia promueve los intereses de Tiberio mediante el subterfugio y las acusaciones falsas, es harina de otro costal. Por decirlo sin vueltas, la emperatriz es una zorra traicionera y asesina.

¿Dónde están ahora los Julios? ¿Dónde está la familia de Augusto, que tendría que haber heredado sus honores? Veamos la nómina. Julia, su única hija, acusada de un delito infecto que nunca cometió: pudriéndose en el exilio en Regio. Sus hijos Cayo y Lucio, a quienes Augusto preparaba para gobernar el imperio: muertos, envenenados por los agentes de su madrastra. Póstumo, el hermano menor: difamado, humillado y desterrado a Planasia. Salvo por la joven Agripina, todos eliminados.

¡Zorra!

Al fin, hace un año, la otra Julia, la nieta de Augusto. Al igual que su madre, desterrada por una acusación inventada, y su marido ejecutado por una conspiración que ni siquiera era una conspiración.

¡Zorra!

Si hay un mínimo de justicia, Livia arderá, y el cabrón de su hijo arderá con ella. Y si yo soy un traidor, al menos soy un traidor limpio, gracias a los dioses.



25

Me fui de la granja a primera hora de la mañana, y aún me zumbaba la cabeza. Me alegró haber llevado el carro dormitorio, porque me permitió reflexionar cómodamente.

El viejo no me había dicho nada que yo no supiera, en lo referente a los hechos. Pero me había esclarecido en cuanto a las concatenaciones: como mirar un bordado complejo desde el reverso. Siempre había sabido que la vieja emperatriz era una zorra desalmada, pero ni siquiera había sospechado cuán desalmada, ni cuán zorra.

Para poner en el trono las posaderas furunculosas de su hijo de ojos azules, Livia había acechado a los Julios uno por uno y los había tumbado. Era grato enterarse, pero ya no tenía la menor relevancia, tal como decía mi padre. A fin de cuentas, Verruga era emperador, todo era dulzura y luz y sólo un tonto zarandea el sistema. Pero había un detalle que no era irrelevante. No había perdido el olor con los años, y no era de conocimiento público, y se relacionaba con la conspiración de Paulo. Si yo podía averiguar cuál era ese detalle, tendríamos la solución del enigma.

Aún estaba pensando cuando el cochero soltó un grito y el carruaje se detuvo. Abrí la puerta y me asomé.

Un vistazo fue suficiente. Estábamos en un brete. Un auténtico brete. Aún nos faltaba media milla para llegar a la vía Apia y el camino atravesaba un terreno pantanoso por un tramo de tablones. A cincuenta yardas lo habían bloqueado con una valla de estacas afiladas. No teníamos margen para virar, retroceder era imposible y a juzgar por el aspecto del terreno de ambos lados ni siquiera los caballos de los Amigos Entrañables habrían podido avanzar más de un corto trecho. Detrás de la valla se erguían una docena de cabrones de aspecto sanguinario que vestían armadura de cuero y empuñaban espadas cortas.

Volví al interior del carruaje. Al menos esta vez había ido preparado. Hay penas severas por armar a los esclavos, desde la época de Espartaco. Si hubiéramos estado en Roma, no habría corrido el riesgo, pero en las afueras era otra historia. En el compartimiento de bagajes, bajo el asiento, había seis espadones de caballería, que son armas temibles para cualquier rasero.

—¡Muchachos! —les grité a mis galos—. ¡Mirad lo que trajo papi!

Los ojos se les iluminaron como candelabros de cincuenta lámparas y aun antes de tocar las armas ya se atusaban los bigotes y apretaban los dientes. Era de esperarse. Si le entregas una espada a un galo, es como haber destapado el Tártaro. Aún nos superaban dos a uno en número (el cochero y mi esclavo personal no contaban) pero había motivos para ser optimista. O eso pensé cuando desenvainé mi propia espada y salté del carruaje para participar en la acción.

Un error. Lo supe en cuanto el primer contrincante se me abalanzó. La eficaz estocada parecía sacada del manual del ejército, y casi me ensartó.



Moví la puerta del carruaje, pegándole en el hombro izquierdo y haciéndolo girar, luego alcé mi espada y la hundí bajo la axila, donde la coraza no le daba protección. Uno menos. Miré ansiosamente a los Amigos Entrañables. No hacía falta preocuparse. Trajinaban alegremente al estilo galo: ningún punto por sutileza, varios millones por entusiasmo. Tres cabrones más cayeron como pollos trinchados antes de que pudieras decir Vercingetórix.

Los restantes cambiaron de táctica, trabajando en equipo, y de nuevo era evidente el adiestramiento militar. Por el rabillo del ojo vi que Flavo, mi esclavo personal, recibía un mandoble que le transformó la garganta en una pulpa sanguinolenta. Luego dos de ellos me acometieron al mismo tiempo y sentí el filo del acero en las costillas. Todavía no me llegó el dolor. Sin pensarlo, bajé la pesada empuñadura de la espada con fuerza, dándole a uno en la muñeca. El hueso crujió, y él chilló. Antes de que pudiera recobrase, le hundí en la entrepierna la daga que empuñaba con la mano izquierda.

Retrocedí cuando algo que parecía una vara voló sobre mi hombro y se clavó en el maderamen del vehículo. El segundo atacante, dispuesto a ensartarme con la espada, también lo vio. Miró detrás de mí con ojos desorbitados, viró y echó a correr. Una segunda jabalina lo atravesó como una liebre.

Me arriesgué a echar un vistazo.

Yo tampoco podía creerlo.

—¡Oye, Tito, buen tiro!

—¡En el blanco!

—¡Ti-to! ¡Ti-to! ¡Ti...!

—¡Miradme! ¡Eh, muchachos, miradme!

Embistieron contra la barricada como una manada de lobeznos inquietos, impecables en su bonita armadura nueva. Ninguno tenía más de diecinueve años ni menos de quince, salvo el menudo y canoso decurión que iba en retaguardia, que estaba rojo como una remolacha de tanto ladrar órdenes que nadie escuchaba.

—¡No os separéis, cabrones! ¡Tú, Marco Sedilio, sube esa maldita punta! ¡Quinto, con el maldito canto no, imbécil! Te lo he dicho mil veces...

Sé que no era el momento ni el lugar, pero no pude contenerme. Quizá fuese histeria. Me senté de espaldas contra las ruedas del carruaje y me reí hasta las lágrimas mientras esos chicos despedazaban a nuestros atacantes. No les dio mayor trabajo. Los pocos que quedaban en pie después de la andanada de jabalinas quizá no supieran qué día era ni para dónde quedaba el cielo, y mucho menos qué les había pegado. Sólo vi a los chicos en problemas una vez, cuando un grandote de hombros osunos arrinconó a uno contra la barricada. El decurión se interpuso antes de que pudieras decir «cuchillo», y despachó al cabrón con el quite, la finta y la estocada más elegantes que había visto fuera de una demostración.

Al finalizar, limpió la espada en unos matojos, la guardó en una gastada vaina y se me acercó.

—¿Te encuentras bien, señor? —preguntó.

—Sí, eso creo. —Miré en torno para ver cómo andaba mi equipo. Aparte de Flavo, todos habíamos sobrevivido. Uno de los galos tenía un tajo en el hombro, otro sangraba por una herida de la cabeza y un tercero cojeaba, pero todos estaban en pie y no vi trozos desparramados por el lugar. Ningún trozo galo, al menos. Lisias el cochero se había quedado en el pescante, sin



intervenir en la refriega. Me recordé que debía privar a ese inepto de sus privilegios cuando llegáramos a casa—. Gracias, amigo.

El decurión escupió púdicamente.

—De nada, señor. Por suerte, los muchachos y yo pasábamos por aquí.

—¿Son reclutas?

Su cara de bota se partió en una sonrisa, mostrando dientes que parecían lápidas.

—En efecto, señor. Los entrené yo mismo. Nos dirigíamos a Puteoli. El joven Tito oyó la bulla desde el camino.

Por el rabillo del ojo vi que algo se movía y me giré blandiendo la espada. Uno de los cuerpos de la linde del grupo se había levantado y corría por el camino, apretándose el flanco de su coraza ensangrentada.

—¡Marco! —gruñó el decurión.

—¡No, esperad! —grité, pero demasiado tarde. La jabalina ya se había clavado en la nuca del fugitivo y lo tumbó como un conejo ensartado.

—¡Hurra!

—¡Estupendo, Marco!

El alumno estrella, obviamente. El decurión no se había movido.

—Excúsame, señor —dijo cortésmente, y se volvió hacia los jóvenes que lo festejaban—: ¿Cuántas veces debo decirlo, malditos maricas? Antes de descansar, revisad los malditos cadáveres. ¿Quién lo había abatido?

—Lo lamento, decurión.

—Sin lamentos, joven Quinto. Con lamentarlo no remedias nada. Constará en el informe, muchacho. —Se volvió hacia mí—. Perdona, señor. ¿Puedes decirme qué pasó?

Me encogí de hombros.

—Nos atacaron. Es todo lo que puedo decirte. —No revelaría mucho, si podía. Aunque ese hombre me hubiera salvado el pellejo.

El decurión echó una mirada experta a la barricada.

—Por lo visto te esperaban, señor. Una pandilla numerosa, y bien armada. No ocurre con frecuencia tan cerca de una carretera importante. ¿Estás seguro de que no te buscaban a ti?

—¿Por qué me buscarían a mí?

—Tú lo sabrás mejor que yo, señor. —Una respuesta cauta, en tono cauto. El hombre no tenía un pelo de tonto. Y no insistió sobre el asunto. Yo había visto desde el principio que había reparado en la calidad del carruaje y en la ancha franja purpúrea de mi túnica. Y no demostraba el menor interés en las espadas de mis muchachos. Lo cual significaba que se había fijado en ellas.

—No se me ocurre ningún motivo, decurión.

Se frotó la nariz con un dedo que parecía arrancado de un tocón de olivo. No me creía, obviamente. Pero una cosa es la incredulidad, y otra llamar mentiroso a un aristócrata a la cara.

—Entonces es un misterio —dijo—. Quizá deberíamos haber pillado a ese último tipo y patearle los genitales hasta que hablara.

Estupendo, pensé. Dime algo que ya no sepa.

—Quizá no sea demasiado tarde. —Giró sobre los talones—. ¡Oíd, cabrones! ¿Queda alguno con vida?

—Sólo fiambres, decurión —respondió jovialmente el chico que había arrojado la jabalina.

—¿Estás seguro esta vez, Marco?



—Sí, decurión.

—¡Mierda! —Se volvió hacia mí—. No importa, señor. No tiene remedio.

¿Puedes darme tu nombre? Lo necesito para el informe.

Sabía que no me convenía mentir. Era fácil corroborar los nombres.

—Corvino —dije—. Valerio Mesala Corvino.

Ensanchó los ojos.

—¿Algún parentesco con el cónsul? ¿Valerio Mesala Mesalino?

—Sí, es mi padre.

La cara del decurión se iluminó. Se cuadró en un impecable saludo militar.

—Sexto Pomponio. Fui soldado en la tercera centuria, Vigésima Valeria. Serví al mando de tu padre en Ilírico.

Vaya, sensacional. Justo lo que necesitaba, una reunión de veteranos. Pero el hombre me había hecho un gran favor. Lo menos que le debía era la cortesía de un poco de cháchara.

—¿Estuviste en la rebelión?

—Así es. Casi perdimos la puta provincia. Con perdón de la expresión, señor.

—¿Qué tal era mi padre? ¿Como general?

De veras quería saberlo. Si creías lo que mi padre decía sobre su desempeño en la revuelta iliria con Verruga, era César y Alejandro en uno. Me interesaba saber qué pensaban los soldados comunes. Pomponio endureció el rostro como cemento.

—Era aceptable, señor —dijo cautamente.

—¿Pero nada especial?

—No es aplicable, señor. El gobernador no era soldado. Con todo respeto. No era culpa suya si era un chupat... un administrador, señor.

Sonreí. ¡Maravilloso! Había calado bien a mi padre.

—Entiendo, Pomponio. Lo de chupatintas describe perfectamente a mi padre.

No respondió con una sonrisa. El decurión me miró como una matrona anticuada cuyo loro la mandase a la mierda.

—Como decía, señor. El gobernador era aceptable. Para tratarse de... un administrador.

—¿Y Tiberio?

Pomponio se relajó visiblemente.

—Tiberio —dijo simplemente— era el mejor general con quien serví, señor. Sin excepciones.

Un gran elogio, viniendo de ese hombrecillo. Era probable que Pomponio estuviera masticando un yelmo cuando le salió el primer cliente.

—Oí decir que no gozaba de mucha popularidad entre la tropa —observé.

—Era severo, señor. Quizá demasiado severo. Pero con el general uno sabía a qué atenerse. Aunque refunfuñáramos en los años previos al estallido de las fronteras, nunca se dijo nada personal contra Tiberio. Ahora será primer ciudadano, pero el general lleva las águilas en la sangre. Es un militar hecho y derecho, un auténtico profesional. No se pillan peces cogiéndolos por la cola, hay que andarse con cuidado. Mira al viejo Varo...

—¡Oye, decurión! ¡Mira esto! —Era el listillo de Marco, el rey de la jabalina. Estaba agazapado frente al tipo que yo había matado junto al carruaje.

Nos acercamos. El muerto estaba boca arriba, el brazo derecha extendido al lado, con la mano arqueada.



—Mirad la muñeca. —El chico señaló. En el lado interior del antebrazo había un carnero azul.

—Mierda —murmuró Pomponio.

Yo sólo había visto esas cosas en los galos. Son muy aficionados a eso, aun en las zonas más civilizadas. Punzan la piel con agujas que forman un dibujo, y luego se frotan tinta en las heridas. No sale aunque lo raspes. Mis cuatro muchachos estaban cubiertos de esos garabatos.

—¿Significa algo para ti, decurión? —Traté de mantener la voz calma.

—Claro. Es una insignia de legionario. La Quinta de *Alaudae*.

Cuadraba a la perfección. Era de esperar que las tropas de las Alondras, que era una legión de la Galia, fueran aficionadas a los tatuajes. Así que el sujeto era del ejército, tal como parecía.

—¿Sabes dónde está acuartelada la Quinta?

Era como preguntarle a un panadero si había oído hablar de la harina. El decurión me marchitó con la mirada.

—Claro que sí, señor. En Vetera.

Vetera, Germania.

El tipo había estado en una legión del Rin.

Me balanceé sobre los talones y reflexioné.



26

Era tarde cuando regresé, así que le pedí al cochero que me dejara en casa de Perila.

Nos acostamos temprano, en cuanto le di el parte. Al principio estaba preocupada por la estocada que me habían dado en las costillas, pero a insistencia de Pomponio me había hecho revisar la herida en el camino y no era demasiado grave. No tan grave, al menos, como para estropear mi estilo al cabo de dos días de ausencia.

—Debe de haber sido el aire fresco, Marco —dijo ella cuando habíamos terminado—. O quizá las emboscadas te sientan bien.

—Es el guiso de ostras. Pértinax insistió en que comiera tres porciones.

Noté que se reía.

—¡Puerco!

—Los puercos no comen ostras.

—Pero el efecto ya se habría disipado.

—No con las ostras de Bayas. Son las mejores del mundo.

Me estrechó en sus brazos y me besó el lado del cuello.

—Te amo —dijo.

—Ajá.

Guardamos silencio un largo rato.

—Perila —dije—, se me ha ocurrido una cosa.

—¿Sí?

—Sobre la conspiración de Paulo. Quizá...

—¡Ahora no, Marco! —protestó—. ¡Por favor!

—¿No quieres oírlo?

—No eres nada romántico, ¿sabes?

—Sólo estoy agotado. Pienso mejor cuando estoy agotado.

Me sonrió.

—Muy bien. ¿Cuál es tu gran idea?

—No. Si no quieres oírme, no me oigas.

—Corvino...

—Vale, vale. ¿Estás segura?

—Estoy segura.

—Bien. —Me volví y me tendí boca arriba, con las manos en la nuca—.

Damos por sentado que la conspiración era contra Augusto, ¿verdad?

—Desde luego. ¿Contra quién iba a ser?

—La emperatriz.

Perila se apoyó en un codo y me miró.

—¿Livia?

—¿Por qué no? Si estaba liquidando sistemáticamente a los Julios, tarde o temprano ellos tenían que reaccionar. No se quedarían cruzados de brazos.

—¡Corvino, es una tontería!



—No lo es. Escúchame. Digamos que el objetivo principal era deshacerse de Livia. Cayo y Lucio ya están muertos, pero Julia la mayor y Póstumo se aburren en sus islas. ¿Qué pasaría si alguien los liberase y se los llevara a alguna parte donde Livia no pudiera tocarlos?

Perila suspiró.

—Absolutamente nada.

Respuesta equivocada.

—¿Por qué no?

—Porque, aunque a Augusto no le agradara que Tiberio fuera el sucesor, a esas alturas no tenía mucha opción. Aunque supiera que Livia manipulaba las cosas, lo que dudo.

Sacudí la cabeza.

—Pasas por alto un detalle. Hasta el momento Livia se había salido con la suya porque actuaba en forma clandestina, o bien porque manipulaba a Augusto para que él hiciera el trabajo sucio. El pobre diablo no tenía más remedio que prestarse al juego por que ella había eliminado las demás opciones.

Perila se volvió sobre el costado.

—He cambiado de opinión —dijo—. ¿Podemos dejar esto para la mañana, por favor?

—No, escucha. —Tiré de la manta—. Los Julios sólo podían contraatacar alterando las reglas. Si encontraban un comandante militar que los respaldara en una de las fronteras, y lograban llegar a él, estarían a salvo en un sitio donde Livia no podía alcanzarlos.

Perila gruñó.

—¡Por favor, Corvino! Sabes muy bien que el emperador controla las designaciones militares. Los comandantes deben demostrar que son leales antes de ser escogidos. Totalmente leales. Y aunque alguno no lo fuera, sería suicida aceptar fugitivos políticos. Dejemos este asunto, por favor. Quizá tú no necesites dormir, pero yo sí.

Se cubrió con la manta. Se la quitó.

—Vale —dije—. Pero existe otra perspectiva en la que no hemos pensado. Que Augusto estuviera al corriente de la conspiración desde el principio.

Perila abrió los ojos y se sentó.

—¡Pero ya sabemos que era así! ¡Silano era agente del emperador!

—Desde el principio, dije. No cuando ya estaba en marcha. Quizá desde antes del principio.

—Lo siento, pero no te entiendo.

—Mira. —Me incorporé y apoyé la espalda en al cabecera—. Partimos de la hipótesis de que la conspiración era contra Livia, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Augusto sabe que ella hizo asesinar a sus nietos Cayo y Lucio. Sabe que ella se las ingenió para persuadirlo de que exiliara a su hija Julia y a Póstumo. Sabe todo esto pero, como bien dices, no puede hacer nada al respecto. Es demasiado tarde, está atorado. Livia ha vencido, y sólo le queda Verruga.

—¿Y por qué acepta la situación? Es el emperador.

—Bien, Augusto hace arrestar a Livia. Comparece ante el Senado, la denuncia como asesina y traidora, deroga las sentencias de Julia y Póstumo y



manda a Verruga a rascarse los forúnculos en Córcega. ¿Qué sucede entonces?

Ella frunció el ceño.

—Destruiría por completo su credibilidad.

—Eso mismo. ¿Y al cabo con qué se quedaría? Livia exiliada o muerta. Verruga en desgracia, quizá en rebeldía. Póstumo demasiado joven para tener poder. Sí, tendría la satisfacción de saber que se ha hecho justicia, pero habría eliminado las habichuelas junto con las malezas.

—Pero si Augusto quería detener a Livia, no habría actuado de ese modo.

—¿Cómo habría actuado?

—Solapadamente. Habría... —Perila se interrumpió. Se le aflojó la mandíbula y supe que la había convencido.

—En efecto. Habría actuado en secreto, habría organizado su propia conspiración.

—Por todos los cielos, Marco. ¡Eso es descabellado!

—No, encaja. Mira, Julia y su abuelo llegan a un convenio. Augusto no puede hacer nada directamente, pero promete su respaldo para ella y Paulo. Hará la vista gorda ante la «conspiración» de los Julios mientras está en sus preparativos, y los ayudará en las fases finales.

—¿Ayudarlos cómo?

—Ya te he dicho. Asegurándose de que tengan adónde ir. A un lugar seguro, dándose aire para respirar al mismo tiempo, quizá elaborar un modo de compensarles las cosas. —Mi cerebro estaba acelerado—. ¡Perila, eso explica a nuestro cuarto conspirador! Recuerda que dijimos que tendría que ser muy poderoso para darles la influencia que necesitaban para llevar a cabo el plan. ¿Y si el cuarto conspirador era el propio Augusto?

—¡Por el amor de Júpiter!

—¿Te parece rebuscado? Bien, quizá no fuera el propio Augusto. Pero era alguien que podía actuar como su representante acreditado. Uno de los grandes comandantes de las legiones, digamos, o aspirantes a comandantes. Incluso un gobernador militar. Quizá alguien como...

Me interrumpí.

—¿Alguien como quién?

—Como Quintilio Varo —murmuré.

—Marco, te repito que es descabellado.

Sacudí la cabeza.

—No, no lo es. Varo sería perfecto, y los tiempos concuerdan. Él es el hombre del emperador, incluso está casado con la sobrina nieta de Augusto. Si él está en el equipo, los Julios tendrán adónde ir, porque cuando Paulo delate a los demás, Augusto ya le habrá dado Germania a Varo.

Perila se sostenía la cabeza entre las manos como si estuviera a punto de estallar.

—De acuerdo —dijo—. Si la conspiración tenía el respaldo secreto del emperador, ¿por qué la destruyó?

—Porque se vio obligado. Porque tenía que cortar por lo sano y abandonar la partida. Porque alguien delató todo a Livia.

—¿Alguien? ¿Quién, por ejemplo?

—Nuestro soplón original. Junio Silano.

—Corvino, es un disparate. Me dijiste que Augusto recompensó a Silano. ¿Lo habría hecho si el hombre lo hubiera traicionado?



—Claro que sí. Aunque tuviera que sacrificar a Julia. No le quedaba opción. Tenía que desligarse por completo de la conspiración, y para eso tenía que ponerse de parte del hombre que lo había traicionado. Quizá el silencio de Silano fuera parte del trato.

Perila se había puesto de costado.

—Marco, estoy cansada y esto es complicado. Quizá todo suene mejor por la mañana.

No le presté atención.

—Hay algo más. Ya tenemos una conexión con Germania. Ese muerto que tenía un tatuaje en la muñeca sirvió en una legión germánica.

—Cuéntamelo mañana —murmuró.

—Pero en tal caso, ¿quién los envió a él y sus camaradas, y por qué? ¿Livia? ¿Verruga? ¿Alguien más?

No hubo respuesta, y al mirar a Perila la encontré dormida.

Varo a sí mismo

Arminio y yo nos hemos mantenido en contacto a través de los buenos oficios de Ceonio. Fue un acierto valirme de él. Ese hombre es un conspirador nato. Nuestra sociedad ha sido provechosa para todos los interesados: para Arminio, para mí y, potencialmente, para Roma. So pretexto de cumplir mis obligaciones militares, en la campaña de esta temporada he logrado arrancar los colmillos a los caudillos germanos que eran enemigos suyos, con el resultado de que él va camino de esa preeminencia que es nuestro objetivo.

La última etapa del plan es la más difícil. La primera parte ha concluido. Tal como acordamos, he permitido que mi ejército se desviara para marchar hacia el Teutoburgo. En la linde del bosque, Arminio nos atacará con todas sus fuerzas. Yo ordenaré una retirada, Arminio proclamará que nos ha infligido una derrota y demostrará su valía ante sus aliados. Mi ejército quedará intacto, y yo lo conduciré de vuelta al Rin. Los germanos le atribuirán el mérito a Arminio y derramarán más cerveza en el festín de la victoria que sangre en el campo de batalla. Los germanos adoran a los ganadores, y una «derrota» romana, por simbólica que sea, contribuirá más que un centenar de discursos a unir a las tribus bajo la égida de Arminio.

Claro que en Roma harán preguntas. Mi defensa será irrefutable: que volví a evaluar la situación y los riesgos y decidí abandonar el avance de mala gana. Me criticarán, pero no me acusarán abiertamente. Luego me retiraré discretamente de la vida pública (a mi viejo cuerpo, después de todo, no le restan muchos años más) y disfrutaré de las recompensas de una carrera sólo levemente empañada hacia el final. El oro de Arminio será un gran consuelo en mi infortunio. Le deseo suerte, y el mayor éxito.

Mañana entraremos en el Teutoburgo. Mis exploradores no se han topado aún con fuerzas hostiles, pero la «batalla» no puede estar lejos. Medio día de marcha, a lo sumo. No veo el momento de que llegue. El tiempo está empeorando y estos bosques germanos son espantosos, aunque uno no crea en lo que los supersticiosos nativos llaman el *Waldgespenst*. Ojalá que Arminio no nos haga esperar mucho.

La noche está fría, y oigo el repiqueteo de la lluvia en el techo y las paredes de mi tienda. Le he pedido a Agrón que me caliente un poco de vino. Quizá me ayude a dormir.



27

Cuando llegué a casa a la mañana siguiente, un esclavo remoloneaba frente a mi puerta.

—El amo quiere verte —dijo.

Solté un gruñido. Después de la noche anterior esperaba un día de ocio en el jardín, seguido por varias docenas de ostras de Bayas.

—¿Tu amo tiene nombre?

—Sí, Escílax.

Sentí el primer cosquilleo de emoción.

—¿Te dijo de qué se trataba?

—No.

Ahora reconocía al esclavo: el fornido hispano que barría la arena en el ruedo de ejercicios de Escílax.

—Supongo que no se te ocurrió decírselo a mi esclavo Batilo. Él sabía dónde estaba yo.

El sarcasmo rebotó como garbanzos secos en el peto de una coraza. El hombre ni siquiera pestañeó.

—El amo dijo que era personal —dijo—. No estabas, así que esperé. Hasta que llegaras.

Este muchacho era un desperdicio barriendo arena. Podría haberlo usado como freno de puerta.

—De acuerdo, amigo —dije—. Busco a los muchachos y voy contigo.

Escílax estaba reparando la empuñadura de una espada de entrenamiento cuando entramos. Abrió mucho los ojos al ver a los cuatro galos. Tres de los muchachos se hallaban bastante vapuleados, pero estaban muy felices después de la colisión y cambiarlos por modelos nuevos habría sido una crueldad.

—Entonces Dafnis te encontró —dijo.

—¿Dafnis?

Escílax se encogió de hombros.

—No es culpa mía. El pobre diablo ya tenía ese nombre cuando lo compré.

—Dejó la espada de madera—. Tengo la información que necesitabas.

Se me aceleró el corazón.

—¿Has encontrado al Gran Fritz?

—Sí. Pura casualidad. Se llama Agrón y tiene una herrería en la Suburra.

—¿En qué parte de la Suburra?

—Deja que me ponga las botas y te llevaré.

Sacudí la cabeza.

—No, te agradezco, pero esto es asunto mío. Yo me encargaré de aquí en adelante.

—Ni lo sueñes. —Escílax se levantó. Descalzo era aún más bajo que de costumbre—. Yo he encontrado a tu muchacho. Ahora quiero participar. O al menos una explicación.



—Mira, Escílax, no me presiones. Te lo contaré después, te lo prometo.

—Púdrete después. —Se plantó ante mí como un bloque de cemento—. Vamos, Corvino. Me lo debes. Y el problema en que te has metido está empeorando. Dime si me equivoco.

—Sí, las cosas se están calentando —dije a regañadientes.

—¿Otra pelea?

—Una menudencia.

—No me vengas con eso. —La cara de madera de Escílax se partió en una sonrisa y señaló a los Amigos Entrañables—. Sólo me llevaría un mes transformar a cualquiera de esas moles en un gladiador de primera. Ahí tienes un ejército de cuatro hombres, muchacho, y aun así está abollado. ¿Quiénes eran los contrincantes? ¿Pretorianos?

—Casi. —Vacilé, viendo que no podía escabullirme—. ¿Alguna vez oíste hablar de legionarios que se dedicaran al bandidaje?

Escílax quedó boquiabierto.

—¿Te atracaron legionarios?

—Que yo sepa, sólo uno de ellos lo era seguro. Pero los demás actuaban como veteranos.

—¡Maldición! —Escupió en los tablones desnudos—. ¿Cuántos?

—Una docena. Quizá más. No los conté.

—Con razón te hirieron. —Me estudiaba con la mirada—. Tienes suerte de estar con vida, amigo.

—Recibimos ayuda. Un pelotón de reclutas que pasaba por allí y necesitaba el ejercicio. —Le conté la historia—. ¿Cuál es tu explicación?

—A veces consigues hombres que han abandonado las filas. Ladrones. Cobardes. Fugitivos. Pero no tantos, y menos en Italia, y aún menos por docenas. —Hizo una pausa—. Y nunca actúan por su cuenta.

—Eso pensé.

—¿Has irritado a alguien recientemente, muchacho? ¿Alguien de mayor talla que tú, con contactos en el ejército?

—Quizá. Mira, Escílax, no te quiero ocultar nada, pero no deseo que intervengas.

—Al cuerno con eso. —Escílax había recogido un par de gruesas botas claveteadas de soldado y se las estaba calzando—. Por lo que me cuentas, el tal Agrón puede ser problemático, aunque lleves tu ejército privado. Y no permitiré que nadie devuelva a mi patrón tendido en un tablón. ¿Vale?

—Vale. —Concedí mi derrota. No tenía muchas opciones—. Haz como gustes. Pero si en el futuro próximo descubres que te han separado de tus cojones, no digas que no te previne.

Sonrió, y partimos hacia la Suburra.

Caminábamos por la vía Toscana, y los Amigos Entrañables practicaban su habitual número del ariete con el gentío, así que pudimos avanzar en línea recta a velocidad aceptable. De todos modos, habríamos estado bien sin los muchachos. Nadie detiene a Escílax.

—¿Cómo averiguaste el paradero de este hombre? —pregunté.

—Pura casualidad. —Escílax frunció el ceño—. Hace un par de días un amigo se enzarzó con un matón frente al Altar de Libera y estrelló la empuñadura de su daga contra la dentadura del fulano. Fue a la herrería más cercana para repararla, y adivina quién empuñaba el martillo.



—Espero que tu amigo no se haya delatado.

—No. —Escílax escupió en la calle—. El viejo Baso es sutil. Hizo reparar la daga, pagó y se marchó. No te preocupes. No nos estarán esperando.

Pasamos frente a los vendedores de especias y llegamos al sector de los fabricantes de perfumes. Me detuve en uno de los puestos más distinguidos y hurgué un poco, pero no había nada que Perila no tocaría con una pértiga. Escílax le compró una caja de crema amarilla y brillante a un vendedor acuclillado en la acera.

—Una sustancia hedionda, pero ahuyenta a las moscas cuando transpiras.

—Me la pasó—. ¿Quieres probar?

Olí con cautela y casi vomité.

—¿Qué demonios es eso?

—Júpiter sabrá. El vendedor lo llama Zumo de Gorila.

—Prefiero a las moscas. —Le devolví la caja—. ¿Cómo dijiste que se llamaba el Gran Fritz?

—Agrón. Baso llegó a sonsacarle eso. Es un ilirio, como pensábamos.

—Escílax se paró en seco—. Bien, ya cumplí con mi parte, muchacho, y ahora es tu turno. Tomémonos un rato para las explicaciones.

Suspiré.

—Mira, no puedo decírtelo, ¿entiendes? Todavía no. Quizá después, cuando todo esto empiece a tener mayor sentido. Pero ahora no.

Escílax sacudió la cabeza y siguió caminando.

—Estás en verdaderos problemas, muchacho —dijo—. Hasta las cejas.

Ya estábamos en plena Suburra y vi el altar de Libera, medio oculto por el sórdido caos de los puestos de buhoneros y el agolpamiento de los ciudadanos más pobres de Roma. Con razón Escílax no había podido dar con ese hombre. Multitudes aparte, la Suburra tiene su propia ley. Si formas parte de ella, puedes desaparecer como agua en la arena, y todos mienten como descosidos para ocultarte.

—Allá tienes la calle de los Herreros —dijo Escílax—. La tienda de Agrón está a medio camino.

La encontramos, y estaba cerrada. Bien cerrada. Habían tapado la entrada con persianas de madera y las habían asegurado con un candado.

—Quizá se tomó el día libre —dijo Escílax con aire culpable.

—¡Seguro! Para el funeral de su abuela, sin duda. ¡Acaba de terminar Floralia, por el amor de Júpiter! ¿Quién se toma un día libre en esta época del año?

—¿Estáis buscando a Agrón?

Giré sobre los talones. Un hombrecillo gordo había salido de la tienda de comida de al lado sosteniendo un viscoso puñado de lo que esperé fueran pellejos de salchichas.

—Sí. ¿Sabes dónde está, amigo?

—¿Te llamas Corvino?

Mierda.

—Sí, ése soy yo.

El hombre me miró como si yo acabara de sodomizar a su minino.

—Dijo que quizá vinieras después de que tu amigo lo visitara para reparar su cuchillo. —Vaya, Baso era sumamente sutil. Tan sutil como una tonelada de cemento—. Me pidió que te dijera que lamentaba no poder verte, pero que



estaría en contacto si todavía tienes problemas con la nariz. ¿Eso tiene sentido?

Me reí contra mi voluntad.

—¿Cuál es la gracia? —preguntó Escílix.

—Nada. Una broma personal. —El hombre sería mi enemigo pero tenía estilo. Estilo y cerebro. El apellido de Ovidio era Nasón, la Nariz, así que era un doble retruécano.

—¿Sabes adónde fue? —Escílix se volvió hacia el vendedor de salchichas.

—No. —El hombre volvió a entrar en su tienda. Escílix se dispuso a seguirlo pero lo contuve.

—Tomémoslo con calma —dije—. Lo ahuyentarás.

—Ese canalla servirá de alimento para sus clientes. No notarán la diferencia.

—¡Tranquilo! —Me adelanté y entré en la tienda. El hombre estaba rellenando los pellejos con un mejunje repulsivo que sacaba de un cuenco rajado. La tienda olía a grasa quemada, aceite de oliva barato y carne muerta hacía tiempo—. ¿Las vendes, amigo, o sólo las fabricas?

El hombre frunció el ceño.

—¿Morcilla, albóndigas o salchicha lucana?

—¿Auténtica salchicha lucana? ¿La traes desde Luca?

Los dedos gordos retorcieron el pellejo relleno con crueldad.

—¿Eres actor o algo así, compadre?

—Vale. Sólo calienta un par de las mejores, ¿de acuerdo? —Recordé que los Amigos Entrañables aguardaban pacientemente afuera—. Mejor que sea una docena.

Saqué una pieza de oro del zurrón y la arrojé a la mesa. Los ojos del tendero la siguieron, pero mantuvo las manos en el cuenco.

—Las salchichas valen dos cobres cada una —dijo. No apartaba los ojos de la moneda. Yo sabía que no ganaba eso en un mes.

—Somos gente rica —dije—. Ahora háganos de Agrón. Y no te olvides de las salchichas, porque mis muchachos se ponen nerviosos cuando pasan hambre, ¿vale?

—Pierdes el tiempo. —Tendió la mano hacia un garfio que colgaba sobre su cabeza, bajó una ristra de salchichas y las puso en la parrilla ennegrecida de grasa—. No sé nada.

—Venga, Corvino, déjame encargarme de esto —murmuró Escílix. No movió un músculo, pero el gordo cocinero mostró los blancos de los ojos. Escílix surte ese efecto en la gente.

—Última oportunidad, amigo —dije—. Después dejaré que mi amigo haga las preguntas. ¿Cómo te llamas?

—Tarquino.

—¡Maldición! —murmuró Escílix.

No le presté atención.

—Bien, Tarquino, tómallo con calma y cuéntanos lo que sabes.

—Ya te he dicho que no sé nada.

—Vale. Empieza por el principio, sigue por el medio y para cuando llegues al final. El hombre es ilirio, ¿verdad?

El gordo suspiró.

—Sí —dijo—, viene de Singidunum, aunque no sé dónde diablos queda.



—Sobre el Danubio, al oeste de Sirmio.
 —Seguro, si tú lo dices. Llegó aquí hace nueve o diez años. Quizá doce, no lo recuerdo. El patrón le compró la tienda y lo ayudó a instalarse.
 —¿Quién es el patrón?
 —¿Cómo iba a saberlo? Los aristócratas sois todos iguales.
 —Cuida esa boca —gruñó Escílax.
 —¿Entonces es un ex esclavo? —dije.
 Tarquino pasó la punta de una espátula bajo las salchichas medio cocidas y las hizo girar con una diestra torsión de la muñeca.
 —No, ex soldado. El patrón era militar por aquellos lares. Cuando le dieron la baja, regresó con este hombre a Roma.
 ¡Magno Júpiter!
 —¿Alguna vez viste al patrón?
 —No. ¿Qué haría por aquí uno de los tuyos? Mejorando lo presente, desde luego.
 —¿Agrón mencionó su nombre alguna vez?
 —No, ni se lo pregunté.
 —¿Todavía está en Roma?
 —¿El patrón? Ni idea. Quizá sí, quizá no. —Metió la mano en un cacharro y sacó dos panes grasientos de aspecto rancio—. Quizá esté criando malvas en alguna parte. ¿Cuántos platos quieres?
 —Son para llevar. ¿Es todo lo que puedes decirnos?
 —Es todo. —Cogió la moneda de oro y se la metió en el zurrón que llevaba en la cintura—. Que disfrutéis la comida.
 Dimos el pan y las salchichas a los Amigos Entrañables, que las devoraron como si no hubieran comido en un mes. Pensé que vomitarían las entrañas durante el regreso, pero no fue así. Los galos deben de tener estómago de hierro. O quizá les gusta el perro de cinco días.
 Conque el Gran Fritz había sido soldado. Y su patrón había sido un oficial que había tenido un puesto «por aquellos lares». Aunque era sugerente, ese dato no me llevaba muy lejos. Para un hombre como Tarquino, «aquellos lares» podía significar cualquier cosa, desde el Rin hasta Tracia. O incluso el sur, Hispania o Egipto. Y el «militar» podía ser cualquiera, desde Tiberio hasta Pomponio el decurión. Incluso podía ser mi padre...
 Dejé a Escílax en el gimnasio y me fui a casa. Esa noche no visité a Perila. Batilo no podía encontrar ostras, y de todos modos no tenía la energía.

Varo a sí mismo

Hemos marchado todo el día. El tiempo empeora, el camino es apenas un sendero. El ataque debía producirse esta mañana, en la linde del bosque, pero no pasó nada. ¡Nada! Sólo escaramuzas entre mi avanzadilla y algunos enemigos que se escabullían en la arboleda como fantasmas y llevaban a los nuestros a la muerte.

¿Dónde está el ejército germano? ¿Dónde está Arminio?
 Me ha traicionado. Escríbelo, Varo. Escríbelo, idiota. Me ha traicionado.
 Confianza. Pero es romano. Eso dijo Fabio. Lo dijo Fabio. Arminio es más romano que yo...
 ¡Y yo le creí!
 Traidor. Traidor. ¡Traidor venal y crédulo!



Podríamos regresar. Aún podríamos regresar. ¿Pero qué será de Roma? Le he dejado formar su ejército, le he ayudado a unir a las tribus. Yo soy el responsable, sólo yo, y debo ser yo quien lo destruya. Si podemos atravesar este bosque, estaremos en el corazón de sus tierras, y todavía somos tres legiones. Si tan sólo tuviéramos un mapa. Guías...

Vela ha venido y se ha ido. Pedía (suplicaba) órdenes. Olí su miedo, el miedo al bosque que ha disimulado durante toda la marcha, y que yo confundí con conocimiento de mi artimaña. Le dije que incendiara los carros de bagaje sobrantes. Si queremos salir airosos de esto y aplastar a Arminio, debemos movernos deprisa. Todavía somos un ejército...

No, me engaño a mí mismo. Estamos muertos. Todos.

¡Traidor!



28

Esa noche mi cabeza estaba tan acelerada que no me dejaba dormir. Le pedí a Batilo una jarra de vino con especias y me instalé en mi estudio para reflexionar.

La revuelta iliria casi nos había paralizado. Claro que con el tiempo recobramos el ímpetu —el águila romana siempre recobra el ímpetu—, pero se necesitaron dos años para normalizar la situación; es decir, hicimos picadillo a esos cabrones. Fin de la historia, y hurra por nosotros.

Pero no fue el final. Un año después Quintilio Varo es masacrado con tres legiones completas en el Teutoburgo, las defensas de la frontera norte se esfuman de golpe y el águila romana se ve en problemas por segunda vez en tres años.

En medio de los dos desastres, pillan a la nieta de Augusto sin las bragas mientras su marido Paulo se lo juega todo conspirando contra el emperador. O contra quien sea...

Tenía que haber un lazo. La conspiración de Paulo tenía que encajar en alguna parte. Y yo estaba seguro de que la clave se hallaba en la identidad de nuestro cuarto conspirador.

¿Era Varo un posible candidato? ¿Un agente de Augusto, como le había sugerido a Perila? Bebí el vino con especias y repasé mentalmente lo que sabía sobre ese hombre. Ex cónsul. Gobernador del África, luego gobernador militar de Siria, donde aplastó la rebelión judía. Finalmente designado por Augusto como virrey personal en Germania...

Y en esta misión protagonizó el mayor desastre de que se tenía memoria.

Sacudí la cabeza. No tenía sentido. Sí, suponiendo que Augusto se prestara al juego de los conspiradores, o fingiera hacerlo, Varo era un candidato natural para esa tarea. Era incuestionablemente leal al emperador, y tenía una vida de experiencia como diplomático y general. Un jugador avezado, experimentado, probado en una carreta de treinta y tantos años...

¿Cómo era posible que ese hombre hubiera cometido un error tan garrafal? ¿Cómo era posible que el general que había sofocado la revuelta judía casi sin ayuda fuera burlado por una manada de patanes velludos que ni siquiera podían formar una tortuga para protegerse?

La excusa habitual era Arminio: un cabrón romanizado, inteligente y seductor que había engatusado al pobre y senil gobernador y luego le había aplastado los genitales. Pero eso no me convencía. Varo no estaba senil, no era un novato en cuestiones militares, y como ex gobernador de Siria había lidiado con sujetos que podían derrotar a Arminio sin siquiera sudar. Tenía que haber otra explicación, y la obvia era suficiente para seguir adelante.

El fracaso de Varo era intencionado, y algo había salido mal.

La jarra estaba casi vacía. Me serví el resto del vino con especias y pensé en llamar a gritos a Batilo para que trajera más; pero era tarde, ya había



enviado al hombrecillo a la cama y sospechaba que otra jarra sería un exceso. Bebí el resto, alargándolo.

Digamos que al principio Varo fue un genuino agente de Augusto, y su tarea era garantizar a los conspiradores el amparo de las legiones del Rin. Pero después Augusto le revela que ha cambiado de parecer, y que Varo se limitará a entretener a los conspiradores. No les dará refugio ni el respaldo de las legiones. De pronto todo es una farsa. Pero quizá la farsa resulta tentadora. Quizá Varo piensa que, tal como van las cosas, los conspiradores tienen muchas probabilidades de éxito. Y aunque implica ciertos riesgos, su traición obedece a una buena causa, porque en secreto Augusto se alegrará de patear las verrugosas posaderas de Tiberio. Además, si Póstumo logra entrar en carrera, Varo gozará de mucho prestigio en el nuevo régimen. Así que Varo decide seguir adelante, pero en serio. Decide pifiarla en Germania, provocar la hostilidad del ejército y obligar al emperador a hacer lo que el pobre diablo realmente quiere hacer desde siempre...

Como hipótesis no está nada mal, pensé.

Pero si Varo había traicionado a Augusto, ¿por qué el emperador lo encubriría en vez de colgarlo del prepucio en las puertas del Senado?

Mierda. Empiné el resto del vino. Varo era demasiado buen candidato para pasarlo por alto. Era una pena que el cabrón hubiera muerto. Quizá pudiera encontrar a un nigromante babilonio para que invocara su espíritu desde el Tártaro o dondequiera que estuviese. Batilo conocería al menos a una docena...

Entonces recordé algo. Tenía una opción más válida. Varo había muerto, pero su hermana Quintilia aún vivía. Quizá pudiera decirme algo. Pensé en despertar a Batilo y enviarlo a concertar una cita, pero ya era demasiado tarde. Además, empezaba a tener sueño. El último sorbo de vino había sido contundente. Mañana por la mañana estaría bien. Me acosté en el diván y cerré los ojos.

Estaba en un banquete. Alrededor de la mesa central, iluminada por lámparas de aceite colgantes, había tres personajes reclinados. Reconocí de inmediato a Silano. Estaba en el diván de mi izquierda, vestido con un costoso manto de gala, con el brazo echado sobre el hombro de una mujer desnuda que lo miraba con ojos muertos y vacíos. El otro tipo, en el diván del anfitrión, estaba apoyado sobre el codo izquierdo, con pose rígida y formal, como la efigie de una vieja tumba. Una máscara mortuoria de cera le tapaba el rostro.

Supe que aguardaban la llegada del invitado principal. Las puertas del comedor se abrieron y entró un cuarto hombre. Se movía rígidamente, como si no fuera de carne y hueso sino de piedra. Silano se levantó y lo condujo solemnemente a un diván. Se reclinó, y a la luz de las lámparas le vi la cara por primera vez. Frío mármol cincelado: la cara del emperador muerto que nos mira con blancos ojos de pescado desde lo alto del mausoleo del Campo de Marte.

Augusto.

Silano batió las palmas una vez, y regresó a su sitio. Las puertas volvieron a abrirse y entró Davo, y la herida de la garganta estaba abierta y seca. Llevó una bandeja por la sala y la dejó en la mesa. En la bandeja había un mapa del mundo hecho de hojaldre y una espada de caballería. Sin una palabra, le ofreció a Augusto la empuñadura de la espada.

Cuando la mano de mármol cogió la espada, la atmósfera cambió. Silano y la mujer se inclinaron sobre la mesa, fijando los ojos en el mapa de hojaldre. El



muerto no se movió, pero su máscara de cera pareció cobrar un aire de expectación. El rígido Augusto se puso de pie, blandiendo la espada con ambas manos, haciendo oscilar la punta sobre el centro del mapa. Todo se quedó muy silencioso.

La espada giró una vez, dos veces. La sangre salpicó el mapa, empapando el hojaldre, y dos cabezas rebotaron y rodaron sobre la mesa, una con trenzas de mujer, la otra con máscara. Silano no se había movido. Le sonreía a Augusto y asentía.

La estatua alzó los ojos y me miró fijamente. También sonreía. Lenta y espantosamente, con el sonido rechinante de piedra sobre piedra, la cabeza comenzó a girar en la columna de mármol que era el cuello. Giró cada vez más, más allá de lo humanamente posible, hasta que el rostro quedó de perfil y vi que no era un rostro sino dos.

Dos rostros, uno mirando adelante, el otro hacia atrás, como la estatua de Jano, dios de los portales.

La cabeza siguió girando como una piedra molar. La sala se esfumó y sólo quedó la cabeza y ese ruido espantoso y rechinante. Grité.

Me desperté sudando. La penumbra gris que atravesaba la ventana del estudio traía consigo el traqueteo de las ruedas de hierro de los carros en el empedrado de la calle.



29

Pensé en el sueño mientras Batilo corría a la casa de Quintilia. En general era bastante obvio. La mujer desnuda era Julia, el hombre de la máscara mortuoria era Paulo. Ni siquiera Augusto era una sorpresa. Habría esperado que el cuarto hombre fuera Varo, pero a fin de cuentas era sólo el agente del emperador. Lo único que no entendía era la decapitación. Eso era extraño.

Quizá debiera ver a un augur.

Batilo regresó con la noticia de que Quintilia me vería de inmediato. Eso sonaba prometedor. Llamé a los muchachos con un silbido y nos dirigimos al Celio. Esta vez fui en litera. Estaba bastante hecho polvo después de mi noche inquieta, y quería pensar cómo encararía el asunto. No entras en la casa de una matrona romana para acusar a su difunto hermano de cinco tipos de traición y esperas que te inviten a cenar.

Claro que Quintilia no se haría ilusiones. Los políticos necesitan chivos expiatorios, y Varo había cargado con la culpa del fiasco germano. Aun así, una cosa era la incompetencia y otra la traición. Tendría que andarme con cuidado al hablar con Quintilia.

Nos detuvimos frente a la puerta con gran pompa. Me acomodé la túnica recién lavada (Quintilia pertenecía a la vieja escuela y no apreciaría a un visitante con manchas de salsa en el pecho) y le indiqué a uno de los porteadores que llamara. Le di mi nombre al portero y fui conducido al atrio.

La anciana había resuelto brindarme una recepción formal. Estaba sentada junto a la piscina ornamental, vestida con un manto de caída impecable y una compleja peluca. Detrás de ella, un fulano en su madurez tardía le apoyaba la mano en el hombro. Su hijo, quizá. Sin duda un pariente cercano, pues tenían en común las gruesas mejillas. Ninguno de los dos sonreía, y frente a ellos había una silla vacía.

Mierda. Al cuerno con mi conversación sutil. De pronto me sentí como un acusado de asesinato que entra en un tribunal donde el juez se muere por poner a prueba una nueva clase de hacha.

—Valerio Corvino.

Ningún saludo. Ni siquiera «Encantada de conocerte». Sólo el nombre, pronunciado con una voz que congelaría el trasero de una gamuza alpina. Pensé que Quintilia podía darle lecciones a Perila.

—Así es, mi señora. He venido...

—Sé por qué has venido. Siéntate. Éste es mi sobrino, Lucio Asprenas.

Carigordo asintió. No le habrías separado los labios con una palanca.

Me instalé en la silla. La anciana se inclinó para clavarme los ojos como si fuera a susurrar un secreto, pero cuando habló no se dirigió a mí. Y tampoco susurró.

—¿Estás ahí, Agrón?

—Sí, mi señora.

—Pues ven a reunirte con nosotros.



Di media vuelta. Allí estaba el Gran Fritz, en toda su talla y fealdad, de pie detrás de mi silla. Debía de haberme seguido, y yo no había oído nada. Ese tipo podría haberle dado lecciones a una pantera, y usando botas claveteadas.

—Tranquilo, Corvino —dijo—. Nadie te lastimará si te portas bien.

—Suficiente, Agrón. —Quintilia se volvió hacia mí. Sus ojos eran extrañamente claros y vacíos—. Perdónalo, joven. Aquí estás a salvo, te lo aseguro.

Sí, claro. A salvo como una chuleta de cordero en la guarida de un lobo. Me maldije por haber dejado fuera a los Amigos Entrañables; pero, ¿quién habría pensado que los necesitaría con una viejecita respetable como Quintilia? Las apariencias engañan.

—Conque tengo razón —dije—. Varo era nuestro cuarto conspirador.

Carigordo Asprenas me lanzó una mirada que habría agriado la leche. No vi la reacción de Agrón, pero por el siseo de su aliento contenido era evidente que no estaba ahogando una carcajada.

—Me temo que no te entiendo —dijo fríamente Quintilia. Miraba a un punto que estaba a un palmo de mi oreja izquierda.

Adopté una posición más relajada en la silla. Casi me repantigué. Cuando estás entre la espada y la pared, demuestra aplomo.

—Por favor, Quintilia —dije—. Sabes a qué me refiero. Tu hermano era el agente de Augusto en la conspiración de Paulo. Pero lo venció la codicia y traicionó al emperador.

—¡Cuida esa boca, Corvino! —susurró Agrón.

La expresión de la anciana era una mezcla de disgusto con desconcierto.

—Debo pedirte que te expliques, jovencito.

¡Por Júpiter! ¡Había pulido a la perfección su papel de viuda respetable!

—Vale. —Erguí los hombros—. Si quieres jugar así, está bien. Augusto persuadió a tu hermano de ofrecer refugio a Julia la mayor y a Póstumo cuando abandonaran el exilio. Era una estratagema porque el emperador quería arrancarle los colmillos a la facción de los Julios. Sólo que Varo decidió actuar por su cuenta. Se sumó de veras a la conspiración y se pasó a la oposición. —Ninguna reacción. Decidí ser más ofensivo—. ¿Qué le prometieron Paulo y Julia por desbaratar la frontera norte y poner en jaque al emperador? ¿Dinero? ¿Una tajada de poder? ¿O quizá otro lucrativo puesto de gobernador en oriente?

Quintilia se volvió hacia su sobrino.

—Lucio, ¿quieres responderle al joven, o prefieres que lo haga yo?

Su expresión no había cambiado. Carigordo, por su parte, me miraba como si yo hubiera vomitado en la piscina ornamental.

—Adelante, Corvino —dijo—. Preséntanos las pruebas. —Algo en su voz me sugería que él no creía que yo las tuviera, pero ambos me escucharon sin gestos ni comentarios mientras les exponía mis argumentos.

Había esperado rotundas negativas, exclamaciones airadas, quizá un par de veladas amenazas. Sólo me respondió el silencio.

Luego Quintilia se levantó. Aunque estaba encorvada, era más alta de lo que yo pensaba, y por la firmeza de la boca calculé que aun en su vejez era una mujer de carácter. Mi certidumbre se tambaleó. Me habría sentido mejor si hubieran negado todo y hubieran ordenado al portero que me echara a la calle.



—Excúsanos un momento, Valerio Corvino. —Aferró el brazo de Asprenas —. Mi sobrino y yo debemos hablar de algo. Agrón, agasaja al invitado, por favor.

Empecé a levantarme, pero la manaza del ilirio me obligó a sentarme.

—Ya oíste al ama —me dijo—. Tranquilo, ¿eh?

Quintilia, apoyándose en el brazo de Carigordo, desapareció en los aposentos del fondo de la casa. Agrón ocupó la silla de la anciana, la acercó y se sentó frente a mí.

—Me das asco, Corvino —dijo—. Debí haberte matado cuando tuve la oportunidad. O dejar que esos matones te liquidaran.

Buen comienzo. Ese hombre tenía ideas excéntricas sobre el agasajo.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Te lo dije en aquel momento. No me gustan las peleas desiguales. Y al ama no le habría complacido.

—Eras el protegido de Varo, ¿verdad? —Mientras disfrutábamos de ese momento de calidez, no venía mal enterarme de ciertos antecedentes—. ¿Dónde os conocisteis? ¿En Germania?

—Así es. —Él sonrió sin humor—. Aproveché la oportunidad de ingresar en las legiones cuando Tiberio reclutaba gente en Sirmio. —Conque Escilax también había tenido razón en eso. Sólo esperaba vivir el tiempo suficiente para decírselo—. Cuando terminó la revuelta, me enviaron a Renania. Yo era ordenanza del general.

Esto era algo que no me esperaba.

—¿Estuviste en la marcha final?

—Claro. No te sorprendas tanto. Algunos sobrevivimos. No demasiados.

—Creí que los germanos no tomaban prisioneros.

—No los tomaban. En todo caso, esos prisioneros no duraban demasiado. Yo sobreviví porque me oculté y luego luché para regresar al Rin. A veces es una ventaja ser experto en matar. Y lo soy, Corvino, créeme. Un experto consumado.

Pasé por alto ese comentario.

—Quieres decir que eres un desertor.

—No —dijo en voz baja—. Cuando decidí que ya no valía la pena seguir peleando, no había ningún ejército del que pudiera desertar. Y nunca vuelvas a llamarme así, amigo.

—No, claro. —¡Por Júpiter! ¿Por qué no mantenía la boca cerrada?—. ¿Viste lo que pasó? ¿Al final?

Me escudriñó antes de responder; y cuando me dio la respuesta, fue lenta y cavilosa.

—Claro que lo vi. Y te diré algo gratuitamente, Corvino. Es importante y quiero que lo recuerdes. El general habrá tenido sus defectos, habrá cometido errores, pero pagó por ellos. Luchó hasta el final y murió bien. ¿Me entiendes?

—Sí. —Me sudaban las palmas. Ese hombre de voz suave me mataba del susto, y no me avergüenza confesarlo—. Sí, entiendo. ¿Quieres contarme lo que pasó?

Se encogió de hombros y desvió la mirada.

—¿Por qué no? Pero no esperes ni una palabra contra el general. Como he dicho, Varo ya saldó sus deudas. Quizá le ahorre cierto dolor al ama después. Si es que tienes un después.



Ese tipo era la mar de divertido. El problema era que parecía hablar en serio. Mi garganta estaba seca y no había una copa de vino a la vista.

—Bien. —Agrón se reclinó—. Regresábamos del Weser a Vetera. El general recibió informes de que los queruscos se estaban armando. Decidí seguirlos y viramos al este, rumbo al Teutoburgo...

—¿Así como así? ¿Os internasteis en territorio hostil a esas alturas del año para verificar si había disturbios?

Agrón frunció el ceño.

—Mira, Corvino. Ya te he dicho que no hablaré mal del general. Te cuento esto porque me lo pediste y ayuda a matar el tiempo, ¿vale? No te pases de listo.

—¡Vale, vale! —Alcé las manos—. Olvídate de que hablé. —¡Por Júpiter! ¡Y yo pensaba que Perila era quisquillosa!

—Entonces guárdate los comentarios, muchacho. —No respondí—. El tiempo empeoró; viento, lluvia y demás. La visibilidad era cero, la carretera era un lodazal con árboles caídos a cada tramo. Estábamos en pleno interior del bosque cuando nos atacaron. No era un ataque a gran escala, eso lo habríamos afrontado con facilidad. Grupos pequeños, incluso individuos, honderos y lanceros. Escogiendo a los rezagados. Diezmándonos poco a poco. Si intentabas cazarlos, se perdían en la arboleda, los seguías y no regresabas. El primer día fue pésimo, pero ya estábamos metidos en ello. Al final preparamos un campamento como corresponde, y el general ordenó que incendiáramos algunos carros para que no nos retrasaran. Al día siguiente las cosas empeoraron, y supimos que no saldríamos bien parados. —Hizo una pausa; movió los ojos—. El tercer día fue el último.

—¿Qué sucedió?

No miraba hacia mí, sino a través de mí, y me puso la carne de gallina. Al principio no respondió, y cuando habló no me dio una respuesta.

—¿Alguna vez estuviste allá, muchacho? ¿En los bosques germanos?

—No.

—No hay luz, los árboles te encierran. Fuera del sendero, están tan agolpados que parece una jaula de techo negro. No puedes respirar, no hay viento ni sonido. Ni siquiera oyes tus pisadas. Es como si todo estuviera muerto, y tú estuvieras muerto con lo demás. —Sus ojos se clavaron en los míos—. ¿Crees en los espíritus?

Negué con la cabeza, pero tuve el buen tino de no reírme. El hombre hablaba en serio. Totalmente en serio.

—Yo tampoco creía. Pero ese lugar estaba encantado por algún condenado demonio que nos acompañaba a cada paso. Nos comía el corazón y luego nos mataba uno por uno.

Tragué saliva. Aún me clavaba los ojos, y eran afilados como cuchillos.

—Al tercer día no quedábamos muchos. Ya no era un ejército, sin duda. Nos habían dividido, separándonos en fragmentos que no eran mayores que una compañía. Entonces Vela, el lugarteniente, decidió fugarse solo con la caballería, separarse y galopar hacia el Rin. Hacía días que el pobre diablo era un manojo de nervios, y había empeorado. El bosque afecta así a algunas personas. «Adelante», le dijo el general, «y diles que lo lamento». Pero Vela no llegó muy lejos. Había germanos por todas partes. Sin caballería, los demás no teníamos la menor posibilidad. Al final los germanos nos atacaron con todo,



rompieron nuestra formación y los muchachos cayeron como cerdos en un matadero. Nos liquidaron. Eso es todo, Corvino. Fin.

Estaba temblando. El grandullón estaba temblando, y fijaba los ojos en algo que yo no veía. Mierda. Con razón el pobre diablo creía en demonios. Después de escucharlo, hasta yo empezaba a creer.

—¿Qué le pasó a Varo?

—Se mató. Él y la mayoría de la plana mayor. Así evitaron que los pillaran con vida. Los germanos les cortaron la cabeza y las usaron para jugar a la pelota. Luego incineraron el resto. O casi lo incineraron.

—¿Viste eso?

—Sí. Como te dije, me escondí. Encontré un agujero donde se había caído un árbol, me metí dentro y me cubrí con malezas. No podía hacer otra cosa. El ejército estaba liquidado y los germanos reunían a los prisioneros. Clavaban a los pobres diablos a los árboles para que sus dioses los mirasen. Cuando cesaron los alaridos y los germanos se fueron, me escabullí y me dirigí al sur, hacia el Rin. Tardé un mes en regresar. —Aspiró profundamente—. ¿Ves por qué no me gustan las peleas desiguales, Corvino? ¿Y por qué no quiero que los niños mimados como tú revuelvan las cosas por puro gusto?

—Pero si todo fue culpa de Varo...

Extendió el brazo y cogió el cuello de mi túnica, empujándome contra el respaldo de la silla y apretándome la laringe hasta cortarme la respiración.

—¿Crees que es una novedad para mí? —murmuró—. ¿Crees que era una novedad para Varo? ¡Tres águilas perdidas, Corvino! ¿Sabes lo que significa perder un águila para un general? ¿Para cualquier soldado? Deja en paz al general, muchacho. Él pagó con creces, y ya no tiene ninguna deuda. Y mucho menos con cabrones como tú.

—¡Agrón! —La voz de Asprenas vibró a través de la habitación. Los dedos que me apretaban el gáznate se aflojaron sin prisa y caí hacia delante con un jadeo. Agrón se levantó y se enjugó la mano en la túnica. No me miró.

Carigordo, con Quintilia del brazo, parecía bastante alicaído. Júpiter sabrá de qué habían hablado, pero obviamente él había perdido la discusión y sospecho que le habría gustado que el grandote me arrancara la cabeza. Quintilia, por su parte, estaba igual que antes. Sólo un terremoto podía hacerle perder la compostura. Quizá ni siquiera eso.

—Lamento haberte hecho esperar —dijo—, pero mi sobrino y yo debíamos hablar de ciertas cosas y tomar ciertas decisiones. Me alegra decirte que hemos decidido decirte la verdad. Toda la verdad. —Me pregunté si esas palabras iban dirigidas a Carigordo. Parecía que el hombre hubiera tragado una botella de vinagre—. Lucio, ayúdame a sentarme, por favor.

Se sentó despacio pero con gran dignidad, como una reina disponiéndose a conceder audiencia. Agrón y Asprenas se plantaron a ambos lados, como esos tipos que custodian a los magistrados con las varas y el hacha.

—Tienes toda la razón, joven —dijo Quintilia—. Mi hermano era un traidor.



30

La miré boquiabierto, pero noté que Agrón no pestañeaba, y mucho menos Carigordo Asprenas. Obviamente lo que Varo había hecho no era ninguna novedad para ellos.

Quintilia aún estaba totalmente serena. Esa anciana tenía agallas; agallas y aplomo.

—Debo aclarar desde el principio —dijo— que Lucio se opone a que te cuente esto y que lo hago bajo mi entera responsabilidad. Eres libre de utilizar la información como te plazca. —Agrón se movió y maldijo entre dientes, pero ella no le prestó atención—. Sin embargo, debo pedirte que reflexiones antes de llevar a cabo cualquier acto que traiga más vergüenza a esta familia.

No había súplica en su voz. Nada, sólo esas palabras. Asentí con un cabeceo, y me sentí como cinco especies diferentes de rata.

La anciana aferró con firmeza el brazo de la silla. Noté que tensaba y aflojaba los dedos espasmódicamente. Aunque procuraba dar una impresión de calma, esto no le resultaba fácil. Como dije, Quintilia tenía agallas.

—Yo no sabía nada sobre el acuerdo de Publio con Emilio Paulo —dijo—. Y menos con el divino Augusto. Sin embargo, la situación que has descrito parece sumamente probable y concuerda con lo que sé. Publio era un traidor, ciertamente. Pero siempre creí que su traición nacía de la codicia, no de la ambición política. Parece que yo me equivocaba. O bien que el amor por el dinero no era su única motivación.

—Tía Quintilia, creo que deberías recapacitar sobre esto. —Asprenas le apoyó una mano en el hombro, pero ella meneó la cabeza.

—Es mejor que Valerio Corvino lo sepa todo —dijo—. Tráele la carta, Lucio. Por favor.

Carigordo no estaba feliz, era evidente. Me miró como una cosa muy muerta y muy podrida que su perro hubiera desenterrado, y salió de la habitación. Quintilia se volvió hacia mí.

—Mi hermano siempre fue codicioso, aun de niño —dijo—. Quería la mayor tajada de pastel, la golosina más pegajosa del plato. Cuando creció, fue el dinero. Tendrían que haberlo enjuiciado después de Siria, pero estaba casado con la sobrina nieta de Augusto. Y como mi difunto esposo era el sobrino del emperador... —Titubeó—. Bien, sé que estas cosas no deberían ocurrir, pero ocurren.

—¿Quieres decir que el emperador intervino?

—Con discreción. Augusto se cuidaba de no mostrar favoritismos abiertamente. Pero todos conocían el parentesco, así que... Digamos que había cierta renuencia a enjuiciarlo. Además, Publio se llevaba muy bien con el emperador, y era un administrador muy competente.

—Salvo en Germania.

Agrón gruñó algo que no entendí, pero la anciana no le prestó atención.



—Salvo en Germania, como bien dices. Pero desde luego, había un motivo para eso, como sabrás.

—Paulo lo había sobornado para que hiciera la vista gorda.

—¿De veras? Dos motivos, entonces.

Quedé intrigado. Había piezas que no encajaban.

—Señora, me has desorientado. Si ésa no era la motivación que tenías en mente, ¿qué otra había?

—Es muy sencillo. —Los ojos turbios de la anciana me sostuvieron la mirada—. Es posible que Publio se haya aliado con la facción de los Julios, por lo que sé. Pero en Germania, como gobernador de Augusto, sin duda recibía dinero de Arminio.

Me recliné. Éste era un giro en que no había pensado; pera dado el carácter del personaje, tenía sentido, mucho sentido. Tener al gobernador romano en su nómina habría sido una gran ventaja para los germanos, y Arminio habría dado una fortuna por ese privilegio. Entre tanto, Varo podía informar a los conspiradores de que él cumplía su parte del trato, al desestabilizar Germania para beneficio de Julia y Póstumo. Como plan, era maravilloso. Máximas ganancias, mínimo riesgo. Con dos clientes que pagaban, sin que uno conociera la existencia del otro, una mina de oro que lo haría rico de por vida. Y si las cosas salían mal, a lo sumo lo acusarían de una gestión deficiente.

Pero al cabo las cosas habían salido peor que mal. La conspiración había fracasado y Arminio no sólo no había respetado su parte del trato, sino que había ido mucho más lejos.

—¿Sabes esto con certeza, Quintilia? —pregunté—. ¿Que Varo y Arminio tenían un trato?

—Claro que sí. Numonio Vela me suministró la prueba. Él murió con Publio, por supuesto, pero me la había enviado antes de que el ejército se fuera del Weser. Vela era un buen amigo de la familia, y de mi hermano. Siempre le agradeceré que me haya escogido como receptora de la información a mí, y no al emperador.

Desde luego. Vela podría haber muerto con Varo, pero Agrón me había dicho que había dejado al viejo en la estacada cuando las cosas se pusieron feas. Con esos amigos, ¿quién necesita enemigos? Me pregunté si Quintilia lo sabría; probablemente sí. La anciana no pasaba nada por alto.

Asprenas regresó con una gastada tablilla de mensajes. Se la dio a su tía sin una palabra. Pensé que ella la abriría, pero no lo hizo. En cambio, me la entregó.

—Antes de que preguntes, jovencito —dijo—, no hay posibilidad de falsificación. Es de puño y letra de mi hermano.

Desaté los frágiles cordones y abrí la tablilla. Las superficies de cera estaban en buen estado, aunque la escritura era apretada: el hombre tenía mucho que decir y poco espacio. Tal como ella había señalado, era una carta, y a primera vista no noté nada extraño, salvo que faltaba la primera línea habitual, con el nombre del remitente y del destinatario. Era un típico mensaje administrativo, del general a la plana mayor: una lista de tropas y el orden de marcha, junto con detalles sobre la ruta que cogerían, incluido el importantísimo desvío...

Me detuve.

¡Incluido el importantísimo desvío!



¡Mierda! Quintilia había dicho que Vela le había enviado la tablilla antes de que el ejército abandonara el Weser. Y en ese punto Varo no sabía nada sobre los disturbios del sur. Lo cual significaba...

Febrilmente, eché una ojeada al resto. Al pie de la segunda página mis ojos frenaron bruscamente. Aunque había leído la última frase dos veces, no podía creer lo que decía:

Sugiero que el ataque se realice en este punto, pues restringiré los movimientos de mi caballería y me brindará una excusa razonable para la retirada.

¡Varo lo sabía! ¡Lo había sabido todo el tiempo!

—Entenderás las implicaciones, desde luego —murmuró Quintilia.

—Varo estaba aliado con Arminio. —Aún no lo había asimilado—. Él mismo organizó la matanza.

—Correcto. Hacía tiempo que Vela sospechaba de Publio. No sé cómo obtuvo esta carta. Pero sé que es genuina.

—¡Pero esto es descabellado! —Alcé la tablilla—. ¿Me estás diciendo que Varo planeó su propia muerte?

—No —intervino Asprenas—. Claro que no. Notarás que mi tío menciona una retirada. Se planeaba una emboscada, ciertamente. Pero no la matanza.

Pensé en ello. Sí, tenía sentido. Sobre todo si el hombre pensaba que tenía un trato.

—¿Varo y Arminio habían acordado un bochorno militar? ¿Una derrota limitada?

—Así es —dijo Asprenas—. Arminio se llevaba los laureles y mi tío brindaba al emperador una excusa para un cambio de política. Era demasiado arriesgado tratar de expandir el imperio más allá del Rin. El territorio era difícil de administrar, los nativos eran pertinaces, y no disponían de fuerzas para una ocupación prolongada. En esas circunstancias, no costaría mucho persuadir a Augusto de conformarse con lo que tenía, sobre todo si sabía que Arminio simpatizaba secretamente con él.

—¿Crees que el emperador lo sabía, entonces? ¿Que Varo seguía sus instrucciones?

—No. —Asprenas meneó la cabeza—. Me gustaría decir que sí, Corvino, pero no era así. Éste era un convenio personal entre Arminio y mi tío. Quizá Augusto lo hubiera aprobado si lo hubiera sabido, pero no lo sabía.

—¿Entonces Varo había aceptado permitir que Arminio obtuviera un poco de gloria? Pero Arminio llevó la idea un poco más lejos. —¡Por Júpiter! Todo encajaba—. Aceptó el convenio pero traicionó a Varo en el último momento. Lo que debía ser una acción militar limitada se transformó en un ataque a gran escala y se perdieron tres legiones.

—Correcto.

—Pero el viejo debía sospechar algo. Corría un riesgo descomunal al confiar en que Arminio contuviera sus puñetazos, y no era ningún tonto.

Asprenas se encogió de hombros.

—Yo no soy mi tío —dijo—. No sé cuáles eran sus razones. Conocía bien a Arminio. Quizá tuviera cierta debilidad por él, y se confió demasiado. Recuerda que ese hombre no era un nativo común. Estaba educado y adiestrado en



Roma. Sabía exponer argumentos convincentes con palabras convincentes. Ante todo, no sabemos qué se le prometió a mi tío a cambio.

—Así que todo fue un error. Varo creyó que tenía un pacto de caballeros con Arminio, mientras que Arminio planeaba asegurarse de que Roma se retirase de la Germania de allende el Rin.

—En efecto. —Asprenas estiró el brazo y cogió la tablilla—. Y en la práctica así ocurrió. La pérdida de tres legiones alteró el equilibrio. Dudo que aun ahora tengamos fuerzas para una expansión a gran escala más allá del Rin, si quisiéramos intentarlo. Tal vez nunca lo hagamos. —Hizo una pausa—. Así que ya tienes todo, Corvino. La sucia verdad. Estamos en tus manos. ¿Qué piensas hacer con nosotros?

Había esperado que nadie me hiciera esa pregunta, porque no tenía una respuesta. Quintilia también me observaba, al igual que Agrón. Noté que la anciana ansiaba que yo tomara cierta decisión pero que, a diferencia de su sobrino, era demasiado orgullosa para pedirlo. Habían hablado sin tapujos. Lo menos que podía hacer era ser sincero con ellos.

—No lo sé, francamente no lo sé —respondí sin rodeos—. Pero creedme que no usaré la información a menos que sea necesario.

La tensión se disipó. Hasta Agrón dejó de fruncir el ceño.

—Es todo lo que podemos pedir dentro de lo razonable, joven. Quintilia sonrió por primera vez.

—Hay una sola cosa que todavía me intriga —dije.

—¿Qué es?

—No tiene nada que ver con lo que sucedió en Germania. Al menos, no directamente. Sólo me gustaría saber por qué Augusto no condenó a tu hermano con los demás conspiradores.

—Lo siento, no te entiendo.

—Si Varo estaba implicado en la conspiración de Paulo, genuinamente implicado, ¿cómo se salió con la suya? Al principio contaría con la protección de Augusto, sí, pero el emperador habría retirado esa protección al descubrir que actuaba por su cuenta. Si el cuarto conspirador era tu hermano, ¿qué fue lo que lo protegió?

—Quizá no lo identificaron —dijo Asprenas.

Sacudí la cabeza.

—No, imposible. Y menos cuando Silano hacía de soplón. Y los contactos de Varo no lo habrían ayudado esta vez, porque hasta Julia fue desterrada. A menos que tuviera algún dato sobre Silano que le obligara a cerrar el pico...

—Lo lamento, Corvino. —Quintilia se levantó—. Me temo que no podemos ayudarte más. Como te dije, no sabíamos nada sobre la participación de mi hermano en la conspiración de Paulo. Sin duda hay una explicación, pero me temo que tendrás que buscarla en otra parte.

Eso era todo, pues. Aun así, debía agradecer lo que había conseguido. Al levantarme, disponiéndome a murmurar las frases de cortesía, reparé en una tablilla de niño tirada junto a la piscina ornamental. La recogí. En la superficie estaba garabateado el retrato de un viejo.

—¿Tienes nietos, Quintilia?

—Bisnietos. —Echó una ojeada a la tablilla—. Eso debe ser de Hateria. Por lo que dicen, es una pequeña artista.



—Es muy bueno —comenté, mintiendo descaradamente. Era un mamarracho. Había algo mal en la parte inferior de la cara, los ojos estaban muy bajos y la frente era un desbarajuste.

—Mi secretario griego le enseñó el truco. Muy ingenioso, en verdad. Dale la vuelta y verás a que me refiero.

Invertí el tosco dibujo. Los trazos parecieron modificarse, y una cara se convirtió en otra. El viejo sonriente se metamorfoseó en una anciana ceñuda. Una cabeza, dos caras. Recordé la imagen de Augusto en mi sueño, y algo se alteró.

El mundo quedó patas arriba.

—No es un hombre —susurré.

—¿Cómo dices?

—El dibujo. —Le alcancé la tablilla—. Creí que era un hombre, pero no lo es. Es una mujer.

—Claro que sí. Pero sólo cuando lo miras de cierto modo. De eso se trata.

Me eché a reír, y una vez que empecé no pude contenerme.

—¡Corvino! ¡Por el amor de Júpiter! ¿Qué mosca te ha picado? —Asprenas me aferró.

—No era Augusto —logré articular—. ¡Nunca fue Augusto! ¡Joder, era Livia! Asprenas se quedó de una pieza.

—¿Qué?

Recobré la compostura, pero tuve que sentarme. Temblaba tanto que me habría caído si no hubiera tenido la silla.

¡Comprendía! ¡Al fin comprendía! ¿Por qué no había escuchado a Perila cuando ella sugirió que yo interpretaba mal la conspiración de Paulo, que iba dirigida contra Livia? O quizá sí había escuchado, y por eso había tenido el sueño.

Quintilia estaba erguida, olvidando su encorvamiento.

—Joven —dijo—, ésa fue la más vergonzosa exhibición de malos modales y lenguaje grosero que he tenido la desgracia de presenciar. Por favor, abandona mi casa de inmediato.

—No. —Sacudí la cabeza—. No. Lo lamento, mi señora. Lo lamento profundamente. Me disculpo por mis malos modales, de veras. Pero aún no puedo irme.

—Si el ama dice que te vayas, Corvino, pues te vas. —Agrón seguía plantado detrás de la silla de Quintilia—. Si prefieres salir con los pies por adelante, es tu decisión.

—No, Agrón, espera. —Quintilia se volvió hacia mí—. No entiendo. ¿Por qué de golpe estás tan ansioso por quedarte?

—Porque no he terminado —dije—. Porque acabo de comprender cómo encajan todas las piezas.



31

Los tres me clavaron los ojos. Luego empezaron las preguntas.

Alcé la mano.

—Por favor, ¿puedo beber antes una copa de vino?

Tenía la garganta seca. Respetar la cortesía era una cosa, pero después de lo que había pasado habría matado por un trago. Además, esto era una celebración. Aunque el rompecabezas no estaba completo, al fin veía dónde encajaban las piezas faltantes.

—Desde luego. —Quintilia se esforzaba para mantener su impasible dignidad—. Claro que sí. Agrón, busca a un esclavo y pídele que traiga una jarra de la reserva para huéspedes. —Se volvió hacia mí mientras el grandote salía—. Ahora soy yo quien debe disculparse, joven. Mi falta de hospitalidad fue imperdonable. Pedí a los sirvientes que se mantuvieran alejados hasta que hubiéramos terminado nuestra conversación, pero al menos debí ofrecerte vino.

—Olvida el vino. —Asprenas me taladraba con los ojos—. ¿A qué te referías, Corvino, al mencionar a la emperatriz?

—He encarado mal las cosas —expliqué—. Era un error natural, desde luego. Como se infiltraron en la conspiración de Paulo y Augusto fue quien tomó las decisiones, pensé que él sabría desde el principio lo que ocurría. Tal vez no fue así. Tal vez fue Livia quien frustró el plan y Augusto no se enteró de nada hasta que ella se lo contó. —¡Por los dioses! ¿Dónde estaba ese vino?

Asprenas aún me miraba como si yo hubiera hecho una sugerencia indecente.

—¿Por qué la emperatriz no le mencionaría a Augusto una conspiración contra el estado, Corvino?

Pero Agrón al fin llegaba con el esclavo que servía el vino. Cogí la copa de un manotazo y la vacié, luego la volví a llenar con la jarra. Agrón señaló la puerta con un cabeceo y el esclavo se esfumó.

Me volví hacia Asprenas.

—Pero no era una conspiración contra el estado —dije—. De eso se trata. Los conspiradores no querían organizar una rebelión, sino frenar a Livia y Tiberio. Eran los Julios contra los Claudios. ¿Quién tenía el mayor interés personal en frustrar el plan? ¿Tanto interés, en realidad, como para ponerlo en marcha, para luego poder descalabrarlo?

Noté que había sorprendido a Asprenas.

—¿Estás diciendo que Livia alentó la conspiración de Paulo? ¿La emperatriz?

—¿Por qué no? Ella les dio la soga y miró mientras los pobres diablos se ahorcaban.

—¿Entonces cómo funcionó?

Bebí otro sorbo de vino. Era bueno. Mis ideas empezaban a aclararse.



—Ante todo, debía tener el respaldo del emperador, ¿de acuerdo? Paulo y Julia debían pensar que Augusto los apoyaba en secreto.

—Supongo que eso tendría sentido.

Gran deducción, Carigordo. Enhorabuena.

—Así que tenemos tres conspiradores. Paulo, Julia y Silano. Silano es un agente doble, pero los demás no lo saben. También hay un cuarto participante que para Julia y Paulo representa al emperador.

—Este cuarto conspirador, presuntamente, era mi tío.

—Sí. —Miré de reojo a Quintilia. Estaba petrificada—. Sí. La tarea de Varo, al menos, era cumplir con ciertos requisitos. Él les garantizaba una salvaguarda, era su póliza de seguro. ¿Está claro?

Asprenas asintió. Quintilia fruncía el ceño. Pensé que ya la había desorientado. La anciana había tenido un día ajetreado.

—Ahora viene el punto de inflexión —dije—. Augusto no sabe nada sobre la conspiración. Varo no le es leal. Tampoco Silano. Ambos trabajan para Livia. Desde luego...

—Lamento interrumpir, joven —dijo Quintilia—, pero eso es imposible.

Me paré en seco como si me hubiera chocado contra una pared de ladrillo.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber por qué?

No era un modo cortés de preguntarlo, pero no había esperado ninguna oposición de su parte, y me había descolocado.

—Porque Publio se llevaba muy mal con la emperatriz. Nunca se habría aliado con ella por ningún motivo. Y Livia, por su parte, nunca habría confiado en él para actuar flagrantemente contra Augusto, aunque él se lo hubiera ofrecido. No sé para quién trabajaba mi hermano, pero no era Livia. O, si prefieres, si la emperatriz manipulaba las cosas, su agente no habría sido Publio.

—¿Estás segura de eso?

—Claro que estoy segura. Cuando dijiste que Publio trabajaba para el emperador, y luego para sí mismo, no vi motivos para no creerte. Pero presumir que trabajaba para Livia es otra cuestión.

—¿Sin importar las circunstancias?

—Sin importar las circunstancias —replicó con la contundencia de un portazo.

Mierda.

—¿Entonces qué hago con mi cuarto conspirador?

—No es mi hermano. Me temo, Corvino, que tendrás que buscar en otra parte.

Cogí la jarra y llené la copa para cubrir el súbito silencio. Necesitaba pensar. Quintilia había sido tajante, pero ella era una persona tajante. Eso no significaba que tuviera razón. No estaba dispuesto a soltar a Varo, de ninguna manera. Encajaba a la perfección, y la verdad concreta de la carta me respaldaba. Sabía que Livia habría podido ejercer presión si quería valerse de esa persona. El chantaje, quizá. Varo parecía un candidato natural para el chantaje.

Noté que Carigordo me hablaba.

—¿Cómo cuadra la matanza con todo esto, Corvino?

Casi sentí alivio. En ese aspecto, pisaba un terreno más firme en lo concerniente a Varo. Él había orquestado todo el asunto, aunque hubiera salido mal. Y dado el contacto con Julia, sus motivaciones eran bastante obvias.



—Vale —dije—. Por el momento olvida a los Julios y míralo desde el punto de vista de Livia. Desde el principio quiere vestir a su niño con la púrpura. Quiere que resalte, que la gente repare en él. El único problema es que Tiberio no es un dechado de seducción. Tiene forúnculos, halitosis, caspa, todos los problemas personales que se te ocurran, y para colmo sus modales harían que un rinoceronte pareciera sociable. Y Augusto lo detesta.

—Estás hablando del emperador, Corvino. —Carigordo no parecía muy contento—. Un poco más de respeto, por favor.

—¡No seas engolado, Lucio! —exclamó Quintilia—. Corvino tiene toda la razón. Quizá Tiberio tenga excelentes cualidades, pero es un patán y siempre lo ha sido. Adelante, joven.

¡Por Júpiter! La anciana nunca dejaba de sorprenderme. Asprenas se puso tieso como si ella le hubiera pinchado el culo con una aguja y cerró la boca tan pronto que pude oír el chasquido de los dientes.

—Vale —dije—. Ahora bien, Verruga no aparenta gran cosa, pero es un general de primera. El único problema es que nadie repara en él ni siquiera cuando obtiene victorias. Y recientemente no ha brillado mucho en el aspecto militar. Más aún, sufrirá una buena bronca por su conducción de la campaña iliria cuando vuelva a casa. ¿De acuerdo?

Asprenas inclinó la cabeza rígidamente, pero noté que lo tenía enganchado. También a Agrón.

—Así que la emperatriz tiene un problema. Debe manipular el asunto para que su bebé huela a rosas. Pero tiene que hacerlo por su cuenta, no como representante del padrastro. La diplomacia queda descartada. Verruga no tiene carisma. Pero un gran éxito militar es otra historia, y es una especialidad de Tiberio. El problema es que ya los ha obtenido y nunca lo llevaron a ninguna parte. Para alterar esta situación, el plan exige dos requisitos.

—¿Cuáles? —preguntó Carigordo sin mover los labios.

—Primero. —Bajé un dedo—. Verruga se lleva los laureles, no sólo una palmada en la espalda como delegado de Augusto. Segundo, en relación con esto... —Bajé el segundo dedo—. Debe tratarse de una campaña que arregle un desbarajuste que haya sido responsabilidad personal de Augusto. —Hice una pausa. Se podría haber cortado el silencio con un cuchillo—. Germania era perfecta. Si Livia podía impulsar un desastre y una recuperación, todo le saldría a pedir de boca. La política de fronteras era la predilección de Augusto. Y Varo era la elección personal del emperador para la gestión de Germania.

—Y si se demostraba que era incompetente —dijo Quintilia—, Augusto también sería culpable. Sumamente ingenioso.

—Y funcionó muy bien. —Al fin Asprenas había abierto la boca—. La masacre lo desquició. Pensó en suicidarse, ¿lo sabías? —Negué con la cabeza. No, no lo sabía, pero no me asombraba—. No es de conocimiento público, por razones obvias, pero es un hecho. Y desde luego tienes razón en cuanto al desenlace. Cuando la crisis terminó y Tiberio regresó a Roma, obtuvo el cogobierno. Me disculpo, Corvino. Y coincido con mi tía. Tu teoría es tan plausible como ingeniosa.

Quintilia se aclaró la garganta.

—Tiene un solo defecto, joven —comentó—. Debo repetir lo que dije antes, aunque los hechos contradigan mi opinión. Suponiendo que sabía lo que hacía, mi hermano nunca habría participado en un plan como el que describes.



La miramos fijamente, y ella nos sostuvo la mirada sin inmutarse. Me pregunté si Perila se parecería a ella dentro de cincuenta años.

—Lo que dije sobre la conspiración de Paulo también es aplicable aquí — continuó con firmeza—. Doblemente. Publio sería codicioso, pudo haber traicionado su confianza, pero no podía llegar a semejante grado de traición. Y menos si estaba implicada la emperatriz.

Era aconsejable cierto tacto.

—Mi señora Quintilia —dije, apoyándole la mano en el brazo—, comprendo que habrás sentido un profundo afecto por tu hermano, pero...

Me apartó el brazo.

—Publio era un cerdo codicioso y autocomplaciente con una opinión burdamente elevada de sí mismo. Nunca lo aguanté. No obstante, tenía ciertos límites. Y uno de esos límites habría sido una traición como la que describes.

¡Por Júpiter!

—Quizá lo presionaron. Quizá lo extorsionaron. Fueran cuales fuesen sus razones...

Ella alzó la mano, y me callé.

—Valerio Corvino —dijo—, eres un joven muy inteligente y muy capaz. También, por lo que veo, tienes todos los datos a tu favor. Eso no está en discusión. Sin embargo, yo conocí a Publio toda la vida, y tú no. Te repito que no podría haber participado a sabiendas en semejante plan, así como no habría renunciado a sus galas de patricio para unirse a la plebe. —Se levantó—. Y creo que ahora será mejor que te vayas.

Había pena y orgullo en su voz, además de certidumbre. Dejé la copa de vino en la mesa.

—Lo lamento, Quintilia —dije con sinceridad—. Me gustaría creerte. Pero como ves, es imposible.

Se irguió un poco más. Era tan alta que sus ojos claros casi estaban a la altura de los míos.

—¿Y acaso piensas, Corvino, que yo no lo sé? —replicó lentamente.

Estaba todo dicho. Les di las gracias y me fui.



32

Las literas tienen sus ventajas. Permiten reflexionar cómodamente, y eso fue lo que hice durante el regreso. Quintilia me había conmocionado más de lo que quería reconocer. Claro que los hechos apuntaban a la culpabilidad de Varo — un traidor es un traidor es un traidor—, pero la anciana había sido muy convincente. Quizá yo me equivocara en cuanto a Varo, o al menos me equivocara a medias, a pesar de la carta. Quizá lo hubieran embaucado. La pregunta era cómo.

Bien, pensé. Digamos que él no es nuestro cuarto hombre. Digamos que el fulano se llama X. La tarea de X es lograr que Varo se alíe con Arminio. Obviamente tiene que ser alguien en quien Varo confía y a quien escucha. Y necesita estar en ese sitio, porque la trampa es engorrosa y él tiene que vigilar personalmente cómo andan las cosas.

Dicho de otro modo, X es un importante miembro de la plana mayor de Varo, amén de su amigo personal.

De acuerdo. Entonces X pasa a la primera parte del plan. Logra que los dos se reúnan. Eso es fácil. Varo ya conoció a Arminio en Roma, e incluso existía cierta amistad. En los quintos infiernos, con sus pulidos modales romanos, Arminio destaca como una rosa en el desierto. En comparación con los demás lugareños, es un tipo aceptable, civilizado, uno de los nuestros. Cuando Arminio le dice a Varo que tiene una propuesta que redundará en beneficio de Roma y de paso permitirá que Varo se gane una propina, el viejo ya está medio convencido.

Arminio y Varo llegan a un acuerdo. Al norte del río, donde no rige la ley romana, Germania es un lío de tribus hostiles, y una de ellas pertenece a Arminio. Hasta ahora sólo han sido un fastidio, y por eso hemos debido mantener bien pertrechadas las guarniciones del Rin. Arminio propone fusionarlas en una federación, con él como caudillo, con la ayuda de Varo. Con Arminio al mando, en la otra margen quedaría un reino amigo que aliviaría la presión sobre la frontera norte. Será peligroso a corto plazo, le dice a Varo. Tendré que fingir que actúo contra Roma. Sólo tú sabrás la verdad, que estoy de vuestra parte. Sólo se requiere que Varo haga la vista gorda, quizá que intervenga en ocasiones usando tropas romanas contra las tribus que no se prestan al juego. Y habría dinero; carretadas de dinero, porque los gobernadores militares romanos no son baratos.

Sí. Ese viejo codicioso no habría vacilado un instante.

¿Quién era X, el tipo que echó la bola a rodar? Como decía, tenía que ser alguien cercano a Varo, parte del equipo administrativo imperial. Alguien de alto rango.

¿El lugarteniente de Varo? ¿Numonio Vela?

Todo casaba. Vela era amigo de la familia. Quintilia me lo había dicho. También era el segundo hombre en importancia dentro de la provincia, después del gobernador. Y cuando llegara el momento de repartir culpas —el momento



de la marcha final—, se habría asegurado de contar con pruebas concretas para absolverse si era necesario, e incriminar al jefe: la carta de Quintilia. Salvo una confesión firmada ante las seis vestales y medio colegio de augures, nadie podía pedir nada mejor. Si acusaban al gobernador que él había escogido, Augusto se iba a pique sin salvavidas. Sin duda también se opuso a desviarse hacia el Teutoburgo, sabiendo que Varo desecharía su consejo.

La última etapa del plan también casaba. Varo pensaría que la trampa de los germanos era sólo otra parte de la engañifa, otro ardid de propaganda para poner las cosas a punto: una victoria sobre un ejército romano en el campo de batalla. Pero Vela sabía que no era así. Él había hecho su propio trato con Arminio. El enfrentamiento sería limitado, claro, pero no toda la sangre sería falsa. Los germanos permitirían que Varo entrara en el Teutoburgo, pero no atacarían todos al mismo tiempo, como él esperaba. Aguardarían a que él hubiera avanzado tanto que no pudiera retroceder, y luego le asestarían un golpe demoledor y seguirían golpeando hasta desorientarlo por completo...

En ese punto se detendrían. Ésa era la diferencia crucial entre el trato que X había hecho con Arminio y lo que había sucedido en la realidad. No habría matanza. Varo se rendiría, o le permitirían salir del bosque con su ejército desbaratado. El resultado sería el mismo, de todos modos. La reputación de Varo se iría a pique, y también la de Augusto.

Pero tampoco ocurrió de esa manera. Arminio había jugado su propia partida. Había traicionado a Varo y al agente de Livia y había buscado la yugular. Con razón Vela era un manojo de nervios. Debió comprender que lo habían embaucado mucho antes del último día, cuando decidió salvar el pellejo y tratar de llegar por su cuenta al Rin. Quizá pensaba que Arminio lo dejaría escapar, o quizá fue presa del pánico. De un modo u otro, no le sirvió de nada. Varo sale de escena, y también nuestro cuarto conspirador.

Y los principales impulsores del plan, Livia y Tiberio, quedan hundidos hasta las imperiales orejas.

Me recliné contra los cojines de la litera, sintiéndome muy complacido conmigo mismo. Todo funcionaba, todo casaba. Tenía que averiguar más sobre Vela, sin embargo. En ese momento el tipo era sólo un nombre. Quizá Perila pudiera ayudarme.

Pero cuando paré en su casa para hablarle, el portero me dijo que había ido a visitar a su madre.



33

Eso me recordó mis propios deberes filiales. No había visitado a mi madre en dos meses, ni siquiera en Floralia. Éste era un momento oportuno. Yo estaba sobrio y presentable: me había puesto mi manto más elegante para ver a Quintilia y aún tenía a mano mi mejor litera. Fue mala suerte para los portadores que mi madre viviera en el Celio, donde acabábamos de estar, pero con mi excéntrica preferencia por las caminatas no les vendría mal bajar de peso.

Después del divorcio, mi madre se había casado con un viudo, Helvio Prisco. Aparte de la ceremonia nupcial, en que yo había entregado a la prometida, sólo lo había visto dos veces, y dudaba que mi madre lo hubiera visto mucho más, porque su afición lo obligaba a salir con frecuencia. La especialidad de Prisco eran las tumbas y las inscripciones funerarias. Sobre todo tumbas etruscas y de los primeros tiempos de la república. Si le hablabas de cosas normales, como el desempeño de los Azules en las carreras, o quién le había dicho qué a quién en la fiesta de anoche, sólo conseguías gruñidos. Si le preguntabas por el desarrollo de la ortografía desde sus orígenes primitivos hasta los tiempos modernos, junto con las pruebas epigráficas de un cambio de vocales en la lengua vernácula, no podías hacerlo callar. En fin. Hay de todo.

Mi madre tenía buen aspecto: había perdido mucho peso después de su frustrado embarazo y nunca lo había recobrado. Cuando llegué, estaba hablando sobre los arreglos florales con un esclavo.

—¡Marco! ¡Qué gusto verte! —Se me acercó y me besó en la mejilla, y olí la fragancia que le preparaba especialmente el mejor perfumero de Alejandría —. ¿Dónde has estado todos estos meses?

—Sólo dos, madre.

—Pues parece más tiempo. —Retrocedió. Vi que estudiaba la magulladura que mi aterrizaje me había dejado en la oreja, cuando me expulsó el portero de Silano—. Te has lastimado.

—Nada grave. Me caí por una escalera, nada más.

—Bebes demasiado, querido.

—No tuvo nada que ver con la bebida.

—Pamplinas. —La sonrisa de sus ojos se agrió con esas palabras—. Ven a sentarte.

Me recosté en el diván reservado a las visitas mientras ella impartía sus últimas instrucciones al esclavo. Luego se sentó para hablarme.

—Bien, Marco. ¿Qué es de tu vida?

—Nada especial. —No pensaba hablarle del caso Ovidio; y como Prisco estaba fuera de la alta sociedad, dudaba que se hubiera enterado por otros.

—¿Has visto a tu padre recientemente?

—Quizá. ¿Por qué?

Irguió un hombro elegante.



—Mera curiosidad. Yo le vi hace poco tiempo. Tuvimos una conversación muy civilizada.

—¿Le hablaste? —Mi padre me había dicho que había visto a mi madre, pero no que habían hablado.

—Claro que le hablé. ¿Por qué no? Estaremos divorciados, pero no somos enemigos.

No respondí.

—Está preocupado por ti, Marco. Piensa que estás desperdiciando tu vida.

—Qué simpático de su parte.

—Ojalá no desdeñaras tanto a tu padre, querido. No es justo. Nosotros no nos entendemos bien, desde luego, pero él es bien intencionado a su manera anodina. Y, por si te interesa, en este asunto coincido con él.

La miré sorprendido. En mi vida le había oído decir que estuviera de acuerdo con mi padre. Claro que tampoco había dicho que estaba en desacuerdo; simplemente, por su cuenta y sin comentarios, daba su propia opinión, que nunca casaba con la de él. No es exactamente lo mismo.

—Ya lo sé —continuó—. Eres mayor y puedes tomar tus propias decisiones. También comprendo que, como tu padre tuvo el mal tino de dejarte una buena parte de su patrimonio, gozas de independencia económica. Pero estas cosas quedan al margen.

—No me interesa la política, madre. Al menos, la política tal como la entiende papá, y parece que no existe alternativa.

—Dije que tu padre piensa que desperdicias tu vida, y en eso estoy de acuerdo. No dije que quisiéramos obligarte a ocupar un puesto público.

—Tú no, quizá, pero papá sí. En todo caso, ¿qué otra cosa hay?

—¡Marco, no lo sé! Eres tú quien debe decidirlo. Tienes veintiún años, y cumplirás veintidós el mes próximo. Ya tienes edad para saber lo que quieres hacer de tu vida.

—Pues lo sé. Quiero disfrutarla.

Ella suspiró.

—No seas melodramático, querido. Te morirás de aburrimiento antes de los treinta. De todos modos, no pienso sermonearte. Es cosa tuya, no mía. Te he dicho lo que pienso, y tú decidirás si quieres escucharme o no.

Estábamos entrando en un terreno peligroso. Cambié de tema.

—¿Cómo está mi padrastro?

—Tito está bien. En este momento está en Veyes, en pleno desenfreno genealógico. —Arrugó la frente—. Al menos, creo que es Veyes. Pero estoy segura de que el desenfreno es genealógico.

—¿No te resulta aburrido ese hombre?

—A diferencia de tu padre, Tito tiene honduras ocultas. —Sonrió de manera muy poco matronal. Me pregunté si no habría juzgado mal a Helvio Prisco—. Te sorprendería. No a ti personalmente, pero ya sabes a qué me refiero. Hablando de eso, ¿por qué no me cuentas algo sobre esa muchacha que estás viendo?

—¿Qué?

Se ve que no pude ocultar mi azoramiento, porque ella se echó a reír.

—Sí, Marco, lo sé todo sobre Rufia Perila. Ambos habéis causado un pequeño escándalo. No es que me moleste en lo personal. Por lo que he oído, la pobre muchacha necesitaba airearse. Ese Sulio Rufo es escoria.

—¿Cómo supiste lo de Perila, madre? ¿Quién te lo contó?



—No recuerdo los nombres, querido. Pero no te preocupes. Todos simpatizan con vosotros. ¿Ella pedirá el divorcio?

—Sí.

—Espero que lo consiga. Quizá se dificulte un poco, pues el marido es íntimo del hijo del emperador, pero no hay nada peor, Marco, que estar casado con alguien que no te agrada. Ni hablemos del amor. Y no importa quién sea el culpable. ¿Me entiendes, querido?

La miré rígidamente.

—Sí, eso creo, madre.

—Bien. —Se reclinó—. Ahora hágame de Perila.

Le hablé. No de nuestras cosas personales, desde luego, ni del asunto que nos había permitido conocernos: si mi madre sabía algo sobre eso, tuvo el buen tino de no mencionarlo. Se habrían llevado bien, pensé, aunque tenían carácter muy distinto. En cierto modo se complementaban.

—Debes traerla a cenar una noche —dijo cuando concluí—. A Tito también le agrada hablar con ella. El patronímico Rufia es muy inusual. —Le clavé los ojos, y desde luego que había socarronería en sus ojos y en las comisuras de la boca—. Pero hablo en serio, Marco. A mí me encantaría conocerla, y también a Tito. No te preocupes, le daré poca rienda a ese latoso. Quizá también debamos invitar a tu padre y su nueva esposa.

—¡Madre!

—Sólo una broma, querido. Si insistes en considerarla así. Sería una velada aparatosa, pero creo que a Perila no le molestaría.

No, debía reconocer que no le molestaría. Y aunque le había prometido que trataría de llevarme bien con mi padre, todo tenía un límite. Me escandalizaba que mi madre lo hubiera sugerido.

Charlamos un rato más, de esto y lo otro. Me agrada hablar con mi madre. Tiene la rapidez de un arrendajo, una brillantez e irreverencia que contrastan por completo con la ampulosidad de mi padre. Luego oí pisadas detrás de mí. Un esclavo traía una bandeja con vino y copas.

—Gracias, Glauco. Sírvenos y déjanos solos, por favor. —Mi madre se volvió hacia mí y sonrió—. Conseguí esto especialmente para ti, Marco. No pude resistirme.

Conociendo a mi madre, tendría que haber sospechado algo. Pero había sido un día largo y difícil. Sentí que el néctar ya me bañaba las papilas.

—¿De veras? ¿Qué es?

La sonrisa se ensanchó.

—Zumos de granada, querido. Con una pizca de canela.

Típico de mi madre. Para fingir que no había entendido la alusión (aunque eso no la engañara), tuve que tomar un sorbo de ese brebaje. Cuando llegó la hora de irme, aún no me había sacado el sabor de la boca.



34

Perila también había salido a la mañana siguiente, y cuando le pregunté a Calías me informó que no había regresado a casa.

—¿Por qué no me lo dijiste anoche? —grité.

—Lo lamento. Supuse...

—¿Qué supusiste?

El hombre estaba pálido de preocupación, y decidí aplacarme. De nada serviría gritarle a un esclavo, y no era culpa de Calías.

—Como el ama no regresó a casa, confirmé con Marcia que en efecto se había marchado. Así las cosas, señor, supuse erróneamente que... eh...

Guardó un embarazoso silencio.

—Calías, si pensabas que ella estaba en mi casa, ¿por qué no enviaste a alguien para verificarlo?

—Señor... —El viejo esclavo recobró la compostura con gran dignidad—. Yo soy propiedad de mi dueño, no de mi ama, y debo responder ante él. En consecuencia, hay ciertas cosas que prefiero no saber, y si las sé, prefiero pasarlas por alto. Tú me entiendes, señor.

—Sí, claro. Lo siento. —Dejé de pasearme por la sala de recepción y me senté en el borde de mármol de la piscina. Noté con interés que me temblaban las manos, y que no había modo de aquietarlas—. ¿A qué hora se fue de la casa de su tía?

—Una hora antes del ocaso, señor.

—¿En litera?

—Sí, señor.

—¿Y los portadores tampoco regresaron?

—No, señor.

—¿Una litera vuestra? ¿O de alquiler?

Calías frunció los labios.

—Una litera de la casa, señor, desde luego. Nunca consentiría que el ama saliera en una litera de alquiler.

A pesar de mi angustia, sonreí. Los esclavos pueden ser sumamente estirados, y un esclavo estirado tiene más melindres que una viuda patricia.

—Vale. ¿Has consultado a la guardia? —Tenía que hacerle esa pregunta.

—Sí, señor, desde luego. Anoche no hubo víctimas en esta región.

Solté un suspiro. Era improbable que la hubieran atacado tan temprano, entre el Esquilino y el Palatino. Aun así, me aliviaba descartar la posibilidad de un asesinato.

—¿A qué otra parte pudo ir?

—A ninguna parte, señor, sin notificarnos. Rufia Perila no sale con frecuencia. Y menos a esas horas.

¿Qué nos quedaba entonces? Preferí no hacer esa pregunta.

—Avísame en cuanto regrese, Calías, por favor. ¡De inmediato!

Él inclinó la cabeza.



—Sí, señor.

Al cabo de tres angustiosas horas de espera infructuosa, me tragué el orgullo y fui a casa de mi padre. Estaba en su estudio, escribiendo. Cuando Fedro, el esclavo principal, me hizo pasar, dejó la pluma y se quedó mirándome.

No me extrañó. Hacía tres años que yo no pisaba esa casa. Desde el divorcio. Cuando me fui (entonces tenía casa propia desde hacía un año), había jurado a los espíritus familiares que no regresaría nunca.

—Bienvenido, Marco. —Mi padre se levantó y se me acercó, tendiendo las manos. Pensé que me abrazaría, pero no lo hizo. Dejó caer las manos—. Es bueno verte aquí.

—Perila ha desaparecido —dije—. Creo que la han secuestrado.

—¿Qué?

—Papá, si sabes algo sobre esto, cualquier cosa, por favor, dímelo.

Se puso rígido.

—¿Por qué sabría algo sobre el paradero de Rufia Perila?

—Mira, no andemos con juegos. No te pregunté dónde estaba. Te pregunté si sabías qué le pudo haber ocurrido.

—Claro que no lo sé.

—¿Lo juras?

—Marco, por todos los cielos, ¿qué mosca te ha picado?

—¡Júralo!

Mi padre me miró un largo instante, suspiró.

—Muy bien, hijo. Si eso quieres. —Se acercó al altar familiar y apoyó la mano derecha—. Juro que no tenía el menor conocimiento, hasta que entraste hace un instante, del paradero ni de la desaparición de Rufia Perila.

—¿Ni de quién podría ser responsable?

—¡Marco!

—¡Júralo!

—Ni de quién podría ser responsable. Lo juro. —Retiró la mano—. Ahora, Marco, por favor siéntate y dime qué sucede.

—¿Puedo beber una copa de vino?

—Por supuesto. —Pasó junto a mí, abrió la puerta del estudio y gritó—: ¡Fedro! Una jarra de vino. Ya mismo, por favor.

Oí la respuesta del esclavo, y sus pisadas en las baldosas de mármol.

—Dime qué ha ocurrido. —Mi padre cerró la puerta.

Me senté en el diván. Aún me temblaban las manos. No se habían aquietado en todo el día. Me las puse bajo los muslos para inmovilizarlas.

—Ayer por la tarde fue a la residencia de los Fabios para visitar a su madre —dije—. Salió antes del anochecer y aún no ha vuelto a casa. Es todo lo que sé.

—¿A tu casa o la de ella?

—¡Padre!

—Lo lamento, hijo. Eso no venía a cuento, y no es de mi incumbencia. ¿Pudo haber pasado la noche en otra parte?

—Calías no está seguro... Es el esclavo principal de la casa. Dice que ella le habría avisado. Sin duda me habría avisado a mí.

—¿Y Calías dice la verdad?

—Supongo. ¿Por qué iba a mentir?

—No lo sé. ¿No habéis reñido, tú y Perila?



—¡Carajo, claro que no hemos reñido!

—Tranquilo, Marco. Sólo trato de ayudar. ¿Ella no mencionó que visitaría a otra persona? ¿A nadie en absoluto?

—No. No que yo sepa.

Se abrió la puerta. Fedro con el vino. Le arrebaté la copa, la empiné, la acerqué para que me sirviera más.

—Deja la jarra en el escritorio y vete, Fedro —dijo mi padre. Cuando se cerró la puerta, continuó—: Marco, ¿por qué pensaste que yo podía estar enterado?

Sacudí la cabeza.

—Cometí un error.

—Así es. El emperador no secuestra. Sin importar la provocación. Y yo tampoco.

—¿No? ¿Y qué dices de la emperatriz? —No pude contenerme—. No me digas que Livia no se prestaría a esas cosas, papá. Sería el único delito que aún no ha cometido, ¿verdad?

El silencio fue súbito y total. Había hablado sin pensar. Había barboteado las palabras y era demasiado tarde para retractarme.

—¿Quién te lo dijo? —La voz de mi padre era apenas un susurro—. Marco, ¿quién te lo dijo?

—Eso no importa. —Tuve que aferrar la copa con ambas manos—. Lo sé todo, papá. Conozco la historia. Cayo y Lucio. Las dos Julias. Pero también sé que tenías razón. Es cosa del pasado, no tiene relevancia, no le importa a nadie. —Lo miré—. Padre, ¿por qué no pudiste confiar en mí?

Sacudió la cabeza en silencio. Estaba pálido.

—Hay una sola cosa que no sé, o que no sé con seguridad —continuó—. ¿Quién era el cuarto conspirador, el hombre que Ovidio vio en casa de Paulo? ¿Era Quintilio Varo, Vela, o alguien más? Vamos, ahora puedes decírmelo, papá.

Mi padre irguió la cabeza y me clavó la mirada. Su rostro había perdido toda expresión. Era imposible que estuviera fingiendo. Era una reacción demasiado natural, poco ensayada.

No sabía de qué le hablaba.

—Ovidio fue exiliado porque descubrió la verdad sobre el adulterio de Julia. No tuvo nada que ver con la conspiración de Paulo. ¿Y por qué estaría implicado Varo?

—Pero Julia no cometió adulterio. —Yo había convivido tanto tiempo con el problema que esa sencilla declaración me parecía obvia, casi ingenua.

—¡Claro que sí! Silano la sedujo por encargo de Livia. Luego Livia la denunció ante el emperador.

Esta vez fui yo quien sacudió la cabeza.

—No, papá. No sucedió así. No hubo adulterio. En absoluto. Paulo y Julia conspiraban para traer de vuelta a Póstumo y darle refugio entre las legiones del Rin.

—Pero...

Nunca había visto a mi padre tan confundido, tan desorientado, pero no tenía tiempo para la conmiseración ni para las explicaciones. De todos modos, ya no tenía relevancia.

—Mira, papá, nada de esto importa. Lo único que importa es que Perila ha desaparecido y creo que la familia imperial puede ser responsable. Te pido, te



encarezco que hagas lo posible por encontrarla. Haré lo que ellos quieran, lo que tú quieras. ¡Dejaré de hacer preguntas, lo que sea! ¡Pero recóbrala!

Titubeó.

—Muy bien, Marco. Haré lo posible. No acepto que el emperador sea responsable, ojo. Ni la emperatriz Livia. Pero al menos puedo indagar por los canales oficiales.

Sentí que me sonrojaba.

—¿Y cuánto llevará eso?

—No lo sé, hijo —dijo mi padre con suavidad—. Al menos varios días.

—¿Varios días?

—Marco, no puedo ir al palacio, exigir una audiencia con Tiberio y Livia y acusarlos de secuestro a la cara. Se tiene que hacer diplomáticamente.

—¡Por supuesto! —Desvié la mirada—. No queremos irritar a nadie, ¿verdad?

Mi padre suspiró.

—Pondré todo mi empeño, hijo, créeme. Pero no pienso irrumpir allí para arrojar acusaciones infundadas a diestro y siniestro, ni en tu nombre ni en el de nadie. Y menos a la emperatriz.

Volví a encararlo.

—Demasiado en el blanco, ¿verdad?

—Si prefieres verlo de esa manera, sí. Demasiado en el blanco.

Miré su expresión rígida y recordé mi promesa a Perila.

—Oye, papá, lo lamento. Sí, agradeceré cualquier cosa que puedas hacer. Al margen de cómo lo hagas y de cuánto tarde, y al margen de los resultados.

Su expresión se ablandó.

—La recobramos, Marco —dijo—. No te preocupes. Siempre que todavía... —Calló—. La recobramos.

Salí de la casa de mejor ánimo que al entrar. Aun así, no pude dejar de pensar en las palabras que mi padre había evitado decir al despedirnos, y recé a todos los dioses que conocía, e incluso a los que no conocía y que pudieran estar escuchando, por que Perila no estuviera ya muerta.

Esa noche no dormí.



35

Mi próxima parada fue el gimnasio, para hablar con Escílax. Mi padre manejaría el aspecto oficial del asunto, pero si el emperador era responsable, él no podría hacer demasiado salvo agitar la bandera blanca en mi nombre. Con la ayuda de Escílax yo podría comenzar en el otro extremo. Escílax tenía contactos en el submundo de la ciudad, y llegaban a tanta profundidad como las raíces de un roble. Si alguien podía rastrear a Perila, o indicarme quién la había capturado, era Escílax. Pero antes tenía que convencerlo de que yo hablaba en serio. En la lista de Escílax, las mujeres figuraban cerca de las mulas y los pollos. Aun en un buen día, los pollos ganaban tres veces de cada cuatro.

Lo encontré en el cuarto de avíos que usaba como oficina, afilando una daga.

—¿Por qué estás tan seguro de que la secuestraron? —Su pulgar fibroso untó con saliva la superficie de la piedra de afilar—. El tiempo no es nada para esas bobaliconas. Tal vez decidió quedarse en casa de unos amigos y se olvidó de mencionarlo.

—No fue así.

Él puso mala cara.

—¡Estupendo, Corvino! ¿De dónde sacas tanta certidumbre? ¿Tienes tu propia bruja de Tesalia escondida en alguna parte? ¿O practicas la quiromancia?

Sin pensarlo le arrebaté la piedra de afilar y la arrojé a un rincón.

—Oye, cabrón —grité—. ¿Vas a ayudarme o no?

No se movió; sólo me miró y extendió la mano hasta que recogí la piedra y se la devolví.

—Calma, muchacho —murmuró—. Era una broma. ¿Recuerdas lo que es una broma, Corvino?

Tragué saliva. Estaba hecho un manojo de nervios.

—Vale, lo lamento. No, no sé con certeza si la han secuestrado. Pero ha desaparecido. Y si hubiera visitado a amigos, me habría avisado a mí o a sus esclavos. De eso estoy seguro.

Escílax frunció el ceño. La daga se deslizó sobre la piedra con un susurro rechinante que me dio dentera.

—Bien —dijo al fin—. Te ayudaré. Desde luego. Pero si quedo en ridículo cuando ella regrese mañana a casa con un nuevo amiguito, te desnucó.

—No será así, créeme.

—Más vale que tengas razón, muchacho, porque ésa no fue una broma. Cuéntame los detalles.

Le dije lo que sabía, que no era demasiado.

—¿Has consultado a la guardia?

—Maldición, claro que he... —Me contuve—. Sí. Ningún cadáver.

—¿Y nadie se puso en contacto contigo?



—No. Ni con su familia.

—Es sólo el principio. Quieren hacerte sudar.

Me levanté y fui hacia la puerta. En la arena, el principal entrenador de Escílax regañaba a un joven petimetre aristocrático por bajar la guardia. Los miré sin ver.

—¿Quién la secuestró, Corvino? —preguntó Escílax en voz baja.

Di media vuelta.

—¿Cómo diablos puedo saberlo? ¡Eso es lo que quiero que averigües!

—Ya lo sabes, muchacho. No el nombre de los granujas que se la llevaron. De eso me encargo yo. El mandamás, el que da las órdenes, el tipo con quien has tenido estos problemas. Sabes quién es, ¿verdad?

—Quizá. —No tenía la intención de soltarle los nombres de Tiberio y Livia, a menos que fuera imprescindible.

—Sin quizá. —Escílax probó el filo de la daga contra el pulgar y la puso a un lado—. Escúchame bien, Corvino, porque te lo diré una sola vez. No le doy la espalda a un amigo, y si él me pide que contenga la lengua, no hablo de más. Pero también tengo mis exigencias. Si quieres mi ayuda, pagas mi precio.

—¿Qué precio?

—Confía en mí. Cuéntame todo desde el principio. Todo, muchacho, no las escenas selectas. Entonces veremos dónde estamos situados.

—Ya hemos pasado por esto. No puedo hacerlo.

Se encogió de hombros y se levantó.

—Está bien, si lo quieres así.

—¡Oye, no lo entiendes! Podrían matarte sólo por saber esto. Hay nombres importantes de por medio.

—Dije que estaba bien. —Cogió una espada de madera y se dirigió hacia la puerta—. Buena suerte, muchacho. Nos vemos.

Me paré en la puerta, cerrándole el paso.

—¿Acaso no piensas ayudarme? —Él no dijo nada, sólo continuó la marcha—. ¡Respóndeme, cabrón!

Su hombro me chocó en el lado del pecho como la punta de un ariete. Caí sin aliento, y él pasó encima de mí. Pensé que pasaría de largo, pero se detuvo y me miró.

—No importan los nombres, Marco —dijo—. Sólo confía en mí. Es todo lo que pido.

Yo yacía en el suelo sucio, jadeando y tocándome las costillas. Era como si una columna dórica desbocada me las hubiera triturado.

—Vale —respondí cuando recobré el habla—. Vale, tú lo has pedido. Pero no me culpes si mañana te despiertas con un tajo en la garganta.

Sonrió y me ayudó a levantarme.

—Tengo el sueño ligero, Corvino. Además, ¿quién quiere llegar a viejo?

Así que le conté toda la historia desde el principio, sin omitir ningún detalle. Pensé que la cuestión política lo aturullaría, pero no fue así. Escílax tenía mundo, y no era estúpido.

—¿Estás seguro de que la familia imperial está detrás de esto?

—Tiene que estar. Me frenaron ese primer día en el palacio, y nadie más tiene tanta influencia. Además, afecta a sus intereses. —Lo miré de soslayo—.

¿Preocupado?

—Muerto de miedo, a decir verdad. ¿Quién no lo estaría?

—¿Eso cambia las cosas?



Escílax inspeccionó la hoja de la daga y la soltó.

—Te di mi palabra ¿recuerdas? No lo hago con frecuencia, muchacho, y cuando la doy nadie la cuestiona, ni siquiera tú. ¿Me entiendes?

Tragué saliva y no dije nada.

—Vale. Tiberio y Livia no participarían directamente en un asunto tan turbio. Si quieres encontrar a tu amiga, tendremos que buscar al intermediario. Haré correr la voz. Entre tanto, te observamos. Te vigilamos a ti, vigilamos tu casa.

—¿De qué servirá eso?

—¡Por Júpiter, Corvino! —Escupió—. ¿Qué tienes en la cabeza? ¿Dices que esta gente aún no se puso en contacto contigo?

—Todavía no.

—Lo hará. Y cuando lo haga, tendremos una cara que podremos seguir.

—Sí, pero lo que ellos quieren es parar la investigación. La familia imperial, quien sea... no tienen que ponerse en contacto para decirme lo obvio.

—¿Tienes una idea mejor, muchacho?

—No, pero...

—Entonces cierra el pico y confía en mí. No es mi primera vez, y sé lo que hago. Tarde o temprano alguien te dirá algo, y yo lo sabré. Lo sabré sin que él sepa que lo sé. Y luego encontraremos al hombre y lo haremos picadillo. —Sonrió—. A menos que sea el mismísimo Tiberio con una gran capa negra y una barba postiza, en cuyo caso lo dejaré de tu cuenta. Así que lárgate y déjame organizar las cosas, ¿de acuerdo?

De regreso pasé por la casa de Perila, por si las dudas; pero aún no había noticias.



36

Me preparaba para acostarme cuando Batilo asomó la cabeza por la puerta para decirme que Agrón aguardaba para hablar conmigo a solas.

A solas. Seguro. Ya me imaginaba las palabras. Tenemos a tu amiga, compadre. Deja de fastidiar o despídete de ella. Parecía que la vieja Quintilia me había hecho soltar la lengua. Mierda, había creído en ella y su sobrino carigordo, y parecía imposible que pudiera equivocarme tanto. Podía entender a Asprenas; sospechaba que Carigordo no le haría ascos a un secuestro si pensaba que era el único modo de silenciarme. Pero no Quintilia. Pensaba que la anciana tendría más orgullo.

Saqué la espada y le dije a Batilo que lo hiciera entrar y se cerciorara de que los Amigos Entrañables estuvieran a la vista en el vestíbulo. El ilirio pasó de largo como si formaran parte del mobiliario. Si hubiera llevado sombrero, lo habría colgado de uno de ellos.

—Siento lo de tu amiga, Corvino —dijo.

Le apoyé la punta de la espada en el pecho.

—Bien, dime dónde está. Tienes tres segundos.

Aunque yo tenía cara de pocos amigos, Agrón ni siquiera parpadeó. Apartó la espada, cogió una silla y se sentó.

—Guarda ese espetón, muchacho, estás ridículo. Si no sabes cuidar de tus mujeres, no es problema mío.

Envainé lentamente la espada y me senté frente a él. Ese hombre tenía más agallas que yo, debía concederle, pero no dejaría las cosas así.

—Si le pasa algo —dije lentamente—, date por muerto, ¿entiendes? Tú y ese mofletudo de Asprenas. Te lo aviso desde ahora.

Se rió.

—¿Crees que te irá mejor que la última vez? ¿Y qué tiene que ver Asprenas?

Hice una señal a los Amigos Entrañables, que aguardaban en la puerta abierta. Entraron sonriendo y codeándose, haciendo crujir los nudillos y flexionando los bíceps. Como actuación, era tan sutil como un atraco en la Suburra, pero yo no tenía reparos. Quería comunicar este mensaje con mayúsculas.

Agrón ni siquiera volvió la cabeza.

—Mira, Corvino, quizá no nos tengamos mucha simpatía, pero no busco problemas ni vine a fastidiarte. Te digo sin rodeos que no tengo la menor idea del paradero de la muchacha, ni de quién se la llevó. Tampoco Asprenas, ni el ama. Así que díles a tus monos amaestrados que se vayan antes de que te pongas aún más en ridículo que ahora.

Quizá mintiera, pero algo me decía que no. En todo caso, su coraje era admirable.

—Está bien, muchachos. —Alcé la mano—. Cambio de planes. Largo. Id a jugar al lado con vuestros chismes. —Los crujidos de nudillos y las flexiones de



bíceps cesaron y las sonrisas se borraron. Hay chiquillos que ponen esa cara cuando alguien les ordena que dejen de torturar al gato—. Y decidle a Batilo que nos traiga una jarra de vino con especias.

—Así está mejor. —Agrón se cruzó de brazos y me miró mientras los galos salían dando un portazo—. Ahora dime qué ocurrió.

—Un momento. Primero dime tú cómo supiste que la muchacha había desaparecido.

—No yo. El ama. Y antes de que te apresures a sacar conclusiones infundadas, la mayor parte de Roma lo sabe. Dale las gracias a tu papi.

Naturalmente. Mi padre no tendría motivos para ocultar la noticia, todo lo contrario. Le había pedido ayuda, y en esas circunstancias lo primero que hace un aristócrata que se precie es propagar la novedad. La vieja relación entre patronos y clientes quizá fuera más endeble que en el pasado, pero cuando se trataba de obtener resultados daba por tierra con los canales oficiales. Estaba sorprendido de que se hubiera tomado tantas molestias. Y agradecido, además.

—Vale —dije—. Si quieres saberlo, fue de visita hace un par de noches y no volvió a casa. El día en que tuvimos nuestra charla sobre Varo.

Si reparó en el tono de esta frase, no lo demostró.

—¿Secuestrada?

—Así parece.

—¿Alguien te pidió rescate?

—Todavía no. Pero no creo que sus captores estén interesados en el dinero.

—¿Entonces qué?

—¿Qué crees? Quieren que deje de hacer preguntas. Lo mismo que querías tú.

—Pero nosotros te lo pedimos amablemente, Corvino. ¿Crees que es tan importante?

—Sí. Yo diría que es importante. ¿Qué te parece?

Llamaron a la puerta y Batilo entró con la bandeja. Le dirigió al grandote su mejor mirada reprobadora, sirvió y se fue.

—¿Qué te trae por aquí? —Sorbí el vino caliente—. Aparte de la curiosidad.

—Al cuerno la curiosidad. Ya te lo he dicho. Si no sabes cuidar a tus mujeres, no me incumbe. El ama me envió para preguntarte si puede hacer algo.

—Puedo apañármelas. Pero agradéceselo de mi parte.

Agrón frunció el ceño y dejó la copa en el suelo sin probar el vino.

—Mira, Corvino. Esto no es idea mía. Quintilia se siente responsable. Quiere ayudar, ¿entiendes? Asprenas también. Sí, trataron de silenciarte, pero ahora saben que fue un error. Y no culpes al ama por lo que pasó aquel día en la Suburra. Eso no formaba parte de las órdenes.

—¿Tu iniciativa personal?

—Si gustas. Me dijeron que te siguiera, que te vigilara, quizá que te asustara un poco. Pero sin violencia. Y te salvé la vida, recuérdalo.

El hombre tenía cierta razón. Y esas palabras eran lo más parecido a una disculpa que obtendría de él.

—De acuerdo —dije—. Olvidémoslo por el momento.



—¿Aún crees que el general era tu cuarto hombre? —La pregunta fue tan inesperada que me sorprendió; pero así era como funcionaba Agrón.

Vacilé. El hecho de que el grandote hubiera dejado de amenazarme con molerme a golpes no significaba que tuviera que tomarlo por confidente. Y si trabajaba para la oposición, sería un error garrafal.

—¡Por favor, Corvino! Esto es importante.

Claro que lo era.

—¿Para quién?

—Para mí.

Acuné el vino mientras él aguardaba en paciente silencio. Si Asprenas estaba implicado en este asunto, podría haber enviado a su gorila amaestrado para sonsacarme algo, quizá para hacer algunas insinuaciones sobre cómo quería que yo actuara. Pero este argumento no me convencía. Agrón sería un cabrón, pero parecía un cabrón sincero.

—Bien —dije al fin—. No lo sé. Francamente no lo sé. Seguro, Varo estaba metido en esto. Así lo prueba esa carta. Pero es muy probable que le hayan tendido una trampa. O al menos que lo usaran.

Se relajó.

—Ansiaba que me dijeras eso. ¿Quién le tendió la trampa?

—Si supiera eso, amigo, sabría todo lo demás. ¿Por qué te importa tanto?

—Sabes lo que pienso del general, Corvino. Habrá sido codicioso, habrá aceptado sobornos de los germanos, pero, como te he dicho, cuando llegó el momento pagó con creces. Esa parte ha terminado. Si Varo es el traidor, no quiero saberlo y de ninguna manera ayudaré a demostrarlo. ¿Me entiendes?

Me pareció comprender su plan.

—Te entiendo. Ahora dime el pero.

Asintió.

—Correcto. Si no fue el general, si Varo fue embaucado, quiero pillar al culpable. Quiero pillarlo tanto como tú, Corvino, quizá más. No sólo por Varo, sino por otros quince mil pobres diablos y tres águilas doradas. Así que si ése es tu rumbo, quizá estemos en el mismo bando. Quizá.

Como ofrecimiento de paz, los había oído mejores, pero sonaba auténtico. Un cabrón sincero, sin duda.

—Hasta ahora todo indica que Varo era culpable —dije—. Te das cuenta, ¿verdad?

Asintió.

—Sí. Pero soy como el ama. No puedo creer que el general fuera ese tipo de traidor, y apuesto a que tengo razón.

—¿Y si no la tienes?

—Nunca apuesto a ciegas, Corvino. Varo fue víctima de una trampa. Sé que fue así.

Quizá estuviera cometiendo uno de los peores errores de mi vida, pero mi intuición visceral me decía que ese hombre hablaba con franqueza. Alcé la copa de vino.

—De acuerdo. ¿Una tregua?

Cogió lentamente su copa. Luego, con sus ojos en los míos, bebió apenas un sorbo y volvió a dejarla.

—Tregua.

—Vale. Entonces empieza a ayudarme. Si Varo no era nuestro hombre, ¿qué hay de las otras posibilidades?



—¿Por ejemplo?

—Empecemos por Numonio Vela.

Arrugó la frente.

—¿Lo mencionas por un motivo, Corvino, o sólo estás soltando nombres?

—Hay motivos. Si nuestro traidor no era Varo, tiene que haber trabajado con el general y ocupar un puesto alto en la jerarquía. Vela era el lugarteniente del general, y no se me ocurre una posición mejor para embaucar al jefe. — Sorbí el vino—. Háblame de Vela. ¿Qué clase de sujeto era?

—No era un conspirador —respondió sin la menor vacilación.

—¿Estás seguro?

—A menos que fuera un buen actor. Vela no tenía dobleces, y tampoco tenía agallas ni imaginación. Una nulidad sin cerebro que para colmo resultó ser un cobarde. Descártalo, Corvino. No me verás derramar lágrimas por Vela, pero no era el hombre que buscas.

—Un momento. No lo desechemos tan pronto. Vela fue el que le dijo a Quintilia que su hermano era un traidor. Le dio la carta que lo demostraba. Si Varo fue víctima de una trampa, yo diría que su lugarteniente es buen candidato.

Agrón enarcó las cejas.

—Claro que le dio la carta al ama. De eso se trata. Si hubiera sido el que embaucó al general, la habría conservado, pero no lo hizo. Se la envió a Asprenas por correo.

Sentí un frío en la nuca.

—Repítame eso, por favor. Despacio.

Me clavó los ojos.

—¿Qué mosca te ha picado, muchacho? ¿Estás bien?

—¿Dices que Vela le envió la carta a Asprenas?

—Sí. A Mainz, donde estaba acuartelado. —Agrón palideció—. ¿En qué estás pensando?

—¿Asprenas estaba en Germania?

—Claro que estaba en Germania. Creí que lo sabías.

—No —dije lentamente—. No lo sabía. —¡Por Júpiter! Si Asprenas estaba en Germania...

—Tenía un par de águilas. No las que sufrieron la masacre, sino Rin arriba. Si no hubiera sido por Asprenas, toda la frontera se habría colapsado.

—¿Ah, sí? —¡Por Júpiter!—. Cuéntamelo.

Aún me miraba fijamente, lo cual era muy comprensible. Yo debía de tener el semblante de alguien que hubiera visto que el fantasma del viejo Julio entraba y se desnudaba lentamente sobre la mesa.

—Asprenas formaba parte de la plana mayor del general —dijo—. Estaba apostado río arriba, en la guarnición de Mainz. Cuando recibió la noticia de la masacre, emprendió una marcha forzada con sus dos águilas para proteger la margen sur del Rin. Como dije, de no haber sido por él, los germanos habrían cruzado y nos habrían perseguido hasta la Galia. —Hizo una pausa, y añadió con determinación—: Nonio Asprenas fue el único héroe que tuvimos, Corvino. Si piensas que él fue el traidor, puedes meterte tu opinión por el culo.

Me recliné y procuré mantener la calma. Claro, si su misión era estropear la frontera del Rin por completo, Asprenas sólo habría tenido que postergar la marcha un par de días y dejar que todo se desmoronara. A salvo, sin riesgos, y totalmente efectivo. Pero ésa no era la idea. Ni siquiera Livia llegaría a ese



extremo. Ella sólo quería humillar a Augusto. Si yo tenía razón, y la masacre se debía a la traición de Arminio, su agente estaría tan desprevenido como Varo. La rápida acción de Carigordo era un argumento tanto a favor de su culpa como de su inocencia.

Luego tuve otra ocurrencia, y no era agradable. Si Asprenas era el traidor, eso explicaba por qué habían secuestrado a Perila tan pronto. Yo mismo le había dado las razones. Le había revelado cuán cerca de la verdad estaba. Y cuán importante era detenerme antes de que terminara de atar cabos...

¡Tonto!

Agrón aún me miraba. El grandote no sabía nada, estaba seguro, a menos que fuera el mejor actor que yo había conocido. Y tampoco Quintilia. Y no podía decírselo a ellos, porque no sabía qué actitud adoptarían si se enteraban. Todavía no, al menos, hasta que tuviera pruebas...

Se abrió la puerta. Entró Batilo con un papel.

—Lamento molestarte, amo —dijo—, pero creo que deberías ver esto.

No era momento para problemas domésticos.

—Estamos ocupados, Batilo. Cuéntamelo mañana. —Entonces vi la expresión del hombrecillo, y supe que era algo grave—. ¿Los secuestradores?

Él asintió.

—Un esclavo lo encontró en el jardín, amo.

Cogí el papel y lo extendí sobre el escritorio. Nunca había visto la letra de Perila, pero no había motivos para que el mensaje no fuera genuino. De pronto sentí mucho frío.

—Estaba envolviendo una piedra —me dijo Batilo—. Alguien debió de arrojarlo por encima del muro.

—¿Cuándo?

—No lo sé. Estaba debajo de un rosal.

El mensaje era breve y preciso: «Marco: Dicen que si no te has ido de Roma para pasado mañana, me matarán».

No había firma. Sólo eso.

Yo mismo había visto al jardinero desbrozando la rosaeda, tres días atrás. Desde entonces, no había habido motivos para que ningún esclavo saliera al exterior, salvo por casualidad. Esto podría haber llegado en cualquier momento desde la desaparición de Perila. Y si lo habían arrojado antes de que Escílax pudiera organizar su vigilancia, quizá fuera demasiado tarde. Quizá Perila ya estuviera muerta...

Cerré la mano, aplastando el papel.

¡Tonto!



37

El gimnasio no estaba abierto cuando llegué allí a la mañana siguiente, pero no hacía mucho que esperaba cuando vi al grandote hispano que me había llevado el mensaje de Escílax varios días antes. Venía por la calle, masticando un trozo de pan de cebada. No se dio la menor prisa al verme. Se acercó desmañadamente, me miró desde debajo de cejas que parecían un afloramiento del Capitolio, sacó una llave de la túnica grasienta y abrió la puerta. Todo esto sin una palabra, sin la menor chispa de reconocimiento. Obviamente la conversación no era su punto fuerte. O quizá su vocabulario aún no incluía «Buenos días».

—Hola, Adonis —saludé.

—Dafnis.

Bueno, anduve cerca. Al menos no dije Jacinto.

—Lo que sea. ¿Vendrá Escílax?

—Sí.

Al parecer ésa sería toda la respuesta. Se hizo a un lado para dejarme pasar, cogió un rastrillo de detrás de la puerta y comenzó a mover arena en el ruedo grano a grano. Lo dejé con sus labores de directivo y fui a sentarme en el banco bajo el pórtico.

Me sentía bastante mareado, amén de deprimido. La noche anterior no había dormido mucho, y había tomado una decisión. Batilo ya estaba empaquetando mis cosas. Ante la opción de seguir adelante o recobrar a Perila, tenía que elegir a Perila, aunque la sola idea de darme a la fuga me diera dentera. Era demasiado arriesgado quedarme en la ciudad. Unos meses en Atenas con el tío Cota no estarían mal. Perila podría reunirse conmigo cuando la soltaran. Si la soltaban. Incluso podríamos instalarnos allá, porque era evidente que ya no me quedaba nada en Roma. Nada que yo pudiera digerir, al menos. Pero primero tenía que avisar a Escílax para que llamara a sus sabuesos. Sabía que se disgustaría (como mínimo) pero era necesario.

Ese asunto era una patata caliente. Si yo tenía razón y Asprenas había tendido una trampa a su tío, no podía hacer nada a menos que tuviera pruebas concretas. Ese hombre era un héroe de guerra, un político respetado y un amigo personal del emperador. Si cometía la estupidez de enfrentarme a él, se me reiría en la cara; y si decidía cometer una estupidez mayor, como acudir a Tiberio, no me quedaría cara en la que reírse.

Ése era el meollo del asunto. Tiberio. Si Verruga estaba en esto, yo quedaba fuera de la competición. Si destapaba esta olla, si acusaba al emperador y a Livia de asesinato dinástico múltiple y de alta traición, estaría flotando en el Tíber con un cuchillo en la espalda en menos de lo que tardas en decir «eliminación», y Perila flotaría a mi lado.

De cualquier modo que lo encarase, me habían derrotado y lo sabía. No tenía pruebas, ni influencias, ni nada. Sólo me restaba agitar la bandera blanca y esperar que no fuera demasiado tarde.



Mierda. ¡Había estado tan cerca! Me apoyé en la pared y cerré los ojos...

Debo de haberme adormilado, porque mi siguiente recuerdo es que me sacudían para despertarme y la fea jeta de Escílax me sonreía burlonamente.

—¿Una noche difícil, Corvino? —dijo—. Una hembra sensacional, sin duda.

Todavía estaba aturullado.

—Sin duda. ¿De quién hablamos?

—Olvídalo. Parece que te hubieran arrastrado por la vía Sacra y te hubieran dejado para alimentar a los cuervos.

Me froté los ojos para espabilarme.

—Han establecido contacto. Tenemos que hablar.

Aún sonreía.

—Lo sé, Corvino. No te preocupes, hemos localizado a ese cabrón.

Tardé un rato en asimilar esas palabras. Cuando las asimile, fue como si me hubieran arrojado a la cisterna pública.

—¿Que habéis qué? ¿Qué dijiste?

—Dije que hemos localizado a ese hombre. Dafnis vio que arrojaba un ladrillo sobre tu muro anoche, y lo siguió.

—¿Dafnis lo vio? ¿Dafnis?

—Claro. Te dije que te vigilaríamos. Dafnis estaba tendido bajo el carro de un albañil en el callejón de atrás de tu casa, y había otros dos muchachos en el frente.

Ahora estaba totalmente despierto.

—¿Y por qué no me lo dijo en cuanto llegué?

—Quizá sea tímido.

—Quizá sea un maldito sádico.

—Sí, también. Lo cierto es que vio todo. Siguió al hombre hasta su casa, como te decía.

—¿Entonces sabes dónde está Perila?

—Tal vez. No lo sabremos hasta echar un vistazo. Pero al menos tenemos una dirección. Es un comienzo.

Me levanté. Se me había pasado la depresión. Si habíamos encontrado a Perila, quizá pudiera volver al juego. Es decir, una vez que la recobráramos. Ésa era la prioridad. La única prioridad.

—¿Y a qué estamos esperando?

—Aguarda un minuto. —La mano de Escílax sobre mi pecho era como una pared de ladrillo—. Tenemos que pensar cómo encararemos esto.

—Al cuerno. Es sencillo. Traigo a los Amigos Entrañables, llamas a algunos matones que simpaticen con la causa y hacemos picadillo a ese canalla.

Escílax sacudió la cabeza.

—Claro que no. Recuerda que Dafnis sólo encontró al mensajero. No sabemos si él tiene a la muchacha.

—De acuerdo. Entonces le pisoteamos los cojones hasta que nos cuente todo lo que sabe y después lo hacemos picadillo.

La mano que me apretaba el pecho aumentó su presión. Me empujó hacia atrás hasta obligarme a sentarme en el banco.

—Escucha, Corvino. Sé cómo te sientes, créeme. Pero si recapacitas, comprenderás que eliminar a ese tipo no soluciona nada.

Empezaba a calmarme. Escílax tenía razón. Claro que sí. Queríamos al jefe, no al recadero. Acometer con botas claveteadas haría más mal que bien.



—¿Y quién es él?

—¡Usa la mollera, Corvino! Sabemos dónde está y qué aspecto tiene, eso es suficiente. Dafnis no se detuvo a hacer preguntas, y menos a esa hora de la noche. Si el hombre se enterase de que lo descubrimos, huiría como un gato escaldado.

Empezaba a sospechar que el asistente ejecutivo de Escílax no tenía cerebro de chorlito, como yo había creído. Obviamente ese hombre tenía talentos ocultos.

—¿De qué parte de la ciudad hablamos? Al menos podrás decirme eso.

—Claro. La calle de los Lavanderas. Tercer inquilinato, segundo piso.

Ningún cerebro de chorlito, sin duda. Dafnis era un investigador de primera. Yo no habría sido capaz de seguir a alguien por la escalera de un inquilinato, y menos de noche. En la calle hay muchos lugares donde ocultarse, pero cuando entras en esos cuchitriles tienes que ser una cucaracha para pasar inadvertido. Y una cucaracha que viva allí.

—Buen barrio. —De nuevo la Suburra. Y no era una de las mejores partes.

—Ya, no es el Palatino, pero nuestro amigo no es un aristócrata.

—¿Cuál es el plan?

—Seguir vigilando. Lo observamos, lo seguimos cuando salga, nos fijamos adónde va, estudiamos a los visitantes. No creo que veamos al jefe en el inquilinato. Un aristócrata saltaría a la vista en ese distrito, pero nuestro amigo nos conducirá a él. Siempre que tengamos suerte.

El jefe podía ser Asprenas. Yo estaba seguro de que era así, pero no tanto como para arriesgar la vida de Perila yendo directamente a él. Primero quería pruebas.

—¿Y si no tenemos suerte?

—Entonces le pisoteamos los cojones y escuchamos sus chillidos. Pero primero probemos de esta forma, ¿vale?

—Vale. —Me puse de pie—. Vamos, pues.

Escílax volvió a empujarme.

—Un momento. Hablé en plural, pero tú no estabas incluido.

—Repítame eso. Quizá me perdí algo.

—No estás invitado, Corvino. Dafnis y yo podemos manejar este asunto por nuestra cuenta.

—¡Claro que no!

—¿Quieres que salga bien o no?

Me aferraba la túnica con la mano. Me zafé.

—Escílax, esto no es negociable. Inclúyeme. Hablo en serio.

—Dije que cualquier aristócrata destacaría. ¿Has mirado la púrpura de tu túnica recientemente, muchacho?

—¡Vamos! Puedo pedir otra túnica, si eso es lo que te preocupa.

—Olvida la túnica. Tienes facha de patricio de cabo a rabo, amigo. ¿O crees que tendrás tiempo para retocarte la nariz?

—Oh, que venga, jefe. —Me volví. Increíblemente, era Dafnis. Una sonrisa maligna le cubría la cara—. Es un experto en orina.

Conque humor, ahora. Y retruécanos. En la calle de los Lavanderas hay lavanderías; y las lavanderías envían a los esclavos a los retretes públicos para recoger la orina rancia. No es el trabajo más sano del mundo, pero casa con el ambiente. Dafnis estaba reuniendo todos los requisitos para ser alguien que me



disgustaba. Aun así, mantuve la boca cerrada. No iba a perder un aliado sólo por espetarle una réplica barata. A fin de cuentas, estaba en deuda con él.

Escílax se encogió de hombros.

—De acuerdo. Muy bien, Corvino. Si Dafnis dice que vienes, pues entonces vienes. Pero no la pifies.

—¿Por qué iba a pifiarla? —Ojalá aparentara más confianza de la que sentía—. Y otra cosa. Quiero que venga alguien más.

—¡Por Júpiter, muchacho! —gruñó Escílax—. ¿Por qué no llevamos a un puñetero ejército y listos?

—Este tipo se podría definir como tal. Así podremos dividirnos en dos grupos, por si tenemos que cubrir otra entrada.

—¿Qué otra entrada? Es un inquilinato. ¿O crees que ese granuja sabe volar?

—Han ocurrido cosas más extrañas.

—No que yo recuerde. —Era una protesta simbólica. Yo tenía razón y Escílax lo sabía. Dos parejas eran mejor que un grupo de tres. Un hombre de cada una para mantenerse en su puesto, y el otro para correr si era necesario.

—No lo lamentarás —dije—. Agrón sabe lo que hace.

Escílax me miró como si me hubiera crecido otra cabeza.

—¿Estamos hablando del ilirio? ¿El hombre que te aporreó?

—El mismo.

—¿Y dices que no lamentaré que nos acompañe?

—Eso digo.

Sacudí la cabeza lentamente.

—Corvino, tienes la sesera más hueca de lo que pensaba.

—Es mi responsabilidad, Escílax.

—También podría ser tu funeral. Y el de tu amiga.

—Yo me preocuparé por eso.

Aceptó. De mala gana, pero aceptó. Ojalá que ninguno de los dos estuviera cometiendo un error.



38

La calle de los Lavanderos estaba cerca de Corneta, al lado de la calle de las Curtidurías y a poca distancia de los corrales de los matarifes y el mercado de carnes. En síntesis, una zona insalubre. Había brisa, pero no ayudaba mucho. El lugar desde donde soplabla olía peor.

Ya nos habíamos dividido. Escílax y Dafnis habían seguido adelante mientras yo pasaba por la herrería para recoger a Agrón. Era una cuestión táctica. En Roma, aparte de los aristócratas con sus séquitos, en un extremo de la escala, y las pandillas de vándalos, en el otro, sólo los turistas egipcios andan en grupos de tres o más. Y cualquier turista que sea tan lelo como para ir de excursión por la Suburra está pidiendo a gritos salir desvalijado, siempre que lo dejen salir.

Los otros dos ya estaban en su puesto cuando llegamos, remoloneando a la sombra de una adelfa polvorienta frente a uno de los altos inquilinatos: «esclavos» que mataban el tiempo mientras limpiaban el manto del amo en una de las tiendas cercanas. Mientras pasábamos, Escílax alzó una mano como si ahuyentara una mosca.

—¿Qué hay de esa jarra de vino? —preguntó Agrón.

Yo había llegado a un compromiso con Escílax; no muy halagüeño, pero tenía que conceder que era sensato. Yo podía seguirlos y llevar a Agrón, pero debíamos mantenernos al margen hasta que nos necesitaran. Dafnis había sugerido una taberna de enfrente, calle abajo, porque (cito literalmente) «si este cabrón no pasa inadvertido allí, no podrá hacerlo en ningún lado».

Dafnis empezaba a saturarme.

La taberna estaba desierta. No entendí por qué hasta que el sirio gordo que atendía nos trajo el vino. Tenía el aspecto, el olor y el sabor del líquido que se derrama en el suelo de una bodega, una viscosidad turbia y repulsiva que yo no habría servido a mis esclavos. Mientras bebía, miraba el inquilinato de enfrente. Habíamos escogido una mesa cerca de la puerta pero levemente apartada, así que veíamos la calle pero estábamos a la sombra del dintel. Pasaba poca gente y dudaba que pudiéramos perdernos muchos detalles. Al margen de la calidad del vino, no podríamos haber hallado un punto de observación mejor.

—Háblame de tu vida, Agrón —dije—. ¿Viniste directamente a Roma después de Germania?

Se sirvió una copa de esa orina de rata de la jarra.

—Sí. Yo estaba en la Decimoctava. Después de la matanza, desbandaron lo que quedaba de ella. No tenía águila, ¿entiendes? —El águila de una legión es sagrada. Total y absolutamente. Si pierdes el águila, la legión está muerta para siempre. Muerta y deshonorada—. Claro que pude haber pedido un traslado, pero ya estaba harto del ejército. Y los supervivientes no gozaban de popularidad.

—¿A qué te refieres?



—Nunca has sido soldado. Una derrota tan aplastante dice algo sobre ti si sobrevives —comentó agriamente—. Los mejores mueren, los peores sobreviven.

—Patrañas.

—Patrañas, sí, pero es lo que todos creen. No sólo los imbéciles de las tabernas. Se prohibió que los supervivientes entraran en Roma. Los oficiales, al menos. En cuanto al resto, lo pasamos bastante mal.

Había oído hablar de eso. Ese exilio colectivo demostraba hasta qué punto el desastre había afectado a Augusto. El viejo lo había tomado como una ofensa personal.

—¿Hubo muchos supervivientes?

—Bastantes. Algunos eran mensajeros, desde luego. Pero otros, como yo, sólo tuvieron suerte. Si así puedes llamarlo. Lo cierto es que vine a Roma y el ama persuadió a Asprenas de ponerme la herrería.

—Generoso por su parte.

Agrón se encogió de hombros.

—Él obtiene su tajada, como todos los patrones. Y no le costó nada. Se la dejó un amigo que falleció. De todos modos, he tenido ese local desde entonces. Eso es todo. Si quieres más, amigo, cuéntalo tú mismo.

Miré la placita donde estaban sentados Escílax y Dafnis. Dafnis nos daba la cara, de espaldas contra el árbol, los ojos entornados.

—¿Y ahora eres cliente de Asprenas? —Yo andaba a tientas. Aún no sabía bien con quién simpatizaba el grandote, y si Asprenas era nuestro hombre tendría que averiguarlo pronto.

—El general era mi auténtico patrón, pero sí, protejo los intereses de la familia. Hago diligencias de cuando en cuando. —Sonrió—. Intimido a los jóvenes listos.

—Y también les salvas la vida. —Nunca se lo había agradecido de veras. Quizá fuera el momento indicado.

—Eso no tuvo nada que ver contigo, Corvino. Te lo dije.

—¿Sabes quiénes eran esos tipos? ¿O quién los envió?

—No. No era cosa mía. —Fruunció el ceño—. ¿Alguna vez te preguntaste por qué Tiberio recurriría a esos inservibles?

—¿A qué te refieres?

—¿Dónde tienes la sesera, Corvino? El hombre es emperador. Si quiere detenerte, ¿por qué no estás vomitando las tripas en el Tuliano?

Me recliné. Era una pregunta bastante sencilla, tan sencilla que me conmocionó. El Tuliano era la vieja prisión que estaba frente al foro, reservada para huéspedes del estado que aguardaban que las autoridades se decidieran a reducirles la talla por una cabeza. Y también para cualquier ciudadano particular que irritara al emperador, aunque esta función no era de conocimiento público.

—Quizá no se atrevió —dije.

—Ya, el hijo de papá tiene influencia. Bien, olvídate del Tuliano. Verruga pudo valerse de muchos otros métodos. Si yo fuera el mandamás, me habría deshecho de ti hace tiempo. En cambio, Verruga envía a los matones locales y las sobras de las legiones para hacer su trabajo sucio con discreción. Y yo te pregunto por qué.

—Más fácil. Más rápido. —Eran sólo excusas, y yo lo sabía.



—Pamplinas. Te he dicho que hay métodos más limpios. Recursos oficiales. ¿Por qué no usarlos?

El hombre tenía razón. Ésta era una tramoya de máximo nivel, de nivel imperial. Tenía que serlo, para que todo concordara. Aunque Asprenas estuviera implicado, sólo podía ser un intermediario, un agente de Tiberio y Livia. Había muchos modos en que habrían podido pararme el carro oficialmente, con un mínimo de riesgo y de alharaca; pero no habían recurrido a ellos. Y eso podía significar...

Tenía que reflexionar sobre esto.

Quizá yo estuviera equivocado. Quizá no fuera un encubrimiento oficial. Últimamente Verruga y su madre no se llevaban muy bien. Yo lo sabía. Si Livia actuaba a espaldas de Verruga, eso explicaría por qué no había podido usar recursos oficiales para silenciarme...

Pero eso tampoco tenía sentido. Tiberio necesitaba el encubrimiento tanto como Livia. Quizá más. Después de todo, tenía que saber cómo su madre lo había puesto en el trono. Tenía que estar enterado de los asesinatos y los exilios. Y por supuesto tenía que estar enterado de...

De...

Me quedé tieso.

¡Magno y todopoderoso Júpiter!

Agrón me clavaba los ojos.

—¿Corvino?

—Aguarda. —Si yo estaba en lo cierto, estaba salvado, tenía la solución—. ¡Aguarda, déjame pensar! Déjame pensar, por favor.

¿Qué había dicho Pomponio sobre Tiberio?

Ahora será primer ciudadano, pero es un militar hecho y derecho, un auténtico profesional.

Un auténtico profesional. Un soldado. El mayor cumplido que Pomponio podía dedicar. ¡Por Júpiter, todo encajaba! ¡Claro que encajaba! Verruga era militar. Y sin embargo había aceptado (tenía que haber aceptado) un plan que mandaría a pique una provincia entera y la seguridad de la frontera del Rin...

¡Tres águilas perdidas! Tres águilas sagradas...

Verruga nunca habría hecho eso, ni para ganar una docena de imperios. Nunca en un millón de años. Y eso significaba...

—No lo sabe —susurré—. ¡Por Júpiter, el emperador no lo sabe!

—Corvino, ¿qué diantres...? —Agrón me aferró el brazo—. ¡Contrólate!

El tabernero nos miraba y fregaba distraídamente una copa con un trapo. Desvié la vista hacia la calle. Traté de dominar la voz, pero temblaba de emoción.

—¡Escucha! ¡Verruga no participó en la trampa de Varo! El resto, sí... Los asesinatos, quizá la conspiración de Paulo. No lo sé ni me importa. ¡Pero no sabía nada sobre Germania!

—Por Júpiter, Corvino, ¿quieres callarte? Todos...

—¡No, escucha! —Tenía que decirlo o reventaría—. ¡Ni siquiera sabe que hubo una trampa! El plan de Germania era de Livia, pero salió mal. ¡Y ahora la emperatriz está orinando ácido porque teme que su hijo lo averigüe, pues si lo averigua clavará el pellejo de esa zorra en las puertas del palacio! ¡Era ella quien trataba de detenerme! ¡No Tiberio y Livia! ¡Livia!

Y fue entonces cuando sucedió.



Como decía, estábamos sentados a la sombra junto a la puerta de la taberna, a un paso de la acera. Mientras yo decía el nombre de la emperatriz, un sujeto cualquiera que pasaba con andar cansino se detuvo como si le hubiera clavado un garfio en el cuello. Volvió la cabeza...

Nos miró un instante con ojos desorbitados, aflojando la mandíbula. Luego se giró y echó a correr como una liebre por donde había venido, en dirección contraria al inquilinato. Vi que Escílax y Dafnis se levantaban de un brinco, pero estaban a un buen trecho y no podrían alcanzarlo a menos que les crecieran alas en los pies.

—¡Mierda! —Yo también me levanté. Sabía que habíamos metido la pata y que era culpa mía. Ese hombre sabría qué aspecto tendría yo, sin duda. Escílax había tenido razón. Yo no tendría que haber ido—. Agrón, por...

No pude decir más. El fornido ilirio aún estaba sentado en la silla, los ojos desencajados y la cara pálida. De pronto se levantó, pasó a mi lado y corrió por la calle en pos del fugitivo. Lo seguí, pues no podía hacer otra cosa, aunque sabía que no podía igualar su velocidad ni su habilidad para esquivar peatones. Llegué a tiempo para ver que el fugitivo echaba una mirada frenética por encima del hombro y se escabullía por un callejón lateral.

Alguien —una mujer— gritó cuando Agrón se disponía a doblar la esquina. Se paró en seco como si hubiera descubierto que no había ningún callejón, sólo una pared de ladrillo; y de golpe se hizo silencio.

Entendí por qué cuando lo alcancé, con Escílax y Dafnis detrás de mí. Cuando lo vieron, ellos también se detuvieron. Dafnis echó un vistazo y vomitó en la acera.

El fugitivo estaba muerto. Muy muerto. En la boca del callejón se hallaba el puesto de un afilador de guadañas. El afilador debía de haber alzado una guadaña en el momento menos oportuno y la hoja alzada se había incrustado en la garganta del fugitivo. Pensé en Davo, aunque esta vez había más sangre. Mucha más sangre. De pronto se había aglomerado una multitud, como siempre ocurre después de un accidente. A través de la vibración de mis oídos oí que el afilador decía una y otra vez, como en una especie de salmodia:

—No pude hacer nada. No pude hacer nada.

Una joven estaba acurrucada en la esquina, entre la pared del callejón y el puesto, soltando gruñidos como un cerdo con asma. Su capa estaba empapada de rojo, como si alguien le hubiera derramado una jarra de vino. La vibración de mi cabeza se transformó en un zumbido caliente, y los ruidos de la calle se desvanecieron...

Me aferraron el brazo. Escílax me sacó del callejón.

—Vamos, muchacho —dijo—. No tenemos nada que ver con esto.

—Sí, pero no podemos...

—¿Quieres dar explicaciones a los magistrados?

Con eso me convenció. Lo seguí dando tumbos calle arriba. Los otros vinieron detrás. También estaban bastante conmocionados. Esperas decapitaciones en el circo, y allí no te conmocionan, pero en una esquina es diferente.

—Necesito un trago —dijo Escílax—. ¿Queda vino en esa jarra, Corvino?

—¿Qué jarra?

—¡Vamos, muchacho! ¡Donde estás tú siempre hay una jarra!

—Sí, claro. —Aún no lograba poner mi cerebro en marcha—. Esa jarra. Sírvete.



Regresamos en tropel a la taberna. Ya no tenía sentido fingir que no estábamos juntos, pues el tipo que queríamos vigilar yacía partido en dos en un callejón.

El sirio gordo nos echó una mirada suspicaz cuando entramos. Comprensible, dadas las circunstancias; pero la gente de la Suburra aprende desde pequeña a no inmiscuirse donde no debe si quiere seguir respirando, y cuando Escílax le sostuvo la mirada, pronto perdió el interés. Pedí otra ronda de ese brebaje y pagué con una moneda de plata. El sirio no me ofreció la vuelta, y yo no causé problemas. Después de lo que habíamos visto, estaba dispuesto a pagar un precio exorbitante por esa inmundicia.

—Vaya afeitado, ¿eh? —Dafnis estaba recobrando la compostura, y también su malicia natural.

—Noté que perdiste el desayuno bastante rápido, amigo —dijo ácidamente Agrón. Dafnis cerró el pico y puso mala cara. El sirio, aleteando con el vino, le echó una rápida ojeada desde sus gruesas cejas perfumadas y nos dejó en paz. La gente de la Suburra también es experta en evaluar situaciones.

—¿Qué sucedió? —Escílax dejó su copa vacía. Calculé que había empinado una generosa medida.

—Ese tipo identificó a Corvino —gruñó Dafnis—. Yo lo estaba observando. Echó un vistazo aquí dentro y echó a correr.

Escílax se volvió hacia mí. Tenía un aire amenazador.

—¿Es cierto, muchacho?

Abrí la boca para responder, pero Agrón se me adelantó.

—No. No reconoció a Corvino. Me reconoció a mí.

—¿Qué?

—Yo también le reconocí, y por eso huyó. Estaba muerto antes de que lo tocara la guadaña. Murió hace diez años.



39

Semejante comentario te pone la carne de gallina. Dafnis hizo una señal contra la mala suerte, y hasta Escílax contuvo el aliento.

—¿De qué diantres hablas? —preguntó.

Agrón se llevó la copa a los labios y la vació. Fijaba los ojos en el vacío.

—Se llamaba Ceonio —dijo—. Era uno de los comandantes de campo de Varo. Y murió en el Teutoburgo junto con los demás.

Se podría haber oído la caída de un alfiler.

—Tonterías —dijo Escílax al fin—. No era ningún fantasma. Era un hombre de carne y hueso. Y de sangre, por lo visto.

Agrón no se inmutó.

—Quizá. Pero yo vi con mis propios ojos cómo lo capturaban. Y los germanos no tomaban prisioneros.

—¿Y dónde estabas tú? —se burló Dafnis—. ¿Escondido?

Agrón se volvió lentamente hacia él.

—Así es, amigo. Estaba escondido. ¿Quieres hacer algún comentario?

—¡Basta, Dafnis! —gruñó Escílax—. ¿Quién era el tal Ceonio?

—Como te decía, uno de los comandantes. Un sabandija que habría vendido a la abuela por un cobre. Si los germanos no lo hubieran matado, con el tiempo lo habrían matado sus propios hombres. Yo mismo lo habría hecho.

Iba a servirme más vino, pero desistí. Una terapia drástica es una cosa, pero no quería arruinarme el paladar.

—¿Dices que estuvo en la matanza?

—Sí. Fue uno de los oficiales que sugirió la rendición.

—Explícate.

Agrón se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que explique? Un grupo de oficiales fue a la tienda del general el segundo día para exigirle que pidiera condiciones a los germanos. Ceonio era el portavoz.

Eso concordaba con la teoría que yo había elaborado para Vela. Asprenas no había participado en la marcha, pero necesitaría un agente para hacer ciertas sugerencias en ciertos momentos. Varo podría haber sobrevivido físicamente si se rendía ante Arminio. Políticamente, tanto él como Augusto serían cadáveres. Ése era el propósito del plan.

—¿Y qué sucedió?

—El general lo mandó al cuerno. Lo intentó de nuevo al día siguiente, pero era demasiado tarde. Arminio nos tenía donde quería y todo había terminado, salvo el griterío. Él soltó la espada y se rindió cuando los germanos quebraron nuestra línea.

—¿Simplemente se rindió?

—Simplemente se rindió.

—Un canalla coherente, al menos —gruñó Escílax.



—Si viste que se rendía —intervine—, ¿cómo estabas tan convencido de que había muerto?

—Te lo he dicho. Los germanos no tomaban prisioneros. Si cogían a alguien con vida, adornaban el tronco de un árbol con sus tripas.

—Pudo haber escapado.

Agrón meneó la cabeza.

—Improbable. Ceonio no escapó, no del modo que sugieres. Los germanos lo soltaron. Y, que yo sepa, existía un solo motivo para eso.

—Porque había un convenio —murmuré—. Porque él estaba de parte de ellos.

Escílix arqueó la boca.

—Ya tienes a tu cuarto hombre, Corvino. Enhorabuena.

Aún no estaba preparado para acusar a Asprenas, y menos en presencia de Agrón. Pero me sentía bastante mal. Necesitaba pruebas desesperadamente y durante cinco minutos las había tenido. Tenía a Carigordo, o quien fuera, en mis garras. Podríamos haber obligado a Ceonio a hablar, pero el papanatas se hizo matar...

—No —dije—. El cuarto hombre no era Ceonio. Pero os apuesto una pieza de oro contra un emplasto usado a que trabajaba para él y además le pagaban muy bien. A fin de cuentas, ¿por qué encerrarte en un inquilinato de la Suburra a menos...? —Callé al reparar en mi monumental estupidez.

¡Perila!

El lugar apestaba a repollo hervido, pañales sucios y pobreza. Subí la escalera de dos en dos peldaños. Como todas las escaleras de los inquilinatos, estaba sucia de orina y cosas peores, y las paredes estaban marcadas con cuchillazos y grafitos desafortunados y desesperados.

Había cuatro puertas en el segundo piso.

—¿Cuál? —grité. Dafnis estaba medio tramo detrás de mí, y resoplaba como un fuelle. Cuando subió el último escalón, le aferré el cuello de la túnica—. ¡Dafnis! ¿Cuál es la maldita puerta?

Se zafó de un puñetazo. Quizá quería golpearme, pero Escílix y Agrón lo seguían de cerca y lo pensó mejor. En cambio, se limitó a señalar.

La puerta estaba trabada. Me arrojé contra ella y casi me disloco el hombro. Agrón alzó la bota claveteada y pateó con fuerza el tablón sobre el panel inferior donde estaba la cerradura. La puerta se abrió con estrépito y entramos como una tromba.

Nada. El cuarto estaba vacío salvo por un catre contra la pared, una destartada mesa de hierro, un taburete de madera barato y una incongruente estantería. No vi ningún prisionero amarrado. No vi a Perila.

No vi a Perila...

—No te preocupes, Corvino —dijo Escílix, frunciendo el ceño—. Quizá podamos hallar...

Agrón alzó la mano.

—¡Escuchad!

Oímos un golpeteo regular: *toc, toc, toc*. El ruido venía de detrás de la estantería. Me lancé hacia ella, encajé los dedos en el intersticio, entre la estantería y la pared, forcejeé.

Se movió fácilmente. Un bulto alto y erguido, envuelto en una sábana y con la parte superior tapada con trapos, cayó del armario en que estaba apoyado.



Dafnis, que estaba detrás de mí, lo atajó antes de que se cayera y se hiciera daño.

Con sumo cuidado, aflojé los trapos, revelando una cara roja y muy indignada.

—¡Vaya, te tomaste tu tiempo, Corvino! —protestó Perila.

La llevé a casa. No diré nada más sobre ese día porque no es relevante y no concierne a nadie salvo a nosotros.

La llevé a casa.



40

A la mañana siguiente desayunábamos en el jardín a horas tardías cuando llegó mi padre. Pensé que le incomodaría encontrar allí a Perila, pero no parecía sorprendido.

—Supe que Rufia Perila estaba sana y salva —dijo—, así que pasé para presentar mis felicitaciones.

Perila le dirigió una de sus sonrisas deslumbrantes.

—Muy amable por tu parte, Valerio Mesalino.

Le indiqué a Batilo que preparase otro sitio, pero mi padre lo detuvo.

—No, Marco. Sólo pasé para presentarme. Y para enterarme de lo que ocurrió.

—¿De veras quieres saberlo, papá? —dije. Aun a mí las palabras me sonaron demasiado corrosivas.

—Sí, hijo. —Mi padre se sentó en la silla que Batilo había llevado—. Quiero saberlo. A menos que la dama se oponga, desde luego.

—En absoluto. —La mano de Perila me rozó el brazo—. Marco sólo se porta con la rudeza de costumbre. ¿Verdad, Marco?

Me sonrojé. Ella tenía razón. Después de todo lo que había hecho para ayudar, el hombre merecía mejor trato.

—Sí —dije—. Disculpa, papá.

—De todos modos, no hay mucho que contar. —Perila untó una rebanada de pan con miel. Esa mañana tenía buen aspecto, mucho mejor que el mío, sin duda. Casi fulguraba. Quizá fuera conveniente que la secuestraran y la encerraran con más frecuencia detrás de una estantería en un inquilinato de la Suburra—. Fue culpa de mi estupidez. Conozco muy bien el camino desde la casa de mi tía Marcia, pero no noté que los porteadores se desviaban hasta que fue demasiado tarde.

—La llevaron al Celio. —Tragué una aceituna—. Allí hay más espacio. Luego la capturaron y la amarraron.

—¿Quieres decir que tus propios esclavos te secuestraron? —Entendí la incredulidad de mi padre. Si no puedes confiar en tus esclavos, ¿en quién puedes confiar? Además, un esclavo que se vuelve contra el amo coge un atajo hacia el circo.

—En realidad, no eran esclavos de la familia. Hacía sólo un mes que los teníamos. Los había comprado Calfas.

—¿A quién?

Ya, buena pregunta. No había pensado en ello. Le dirigí a mi padre una mirada aprobadora.

—No lo sé —dijo Perila—. Podría preguntar.

—Hazlo —dijo mi padre, frunciendo el ceño—. Apostaría a que fue el vendedor quien hizo el ofrecimiento. Y que la oferta era ventajosa.

—¿Crees que los infiltraron, papá?



—Es muy posible, sí. Aunque dudo que podamos encontrar a los esclavos para verificarlo.

Y tenía razón. Habrían sacado a esos tipos de Roma con falsos certificados de manumisión y dinero en el morral, aunque era más probable que estuvieran en el fondo del río calzados con sandalias de cemento. Esperé que fuera lo segundo.

—De todos modos —continuó Perila—, me llevaron al inquilinato y me entregaron a Ceonio. Aunque entonces yo no conocía el nombre.

—¿Ceonio?

—Así es —dije—. ¿Te suena, papá?

—¿El Ceonio de Varo?

—Has acertado.

—¡Pero es imposible! Ceonio murió, sin duda. Murió con Varo en la masacre.

—Ese rumor era exagerado. Se ocultaba en la Suburra.

—¿Por qué haría semejante cosa? Ya sé que Augusto no le permitía volver a Roma, pero si su único delito era la cobardía...

—No lo era —dije rotundamente—. El hombre era un traidor. Colaboraba con los germanos.

—¿Qué?

—La masacre fue planificada, papá. Y no sólo por Arminio. También había romanos inmiscuidos. Romanos más importantes que ese cabrón.

Lo dejé sin habla. De veras no sabía nada de esto, y me alegró que así fuera.

—Marco, no puedes hablar en serio —dijo al fin—. ¿Acaso sostienes que el desastre de Varo fue organizado por alguien?

—Así es. Es bastante complicado y yo no lo entiendo del todo, pero básicamente Varo había hecho un trato con Arminio.

—¿Varo había hecho un trato? Pero dijiste que el traidor era Ceonio.

—Lo era. Uno de los traidores. Pero Varo también estaba implicado, sólo que le tendieron una trampa. Eso creo, al menos. Como te decía, es complicado.

—¿Dónde está Ceonio? —Mi padre se puso de pie. Nunca lo había visto tan escandalizado, ni tan furioso—. El emperador querrá enterarse de esto. Ven conmigo y yo...

—Un momento, papá. No sirve de nada. Él ha muerto. Y esta vez ha muerto de veras.

—¿Lo mataste? Marco, cometiste una estupidez. ¡Una estupidez monumental!

Miré de reojo a Perila. Yo no le había dicho cómo había muerto Ceonio.

—Ni siquiera lo tocamos, papá. Trató de escapar y hubo un accidente.

Mi padre volvió a sentarse, lentamente.

—Háblame de ello —dijo.

Se lo conté. Toda la historia, desde la nota que había encontrado Batilo hasta el estropicio del callejón. Cuando concluí, apretaba los labios con firmeza.

—Conque decidiste pedir ayuda a un ex entrenador de gladiadores y a un par de esclavos en vez de acudir a mí —dijo—. Gracias, Marco. Muchísimas gracias.



—Agrón no es un esclavo. Y Escílax tiene estupendos contactos en Roma.
—Ambas cosas eran ciertas, pero no se trataba de eso, y yo lo sabía.

—Marco hizo lo que consideró más indicado. —Perila me apoyó una mano en el brazo—. Además, no había tiempo.

Mi padre suspiró.

—No, supongo que no —dijo—. En todo caso, hijo, lo hiciste muy bien. Mereces un elogio, no una acusación.

Me sonrojé.

—Lo lamento, papá. Tienes razón. Quizá debí acudir a ti en primer lugar.

Él sonrió afablemente.

—Dos disculpas en una sola mañana, Marco. Estás mejorando. —No dije nada—. Pero dime más sobre Quintilio Varo. Dices que estaba en contubernio con Arminio. Me resulta difícil de creer. ¿Dónde obtuviste esa información?

Vacilé.

—Vamos, Marco. Cuéntaselo. Por favor. —Perila me apretó el brazo con los dedos—. Él sólo quiere ayudar.

—Vale. La obtuve de Quintilia.

—¿La hermana de Varo?

—Sí. Ella la recibió de Vela, el lugarteniente, que se la había pasado a Nonio Asprenas. —Mi padre se frotaba la barbilla con la mano derecha. Se quedó tieso al oír el nombre—. ¿Conoces a ese hombre?

—¿Nonio Asprenas? Claro que le conozco. —La voz de mi padre tenía un tono extraño que me llamó la atención—. ¿Y qué dijo Quintilia que había hecho su hermano?

—Ya te lo dije. Afirmó que él recibía sobornos de los germanos.

—¿A cambio de qué?

—De desalentar nuestra expansión al norte del río. De hacer la vista gorda al proyecto de Arminio. Había otros detalles, pero ésa es la idea general.

Mi padre se inclinó hacia adelante y unió las yemas de los dedos como si fuera mi abogado y deliberásemos sobre una causa.

—Es muy creíble que Varo aceptara sobornos, Marco —dijo—. Máxime después del asunto de Siria. Supongo que estás al corriente.

—¿Cuando estuvieron a punto de juzgarlo por extorsión?

—En efecto. Pero, como bien dices, sólo estuvieron a punto. Si no hubiera sido por los contactos de Varo, y el hecho de que Siria es una provincia imperial que está fuera de la jurisdicción senatorial, el Senado lo habría pulverizado. Tuvo suerte, pues, de contar con otra oportunidad, y él mismo estaría agradecido. En principio no deseche la acusación, pero dudo mucho que Varo considerase que el riesgo merecía la pena, dadas las circunstancias. Si Augusto hubiera descubierto que él aceptaba sobornos, o tuviera motivos razonables para sospechar, no habría vivido para gastarlos.

—Quizá, papá —dije—, pero creo que habría sido bastante tentador si funcionaba como yo pienso. Al cabo Varo se habría sincerado con el emperador. En todo caso, el hombre era culpable. He visto la prueba con mis propios ojos.

Mi padre se irguió.

—¿Qué clase de prueba?

—Su carta a Arminio, dándole los detalles de su marcha desde el Weser hasta el Rin, incluido el desvío por el Teutoburgo. La ruta, las fechas, la disposición de las fuerzas, todo. Y algo más. Menciona la emboscada.



- ¿Qué?
- Precisamente. Varo no sabía que Arminio lo atacaría con tanta saña, pero sí que habría un ataque.
- ¿Dónde consiguió Quintilia esa carta?
- Por intermedio de Vela, como te he dicho. Se la envió a Asprenas por correo antes de que el ejército emprendiera la marcha.
- Noté que se ponía rígido. Cuando volvió a hablar, había una extraña calma en su voz.
- ¿Dices que Varo escribió esa carta? ¿Estás seguro?
- Sí, papá, así es. Pero creo que Asprenas...
- ¿Y Quintilia está segura de que es genuina?
- Claro que sí. Ella misma confirmó que era de su puño y letra.
- ¿Te lo dijo Quintilia? ¿Que ella misma, personalmente, había reconocido la letra del hermano?
- Fruncí el ceño.
- ¿Adónde quieres llegar? ¿Insinúas que la anciana mentía?
- Él meneó la cabeza.
- No, no mentía. Al menos, no mentía adrede. ¿Dices que hablaste con ella cara a cara? ¿Y no lo notaste?
- ¿No noté qué?
- Marco —murmuró mi padre—, Quintilia es casi ciega.
- Lo miré fijamente mientras en mi cabeza la última pieza del mosaico encajaba en su sitio con un chasquido casi audible. Recordé los ojos claros que me escrutaban de arriba abajo cuando nos habíamos conocido; recordé que miraba más allá de mí, que necesitaba la ayuda de Asprenas para caminar...
- ¿Cuánto hace? —pregunté.
- Mi padre entendió la pregunta y sus implicaciones.
- No lo sé. Hace tiempo que le falla la vista. Quizá hace diez años le alcanzara para leer una carta y reconocer la letra, aunque por mi parte lo dudo.
- No habría reconocido esta letra. Recordé que era apretujada y que las líneas estaban agolpadas. Aun así, era algo que podía verificar. Agrón podría decírmelo; hacía años que estaba relacionado con la familia. Llamé a gritos a Batilo, y él acudió a la carrera.
- ¿Sabes por dónde merodea Agrón, Batilo? El ilirio corpulento.
- No, señor. Pero puedo preguntar en casa de Quintilia. Ellos me...
- No, no. No hagas eso. Tiene una herrería en la Suburra. La calle de los Herreros, cerca del altar de Libera. ¿Lo conoces?
- Batilo frunció la nariz.
- No íntimamente, amo, no.
- ¡Por Júpiter! ¡Este hombrecillo era tan estirado como Calías!
- Encuétralo. Encuentra a Agrón. Encuétralo aunque tengas que recorrer toda la Suburra. Y no te acerques a la casa de Quintilia por ningún motivo. ¿Entiendes?
- Sí, amo —dijo Batilo rígidamente—. Desde luego. ¿Algún mensaje?
- Ningún mensaje. Sólo una pregunta. Escucha la respuesta y tráemela. Pregunta cuándo Quintilia empezó a perder la vista.
- ¿No podrías enviar a otra persona, amo? La Suburra no es precisamente...
- ¡Largo de aquí!
- Se largó, y yo me volví hacia mi padre.



—Tienes razón, papá —dije—. Quintilia sólo dijo que la letra era genuina, no que ella lo hubiera verificado personalmente. Es decir, lo hizo otra persona, alguien de su entera confianza.

—Asprenas —dijo Perila.

Asentí.

—Asprenas. Sólo tenemos su palabra de que Vela le envió la carta. Y si no la ha visto nadie salvo Quintilia, bien podría ser una falsificación.

Mi padre carraspeó.

—Posiblemente. Más aún, no sería el primer caso.

¡Había pillado a ese cabrón!

—Cuéntanos, papá.



41

Mi padre no me miró. En cambio, cogió una aceituna del plato y extrajo cuidadosamente el hueso con la punta de un cuchillo. Entendí muy bien lo que ocurría. Asprenas pertenecía al círculo áulico: buena familia, buenas conexiones. Esos fulanos eran inmunes a toda crítica externa, y aquí yo entraba en la categoría de «externo». Marco Valerio Mesala Mesalino iba a hacer lo impensable: violar el código tácito que exigía que el círculo protegiera a los suyos.

—Los rumores comenzaron cuando él regresó de Germania —dijo—. No se relacionaban con su conducta durante la campaña. En ese sentido era un héroe. Había hecho todo lo que dicen, había movilizado a sus legiones a tiempo para impedir que los germanos cruzaran el río y desbarataran la frontera. Nadie lo acusó jamás de no ser valiente, ni ingenioso, ni buen soldado. —Liberó el hueso. Mi padre dejó la aceituna desventrada, cogió otra y repitió ese lento y meticuloso proceso—. Los rumores se iniciaron cuando Asprenas empezó a mostrar ciertos documentos, reclamando dinero y propiedades que según él le habían legado algunos colegas que habían perecido en la matanza. Nada muy grande, individualmente. En conjunto, representaban una suma bastante interesante.

Recordé la herrería de Agrón: a Asprenas no le había costado nada porque la había heredado de un amigo muerto.

—¿Y esos documentos eran falsos?

—Eso se sugirió. —Mi padre era el abogado perfecto—. Se sugirió con gran énfasis, en algunos casos. Pero lo cierto es que ningún pariente sabía nada sobre los legados antes de que Asprenas presentara su solicitud.

Naturalmente. Era increíble que ese cabrón pensara que se saldría con la suya. Quizá había apostado (con buen tino, a juzgar por el resultado) a que su reputación militar lo protegería.

—Desde luego, no se presentaron denuncias formales —continuó mi padre—. Si los documentos eran falsos, eran casi perfectos, y en consecuencia, aunque hubo algunos reparos informales, no llegaron a nada concreto.

—¿Pero los rumores persistieron?

—Los rumores persistieron. Y persisten.

—Y los únicos que saben la verdad yacen insepultos en la otra margen del Rin.

—En efecto.

—¿De cuánto dinero hablamos?

—En conjunto, las solicitudes habrán totalizado dos o tres millones. —Solté un silbido. Semejante fraude era de primera categoría. Conocía a varios jóvenes libertinos que venderían a su abuela a un chulo de la zona portuaria por la mitad de esa suma. Mi padre dejó el cuchillo en la mesa—. No digo que se debía haber iniciado un proceso. Pero las conexiones con esa carta que incrimina a Varo son, por así decirlo, significativas.



—Dicho de otro modo, todos saben que Asprenas es un malandrín y un falsificador pero nadie puede probarlo. O nadie quiere probarlo.

Mi padre no respondió, lo cual ya era una respuesta.

—Quizá sea un malandrín —dijo Perila—. Pero, ¿es un traidor?

—Sí, tiene que serlo.

—Por favor, Marco. ¡Tendrás que ser más convincente!

—Sobre todo si quieres presentar este asunto al emperador —añadió mi padre—. Asprenas es hombre de Tiberio. Más aún, es útil: una figura consolidada, un administrador competente, un éxito militar. Tiberio no querrá perderlo y por cierto no lo condenaría sin pruebas fehacientes. Tiberio escuchará tu plan, Marco, te lo garantizo; pero pedirá algo más que tu opinión y un revoltijo de teorías infundadas. Necesitará una causa legal bien formulada. ¿La tienes? —Titubeé, y él insistió—: ¿Qué dices, hijo?

Apechuga o cierra el pico, decía su voz. Contemporicé.

—Papá, una vez hablamos de retener información. Cuando te pregunté por Julia, ¿recuerdas?

—Desde luego. Te dije que la responsabilidad significaba saber cuándo no pasar información que causaría más mal que bien.

—De acuerdo. Bien, hoy te alegraré el día, pues me disculparé por tercera vez. Tenías razón. No puedo presentar esto ante Verruga, a menos que sea imprescindible. El remedio sería peor que la enfermedad.

—Marco, si sabes que Asprenas fue responsable del desastre de Germania, es tu deber decírselo al emperador.

—Ése es el problema. El responsable no fue sólo Asprenas. Había otra persona implicada. Una persona más importante.

—Si hablas de Varo, no creo que Tiberio, después de este tiempo...

—No hablo de Varo. Hablo de la emperatriz. Hablo de Livia.

Con eso se calló, tal como yo esperaba; pero si creía que lo conmocionaría, me olvidaba de que Valerio Mesalino era ante todo un político. Se reclinó y me miró impasiblemente.

—Eso cambiaría las cosas —dijo.

—Sí, eso pensé.

—Aunque el emperador y la emperatriz discrepan en muchas cosas hoy día, dudo que a Tiberio le agrade que le digan que su madre es una traidora.

—Se permitió una sonrisa glacial—. No, al menos, en lo concerniente a ciertas inesperadas imputaciones de traición. Además, esa información causaría graves complicaciones. Complicaciones políticas. Siempre que pueda probarse.

—Tengo buenos argumentos, sí —dije—. Pruebas circunstanciales, lo concedo, aunque esa carta ayudaría. En los archivos tiene que haber ejemplos de la letra de Varo que nos permitan cotejarla. Pero no quiero crear un gran escándalo por puro gusto.

—Bien, Marco. Muy bien. A pesar de todo, tienes pasta de político, hijo mío. —Sonreí. No pude evitarlo—. ¿Qué quieres entonces? ¿Con qué te conformarías?

—¿En qué sentido?

—Los políticos hacen tratos. Es nuestra función en la vida. ¿Cuál sería el precio de tu silencio?

—Quiero que traigan las cenizas de Ovidio de vuelta a Roma, papá. Ése era mi único propósito. No más, pero no menos.



Mi padre calló largo rato, tamborileando sobre la mesa con los dedos.
—Muy bien —dijo al fin—. Y supongo que quieres que yo actúe como tu representante. Ante la emperatriz.
Traté de hablar con la mayor calma posible.
—No. Quiero que conciertes un encuentro privado. Sin esclavos ni secretarios. Sólo nosotros dos, Livia y yo.
Mi padre se quedó tieso.
—¡No!
—¡Marco, si tienes razón ella te matará! —Perila ensanchó los ojos—. Y si no tienes razón, también te matará. ¡No merece la pena!
—Claro que sí. Mira, he pensado en esto. Y una conversación directa con Livia es el único modo que veo de zanjar la cuestión para siempre.
—¿Por qué no encarar a Asprenas, obligarlo a decir la verdad?
—No serviría de nada, Perila. No tengo pruebas concretas, ¿recuerdas? Él negaría todo y acudiría a Livia. ¿Y cuánto crees que duraría yo después de eso?
—Pero...
—Aguarda. No había terminado. Digamos que tengo un seguro.
—¿Qué clase de seguro?
—Digamos que consigno todo por escrito. Lo que sé. Mis conjeturas. Nombres y fechas cuando puedo darlos. Se lo dejo a alguien de mi confianza. Si algo me sucede, Verruga lo recibe.
—¿Y si Tiberio ya lo sabe? —insertó mi padre en voz baja.
Gracias, papá. Esperaba que nadie pensara en eso, salvo yo.
—No lo sabe —dije.
—¿Apostarías tu vida a esa certeza?
Tragué saliva. Apechuga o cierra el pico.
—Sí, la apostararía. Verruga tendrá muchos defectos, pero tiene principios. Tiene principios, y es militar.
—Muy bien, hijo. —La voz de mi padre se tornó extrañamente fría y formal—. Si estás absolutamente seguro de que esto es lo que quieres, concertaré una cita con la emperatriz, cuanto antes.
—¡Marco!
—No te preocupes, Perila. Sé lo que hago. —Sí, como una pulga haciendo arrumacos a un elefante—. Hay algo más, papá.
—¿Sí?
—El documento. Si puedes aguardarme una hora, podrás llevarlo contigo. Arrugó el entrecejo.
—Lo siento, Marco. No lo entiendo.
—Mi póliza de seguro. Quiero entregársela a alguien de confianza. Alguien que me garantice que Verruga la recibirá si es necesario. Lo lamento, papá, pero te he elegido a ti. Siempre que estés de acuerdo, naturalmente.
Nos miramos largo rato. Al fin carraspeó.
—Desde luego, hijo. Ve a escribirlo mientras hablo con Perila.
Fui al estudio y los dejé conversando.
Mi padre no había ido muy lejos con el precioso documento en el pliegue del manto cuando llegaron las dos últimas pruebas que yo necesitaba; la primera por parte de Agrón, vía Batilo, la segunda por parte de Calías. Quintilia había empezado a perder la vista doce años antes, y desde entonces un secretario le leía las cartas. Los portadores que habían secuestrado a Perila,



dijo Calías, habían pertenecido a un tal Curcio Macro. Macro los había vendido baratos después de comprarle a Asprenas un conjunto de nubios a precio de ganga. Y Macro, me informó Batilo, era primo lejano de la esposa de Asprenas...

Dos aciertos consecutivos, y ya eran demasiados para ser coincidencia. Habíamos hallado a nuestro cuarto conspirador. Ahora mi único problema era pinchar a ese cabrón donde le doliera al tiempo que salvaba mi propio pellejo.



42

Más tarde mi padre envió los detalles de la cita. La emperatriz me vería a la mañana siguiente, una hora antes del mediodía.

Muchos habían muerto de vejez esperando citas imperiales. Quizá yo sólo tenía suerte, o quizá la cancelaran a última hora. O quizá Livia tuviera tanto interés en verme a mí como yo en verla a ella.

El breve trecho que caminé hasta el palacio fue uno de los más largos que había recorrido. Al menos Perila estaba a salvo. La había enviado a Bayas, a quedarse con un amigo que era dueño de una embarcación de buen calado y me debía un favor. En el peor de los casos, se largaría de Italia a todo trapo. Marsella no es el centro del universo, pero el marisco es bueno, y el clima sería mucho más saludable que el de Roma hasta que Livia nos hiciera el favor de morirse.

Los dos pretorianos de la puerta me echaron una ojeada suspicaz, y me pregunté si serían los mismos sujetos que casi me habían echado la última vez que había visitado esta parte del Palatino; pero quizá fuera mi imaginación. Todos estos gorilas tienen la misma pinta. Grandotes y amenazadores. Pasé entre ellos y le di mi nombre al secretario de la recepción. Él examinó su lista, alzó la mirada. Sus ojos eran burocráticamente impasibles.

—Todo parece estar en orden. Su excelencia te verá de inmediato. —Chasqueó los dedos y una cosa grande y peluda se materializó de golpe—. Hermes, conduce a este caballero hasta los aposentos de su excelencia la emperatriz.

Sin una palabra, el simio mensajero se internó contoneándose en el laberinto, dejando que yo lo siguiera como pudiese. Esa maraña de pasillos habría matado de envidia a Dédalo. Si la entrevista salía mal y yo tenía que poner pies en polvorosa, podía darme por muerto. Después de caminar un buen rato, entramos en un corredor corto y en una sala de espera más suntuosa que las que habíamos dejado atrás. Un hombrecillo con una túnica color limón muy elegante se pulía las uñas ante un escritorio, junto a dos imponentes puertas con paneles.

El simio mensajero habló. Fue como si un perro de pronto citara a Platón.

—Marco Valerio Mesala Corvino para ver a su excelencia, la emperatriz Livia.

El hombrecillo de la túnica se levantó. Me cogió con cierta brusquedad del brazo y me impulsó hacia las puertas con paneles. Un golpe discreto, un empujón no tan discreto en mi espalda, y estuve dentro. Las puertas se cerraron y quedé a solas con la emperatriz.

Livia estaba sentada ante un gran escritorio. Era la primera vez que la veía de cerca, y daba la impresión (no exagero, y tampoco era producto de mi nerviosismo) de no ser del todo real, de no estar del todo viva. Su rostro era una compleja máscara cosmética como la que usan los actores, o las



plañideras contratadas en una procesión fúnebre, y sus ojos estaban... muertos. No se me ocurre otra palabra. Ni vacíos, ni opacos, ni inertes.

Muertos.

—Pediste verme, Marco Valerio Corvino.

Su voz también estaba muerta.

Tragué saliva.

—Sí, excelencia.

Quizá hubiera cometido un error. Quizá fuera el último que había cometido. De pronto mi póliza de seguro parecía bastante frágil. Frágil y pueril.

—¿Y el motivo?

¡Por Júpiter! Yo estaba al borde del pánico. ¿Cómo acusas a la madre del emperador reinante y la esposa de su predecesor deificado de traición al estado?

Creo que traicionaste a Varo, excelencia. Creo que causaste la muerte de quince mil hombres y la pérdida de tres águilas y casi perdiste Germania tan sólo para dar a tu hijo la oportunidad de vestir la púrpura...

Ella esperaba. Carraspeé.

—He descubierto algunas... irregularidades, excelencia. En relación con la conducta de Lucio Nonio Asprenas.

Había esperado que ese nombre arrancara un destello a los ojos muertos. No fue así. Empecé a sudar.

—¿Irregularidades?

—Sí, excelencia. —Hice una pausa enfática—. Irregularidades rayanas en la traición.

Ella se limitó a mirarme. Quizá me hubiera equivocado, a pesar de todo, pensé. No había nada en esos ojos, ni culpa ni inquietud. Nada. Una mosca me cruzó la cara y se posó en el escritorio frente a ella. Por Júpiter, si estaba equivocado, no era el mejor momento para averiguarlo.

—La traición es asunto del emperador —dijo—. Tu cita era conmigo.

—Creo que Asprenas trabajaba para su excelencia.

¿Yo dije eso? La máscara se endureció. El silencio se estiró como una cuerda de lira tensada al máximo. Al fin ella habló.

—Hace un tiempo viniste al palacio para inquirir sobre el poeta Ovidio. ¿Existe alguna relación entre eso y esta impertinencia?

Supe que me ponía a prueba. Esto era crucial. Tenía que convencerla de que sabía todo. Aunque no fuera así.

—Sí, excelencia. Existe.

—Pues quizá tengas la bondad de explicármela. —Un movimiento del dedo me indicó la silla de los visitantes: vieja, egipcia y bastante frágil, quizá parte del botín que Augusto había traído de Alejandría después de que Cleopatra tuvo su encononazo con el áspid. Me senté con cautela. La silla crujió—. Bien, joven. ¿Qué son esas «irregularidades rayanas en la traición» por las que responsabilizas a Nonio Asprenas? ¿Y por qué él trabajaría para mí?

Sus ojos eran pinchos de hierro.

—Asprenas formaba parte de la conspiración de Paulo, excelencia. Representaba, o alegaba representar, a su tío Varo, a quien tu difunto esposo...

—El divino Augusto.

—Perdón, excelencia. —Mierda, empezaban a sudarme las manos. Me las enjuagué en el manto—. A quien el divino Augusto había otorgado el mando de Germania.



—¿Estás diciendo que Varo era cómplice de Paulo y Julia?

—No, excelencia. No precisamente cómplice. —Hice una pausa—. En primer lugar, no había causas para ninguna complicidad.

—No te entiendo, joven.

Sentí que el sudor me perlaba la frente, pero no me lo enjuagué. Ella sabía que yo estaba nervioso. Claro que lo sabía. Así como yo sabía que tenía que conservar la dignidad porque era la única defensa que tenía.

—La conspiración era falsa, excelencia. Estaba destinada a destruir a Julia, tal como ya estaba destruido el resto del linaje de tu esposo.

La máscara no se movió, pero los ojos titilaron.

—¿Destruído por quién?

¡Por Júpiter! ¡Esto era como hacer malabarismos con navajas!

—No cosa que me incumba, excelencia.

—Muy bien. —¿La sombra de una sonrisa le cruzaba los finos labios?—. Continúa, Corvino.

—¿Puedo hablar con franqueza, excelencia?

—Tenía la impresión de que ya hablabas con franqueza.

Me moví nerviosamente y la silla volvió a crujir. De pronto olí a alcanfor, un olor viejo, el olor de la edad. ¿Livia o la silla? Vejez, viejos huesos, viejos crímenes.

—El problema era que Augusto no creería otra acusación de adulterio —dije—. Su hija, la madre de Julia, había sido exiliada por la misma razón, y no resultaba convincente. Aunque estuvieran respaldadas por la confesión de Junio Silano, las pruebas habrían sido endebles. Se necesitaba algo más contundente. Algo que Augusto tomara en serio, aunque nunca lo diera a conocer al público.

—¿Y qué era eso?

—La prueba de que Julia era una traidora.

Livia no dijo nada. La mosca vaciló, se frotó las patas delanteras y comenzó a arrastrarse por la vasta extensión de escritorio que mediaba entre nosotros.

—El problema, excelencia —continué—, era que Paulo y Julia estaban alerta. Sabían que estaban en la mira. Y no se limitarían a esperar de brazos cruzados. Tarde o temprano habrían acudido a Augusto para convencerlo, siempre que él ya no lo supiera, de que la muerte de sus sucesores no era sólo mala suerte y que ellos podían ofrecer una alternativa viable, al margen de tu hijo.

Ahora sudaba a mares.

—¿Y cuál era esa alternativa?

—Póstumo. El hermano de Julia. El nieto de tu esposo.

Frunció los labios.

—Póstumo era un degenerado, Corvino, un inmoral. Augusto lo sabía. Mi esposo jamás lo habría aceptado como sucesor.

—Sí, excelencia. Pero quizá sea posible que últimamente el emperador hubiera empezado a sospechar que lo habían informado mal sobre el carácter de su nieto.

—¿Quién lo había informado mal?

De nuevo el desafío. De nuevo lo pasé por alto.

—Julia y Paulo no eran traidores. No en el sentido cabal de la palabra. Aunque hubieran querido conspirar contra Augusto, sabían que sólo les harían



el juego a sus enemigos. Pero la conspiración fue bastante real. Sucedió. ¿Por qué?

—Cuéntamelo tú. Esto es fascinante.

—Hubo una conspiración, excelencia, sólo que contaba con el beneplácito del emperador. Al menos, eso creían Paulo y Julia. Se trataba de favorecer a un sucesor legítimo.

Livia se inclinó hacia delante. La mosca, quizá viendo el movimiento como una amenaza, se detuvo y flexionó las alas.

—¿Has dicho «legítimo»?

¡Necio!

—Lo lamento, excelencia. Quizá debí decir «un sucesor del linaje de los Julios».

—Entiendo. —Volvió a reclinarsse—. Pasaremos eso por alto. Pero tu interpretación de la conspiración de Paulo es un poco enrevesada, joven. Con todo respeto.

—No lo creo, excelencia. Tengo pruebas.

—Pues descríbelas, por favor.

—Paulo y Julia fueron abordados por Asprenas, que era el sobrino de Quintilio Varo, y Varo era hombre de Augusto. Asprenas les dice que representa al emperador. Augusto designará a Varo comandante en Germania. Luego permitirá que Póstumo «escape» de la isla y se refugie entre las legiones del Rin. Paulo y Julia harán lo mismo. Dada la situación militar, Augusto se dejará presionar por los simpatizantes de los Julios para reconciliarse con su nieto, y con el tiempo nombrarlo sucesor.

La mosca tembló nerviosamente en el súbito silencio.

—Ésa es sólo una teoría, Corvino. Dijiste que tenías pruebas.

—Puedo probarlo —mentí.

—Estás loco.

Negué con la cabeza.

—No, excelencia, no lo creo.

—Paulo y Julia nunca habrían creído a Asprenas, a menos que él diera una señal inequívoca de que representaba a mi esposo.

—Pero él tenía una señal.

—¿A saber?

—El anillo de sello del emperador.

—El sello de la Esfinge nunca abandonó la mano de Augusto.

—No el original, excelencia, sino el anillo que tú misma le diste. La réplica que usabas para sellar documentos en ausencia de tu esposo.

El silencio fue total. Livia lo rompió al fin.

—Podría hacerte matar, Corvino —murmuró—. Podría llamar a mis guardias y no saldrías vivo de esta habitación. Lo sabes, ¿verdad?

—Desde luego. —Fingí más convicción de la que tenía—. Pero no lo harás, excelencia.

—¿Por qué no?

—Porque no vine aquí sin preparativos. Si muero, tu hijo se enterará de la verdad de la matanza de Varo. Y si eso sucede, excelencia, yo no apostararía ni la ventosidad de un mosquito por tus posibilidades de terminar este mes con vida.

La mano bajó. La sorprendida mosca echó volar demasiado tarde y dejó una mancha de sangre en el escritorio. Livia se arqueó hacia mí. Por un



instante pensé que iba a atacarme, pero se dominó y volvió a reclinarse en la silla.

—Muy bien, Corvino —dijo. Con toda calma, como si nada hubiera pasado—. Continúa.

—Gracias. —Volví a enjugarme el sudor de las palmas—. Asprenas no llevaba puesto el anillo cuando llegaba a la casa de Paulo. Lo sé por el portero. Pero una vez que estaba a solas con los conspiradores, volvía a ponérselo para recordar a Paulo y Julia a quién representaba. Mejor dicho, a quién fingía representar. En realidad, Augusto no supo nada sobre la conspiración hasta que se lo dijeron, y para entonces la prueba era condenatoria porque era genuina. Paulo fue ejecutado y Julia fue exiliada por adulterio.

—Si lo que dices es correcto, pudieron exonerarse explicando la verdad al emperador.

—¿Les dieron esa oportunidad? Y si así hubiera sido, ¿Augusto les habría creído?

Livia apretó los labios y no dijo nada.

—Todo era demasiado probable. Y los hechos eran innegables.

—¿Pero por qué la acusación de adulterio, si como dices mi esposo no creía en ella?

—¿Acusar públicamente de traición a la nieta del emperador? Justamente tú, excelencia, debes saber cuán perjudicial sería eso para el estado.

—Sin duda. —De nuevo los labios tensos se curvaron en lo que era casi una sonrisa—. Acepto tu argumentación, Corvino. Como teoría, al menos.

—Gracias, excelencia. En todo caso, Augusto fue benigno. Sabiendo que la acusación era falsa, dejó que el «adúltero» Silano se escabullera sin consecuencias graves. Además, fue Silano quien denunció la conspiración. Merecía una recompensa.

—Junio Silano fue exiliado, joven. Y su carrera política fue liquidada. No es un castigo menor para alguien de su posición.

—No es verdad, excelencia. Silano se fue de Italia por propia voluntad y nunca se interesó en la política. El castigo no era tal, y el emperador lo sabía.

—Eso dices tú. Pero afirmas que fue recompensado.

Empezaba a temblarme la pierna izquierda. Lentamente, sin apartar los ojos, la estiré y me froté el muslo.

—He visto la finca de Silano, excelencia. Las villas suburbanas de ese tamaño no son baratas.

—Junio Silano pertenece a una familia muy rancia y acaudalada.

—Es verdad. Quizá por eso, pocos meses después, el emperador entregó a su bisnieta en matrimonio al primo de Silano. ¿O fue mera coincidencia?

Livia no dijo nada. Me clavó los ojos sin pestañear.

—Y así llegamos, excelencia, a lo que pasó con el cuarto conspirador, Nonio Asprenas.

Llamadlo imaginación, pero juro que hasta la habitación contuvo el aliento cuando pronuncié ese nombre. Los ojos de Livia eran oscuros pozos de odio, clavados en los míos.

—Nada le pasó a Asprenas —dijo.

—Exacto, excelencia. ¿Te gustaría decirme por qué?

El silencio se prolongó.

—No, Corvino —dijo al fin—. No me gustaría.



43

Sólo eso. Una simple negativa, la respuesta de último recurso de alguien totalmente culpable. Si me quedaba alguna duda de que yo tenía razón, eso la eliminaba. Había pillado a esa zorra, y ambos lo sabíamos. El músculo acalambrado de mi pierna se calmó de pronto.

—Muy bien, excelencia —continué—. Entonces te lo diré yo. La solución es sencilla. Asprenas no fue castigado por su participación en el complot porque Augusto no sabía que él estaba implicado. Silano no lo mencionó. Le habías ordenado que no lo dijera, porque Asprenas era necesario para otra cosa. ¿O me equivoco? —Hice una pausa para escuchar una respuesta que no recibí, y luego añadí suavemente—: Pero Silano, lamentablemente, no era la única persona que conocía la participación de Asprenas, ¿verdad? Había alguien más a quien no podías dar órdenes. No era de los tuyos. Un testigo neutral, un amigo personal de Julia que conocía a Asprenas de vista y sospechó lo que ocurría. —Silencio, total y absoluto. Tuve la sensación de estar caminando sobre cristal—. ¿Cómo lo averiguó Ovidio, excelencia?

Creí que no respondería, pero al fin lo hizo: seca y clínicamente, con una voz despojada de emoción.

—Fue de visita por casualidad, con un libro que Julia quería, y vio que Asprenas y Paulo salían juntos del estudio. No conozco los detalles, pero sé que los dejaban mal parados.

—Así que después de luchar con su conciencia, como buen ciudadano decidió denunciar lo que había visto. Pero no llegó a presentar la denuncia, porque habló con la persona equivocada.

—Vino al palacio poco después —declaró Livia sin inmutarse—. Como el emperador estaba ocupado, fue fácil hacerlo traer ante mí. No reparó en su error, desde luego. Hasta mucho tiempo después.

—Así que hiciste que lo echaran de Roma, y pronto. Y para siempre. No podías correr el riesgo de que el emperador asociara el nombre de Asprenas con la idea de conspiración. Y si Ovidio hubiera estado aquí cuando llegó la noticia del desastre en Germania, habría sumado dos más dos y habría ido de vuelta al palacio. Esta vez para ver a Augusto.

—Ovidio era un mentecato.

Sacudí la cabeza.

—No, excelencia. Era sólo un poeta implicado en una cuestión política, haciendo lo que le aconsejaba su criterio.

—Un mequetrefe bienintencionado puede causar mucho más daño que un enemigo consciente. Tú, Corvino —casi sonrió—, lo comprenderás mejor que nadie.

Pasé por alto el sarcasmo.

—Así que hablaste discretamente con Augusto. Júpiter sabrá qué le dijiste: que Ovidio mismo se acostaba con Julia mientras recitaban poemas pornográficos; que en secreto practicaba todo tipo de perversión y más valía



que estuviera muerto. Y el emperador, que en el mejor de los casos no simpatizaba con Ovidio ni con su poesía, te creyó. O quizá no le dio importancia.

Livia arqueó la boca.

—¡Oh, sí que le dio importancia, joven! En el fondo, mi intachable esposo era un libertino hipócrita y frustrado que castigaba los vicios ajenos precisamente porque eran los suyos. El Ovidio que le mostré a Augusto era su yo secreto, realizando los actos que él habría realizado si hubiera tenido el coraje. ¿Qué podía hacer el pobre tonto sino exiliarlo?

Un dedo de hielo me rozó la espalda. Había vislumbrado el auténtico rostro de Julia, y supe que lo más peligroso que podía hacer era permitirle saber que me lo había mostrado.

—Hablemos de Germania, excelencia —dije.

No respondió, pero noté que se envaraba.

—Las provincias fronterizas eran responsabilidad de Augusto. Él fijaba las normas, y era él quien se llevaba la palma o sufría las críticas. ¿No es así?

—Sí.

¿Era mi imaginación, o también ella empezaba a demostrar nerviosismo?

—De modo que si alguien quería abochornar al emperador, las fronteras eran el sitio ideal.

Tampoco hubo respuesta, pero su expresión se endureció bajo el grueso maquillaje.

—Pues bien, ¿qué frontera escogerían? Olvidemos las provincias meridionales. Partia mantiene la cabeza gacha actualmente, así que el este también queda descartado. El Danubio es posible, pero ése es el coto de Tiberio, y la persona que tengo en mente no querría enredarlo a él, y menos después de la revuelta iliria. —Tampoco hubo respuesta, pero vi una huella de humedad en el maquillaje apisonado de la frente—. Nos queda Germania, excelencia. Y Germania es perfecta porque Augusto es responsable de ella en todos los aspectos. Él toma las decisiones políticas, asigna las legiones, escoge al gobernador. Y si algo sale mal, tu hijo Tiberio está cerca para salvar la situación. ¿Tengo razón?

—Corvino, te juro...

Esperé, pero no dijo nada más. Su boca se había cerrado como una almeja.

—¿Quieres seguir tú, excelencia?

—No. —La humedad de la frente había formado una perla de sudor que trazaba un surco en el maquillaje—. Adelante.

—Muy bien. —Cambí de posición, y la silla crujió como si froteras huesos viejos—. Hablemos de Varo, pues. Fue nombrado comandante de Germania por sugerencia tuya, ¿verdad?

—Varo era el candidato natural. Era un administrador competente con vasta experiencia militar, leal a mi esposo...

—Eso no responde la pregunta.

Sus ojos centellearon.

—Te lo he dicho, Corvino. Era el candidato natural. Eso es suficiente.

—Claro que era el candidato natural, pero no por los motivos que has dado. Elegiste a Varo porque era totalmente corrupto en lo referente al dinero, y porque su sobrino era Nonio Asprenas. —Su boca estaba cerrada como una trampa de hierro—. Cuando llegaran a Germania, Asprenas debía alentar la



codicia del viejo, encargarse de que se ganara la inquina de los nativos, incluso que se expusiera a una denuncia por mala administración. Pero eso no bastaba para tus propósitos, ¿verdad? Necesitabas algo que fuera un auténtico sopapo para el emperador. Necesitabas a Arminio.

Silencio. Sus ojos me taladraron a través de la blancura del maquillaje. Continué.

—Arminio era oro puro. Ambicioso, dúplice como Jano, un actor nato y un embustero nato. Educado en Roma, formado en Roma. Viable. Asprenas sería el chulo, los presentaría a ambos, procuraría que ambos terminaran en la misma cama.

—Una imagen llamativa. Confío en que hables metafóricamente.

—Por suerte para él, esa parte resultó ser fácil. Varo vio en Arminio una cualidad que siempre había respetado pero nunca había tenido: fervor. Varo lo confundió con fervor por Roma, pero eso se debió a su mal criterio y a la buena actuación de Arminio, y cuando llegó el momento desequilibró la balanza, porque el viejo quería creer que Arminio era de fiar. —Hice una pausa—. Así pues, cuando Varo llega a Germania está bastante ablandado. Arminio lo aborda y le cuenta un cuento de hadas sobre la creación de un reino títere entre el Rin y el Elba...

—No es ningún cuento de hadas. El concepto era bastante sólido. Y necesitábamos un cambio de política.

—Seguro, si tú lo dices. Sea como fuere, Arminio le ofrece a Varo una suculenta recompensa por su colaboración y Varo, que confía en sus motivaciones, acepta. La engañifa es bastante rentable, y ni siquiera le remuerde la conciencia. Luego viene el desenlace.

Livia se había tensado de nuevo. Entrábamos en un terreno sumamente delicado, y yo lo sabía.

—Arminio le dice a Varo que necesita un último favor: un fracaso militar para consolidar su ascendiente sobre las tribus. En su regreso a Vetera, debe permitir que le tiendan una celada en el Teutoburgo. Arminio lo atacará pero le permitirá retirarse con el ejército intacto. —Hice otra pausa y murmuré—: Sólo que ése no era el auténtico convenio, ¿verdad, excelencia? El ataque no sería la farsa que esperaba el viejo. Cuando Arminio acometiera, lo haría con todas sus fuerzas.

Al fin logré conmocionarla. La máscara se rajó por completo, y apareció la mujer asustada.

—¡Fue un error! —susurró—. ¡Queríamos una humillación, no una matanza!

—Seguro.

—¡Créeme! ¡Arminio juró que el ataque sería limitado!

Una operación limitada. Tuve ganas de vomitar en el suelo de mármol de esa arpía.

—Tres legiones —murmuré—. Quince mil hombres exterminados, sólo para que tu niño pudiera acercarse un paso más al trono. ¿Cómo logras conciliar el sueño?

Pero la máscara había vuelto a su sitio y la emperatriz había recobrado el aplomo.

—Uso zumo de amapola. Siempre lo he hecho —dijo—. Y en todo caso, las pesadillas son un precio bajo a pagar por la seguridad de Roma. Y hablando de precios, joven, ¿cuál es el tuyo?



Esta súbita pregunta me cogió por sorpresa.

—¿Mi precio?

—El precio de tu silencio.

—Nada, excelencia.

—¿Nada?

—Un puñado de cenizas. Tú dirías que no son nada.

Me escudriñó tanto tiempo que sentí el sudor en la frente. Luego dijo, en voz muy queda:

—Corvino, no incurras en la presunción de sermonearme sobre mis valores. Una carrera política no es nada, el dinero y las propiedades no son nada. Pero las cenizas de Ovidio significan mucho.

—¿Tanto lo odias, excelencia?

—Casi arruinó los planes que había trazado para mi hijo, mis planes para Roma. Si hubiera sido un político, podríamos habernos entendido, pero no lo era. Era un mequetrefe bienintencionado que no sabía negociar ni por asomo. Sí, odiaba a Ovidio. Y todavía lo odio. Lo habría hecho matar, pero Tomi era peor. —Se levantó, y por primera vez noté cuán menuda era; menuda y frágil. Podría haber extendido el brazo para partirla en dos como una rama podrida—. Tendrás tu puñado de cenizas, joven. Pero nunca creas que pagué un precio insignificante.

Yo también me levanté. Como respondiendo a una señal (¿ella habría dado alguna, de algún modo?), las puertas se abrieron a mis espaldas y el secretario esperaba para escoltarme.

—Adiós, Valerio Corvino —dijo Livia con envarada formalidad—. Veré de que se hagan los trámites pertinentes.

Me incliné y di media vuelta. Casi había llegado a la puerta cuando se me ocurrió algo más.

—Otra cosa, excelencia —dije—. Quiero a una muchacha. Ella me fulminó con la mirada y oí el brusco jadeo de alarma del secretario. Luego la emperatriz sonrió por primera vez.

—¿Cualquier muchacha, Corvino?

—Una muchacha especial. Ya sabes a quién me refiero.

—Sí. Sé a quién te refieres. Cuenta con ello.

Volví a inclinarme, y me marché.



44

Pero el día aún no había terminado. Cuando llegué a casa, Batilo me recibió en el vestíbulo.

—Tienes una visita, amo —murmuró.

—¿Sí? —Me quité la capa y el manto y se los di—. ¿Y quién es?

—Me tomé la libertad de conducirlo a tu estudio. Pensé que preferirías hablar a solas.

La puerta del estudio estaba cerrada. Cuando la abrí, el hombre que estaba dentro se volvió.

Asprenas.

Quise echar mano de la daga que siempre llevaba en la muñeca izquierda, pero recordé que no la tenía encima. Habitualmente no llevas dagas cuando visitas el palacio. Asprenas reparó en el movimiento. Sonrió y meneó la cabeza.

—No, Corvino. Ahora estás a salvo de mí, máxime cuando has optado por manejar el asunto con sensatez. Todo ha terminado. Y si quisiera matarte, no escogería tu propia casa para hacerlo.

Sin apartar los ojos, me volví hacia la puerta.

—¡Batilo! Un poco de vino. Hablaré contigo más tarde. —Luego, a Asprenas—: No eres bienvenido aquí. Lárgate. Ya.

Cogió una silla y se sentó.

—No culpes al esclavo. Lo presioné un poco.

—Pues cometió un error. —Yo también me senté, lejos de él, por si las dudas. Además, no quería respirar el mismo aire que él, si podía evitarlo.

—Acabas de tener tu entrevista con la emperatriz.

—Sí.

—Y ella te dijo que nuestra intención era humillar a Varo, y por su intermedio al emperador.

Asentí.

—Me lo figuraba. Por cierto, me alegra que hayas optado por Livia en vez de Tiberio. Me libera de mis obligaciones.

Aferré los brazos de la silla, para impedir que mis manos temblaran de repulsión.

—¿Entonces qué quieres? Dímelo, y lárgate de mi casa.

Él sonrió.

—No quiero nada. Tengo todo lo que necesito, gracias. Pero pensé que merecías unas felicitaciones. Y quizá una aclaración final.

—¿Qué aclaración? Si es sobre lo que le hiciste a Varo, puedes ahorrarte el esfuerzo.

—Se trata precisamente de eso. —Se reclinó en la silla, totalmente a sus anchas—. Primero las confesiones. Sí, fui el intermediario de Livia ante Arminio. Sí, falsifiqué la carta que te mostramos. Eso no tendría que haber sido necesario, pero mi tío se negaba categóricamente a inculparse por escrito. Y sí, fui totalmente responsable de los ataques contra tu persona y del secuestro



de Perila Rufia. Sobre éstos, la emperatriz no sabía nada, aunque en tal caso lo hubiera aprobado. Sin embargo, no puedo dejarte con la impresión de que Livia es totalmente inocente... inocente de quince mil muertes, quiero decir. No soy tan altruista.

Llamaron a la puerta: Batilo con el vino. Le ordené que se fuera.

Asprenas se inclinó hacia delante.

—Corvino, ¿de veras crees que Livia no sabía lo que se proponía Arminio? Sí, los problemas en Germania habrían perjudicado a Augusto. Pero Livia no sólo quería perjudicarlo. Quería destruirlo.

No podía creerlo.

—¿Me estás diciendo que Livia quería una matanza desde el principio?

Asprenas sonrió.

—Claro que sí. Recibí órdenes antes de irme de Roma. Sin detalles, desde luego, sólo el plan general. También Arminio, aunque él actuaba por su cuenta, al igual que Livia.

—Te equivocas, Asprenas. Ni siquiera Livia es tan canalla.

Me estudió con la mirada.

—¡Piensa, muchacho! ¿No es obvio? Ella tenía que hacer algo porque su posición era cada vez más desesperada. Augusto había comprendido que lo estaban manipulando. Póstumo aún estaba con vida y era una amenaza creciente. Era preciso destruir a Augusto mientras ella aún ejerciera influencia sobre él.

—¿Y por qué no lo envenenó, como al resto de la familia? No me digas que tenía escrúpulos.

—No podía. Augusto aún no había reconocido formalmente a Tiberio como sucesor. Tenía que minar la confianza del emperador en sí mismo y asegurarse de que acudiera a Tiberio. Entiendes esa parte, ¿verdad, Corvino?

Recordé las anécdotas sobre la reacción de Augusto cuando la noticia de la matanza llegó a Roma. De noche se despertaba gritando.

¡Quintilio Varo, devuélveme mis legiones!

—Sí, entiendo esa parte.

—¿Entonces me crees?

—No sé. —Sacudí la cabeza—. Ya no sé qué pensar.

Se levantó.

—Me crees. Tienes que creerme, porque es la verdad.

—¿Estás dispuesto a jurarlo?

Enarcó las cejas, sorprendido.

—Si lo deseas.

—¿Significaría mucho si lo hicieras?

—No gran cosa, pero lo haré si insistes.

Sentí un nudo en la garganta.

—Fuera de mi casa, Asprenas. Lárgate.

Se encogió de hombros y se giró, se detuvo con la mano en el pomo de la puerta.

—Me alegra no haber logrado matarte, Corvino. No soy un asesino. Al menos, no a sangre fría. Con una vez fue suficiente.

—¿Una vez? —dije, y luego recordé a Davo, tendido con un tajo en la garganta bajo una pila de grano. Conque había sido el mismo Asprenas. Me sorprendió que me lo confesara.



—Por cierto —continuó Asprenas, siempre sonriendo, y totalmente relajado —, no somos muchos los que conocemos la historia de Varo, y somos un grupo privilegiado. La emperatriz tiene que tratarnos bien. Hoy día no tiene mucha influencia sobre su hijo, pero aún puede conseguir un par de favores. Vas por buen camino, muchacho.

Apreté los puños, pero ni siquiera quería tocar a ese cabrón.

—No me interesa la política, Asprenas —dije—. No la que tú practicas, al menos.

—Es tu deber, hijo, tu deuda con el estado. No olvides que te lo advertí.

Cerró la puerta en silencio. Cuando se fue, pedí a los esclavos del baño que me frotaran hasta escocerme la piel. Luego me emborraché.



45

Lo sepultamos en diciembre, un día antes del comienzo del Festival de Invierno, en el jardín de su villa de las afueras de Roma. No tenía mausoleo, ni siquiera una piedra, pero eso no era importante: descansaba en suelo romano, no en el odioso y escarchado suelo de Tomi. Había sólo cuatro deudos, si deudos es la palabra adecuada para algo que era, a pesar de todo, una ocasión feliz: mi padre, Perila, la viuda y yo. Fabia Camila presencié la ceremonia con ojos ausentes, pero cuando terminé de bajar la urna en ese agujero angosto, ella arrojó un puñado de capullos de rosa secos. Rellené el agujero, puse el césped cortado encima y lo aplané con los pies.

—Descansa en paz, padre —susurró Perila junto a mí—. Has vuelto a tu hogar.

Regresamos a la casa entre las ramas desnudas del huerto.

—Escribió casi todos sus poemas en este jardín. —Perila sonreía, como si no viera un lúgubre día de diciembre sino el estridente color amarillo de los narcisos contra un cielo azul y despejado. Quizá era lo que veía—. Él lo habría aprobado. «Cada sitio tiene su propio sino».

Por el tono, adiviné que era una cita, pero yo no la conocía. Quizá un verso del propio Ovidio.

—¿Queréis cenar conmigo esta noche? —Mi padre apoyó una mano en mi hombro, la otra en el de Perila. Ella sonrió.

—Sí, padre.

¿Le respondí yo, o Perila? Ya no me acuerdo. En todo caso, no tenía importancia.



Nota del autor

Los principales personajes de *Las cenizas de Ovidio* son históricos. Sin embargo, me he tomado ciertas libertades menores con ellos por imposición de la trama.

Primero, el auténtico Valerio Corvino era mucho mayor que mi personaje: él y su tío Cota compartieron el consulado en el 20 d. C. (un año después del cierre de la narración), así que debía de tener más de treinta años.

Junio Silano aún estaba en las provincias en el momento de la historia. Tiberio no autorizó su regreso hasta el año siguiente.

La Perila de la poesía de Ovidio es simplemente «Perila». El raro patronímico Rufia sólo se difundió en una fecha más tardía, y se lo di por motivos personales. No tiene ninguna relación con el apellido de su esposo.

Sulio Rufo aún es mal visto por los historiadores. Fue desterrado en tiempos de Tiberio, regresó por orden de Calígula y se transformó en notorio informador para Mesalina, la esposa de Claudio. Por otra parte, él y Perila (por lo que yo sé) eran felices en su matrimonio y tuvieron hijos. Rufo no podría haber sido, como yo insinúo, el «falso amigo» que intentó privar a la esposa de Ovidio de su patrimonio y a quien llama Ibis en sus poemas.

No he difamado a Nonio Asprenas, al menos en cuanto a su carácter. La acusación de que se apropió de ciertas herencias después de la matanza de Varo fue hecha por el historiador Patérculo, que sirvió en Germania poco después y habría hablado con hombres que lo conocían. Al describir la masacre, Patérculo también menciona la «vil actuación del comandante de campo Ceonio, que aconsejaba entregarse y prefería la muerte por ejecución, propia de un delincuente, antes que la muerte en batalla, propia de un soldado», y la contrasta con la conducta del noble Egio. En consecuencia, era un candidato natural para hacer el papel de malvado.

Por último, me siento culpable por la imagen que he dado de la burocracia de palacio, mucho más apropiada para el reinado de Claudio (41-54 d.C.) que para el de Tiberio.



V.2 Diciembre 2011
Joseiera-Cuidian

